

L A INTERDISCIPLINA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Rocío ROSALES ORTEGA,
Servando GUTIÉRREZ RAMÍREZ,
José L. TORRES FRANCO (Coords.)

A

S
O
N
R
E

e Innovación Social



ANTHROPOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

Los Cuadernos A organizan y centran su argumento en el proceso social de la comunicación del conocimiento en sus diversos niveles de utilidad y verificación operativa, tanto en el ámbito académico y universitario como en el profesional.

Quieren establecer un nexo continuo entre investigación, formación y ejercicio social de la profesión, ofreciendo instrumentos y materiales adecuados para una renovación permanente de la información científica y cultural en sus ámbitos conceptuales, teóricos y experienciales y asimismo sugerir nuevas lecturas de los textos clásicos.

La interdisciplina en las Ciencias Sociales

LA INTERDISCIPLINA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

ROCÍO ROSALES ORTEGA
SERVANDO GUTIÉRREZ RAMÍREZ
JOSÉ LUIS TORRES FRANCO
(Coords.)

Edgar F. Rodríguez Aguilar
Ricardo Mansilla
Clara Elena Valladares Sánchez
Maya Aguiluz Ibargüen
Alicia Lindón

Fernando Ortiz Lachica
Carlos C. Contreras-Ibáñez
Alicia Saldívar Garduño
Angélica Bautista López
José Lema Labadie



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

La interdisciplina en las Ciencias Sociales / Rocío Rosales
Ortega, Servando Gutiérrez Ramírez y José Luis Torres
Franco, coordinadores
159 p. ; 24 cm. (Cuadernos A. Temas de Innovación
Social ; 21)

Bibliografías. Gráficos, cuadros, tablas
ISBN 84-7658-767-8

1. Ciencias Sociales - Filosofía 2. Interdisciplinariedad
en Ciencias Sociales I. Universidad Autónoma Metropolitana-
Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades (México)
II. Rosales Ortega, Rocío, coord. III. Gutiérrez Ramírez,
Servando, coord. IV. Torres Franco, José Luis, coord.
V. Colección
303

Primera edición: 2006

© Rocío Rosales Ortega *et alii*, 2006

© UAM Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2006

© Anthropos Editorial, 2006

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México

ISBN: 84-7658-767-8

Depósito legal: B. 13.079-2006

Diseño, realización y coordinación: Plural, Servicios Editoriales

(Nariño, S.L.), Rubí. Tel.: 93 697 22 96 / Fax: 93 587 26 61

Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada i Reixac

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Introducción

Rocío Rosales Ortega
Servando Gutiérrez Ramírez
José Luis Torres Franco

Uno de los cambios más recientes de las Ciencias Sociales ha sido el cuestionamiento y reformulación de los supuestos que le dieron sustento a partir de la revolución científica del siglo XVII, la cual había logrado, en su momento, superar la concepción aristotélica que se interesaba en indagar la naturaleza intrínseca de los objetos elaborando explicaciones apriorísticas del mundo (García, 1997). En este sentido no es fortuito que actualmente las disciplinas sociales se encuentren reflexionando sobre el papel que desempeñaron en la constitución del mundo moderno, caracterizado por la secularización y racionalización del conocimiento. Ambas características se fundamentaron en el convencimiento de que el hombre podía obtener explicaciones causales y racionales del mundo y, por lo tanto, era capaz de tener certezas (Wallerstein, 1999: 4).

La revolución epistemológica que promovieron Bacon y Descartes consistió en la definición de los objetos por medio de las relaciones causales y no por «la esencia» de los mismos (*ibid.*, 1997: 18). Esta búsqueda del conocimiento unió a la filosofía y a las ciencias sociales en un interés analítico por el mundo, así como de la forma en la que los individuos establecían relación con el mismo. La filosofía analítica, el racionalismo, empirismo y naturalismo coincidieron en el paradigma positivista que marcó el ritmo de la investigación científica hasta mediados del siglo XX.

Los principales fundamentos filosóficos que nutrieron al positivismo se basaron en las siguientes consideraciones: *a*) la naturaleza es fija y estable, *b*) que la misma puede conocerse por medio de principios de comprensión igualmente fijos, estables y universales, y así también consideraron *c*) que existía una separación entre mente y materia. Asimismo, su propuesta filosófico-social incluye diversas tradiciones las cuales conviven en una tensa interrelación entre la exigencia de la comprobación empírica y la elaboración de explicaciones universales con base en la lógica racionalista (Hughes y Sharrock, 1999).

En la búsqueda de la separación definitiva de la ciencia y la filosofía, a la cual se vinculó con la metafísica, el positivismo se desarrolló con la idea de que la realidad estaba al alcance de los sentidos y, por lo tanto, era posible establecer una clara diferencia entre el hecho y el valor como principal argumento a favor de la objetividad de la investigación científica. Como se mencionó anteriormente, el positivismo sólo reconoce dos formas de conocimiento, el empírico y el lógico, ambos representados por las Ciencias Naturales y la lógica matemática. Para aplicar la propuesta positivista al ámbito social, las actividades humanas fueron inicialmente reducidas a fenómenos fisiológicos, químicos, biológicos o conductuales, posteriormente diversos teóricos sociales

(Comte y Durkeim, entre los clásicos de la sociología) se encargarían de argumentar a favor de la investigación empírica, causal y cuantitativa en las Ciencias Sociales.

En consideración al contexto arriba señalado, las universidades del siglo XIX se encargarían de concretar los aspectos disciplinarios y profesionales¹ del conocimiento bajo los criterios de cientificidad y universalidad heredados del pensamiento cartesiano. En este proceso de conformación del conocimiento las disciplinas sociales realizarían un amplio debate sobre el carácter general y objetivo (nomotético) que deberían desarrollar *versus* lo particular y subjetivo (ideográfico) que las caracterizaba, para finalmente inclinarse por el anhelo cientificista que impulsaba el pensamiento positivista.

La Escuela de Viena sería el máximo exponente de la lógica positiva, para la cual la realidad puede ser objetivamente conocida, aprendida con veracidad sin la interferencia de especulaciones o invenciones subjetivistas (Ayer, 1981). Los positivistas lógicos reconocieron sólo dos tipos de proposiciones significativas; *a*) proposiciones formales o analíticas generadas por la lógica y las matemáticas, que expresan verdades que se fundamentan en virtud de su significado o por que son verdades por convención, en cierta forma estas proposiciones mantienen un carácter apriorístico; y *b*) proposiciones sintéticas o fácticas fundamentadas en la verificación empírica. En este sentido, el principio de verificación, a través de la relación entre hechos y declaraciones, decide si una afirmación es significativa. La originalidad de los positivistas lógicos consistió en señalar que los enunciados elementales son significativos en cuanto afirman o niegan un hecho. Una vez que las proposiciones sintéticas o fácticas se integraban por enunciados elementales que se entendían como descripciones de acontecimientos, surge el problema de su vinculación en la elaboración de los enunciados universales, esto es de las proposiciones formales o analíticas (Ayer, 1981, Giddens, 1967).

En la búsqueda del equilibrio entre las proposiciones analíticas y sintéticas, los positivistas lógicos optaron por la superioridad de la argumentación lógica, principal fundamento del método hipotético-deductible que todavía, a pesar de las críticas y discusiones generadas por diversas propuestas teóricas que analizaremos más adelante, continúa estructurando buena parte de la enseñanza y la investigación científica. Al asumir la propuesta del método deductivo más como expresión de la realidad que como un modelo de acercamiento a la misma, la distancia entre el conocimiento y la intuición se exacerbó a tal grado que el proceso de investigación y la realidad estudiada fueron reificados en todos los procesos de explicación. Esto significó que el movimiento y dinamismo de la vida social se perdieran en un proceso de racionalización en donde la búsqueda de las leyes universales favoreció el encuentro del orden, la certidumbre y la seguridad, intentando controlar el desequilibrio, la incertidumbre y los procesos de cambio intrínsecos a todo proceso de vida.

1. Es importante mencionar que desde la fundación de las universidades ha existido una gran dificultad de integración entre la universidad como lugar de desarrollo de las ciencias y la universidad como formadora de profesionales. Frente al ideal humboldtiano de la unidad entre investigación y enseñanza, se han recreado diversas formas de organización universitaria que pretenden resolver esta dicotomía. La Universidad Autónoma Metropolitana surge con una propuesta que intenta resolver este conflicto, sin embargo, el contexto de discusión teórica y las prácticas sociales existentes no proporcionaron el terreno fértil para una transformación de gran envergadura. Hoy en día resulta interesante replantearnos esta relación, en un contexto de apertura transdisciplinaria del conocimiento y de apertura organizacional de las instituciones (Kent, *et al.*, 2003).

Con esta lógica, las disciplinas sociales constituyeron sus nichos particulares de conocimiento,² aunque compartieron una misma perspectiva epistemológica. En este sentido, el positivismo se constituyó como una propuesta interdisciplinaria en donde una sola visión epistemológica y metodológica fue compartida por las ciencias sociales y naturales, teniendo como elementos comunes las siguientes características: *a*) la percepción de la realidad como elemento externo e independiente del sujeto cognoscente, *b*) la relación directa entre validez, conocimiento y verdad, *c*) el distanciamiento entre el lenguaje de sentido común y de la cotidianeidad de los sujetos para constituirse en un lenguaje objetivo, neutral y científico, *d*) la búsqueda del conocimiento a través del reconocimiento de leyes universales o explicaciones general. La física mecanicista de Newton, que también alimentó al positivismo, impulsó la convicción de que para conocer la realidad se requería la fragmentación de la misma, esto significó el énfasis del estudio de las partes para conocer la totalidad. La consecuencia más conocida hasta nuestros días ha sido la formación de las disciplinas, como justificación de la delimitación de un objeto de estudio fragmentado y aislado de la realidad con la que se encuentra vinculado.

Alrededor de los años cincuenta, el apriorismo que perduraba en el positivismo y el empirismo del conocimiento científico comenzaría a cuestionarse con la ayuda de la epistemología constructivista de Piaget, quien generó una nueva revolución científica al conceptualizar al conocimiento más como un proceso que como un estado (García, 1997: 18), el trabajo clásico de Thomas Kuhn sobre la *estructura de las revoluciones científicas* y el constructivismo sociológico impulsado por el «programa fuerte» de la sociología del conocimiento. Aunque estas propuestas tienen importantes diferencias en cuanto a la explicación del proceso de generación del conocimiento, que se refleja, en parte, en la presencia o ausencia del interés por la búsqueda de interrelaciones entre el mundo de las ciencias y las humanidades, coinciden en resaltar el carácter histórico-social del conocimiento y, por lo tanto, cuestionan el carácter universal del mismo, el cual se define por la continua transformación del conocimiento o los paradigmas científicos ante el cambio del contexto histórico-social en donde se generan los mismos. De esta forma, el relativismo del proceso de generación del conocimiento frente al argumento de certidumbre y certeza que había predominado, se convierte en una de las más enriquecedoras discusiones que han alimentado a las ciencias sociales de nuestra época (Kuhn, 1986; Hughes y Sharrock, 1999: 197). Es importante mencionar que, en gran medida, el relativismo de estas propuestas epistemológicas se complementa con una diferente propuesta metodológica denominada transducción (Ibáñez, 1985) o abducción (Zavala, s/f), en donde la teoría y la realidad se encuentran en continuo diálogo y movimiento, ajustando las estrategias de investigación a los retos que se presentan en el proceso, pero sobre todo negando la separación entre conocimiento científico y sentido común, y reconociendo las intersecciones que se producen en todo momento y lugar de la investigación.

2. La *geografía humana* estudiando la percepción y representación del espacio; la *historia*, interesada en el registro temporal del acontecer humano; la *economía*, interesada en la producción y diversificación de bienes y recursos; la *ciencia política*, concentrada en el estudio del poder en la sociedad y su consecuente relación con las instituciones de gobierno; la *sociología*, dirigiéndose al análisis de las relaciones e interacciones sociales; la *antropología social*, centrandó su atención en la cultura; y la *psicología social*, interesada en la comprensión de la conducta humana.

Rolando García sintetiza dos importantes críticas de Piaget al Círculo de Viena, las cuales se relacionan particularmente con su dificultad para resolver la tensión entre la tradición empirista y racionalista que alimentaron al positivismo lógico, así como a su dificultad por separarse definitivamente del apriorismo que tanto criticaron de la metafísica.

[...] el empirismo lógico no establece una división dentro de la filosofía: simplemente, se limita a amputar la filosofía declarando «sin sentido» toda proposición que no tenga directa o indirectamente un referente empírico [...]. En segundo lugar [...], el empirismo lógico viola sus propios principios al no haber podido ofrecer nunca una validación empírica de sus tesis empiristas, con lo cual, paradójicamente, termina cayendo en el campo de la filosofía especulativa [García, 1997: 36].

En los años ochenta «la universalidad» y «objetividad» de la investigación social continuaría siendo cuestionada más como producto del eurocentrismo y del predominio de las relaciones de colonización en las que el mundo se había desarrollado, primero a través del ejercicio de la fuerza y, posteriormente, con la difusión y práctica del discurso modernizador con el que muchos países emprenderían sus procesos de conformación político-social.

El discurso posestructuralista, los estudios de género y la propuesta posmoderlista se encargaron de elaborar diversas críticas sobre la forma en la que los actores sociales expresaban de manera independiente a la estructura social y, por lo tanto, a las leyes sociales, la subjetividad de sus acciones generando prácticas socio-espaciales diferenciadas por género, clase y raza. A finales del siglo XX ya no era posible limitar la explicación del comportamiento de las sociedades con el discurso racionalizador y universalizante de la modernidad. La llegada de la posmodernidad implicó la crítica a un meta-discurso unificador de la realidad social, así como una argumentación más explícitamente a favor de la relatividad del conocimiento y de la acción y, por lo tanto, en defensa de la heterogeneidad. Aunque en gran medida el posmodernismo coincidía con la apertura del posestructuralismo y los estudios de género, sobre la diversidad de formas de organización social, su énfasis en el relativismo de las prácticas sociales diferente al relativismo epistemológico que concibe al conocimiento como un proceso en construcción, provocó importantes debates en torno a la responsabilidad ético-política de la acción social, en un contexto en donde el neoliberalismo, definido por la libertad de mercado, se encontraba en su mayor apogeo mediante la denominada globalización.

Estas últimas tres vertientes del pensamiento social contribuyeron a la crítica de los principios epistemológicos del positivismo que, en gran medida, guiaron a la modernidad. De manera indirecta, favorecieron la realización de investigaciones interdisciplinarias en ciencias sociales, al articular el trabajo de varias disciplinas en busca de un mismo objeto de estudio, dando lugar a una propuesta de investigación diferente a la interdisciplina positivista, que unificaba en el aspecto teórico-metodológico pero que fragmentaba el objeto de estudio y dificultaba el conocimiento de la realidad en su conjunto.

La llegada de los Estudios Culturales y los Estudios de Complejidad son expresión del cambio en las Ciencias Sociales, en donde los principales ejes de análisis que habían guiado el pensamiento occidental, tales como: la relación universalismo vs. particularismo, objetivismo vs. subjetivismo, estructura vs. sujeto, las partes vs. la totali-

dad, fueron cuestionados dando lugar a una visión más dialéctica y compleja de la realidad. Desde los Estudios Culturales, el tema de la cultura es el eje de la reconstrucción teórica de las diversas tradiciones que habían debatido sobre el tema. Por parte de los Estudios de Complejidad, los conceptos de organización, interacción, totalidad, autorregulación y diferenciación abrieron un amplio abanico de discusiones no sólo sobre las formas en las que se explicaba la realidad sino también sobre la forma de investigarla (Sotolongo, 1995; González, 2004b: 52).

Ante las formas tradicionales de análisis de la cultura como suma y descripción de formas de vida y la búsqueda de las estructuras que le daban sentido a estas prácticas, los fundadores de los Estudios Culturales analizaron la historia de la cultura de la clase obrera (E.P. Thompson), propusieron una relación de unidad entre la cultura y la sociedad (Williams) y estudiaron el papel del lenguaje en la conformación del significado (Hagget), todo ello para dar lugar a una propuesta de interacción entre patrones y prácticas culturales que impulsaría una visión, en donde el problema de la determinación por parte de la estructura ya no sería el tema relevante de explicación de la relación entre los sujetos y las normas culturales (Hall, 1994).

La tradición marxista también participa en esta nueva propuesta teórica y las primeras aportaciones en el debate de la cultura provendrían de Gramsci y Althusser. En el caso de Gramsci, el concepto de hegemonía cultural significó el cuestionamiento más serio a la relación mecánica entre estructura y superestructura, que habían concebido los militantes comunistas europeos influenciados por el estalinismo de la época.

El concepto de ideología sería otro elemento que recibiría un tratamiento completamente distinto entre las propuestas sobre el estudio de lo cultural. Althusser cuestiona el carácter peyorativo que Marx le había otorgado a la ideología como «falsa conciencia» y continúa una línea de confluencia que ya habían iniciado el culturalismo y el estructuralismo de Lévi-Strauss, al rescatar a la cultura de la sobredeterminación económica. La presencia del concepto «ideología» en el estudio de lo cultural formaría parte de la herencia marxista que los Estudios Culturales continuarían desarrollando en el análisis del poder en la construcción de los patrones culturales.

Con estas dos importantes contribuciones marxistas, los Estudios Culturales que venían constituyéndose con las aportaciones de Williams y Thompson, adquirirían una nueva perspectiva bajo la dirección de Stuart Hall, quien discutiría con el estructuralismo de su época y cambiaría la visión humanista del sujeto que había predominado en las propuestas originales, por una concepción de un sujeto inmerso en una práctica político cultural (Castro-Gómez, s/f). El estudio de la cultura ya no se circunscribe solamente al estudio de los valores de la clase obrera y de la interrelación entre conciencia social y conciencia de clase, sino que se convierte en un mecanismo de dominación o resistencia.

En la discusión de los Estudios Culturales con las propuestas del estructuralismo y del marxismo, el estudio de la cultura adquiere una evidente vinculación con la economía política, situación que cambia en el proceso de organización de los Estudios Culturales en Estados Unidos, en donde la veta del pensamiento marxista es nuevamente sustituida por el regreso de una visión humanista del sujeto impulsada por varios de los principales promotores del pensamiento posmoderno, entre ellos, Baudrillard, Lyotard y Derrida. Una excepción al caso norteamericano será la propuesta de Frederic Jameson, quien continuaría desarrollando y analizando la interrelación entre capitalismo, ideología y cultura.

Otra importante vertiente de la teoría social marxista que contribuyó al estudio de la cultura y, en particular, al funcionamiento de la misma en el capitalismo tardío fue la Escuela de Frankfurt. Las preocupaciones y formas de análisis de la relación entre capitalismo y cultura por parte de Adorno, Horkheimer, Benjamín y Marcuse se ubican en un contexto de profunda reestructuración de la lógica de funcionamiento económico del capitalismo, en donde el consumo adquiere un papel más predominante que el mismo proceso de producción que lo constituye. La cultura se convierte en mercancía y en uno de los ejes fundamentales del consumo de las sociedades de masas, el cual parece controlado por los medios de comunicación al servicio del capitalismo (Muñoz, 1995: 68). La relación Sociedad de Masas y Cultura de Masas se convierten en elementos interdependientes que conforman parte fundamental de la Industria Cultural. «El concepto, pues, de industria cultural parece crucial en este enfoque y resulta de una gran complejidad (que a veces roza la oscuridad) por las dimensiones que pretende abarcar: hace alusión tanto a aspectos técnicos de la producción cultural como a procedimientos económico-políticos de dominación, tanto a las formas de circulación de la cultura como a los efectos de sus mensajes» (Ariño, 1997: 154).

En su constante crítica a la cultura de masas y a los medios de comunicación que la fomentaban, la Escuela de Frankfurt elaboró una dicotomía hoy fuertemente criticada entre «alta cultura» y «cultura de masas». Ante la añoranza que mostraban por las expresiones culturales únicas e irrepetibles, que eran prácticamente inaccesibles a la mayoría de la población, y el desprecio por la reproducción técnica de objetos de arte que se volvieron más accesibles para el consumo masivo, los miembros de la Escuela de Frankfurt establecieron una falsa división entre las formas de expresión cultural de las diversas sociedades. Esta división se tradujo en una visión apocalíptica de la cultura de masas, en donde se manifestaba la degradación del buen gusto, la desaparición de la creatividad y el predominio del interés económico, en oposición a una visión integradora en donde la cultura de masas a fin de cuentas reconoce el papel estratégico que tienen las masas en la producción y reproducción del arte (Muñoz, 1995).

Ante esta disyuntiva, los Estudios Culturales no sólo rechazan adscribirse a alguna de las dicotomías mencionadas, sino que proponen analizar más críticamente los supuestos de ambas propuestas. En este sentido, dos de las críticas más importantes a la Escuela de Frankfurt son; 1) su dificultad de ubicar históricamente los cambios en las formas y preferencias culturales, situación que los ubica en una continua añoranza del pasado burgués; y 2) una visión maniquea de los sujetos que conforman la audiencia, considerando a esta última una caja vacía que sólo percibe señales de manera incondicionada sin posibilidad alguna de reflexionar, criticar y contextualizar los mensajes recibidos. Las críticas que se derivan hacia los integracionistas se pueden sintetizar en la falta de interés en el estudio de las implicaciones ideológicas y políticas de los mensajes y contenidos mediáticos (Ariño, 1997).

Algunos de los ejes analíticos que dieron forma a los Estudios Culturales, no sólo generaron nuevas formas de conceptualización de la cultura, sino del proceso de construcción del conocimiento también. En primera instancia, el cuestionamiento de la existencia de un elemento sobredeterminador de la cultura, no solamente logró dar un peso específico al estudio de la misma, sino contribuyó a concebirla como un proceso estructurante y estructurador de la acción social, en donde la búsqueda de elementos determinadores desaparece en la conformación del conocimiento (Ariño, 1997).

Junto a esta visión estructurante/estructuradora de la cultura se resuelve la dicotomía entre objetividad/subjetividad ampliamente difundida por la propuesta positivista y cuestionada por la sociología del conocimiento a través del giro sociológico (también conocido como giro heurístico y cultural), en donde se rechaza la posibilidad de conocer la realidad en sus propios términos sin la intervención de un sujeto histórica y socialmente constituido. El resultado es la resolución de la oposición entre estructura y agente, en donde se elabora una visión del sujeto social en continuo proceso del ejercicio de su agencia en interrelación con la estructura social que posibilita y constriñe su acción de manera simultánea.

Así, los Estudios Culturales abordan la realidad desde una propuesta teórico-metodológica en donde las partes vuelven a conformar un todo que no requiere de elementos sobredeterminadores y que reconocen a un sujeto social inmerso en la batalla política e ideológica por la dominación en diversos ámbitos de la praxis social.

Por otra parte, los Estudios de Complejidad también han contribuido de manera fundamental al cuestionamiento del universalismo y determinismo de la lógica cientifista defendida por el positivismo y el neopositivismo. El anhelo de la física moderna de negar la importancia de la temporalidad, condición básica para el conocimiento universal, se derrumbó ante el descubrimiento de sistemas dinámicos inestables que podían explicarse con base en la probabilidad y no en la certidumbre (Laszlo, 1997; 9-11). La existencia de los sistemas inestables no eliminó el reconocimiento de realidades conformadas por sistemas estables susceptibles de descifrarse a través de leyes universales, pero sí cuestionó la visión de una naturaleza pasiva incapaz de autoorganizarse y por lo tanto de cambiar en el tiempo. «Más bien, un sistema lejos del equilibrio es la expresión de una «flecha de tiempo» cuyo papel es esencial y constructivo. En un sistema de ese tipo el futuro es incierto y las condiciones irreversibles. Por lo tanto, las leyes que podemos formular solamente enumeran posibilidades, nunca certezas» (Wallerstein, 1999, 68).

Con base en este crítica fundamental a la diferencia que había justificado la división entre los fenómenos naturales y sociales, los estudios de Complejidad inician una tarea de investigación que también ha contribuido de manera estratégica al resquebrajamiento de los compartimentos disciplinarios, y aunque en muchas ocasiones ha provocado el regreso a viejos esquemas biologicistas en la explicación de los procesos sociales, también ha despertado una gran creatividad en la discusión teórica que fomenta la conformación de una *nueva perspectiva interdisciplinaria* que da lugar a la transdisciplina. «La categoría de los sistemas complejos planteó, a un nivel teórico más general y abstracto, el estudio de la interdisciplina como complejidad, y el de los nuevos sistemas auto-regulados y abiertos como sistemas en los que la descripción, explicación y construcción no se definen en las formas deterministas o probabilísticas del pasado sino por interacción de los componentes» (González, 2004b: 70). La transdisciplina no solamente explicita los elementos ontológicos y epistemológicos del proceso de conocimiento en general (eliminando las separaciones entre Ciencias Naturales y Sociales), sino que en este proceso de visualización de los diferentes niveles de realidad que caracterizan a los objetos de estudio, se recrean de manera diferente las formas de conocer y acceder al objeto de estudio, de alguna manera transformándolo también. En el proceso de conocimiento transdisciplinario ya no sólo el conocimiento es reelaborado sino los agentes del proceso de conocimiento también cambian, esto significa que se produce una transformación de actitudes sociales, una diferente visión del mundo,

en donde la apertura y el cuestionamiento no permiten el predominio de una sola explicación o perspectiva. Nuevamente la relación entre conocimiento y valores se vuelve explícita en la relación entre individuos especializados en el conocimiento, de éstos con respecto a la gente común y de los especialistas con el mundo en que viven.

Al comprender que todos los objetos de estudio ya no pueden continuar estudiándose de manera fragmentada y aislada, porque la realidad se caracteriza de una dinámica procesual conformada en redes de diferentes niveles, la propuesta transdisciplinar se enfoca en la dinámica producida por la interacción de las diversas realidades, proporcionándonos una visión holista contextualizada por el tiempo y el espacio desde donde se conoce. La investigación transdisciplinaria en términos del trabajo metodológico se convierte en producto de un continuo proceso de negociación entre la conformación del objeto de estudio y los métodos para abordar al mismo (Zavala, s/f).

Por medio de la analogía con los sistemas naturales, los estudios de complejidad ayudan a entender la estructura disipada e indeterminada del capitalismo, abriendo nuevas formas de comprensión de lo político y de la misma praxis. «En el proceso mismo de elaboración teórica aparecen analogías entre las ciencias de la materia, las ciencias de la vida y las ciencias humanas; se descubren isomorfismos o formas parecidas que se dan en la materia, en la vida, en la sociedad» (González 2004b: 52). En oposición a las persistentes visiones conscientes e inconscientes de la presencia global del capitalismo como una estructura determinante del destino de la humanidad, los estudios de complejidad se unen a las propuestas críticas que también han desarrollado los Estudios Culturales y los críticos del pensamiento único, para analizar al capitalismo como un sistema complejo en continuo funcionamiento entre la autorregulación y la incertidumbre, pero sin ningún fin o destino último ni mucho menos como un camino definido por algún grupo social en particular (González, 2004a).

En pocas palabras, la propuesta epistemológica de la complejidad, elimina de toda estructura social o biológica las explicaciones basadas en la existencia de un destino manifiesto o lógica inmanente y, por lo tanto, liberan de manera radical la praxis social y política de los actores responsables de la constitución de su vida cotidiana, expresada en diversas escalas de interacción social. Desde la perspectiva de la complejidad, encontramos actores (reflexivos e irreflexivos) libres de estructuras globalizadas determinadoras de su acción social y política. En otras palabras, el mismo capitalismo deja de estudiarse como un sistema lineal único, para concebirse como un sistema disipado, complejo y autoorganizado que vive en continuo desequilibrio. El cambio en la manera de comprenderlo implica y exige a su vez un cambio en la praxis política de aquellos que formamos parte de este sistema en continua transformación.

La comprensión de una manera diferente de explicar la realidad, nuestra relación con la misma y de lo que hemos denominado como capitalismo, también genera nuevos movimientos sociales disipados, coherentes e incoherentes en diversas coyunturas, con repuntes y silencios prolongados, sin logros alcanzados pero con triunfos que desequilibran al sistema en su conjunto, generando en un proceso interminable de procesos de autoorganización que mantienen vivo pero diferente al sistema social complejo.

Con una percepción más dinámica y compleja de la política no sólo es posible pensar un mundo diferente que exprese la fractalidad social que se esconde en los discursos de homogeneidad globalizadora, sino también encontramos un mundo de utopías autoorganizadoras de alteridades dispuestas a provocar continuos desequilibrios generadores de cambios, sin ninguna garantía sobre la dirección de los mismos pero

tampoco convencidos de la eterna existencia de los valores y formas de vida impulsados por el capitalismo (Sotolongo, 2002).

Con base en lo anterior, es posible afirmar que uno de los ejes analíticos comunes que influyen en los Estudios Culturales y a los Estudios de Complejidad, es la propuesta constructivista del conocimiento, en donde el conocimiento no se define como un estado sino como un proceso. «Según, la tesis constructivista, la “interacción” comienza con la acción del sujeto sobre el objeto. A partir de allí se puede hablar de interacción, y de “datos” que proveen los objetos y que el sujeto organiza al mismo tiempo que organiza sus propias acciones» (García, 1997: 19).

Con más de medio siglo transcurrido, las ciencias sociales del siglo XXI cuentan con una enorme diversidad y riqueza teórico-metodológica que ha permitido proponer nuevas formas de explicarse la realidad social, con una epistemología de segundo orden que se caracteriza por: *a*) la incorporación del sujeto como elemento constitutivo del proceso de conocimiento de la realidad; *b*) una visión del concepto de verdad como un proceso socio-históricamente constituido y por lo tanto relativo, esto es en constante cambio; *c*) un acercamiento entre las formas de conocimiento cotidiano y la investigación científica; y *d*) finalmente, una mayor preocupación por la comprensión de la realidad como un todo organizado y en continua interacción que no puede comprenderse de manera aislada y fragmentada.

Los cambios que estas propuestas producen en las formas de enseñanza e investigación son un enorme reto a los centros de Educación Superior que tradicionalmente se han interesado más por la definición de lo que se debe aprender en lugar de priorizar el proceso de *aprender a aprender* (González, 2004: 28). Con la elaboración de este libro intentamos contribuir en la construcción de un pensamiento relacional y, por lo tanto, conocedor de las múltiples interrelaciones que existen en las Ciencias Sociales.

En este sentido, considerando la relevancia del conocimiento interdisciplinario y transdisciplinario que se genera en el «campo de acción» de las Ciencias Sociales, este libro es producto de los debates y discusiones generados en una de las Jornadas de Sociología de la UAM-Iztapalapa, bajo el título de «Ciencias Sociales e Interdisciplina», evento organizado por la Coordinación de la Licenciatura en Sociología de la misma unidad académica, conjuntamente con los profesores responsables de esta publicación. Los trabajos que se discutieron y que aquí se presentan fueron organizados en tres grandes apartados; el primer apartado se denomina «Un ejercicio teórico interdisciplinario aplicado en Ciencias Sociales», donde se reúnen trabajos que muestran, desde distintos puntos de partida, los debates teóricos que han obligado a las Ciencias Sociales a estar en continuo diálogo. El segundo apartado, denominado «Espacio, Sociedad y Prácticas Sociales», reúne una serie de trabajos que tienen como elemento común el interés de incorporar el tema espacial en la construcción de una visión inter y transdisciplinaria de las ciencias sociales. El tercer apartado se intitula «El estudio de las identidades sociales desde una perspectiva interdisciplinaria» y agrupa aquellos trabajos que desde una perspectiva muy actual debaten el tema de la identidad como uno de los importantes ejes de reflexión de la relación sujeto y estructura en las Ciencias Sociales.

De lo anterior, debe agregarse que los tres trabajos presentados en el apartado denominado «Un ejercicio teórico interdisciplinario en Ciencias Sociales», comparten el esfuerzo de los autores por elaborar un ejercicio teórico donde se evidencie claramente la importancia que tiene la convergencia de los diferentes saberes disci-

plinarios generados en las llamadas Ciencias Sociales; nuevos saberes basados en la necesidad de contar con un conocimiento integral que posibilite explicar de manera más precisa procesos, eventos y/o situaciones sociales, igualmente diversos, pero que requieren ser analizados a partir de una mirada más amplia y rica, teórica y metodológicamente hablando.

De esta manera, Rodríguez Aguilar elabora una interesante reflexión sobre la necesidad de un «diálogo» interdisciplinario entre los saberes de las distintas disciplinas que conforman las Ciencias Sociales. Diálogo que, según el autor, debe integrar y enriquecer el conocimiento generado, a partir de una multiplicidad de perspectivas, para explicar integralmente un evento social determinado. Así, Rodríguez Aguilar en «La necesidad del diálogo: una realidad política y disciplinaria» problematiza la forma en que podemos aproximarnos a conocer lo que acontece en el mundo contemporáneo, el cual se encuentra marcado por la lógica de la llamada «globalización» y se encuentra «empapado de la condición posmoderna». De esta manera, este autor caracteriza, en primer término, a la globalización y los efectos negativos y positivos inherentes a ella y, acto seguido, analiza detalladamente el tema de la postmodernidad. Hecho lo anterior, conforma el binomio globalización-postmodernidad el cual, según Rodríguez Aguilar, ha dado origen a la aparición de un «multiculturalismo colonizador... de las culturas locales... sin echar raíces en ninguna cultura en particular», y cuyo fin es imponer una visión universalista que se encuentre libre de enfrentar cualquier tipo de obstáculos. Por tanto, explicar los efectos de este multiculturalismo colonizador se vuelve un reto para las Ciencias Sociales contemporáneas como la historia, la antropología, la sociología, la ciencia política y la economía, pues dichas disciplinas —de acuerdo al autor— son las más directamente involucradas para analizar, interdisciplinariamente, el impacto social, económico, político y cultural generado por el binomio globalización-postmodernidad y, de esta manera, concluye el autor, se tendrá una mejor comprensión de lo que acontece en el mundo contemporáneo.

En «Simulaciones computacionales en problemas de Ciencias Sociales», Mansilla advierte que en un mundo globalizado las «...Ciencias Sociales están llamadas a jugar un papel de primera magnitud en la preservación de las conquistas de la humanidad y de la existencia misma de nuestra civilización», pues gracias a su conocimiento integral puede ayudar a «la comprensión de la enmarañada red de relaciones económicas» que impactan a las sociedades globalizadas modernas. De esta manera, las Ciencias Sociales, de acuerdo al autor, están utilizando las computadoras para generar «...una suerte de realidad virtual donde los escenarios sociales bajo estudio son replicados por poblaciones de agentes computacionales», aunque el autor reconoce la dificultad para analizar los eventos sociales en «condiciones de laboratorio estrictamente controladas como es posible hacerlo en la Física, Biología y Química». A pesar de lo anterior, Mansilla es optimista y enfatiza que «Es muy difícil (pero no imposible) incorporar la emoción, inspiración e intuición a modelos descriptivos o predictivos de la realidad». De esta manera, y poniendo como ejemplo los modelos basados en ecuaciones diferenciales que han empezado a ser utilizados en disciplinas como la Economía donde han dado buenos resultados, el autor señala que si bien es cierto que tales resultados no pueden generalizarse a las otras ciencias sociales, sí debe considerarse que la posibilidad de *simular* los procesos de una realidad social a estudiar, potencializaría un mayor conocimiento en las diferentes disciplinas sociales y con ello «profundizar el conocimiento en una determinada rama» al tiempo de permitir conocer «...que fenómenos y

procesos pertenecientes a ramas del saber muy alejadas comparten modelos computacionales muy parecidos». Lo anterior «ha permitido tender puentes de investigación interdisciplinaria entre ramas del saber tan disímiles como Economía y Física, Sociología y Mecánica Estadística, por sólo citar dos ejemplos».

Por último, «La perspectiva “Curso de vida” como eje interdisciplinario en la investigación sociodemográfica, en la “nueva” formación familiar mexicana», de Gutiérrez y Valladares, es un interesante trabajo teórico práctico que muestra cómo la sociología y la demografía se conjuntan para dar vida a la denominada *Perspectiva Curso de Vida*. Perspectiva sociodemográfica que posibilita un análisis detallado de las «trayectorias» y «transiciones» de vida individuales, familiares, de «cohortes» generacionales o grupos de personas que comparten eventos sociales (en la amplitud del término) y demográficos dentro de una sociedad específica y por ello son susceptibles de ser analizadas sociológica, demográfica e históricamente, incluso en dicho análisis pueden ser incorporados elementos explicativos de corte biológico y psicológico. Por tanto, Gutiérrez y Valladares dejan en claro que, con la convergencia disciplinar anotada, la perspectiva «curso de vida» se alza como una perspectiva analítica eminentemente interdisciplinaria teniendo como potencialidad teórica, explicativa y práctica el reconocimiento de la multidimensionalidad de las «transiciones» que marcan a los individuos, familias o grupos. Así, Gutiérrez y Valladares agregan que las transiciones en que se encuentran inmersos individuos, familias o grupos «...ocurren a lo largo de varios años y está(n) marcada(s) por una serie de eventos demográficos que indican cambios en los roles asociados con el sistema de estratificación por edad» y que además «...se encuentran reconocidos y sancionados por la sociedad». Los autores terminan su trabajo mostrando una aplicación práctica de dicha perspectiva en lo que denominan «el caso mexicano», con la finalidad de indicar el impacto que factores sociales como el nivel de escolaridad y el lugar de residencia tienen sobre la aparición de transiciones sociodemográficas como la «entrada al matrimonio» y la «entrada a la maternidad», y así poder aproximarse a explicar el cómo se está llevando a cabo la «nueva» formación de familias en México.

Por su parte, los trabajos que se reúnen en el apartado denominado «Espacio, Sociedad y vida cotidiana» comparten la preocupación de la incorporación y comprensión del espacio en el entramado de las relaciones sociales que se llevan a cabo en diversas formas y tiempos de la actividad social. Así, los dos primeros trabajos proporcionan un antecedente teórico-metodológico sobre el tratamiento del espacio en las Ciencias Sociales, su vinculación interdisciplinaria en el proceso de explicación de los procesos sociales y los nuevos retos que implica el anhelo de comprensión de las sociedades de principios del siglo XXI. En un segundo momento, Lindon Villoria analiza con detalle la incorporación del tema espacial en las prácticas sociales de los habitantes del Valle de Chalco.

En este sentido, el trabajo de Rosales Ortega proporciona un panorama general sobre las discusiones epistemológicas que produjeron la separación del «espacio» en la explicación de los procesos sociales y, en consecuencia, dificultaron el desarrollo de una visión interdisciplinaria en las Ciencias Sociales. Para la autora, el predominio del estudio de la temporalidad de la acción social, no fue ampliamente discutido sino hasta la llegada de la propuesta posmoderna con el cuestionamiento de la *a-espacialidad* de los procesos sociales, así como la existencia del predominio de un discurso abarcador de la explicación de la realidad social. Rosales señala que en el

debate sobre las implicaciones sociales y políticas del discurso posmoderno, algunos autores como Edward Soja y Zygmunt Bauman coinciden en reconstruir las vinculaciones espaciales y culturales que se encuentran en las relaciones cara a cara para resaltar la responsabilidad social y política que existe en la convivencia de las sociedades cada vez más plurales.

El trabajo de Aguiluz Ibargüen desarrolla con mayor detalle los múltiples caminos de interrelación que han existido entre el espacio y la cultura como elementos constitutivos de la acción social. El cuidado con el que se ilustran las diversas coincidencias que se han producido en variadas disciplinas para explicar la interrelación en el *lugar* donde se producen las prácticas sociales, convierte a este trabajo en una excelente exposición del papel del *espacio* en las ciencias sociales. En este capítulo, Aguiluz no solamente descubre ante sus lectores los imbricados caminos por los que la espacialidad ha transcurrido en estrecha interrelación con la antropología, la sociología y la historia, sino también busca resaltar el carácter creador y productor del ejercicio de la imaginación social en la conformación de fronteras nacionales, espacios de representación, espacios memoriosos y espacios porosos, elementos constitutivos de la acción socialmente espacializada. Asimismo, para la autora el tema de las escalas resulta ineludible, ante las múltiples interrelaciones que cada día se presentan más evidentes entre las formas de apropiación del cuerpo, la moda, el consumo, la organización del trabajo y las relaciones sociales, elementos vinculados de manera dinámica espacial y socialmente.

Por su parte, Lindón Villoria reflexiona sobre el carácter interdisciplinario del espacio, como elemento constitutivo de la acción social, proceso indispensable para recuperar la relación que la modernidad ha intentado desdibujar entre el *ser* y el *estar*. La autora esclarece la interrelación entre el ocupar un lugar físicamente, como es el caso de ocupar una vivienda y el organizar el presente e imaginar el futuro en la utilización de un hogar, de una casa. En la exposición del trabajo el término vivienda se asimila a la noción de espacio homogéneo tradicionalmente utilizado por la percepción física y de ubicación de un objeto, mientras que el hogar o la casa detonan la carga subjetiva con la que los agentes sociales viven, se apropian y sueñan su existencia. Después de realizar una clara exposición sobre la relación entre el lenguaje y la percepción del espacio, la autora analiza las percepciones que los habitantes de la periferia urbana de Chalco tienen sobre el lugar que habitan, así como las formas presentes, imaginadas y futuras de apropiación de su entorno.

Puede decirse, entonces, que en su conjunto, estos trabajos no sólo buscan resaltar el papel del espacio en la constitución de la acción social, sino contribuir en la construcción de una perspectiva transdisciplinaria con la cual se pueda abordar la complejidad que caracteriza a los procesos sociales.

En el tercer y último apartado, denominado «El estudio de las identidades sociales desde una perspectiva interdisciplinaria», se presentan cuatro trabajos que giran en torno a la discusión que se ha generado sobre el problema de la identidad social. Desde dos disciplinas actualmente preocupadas por el estudio de las identidades sociales y distintos ángulos de interés académico, estos trabajos resumen de alguna manera las principales ideas que se gestaron durante el siglo XX, pero que tienen profundas raíces en el siglo XIX, sobre las formas y los procesos mediante los cuales, las personas logran integrarse en grupos. De ahí que el eje principal de la discusión se centró sobre los conceptos de individuo y colectividad.

En este sentido, los espacios teóricos en los que se da esta discusión tienen como telón de fondo inicial la constitución de disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología social, que buscan, en principio, definir su objeto de estudio específico y deslindar los terrenos de investigación que a cada una de ellas correspondía en esas primeras etapas, pero que a finales del siglo XX da paso a un nuevo escenario en el cual las disciplinas empiezan a buscar la articulación de sus fronteras, en un afán por constituir un conocimiento más completo, menos rígido y más abierto que permita la formulación de nuevos problemas de investigación y nuevas formas de organización del trabajo científico dentro de estas disciplinas. Estas discusiones han sido el preámbulo de lo que podemos considerar el trabajo interdisciplinario en la ámbito de los estudios sobre la identidad o identidades sociales.

Así, en primer lugar, el trabajo de Ortiz Lachica, quien desde una perspectiva psicológica, presenta un análisis detallado del concepto de identidad que está presente en los trabajos de Erik Erikson, uno de los principales estudiosos de la identidad, en su opinión. En su trabajo destaca la presencia de elementos o «funciones que tradicionalmente no son consideradas psicológicas», como él mismo señala. Así, las identificaciones e introyecciones se constituyen como la base o arsenal con la que el sujeto construye su identidad. El autor también pone de relieve la idea de Erikson de que la identidad no es algo estático, pues en la experiencia de ser uno mismo, durante toda la vida se siguen incorporando nuevas identificaciones e introyecciones, por lo que la identidad se sigue remodelando. Esto lleva a Ortiz Lachica a concluir que la identidad determina la forma en que organizamos nuestra experiencia presente, pues está implícita en cada uno de los actos que realizamos durante nuestra vida cotidiana.

A continuación, Contreras y Saldívar proponen una revisión crítica de las elaboraciones que sobre la identidad o identidades se han hecho desde la Antropología, la Sociología y la Psicología Social. Ellos destacan la idea de que los primeros desarrollos teóricos sobre la distinción entre *individuo* y *grupo* se polarizaron. Por una parte, los autores señalan que había orientaciones teóricas sustentadas en un modelo de ser humano que tendía a ser pasivo y era visto como un mero receptor o vehículo de los mandatos colectivos; en el lado contrario —sostiene— los intentos por subsanar esa deficiencia teórica muchas veces desembocaron en un voluntarismo a ultranza o bien en la construcción de individuos desconectados de las condiciones sociales de producción de socialidad. Mediante una revisión sucinta de las concepciones principales de algunos autores que han puesto en boga el tema de la identidad, Contreras y Saldívar muestran con claridad cuáles son los aspectos problemáticos que presenta su conceptualización y, sobre todo su utilidad en el análisis social, pero también ponen de relieve la importancia que han tenido los aportes teóricos que desde las distintas disciplinas sociales se han hecho al estudio de las identidades.

El trabajo que presenta Bautista López propone que la discusión debe ir más allá de los límites individuales de la identidad. De esta manera, la autora explora más hacia la parte colectiva de la constitución de las identidades. Para ella es fundamental abordar críticamente la distinción entre lo colectivo y lo individual, y esto la lleva a expresar una conceptualización desde una óptica psicosocial en la que lo identitario se encuentra fundamentalmente en los grupos sociales específicos, renuentes a abandonar prácticas culturales que surgen de un pasado remoto y que se mantienen dentro de la vida moderna. Su perspectiva analítica descansa en su preocupación por buscar «explicaciones alternativas a la ocurrencia simultánea de conductas colectivas y movimientos

sociales importantes y la defensa irrestricta del derecho individual del ciudadano, por una "vida mejor".

Finalmente, en el trabajo de Torres Franco se encuentra una reseña muy específica sobre la manera en que se ha ido entretejiendo una nueva conceptualización sobre las identidades sociales. Sobre un entramado de conceptos originalmente derivados desde la psicología, Torres describe cómo se van articulando elementos sociológicos hasta consolidarse en un redefinición de la identidad que se sustenta en un concepto más dinámico, e incluso podríamos decir más dialéctico, de la socialización. Destaca en su trabajo el modelo de Dubar, que se centra en la idea de que la identidad se construye mediante un proceso de socialización que se da en contextos socialmente estructurados, en los que el individuo realiza de manera cotidiana un proceso de doble transacción, consigo mismo y con los otros, a fin de establecer en cada momento de su vida quién es y, de esta manera, orientar su acción social.

Como puede observarse, en este tercer apartado se presentan diversos trabajos que abordan desde distintos enfoques y desde diferentes perspectivas el análisis de las identidades sociales. La revisión de distintos materiales, la presentación de diferentes maneras de argumentar el abordaje de su estudio, y las distintas opciones metodológicas que de ello resultan, hacen pensar en una especie de caleidoscopio que a partir de los mismos elementos presenta diversas configuraciones, abriendo un espacio para la discusión teórica y metodológica sobre una de las problemáticas más importantes de las ciencias sociales, que es el de la distinción entre individuo y colectividad.

Finalmente, con el trabajo denominado *Convergencia disciplinar y Ciencias Sociales*, elaborado por el Rector de la UAM-Iztapalapa, Dr. José Lema Labadie, los coordinadores de este trabajo sintetizan algunas de las preocupaciones comunes que en términos teóricos se debatieron y que, a su vez, exigían alguna reflexión en torno a la estructura organizativa de nuestra universidad, reconociendo las limitaciones de los objetivos logrados hasta el momento pero, sobre todo, detectando los retos que deberá enfrentar una universidad que esta comprometida a contribuir desde la investigación básica y aplicada al ritmo de cambio que la sociedad mexicana esta requiriendo.

Bibliografía

- ARIÑO, Antonio (1997), «Las teorías de la cultura de masas», en *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad*, Ariel, Barcelona, pp. 147-175
- AYER, A. J. (comp.) (1981), «Introducción», *El Positivismo Lógico*, FCE, México, pp. 9-34.
- CAPRA, Fritjov (1999), *La trama de la vida*, Editorial Anagrama, Barcelona, España.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (s/f), «Althusser, los Estudios Culturales y el concepto de Ideología», *Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR*, de la Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá.
- DELGADO, Carlos (1999), «El cambio de racionalidad y la matematización del saber», *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, vol. 1, n.º 1.
- FOERSTER, Heinz Von (1998), «Por una nueva epistemología», *Metapolítica*, n.º 8.
- GARCÍA, Rolando (1997), «Introducción» en Rolando García (coord.), *La epistemología genética y la ciencia contemporánea*, Gedisa editorial, pp. 325
- GIDDENS, Anthony (1967), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, pp. 172.
- HALL, Stuart; WILLIAMS, Raymond; HOGGART, Richards; THOMPSON, Edward P. (1994), «Estudios Culturales: dos Paradigmas», en *Revista Causas y Azares*, n.º 1.

- HUGHES, John y WES, Sharrock (1999), *La filosofía de la investigación social*, Fondo de Cultura Económica, México, 502 pp.
- IBÁÑEZ, Jesús (1985), *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la Investigación social*, Siglo XXI, Madrid.
- (ed.) (1990), *La investigación social de segundo orden*, *Anthropos*, Suplemento 22, Octubre, Barcelona, España
- KENT SERNA, Rollin, Germán ÁLVAREZ, Mario GONZÁLEZ, Rosalba RAMÍREZ y Wietse DE VRIES (2003), *Cambio organizacional y disciplinario en las Ciencias Sociales en México*, Plaza y Valdéz, DIE, México, 257 pp.
- KUHN, T.S. (1986), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura, Breviarios, México.
- LASZLO, Ervin (1997), *La gran bifurcación. Crisis y oportunidad: anticipación del nuevo paradigma que está tomando forma*, Gedisa, Barcelona, 172 pp.
- MUÑOZ, Blanca (1995), «Las respuestas críticas: Inicios. La «primera generación» de la Escuela de Frankfurt y la teoría estético-crítica de W. Benjamín», en *Teoría de la Pseudocultura*, Editorial Fundamentos, Madrid, pp. 67-86.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (2004a), «El capitalismo entre el Orden y el Caos», material del curso La revolución contemporánea en el saber y la complejidad social: Hacia unas Ciencias Sociales del nuevo tipo, Campus Virtual de CLACSO (inédito).
- (2004b), *Las Nuevas Ciencias y las Humanidades. De la Academia a la Política*, *Anthropos*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 478 pp.
- SOTOLONGO, Pedro Luis (1995), «Epistemología, Ciencias Sociales y del Hombre y Salud», *Revista Ateneo OMS-MINSAP*, vols. 3-5, julio-diciembre.
- (2002), «Complejidad, globalización y estrategias de transición», trabajo presentado en la Sesión de la *Cátedra de Complejidad* en la Habana, dedicada a la temática de «Complejidad, Globalización, Formas de Propiedad y Vías de Transición».
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1996), *Abrir las ciencias sociales*. Comisión Gulbenkian para las Ciencias Sociales, S. XXI, México, p. 114.
- ZAVALA, Lauro (s/f), «La tendencia transdisciplinaria en los estudios culturales», en materiales del curso Los estudios culturales en Latinoamérica, Campus Virtual de CLACSO.

I

**UN EJERCICIO TEÓRICO INTERDISCIPLINARIO
EN LAS CIENCIAS SOCIALES**

1. La necesidad del diálogo: una realidad política y disciplinaria

Edgar F. Rodríguez Aguilar

[...] yo no existo para mí mismo [...] No soy yo quien mira desde el interior de mi mirada al mundo, sino que yo me veo a mí mismo con los ojos del mundo, con los ojos ajenos; estoy poseído por el otro [...] Desde mis ojos están mirando los ojos del otro. Todo lo que se refiere a mi persona, comenzando por mi nombre, llega a mí por boca de otros [...] Como el cuerpo se forma inicialmente en el seno materno, así la conciencia del ser humano despierta inmersa en la conciencia ajena [...] Una cultura ajena se descubre más plena y profundamente sólo a los ojos de otra cultura.

MIJAIL BAJTIN

Introducción

En el mundo contemporáneo, guiado por la lógica de la globalización y empapado de la condición postmoderna, el ámbito de lo social se ha visto transformado tanto en su dimensión empírica como en la teórico-académica.

En este ensayo se intenta construir un argumento que sostenga que tanto la condición postmoderna como la lógica de la globalización han posibilitado una serie de reflexiones que apuntan hacia la necesidad del diálogo —mas no la mera comunicación— como medio a través del cual, por un lado, se pueda *comprender* el mundo contemporáneo y, por otro, se pueda llegar a *convivir* dentro de él —y no sólo *coexistir*— a pesar de las diferencias culturales.

Aunque pudiera pensarse que el ámbito descriptivo, en el sentido de entender las condiciones actuales del mundo, y el prescriptivo, en el de las propuestas analíticas que se lleven a la práctica para hacer frente a esas condiciones, son distintos y están separados, realmente van de la mano, pues, como dice Wallerstein:

La lucha por el igualitarismo en la ciencia y en la sociedad no son luchas separadas [Wallerstein, 2001: 294].

En primer lugar se aborda, aunque de manera general, el tema de la globalización como hecho histórico y el de la postmodernidad como una condición de las sociedades contemporáneas, así como algunos cambios y problemas que éstos han traído en el campo cultural.

En segundo lugar se habla de la formación de las disciplinas humanísticas en el siglo XIX y los cambios que están comenzando a tener desde los años setenta, a los cuales hay que acudir si es que pretendemos entender la realidad actual.

Finalmente, se intenta establecer como una necesidad del mundo contemporáneo la intersubjetividad, tanto entre las ciencias, para comprender el mundo, como entre culturas, para convivir dentro de él. Ésta, como se propone, debe ser en términos dialógicos, es decir, de reconocimiento del otro, y de encuentros argumentativos con él con la pretensión de encontrar conjuntamente soluciones viables, tanto para avanzar en el problema del conocimiento como para hacerlo en el de la política.

I. Globalización y postmodernidad

a) Globalización

Un fantasma recorre Europa, decían Marx y Engels respecto a un fenómeno que se hacía presente en la mayoría de los países de ese continente: el comunismo de la segunda mitad del siglo XIX como fuerza clandestina destinada a oponerse a los efectos y la lógica del capitalismo (Marx y Engels, 1970: 21). Esta frase la toma ahora Ulrich Beck para referirse a un fenómeno que se hace presente en la mayoría de los países del mundo: la globalización (Beck, 1998: 132).

La globalización antes que cualquier idealización es un *hecho* y se presenta en distintos ámbitos y de maneras diferentes. Sin embargo, su ámbito de origen es el económico y, a partir de ahí, se ha dado el impacto del fenómeno en las distintas esferas de la sociedad. Pero no es un hecho que haya surgido de manera espontánea o a partir de voluntades malignas,¹ sino que ha sido parte de un largo proceso histórico en el que podemos ubicar como fuente importante el desarrollo del capitalismo en términos de modernización, acerca de la cual Berman dice lo siguiente:

[...] los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, que han cambiado nuestras imágenes del universo y nuestro lugar en él; la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos entornos humanos y destruye los antiguos, acelera el ritmo general de la vida, genera nuevas formas de poder colectivo y de lucha de clases; las inmensas alteraciones demográficas, que han separado a millones de personas de su hábitat ancestral, lanzándolas a nuevas vidas a través del medio mundo; el crecimiento urbano, rápido y a menudo caótico; los sistemas de comunicación de masas, de desarrollo dinámico, que envuelven y unen a las sociedades y pueblos más diversos, los Estados cada vez más poderosos, estructurados y dirigidos burocráticamente, que se esfuerzan constantemente por ampliar sus poderes; los movimientos sociales masivos de personas y pueblos que desafían a sus dirigentes políticos y económicos y se esfuerzan por conseguir cierto control sobre sus vidas; y finalmente, conduciendo y manteniendo a todas estas personas e instituciones a un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante. En el siglo XX, los procesos sociales que dan origen a esta vorágine, manteniéndola en un estado de perpetuo devenir, han recibido el nombre de «modernización» [Berman, 2000: 2].

Hemos hablado de modernización y no de modernidad dado que, si bien ambos procesos han avanzado juntos en el desarrollo de la sociedad desde hace algunos siglos, la relación entre ellas no es homogénea, pues ha existido una tensión entre las prome-

1. Al parecer esta es la percepción que de la globalización tienen algunos de los sectores más radicales que se oponen a ella, como es el caso de los llamados «globalifóbicos».

sas emancipadoras del proyecto moderno y las fuerzas excluyentes cada vez más salvajes que emanan de los procesos de modernización. Esta tensión estaba ya presente en la postura de Baudelaire, el primer gran crítico de la modernidad:

Baudelaire es perfectamente razonable al luchar contra la confusión entre progreso material y el espiritual, confusión que persiste en nuestro siglo y resulta particularmente visible en los periodos de expansión económica [*ibid.*: 137].

La globalización, como se mencionó, parte de estas bases, pues sin ellas no hubiera sido posible, y al parecer en las últimas décadas se ha presentado no como una fase superior de ellas sino, en todo caso, como su consolidación.

Hay al menos dos diferencias que atraviesan los momentos mencionados de origen de la globalización y las expresiones que ésta muestra en la actualidad. La primera diferencia es la existencia del Estado-nación como poder encargado de dirigir el presente y futuro de una sociedad. En el proyecto de la modernidad un elemento constitutivo fue la formación del Estado-nación como espacio político que en su interior generó toda una lógica de vida y una cultura que reafirmaba cada vez su identidad. Varios son los aspectos importantes necesarios para la formación de este espacio político y cultural: la delimitación de las fronteras que diferenciaban a un territorio de otros, a partir de la cual se establecían las relaciones comerciales; el establecimiento de una moneda o forma de pago que variaba de un territorio al otro; la especificidad de los productos que, de acuerdo con los recursos de cada uno, los territorios podían ofrecer en el comercio; y el monopolio de las rutas comerciales, entre otros. La segunda diferencia está en las formas de colonización, pues en la modernidad fueron grupos sociales dominantes claramente identificados los que sometieron a otros grupos, sobre todo para llevar a cabo la acumulación del capital.

La diferencia importante entre las formas contemporáneas de la globalización y las sociedades modernas, desde fines del siglo XVIII hasta, aproximadamente, las primeras siete décadas del XX, parten de las características del capital financiero en el mundo actual. Éstas, que sin duda alguna han posibilitado el nuevo orden global, son al menos dos: invisibilidad y carencia de patria.

Respecto a la primer diferencia —que se refiere al Estado-nación—, y de acuerdo a la invisibilidad del capital, tenemos que en las expresiones más actuales de la globalización los flujos de capital financiero han traspasado las fronteras territoriales dando libre paso a la actividad comercial, han demandado la existencia de una base única de valor como referente a partir del cual se puedan llevar a cabo las transacciones, se han establecido ciertos productos circulantes, denominados *comodities*, que no tienen ninguna especificidad territorial y, finalmente, ha desaparecido todo monopolio de rutas comerciales, dado que principalmente las transacciones se hacen a través de las redes de comunicación computarizada —en buena medida gracias a que el capital que se transacciona no existe físicamente.

Respecto a la segunda diferencia —que se refiere a la colonización—, y de acuerdo con la carencia de patria del capital, podemos decir, siguiendo a Zizek, que en un primer momento el capitalismo nacional era llevado a cabo a partir del comercio internacional; más tarde se expresó en las relaciones de colonización hasta que, en la actualidad, la colonización no proviene de parte de un Estado nacional sobre otros grupos ni de ningún grupo bien definido, sino de las empresas globales:

[...] con el funcionamiento multinacional del Capital, ya no nos hallamos frente a la oposición estándar entre metrópolis y países colonizados. La empresa global rompe el cordón umbilical que la une a su nación materna y trata a su país de origen simplemente como otro territorio que debe ser colonizado [Zizek, 1998: 171].

Aquí no discutiremos la relación entre neoliberalismo y globalización, simplemente la tomaremos como un hecho, pues parece evidente que ambos aspectos se encuentran en el momento de la reducción de las funciones del Estado para que la economía se mueva sin restricciones siguiendo la lógica de la oferta y la demanda y para que las inversiones queden liberadas de toda traba nacional y puedan fluctuar de un lado al otro sin mayores obstáculos.

Según Habermas, el Estado anterior a los años ochenta tendía a fomentar simultáneamente la integración social y la dinámica económica al tener la capacidad, por un lado, de llevar a cabo políticas distributivas y de subvenciones, así como de infraestructuras y empleo y, por el otro, de orientar la producción y distribución hacia el crecimiento, la estabilidad de precios y el pleno empleo.

Con el cambio de tendencia, que sobre todo está en el agotamiento del Estado social, se reduce el nivel de las prestaciones, se dificulta el acceso a los sistemas de seguridad social, aumenta la pobreza, la inseguridad y las distancias sociales entre los empleados y los que no lo son... Estas condiciones llevan al resquebrajamiento de la integración social a la que el Estado-nación había logrado llegar durante décadas (Habermas, 2000, I: 71-72). Como podemos ver, estas condiciones son parte del proyecto neoliberal pero, a su vez, son requerimientos de la sociedad global. Habermas menciona:

Empleo el concepto de «globalización» para la descripción de un proceso, no de un estado final. Este concepto caracteriza el creciente volumen e intensidad del tráfico, la comunicación y los intercambios más allá de las fronteras nacionales. De la misma forma que en el siglo XIX el ferrocarril, la navegación a vapor y el telégrafo hicieron más denso y más rápido el movimiento de bienes y personas, así como el intercambio de informaciones, así también hoy la técnica de satélites, la navegación aérea y la comunicación digital crean de nuevo redes más amplias y densas. «Red» se ha convertido en una palabra clave, tanto si se trata de una vía de transporte de bienes y personas o de flujos de mercancías, capital y dinero, como de la transmisión y elaboración electrónica de informaciones, o de la conexión entre el hombre, la técnica y la naturaleza. Una perspectiva de conjunto desvela tendencias globalizadoras en múltiples dimensiones. El término se usa para describir muchos fenómenos: tanto la extensión intercontinental de las telecomunicaciones, el turismo de las masas o la cultura de masas, como los riesgos, que traspasan todas las fronteras, que representan la gran técnica y el comercio de armas, o los efectos secundarios, que se extienden por todo el planeta, derivados de sistemas ecológicos explotados hasta sus límites, así como también la cooperación internacional de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales [Habermas, 2000, II: 90].

Con los elementos expuestos hasta ahora podemos ver que la tensión entre espiritualidad y materialidad que vislumbraba el pensamiento de Baudelaire puede encontrarse en las actuales condiciones del capitalismo transnacional. Sin duda alguna la globalización ha traído beneficios, de entre los cuales están la regulación del poder y la limitación de sus excesos por parte de organizaciones internacionales que prohíben y castigan prácticas violentas, catastróficas o antihumanas de grupos o individuos; la

posibilidad de la voz de grupos minoritarios en el escenario mundial y los apoyos internacionales que esto consigue, así como la posibilidad de tener acceso al conocimiento de otros mundos, ya sea mediante los cada vez más cortos, rápidos y cómodos viajes o mediante relaciones en la Internet. Sin embargo, tiene consecuencias muy desalentadoras: pérdida de la soberanía en las sociedades por la imposición de las reglas del juego de los flujos de capital para tener acceso en las redes de transacción internacionales; aumento de la pobreza y de las diferencias sociales, tanto de los países que no tienen las condiciones estructurales para competir a nivel internacional como de los individuos perjudicados por la conclusión de la asistencia social proveniente del Estado, entre otras.

Hay una característica de la globalización que es muy importante tomar en cuenta para entender su lógica de dominación. Una idea muy difundida a raíz de las primeras expresiones del fenómeno fue que los distintos grupos sociales, independientemente de su contexto cultural y territorial, se dirigían hacia un mismo modelo: el norteamericano. Si bien es cierto que la globalización lleva hacia la unificación de un mismo modelo económico, pues la internacionalización del capital financiero requiere que todos aquellos negociantes mundiales actúen bajo las mismas reglas y a partir de lenguajes idénticos, es claro que los países, tanto los afectados como los dirigentes del proceso de globalización, no se apropian de estas prácticas de la misma manera. Pero no sólo la manera de interpretar la lógica del capital no se dirige hacia un umbral homogéneo y unificador, sino que esa lógica en sí misma no presenta una forma única. El capital global es mucho más rico y abarcador, de lo contrario no tendría la capacidad de infiltrarse en todo tipo de contexto cultural por muy diverso que éste sea. Tiene la habilidad camaleónica de adoptar la forma cultural necesaria para ser bien recibido por los valores de las distintas localidades sin violentarlas por la imposición de los suyos. Zizek menciona:

[...] la forma ideal de la ideología de este capitalismo global es la del multiculturalismo, esa actitud que —desde una suerte de posición global vacía— trata a cada cultura local como el colonizador trata al pueblo colonizado: como «nativos», cuya mayoría debe ser estudiada y «respetada» cuidadosamente. Es decir, la relación entre el colonialismo imperialista tradicional y la autocolonización capitalista global es exactamente la misma que la relación entre el imperialismo cultural occidental y el multiculturalismo: de la misma forma que en el capitalismo global existe la paradoja de la colonización sin la metrópolis colonizante de tipo Estado-Nación, en el multiculturalismo existe una distancia eurocentrista condescendiente y/o respetuosa para con las culturas locales, sin echar raíces en ninguna cultura en particular. En otras palabras, el multiculturalismo es una forma de racismo negada, invertida, autorreferencial, un «racismo con distancia»: «respetar» la identidad del Otro, concibiendo a éste como una comunidad «auténtica» cerrada, hacia la cual él, el multiculturalista, mantiene una distancia que se hace posible gracias a su posición universal privilegiada [Zizek, 1998: 172].

Con esto quedan claras al menos dos cosas. Una es que la lógica del capital global, a diferencia de lo que se pueda pensar, no busca la homogeneización de las diferencias, sino el respeto de las mismas para que sus intereses sean recibidos de la manera más amable posible. La otra es que, así como ha habido una transformación en la constitución cultural de las sociedades a causa de los cambios introducidos sobre todo por la lógica del capital global, las expresiones de racismo también se han transformado,

pues, como dice Zizek, ahora no estamos ante una exclusión directa de los diferentes sino en su aceptación desde una posición universalista a la cual «las diferencias le son indiferentes», en el sentido de que no representan el menor obstáculo.

b) *Postmodernidad*

El tema de la postmodernidad es muy amplio y su rastreo nos podría llevar hasta la oposición del romanticismo a los imperativos de la Ilustración; a la crítica nietzscheana de la subjetividad moderna, sobre todo expuesta en el pensamiento kantiano; al desarrollo de conceptos como *Weltanschauung* (mundo de la vida), en la tradición que va de Husserl a Gadamer; y a los *juegos de lenguaje* de Wittgenstein; a la crítica heideggeriana a la historia de la metafísica a partir de la confusión que ésta ha tenido entre lo ente y el ser, o; a fenómenos como el de la masificación del arte. Dado que por ahora nos es imposible ocuparnos de esa construcción tan compleja, partiremos de la idea de la postmodernidad, como la caída de los metarrelatos y la aparición de una serie de lenguajes «inconmensurables»² entre sí. Estas características parecen pertinentes para definir a la postmodernidad, dado que si bien Lyotard las expuso refiriéndose sobre todo a las condiciones del conocimiento en el primer texto sistemático sobre el tema (1993), también las llevó al ámbito de las artes (1999) y al de la política (1996), además de los híbridos de distintos juegos de lenguaje presentes a principios de los años ochentas por el movimiento posmoderno en arquitectura (Anderson, 2000: cap. 2).

El ámbito que aquí nos interesa es el de la cultura, el cual tiene efectos para la política. Lo que la postmodernidad demuestra en el ámbito cultural es que se ha dado una desconfianza respecto de los metarrelatos propios de la modernidad occidental, que básicamente son la idea de una historia teleológica en cuyo fin está el progreso³ y la supremacía de la razón como parámetro a partir del cual el hombre podría emanciparse del dogma tradicional de la fe divina.⁴ Esta desconfianza ha traído como resultado el surgimiento de una serie de juegos de lenguaje distintos que, sobre todo, intentan reivindicar sus diferencias particulares. Así, se ha desenvuelto un auge de movimientos de minorías —étnicas, feministas, *gays*, estudiantiles— que piden ser reconocidas como tales ante la exclusión del gran proyecto emancipador de la Ilustración. Las luchas por la reivindicación de las diferencias han tenido su parte positiva: apertura laboral a las mujeres y mejores condiciones de trabajo, mayor reconocimiento de la diversidad racial, mayor tolerancia respecto de la diversidad sexual. Pero también han tenido su contrapartida, pues las voces de la postmodernidad han llevado a una situación de relativismo cultural tal que parece imposible, por un lado, juzgar a toda cultura ajena a la propia y, por otro, la posibilidad del diálogo intercultural. Esto ha sido así gracias a que la *diferencia* se ha vuelto una cuestión autorreferencial, en la que la verdad —igual

2. Utilizamos la palabra «inconmensurabilidad» para referir ese fenómeno al que la postmodernidad intenta llegar a partir del carácter situado de la razón. Sin embargo, si bien estamos de acuerdo con la existencia de lenguajes distintos, que implican, asimismo, distintas visiones del mundo, no creemos que sea posible una inconmensurabilidad totalmente cerrada. Por el contrario, los mundos de la vida a los que pertenecen los individuos siempre están presentes como horizontes abiertos.

3. En el marxismo, que tiene sus bases en la Ilustración, esta idea tiene mucha importancia, pues el fin de la historia está en la sociedad sin clases.

4. Aquí podemos ubicar sobre todo al proyecto de la modernidad.

que como pasó con buena parte del marxismo— ya no puede someterse ni a negociación ni a ningún escrutinio lógico, sino que está dada de antemano a partir de la postura del enunciador (Gitlin, 2000; Laclau, 2000). Es en este aspecto donde, como veremos, nos parece necesaria la instauración del diálogo.

c) *Algunos cambios culturales en la contemporaneidad*

Dada la naturaleza de este ensayo y las preocupaciones de las que surge, lo que nos interesa es un ámbito que si bien no ha sido el productor central del proceso de globalización, no por eso se ha mantenido independiente de él: la cultura. En este ámbito, dentro del cual está la dimensión simbólica de la realidad social, ha habido cambios significativos que sobre todo son visibles a partir de cuatro aspectos: el achicamiento del mundo gracias a las comunicaciones, el aceleramiento de la historia gracias a la relación entre los distintos mundos culturales, la vivencia del mundo como un espectáculo y la experiencia individualizada del mismo (Castells, 1999; Augé, 1998; Sassen, 1991; Lypovetski, 1990).

Antes de hablar de cada uno de estos ámbitos es importante establecer lo que significa la *contemporaneidad*, pues es en ella donde se encuentran. Marc Augé ha propuesto el término para referirse a las condiciones cambiantes del mundo, donde el objeto de estudio de la antropología clásica, el exotismo, está extinto, no existe más. Sin embargo, eso no quiere decir que el objeto «duro» de la antropología, el *sentido*, haya desaparecido. Por el contrario:

La paradoja del momento actual quiere que toda ausencia de sentido pida sentido [Augé, 1998: 9].

La relación de la antropología con la historia es ahora más fuerte que nunca, pues la historia muestra que hay cambios importantes que no pueden echar marcha atrás y que demandan un estudio de los nuevos sentidos que están adquiriendo. El cambio más importante que la historia muestra a la antropología para la captación del sentido es que ya no existe prácticamente ningún grupo social que esté aislado del resto del mundo, lo cual no significa, por otro lado, que todos los grupos sociales estén tendiendo a la unificación cultural. Siguen existiendo los mundos culturales diferenciados pero es muy difícil, si no imposible, que haya al menos uno al que las prácticas de otros lugares le parezcan totalmente ajenas. Es esta relación entre distintos mundos diferenciados —la cual genera el sentido que ha de estudiar la antropología en la actualidad—, lo que forma la contemporaneidad:

Los «mundos pasados» no eran tampoco simples, pero no se comunicaban entre sí, o por lo menos se comunicaban sólo un poco. En este sentido, no eran contemporáneos, de manera que cuando leyendas o fragmentos de información esbozaban la imagen de otro lugar, se trataba de la imagen de otro mundo, de un Eldorado o de un paraje de maravillas y de monstruos que se difundía en tales leyendas [*ibid.*: 76].

Algo que debe quedar bastante claro para entender lo que está sucediendo en el mundo actual de una manera mucho más detallada que la mera percepción de que todo se está convirtiendo en lo mismo, en la cultura «mcdonalizada», es que el mundo

no está transformándose en uno sólo sino en la relación de todos los mundos culturales. El reto para las ciencias sociales contemporáneas —y no sólo para la antropología— es analizar las percepciones simbólicas que cada mundo cultural tiene respecto de los otros que le son contemporáneos y cómo, a partir de esa percepción, se relaciona con ellos: cómo se crean las relaciones de identidad-alteridad-identidad. Es tiempo, dice Augé, de que se entable un verdadero diálogo con esos otros *otros* que no han desaparecido en la modernidad —y en lo que él llama *sobremodernidad*— sino que se han transformado permaneciendo diferentes, para así construir conjuntamente conocimientos críticos de la nueva situación mundial.

Los ámbitos antes mencionados parece que muestran en buena medida los cambios culturales que están presentes en el mundo y que es necesario que se aborden en el análisis para entenderlo. Estos aspectos han sido potencializados no por voluntades malvadas, ni siquiera concientes, sino por las características históricas que se fueron configurando sobre todo a partir de los flujos del capital financiero que fueron mencionados.

El achicamiento del mundo se refiere no a un encogimiento físico sino, sobre todo, temporal y, por tanto, social. Este achicamiento lo ha permitido el desarrollo de las comunicaciones en términos de transportes. Pero el hecho relevante aquí no está simplemente en que el tiempo para trasladarse de un lugar a otro —de París a Aix en Provence, de Buenos Aires a Miami o de Canadá a Tokio— ha disminuido considerablemente, sino en la transformación que esto implica tanto para las relaciones sociales —pues ahora es mucho más fácil tener relaciones con individuos que pertenecen a distintos mundos de la vida y así conocer prácticas, estilos y conductas que antes se nos presentaban como absolutamente extrañas—, como para las fuertes diferencias sociales que esto representa —pues es claro que no todos tienen la posibilidad de ese conocimiento del mundo.

El aceleramiento de la historia hace alusión a que, dada la cercanía de distintos grupos que son de diversos lugares —que en buena medida también ha sido posibilitada por el desarrollo de las comunicaciones—, la historia no es tan lenta como en la época de las conquistas, las cuales estaban precedidas por el conocimiento y la relación física con otras culturas.

La vivencia del mundo como un espectáculo es posible gracias a la existencia de la sociedad informacional, la cual permite conocer lo que sucede en el lugar más remoto del mundo incorporando lo extraño dentro de la cotidianidad. Pero esto trae como resultado el que la realidad se presente como existente dentro del monitor y no como algo extraído del mundo. Asimismo, la sociedad de la información ha dado la posibilidad de un vínculo social más amplio, pues a través de la red se puede conocer a personas con las que quizá nunca se hubiera tenido contacto; sin embargo, el vínculo pierde todo carácter verdaderamente social porque la relación está muy lejos de ser del tipo *face to face*.

Finalmente, la experiencia individualizada del mundo la tenemos en el hecho de que el individuo se enfrenta solo al mundo. Esto gracias a que, como ya se mencionó, con la postmodernidad se cayeron los grandes relatos que aparecían como intermediarios y proveían al individuo de un sistema simbólico mediador a partir del cual pudiera tener una cierta experiencia del mundo. El individuo ahora no cuenta con la perspectiva del sindicato, los partidos o cualquier otra pantalla para apropiarse del mundo, más que la que él mismo se pueda construir.

Estos aspectos han dado lugar a la existencia de nuevos actores sociales en la escena mundial que han de ser estudiados a fondo para comprender cómo los cambios históricos y estructurales de las sociedades generan nuevos individuos con características muy distintas de aquellos que precedieron dichas estructuras. Y nos parece que una manera de hacerlo debe ser dialogando con ese otro que no es un objeto pasivo de conocimiento, sino un sujeto activo con el cual éste puede ser construido.

La globalización, como se ha venido diciendo, no aparece como una nueva etapa que ha superado al viejo capitalismo «clásico», sino que es un proceso que más bien ha adquirido dentro de él nuevas formas que, lejos de superar sus expresiones anteriores, las ha acentuado. Así, el tipo de actores sociales que eran estudiados por las ciencias sociales, y la sociología en particular, no han desaparecido, simplemente se han transformado conjuntamente con las estructuras sociales de las últimas décadas. Esto representa una de las más importantes razones, para que sigan estando presentes en la literatura crítica sobre las condiciones actuales de la sociedad, autores clásicos que fueron necesarios para analizar las condiciones pasadas de la misma y los conceptos clave desarrollados por esos autores. Un ejemplo de ello, como se verá más adelante, está en el marxismo.

d) *La necesidad del diálogo para la conformación de comunidades políticas a pesar de las diferencias culturales*

Los cambios culturales que se han visto en las últimas décadas, de los cuales los que más nos interesan son los del multiculturalismo y la formación de identidades en la aldea global, han permitido reflexionar acerca de cómo analizarlos e incidir en ellos para lograr una mejor convivencia mundial.

Frente al atrincheramiento cultural producto del discurso postmoderno, que se caracteriza por la imposibilidad de la generación de juicios de una cultura sobre otra, así como por la imposibilidad de la conversación intercultural, ha surgido el problema del diálogo como una propuesta que, aunque con problemas, muestra expectativas para la conformación de comunidades políticas en las que puedan tolerarse los distintos grupos que las formen a pesar de sus diferencias culturales. Por otro lado, estas comunidades políticas podrían tener una mayor incidencia en la lógica del mundo global—que está siendo llevada a cabo de manera autorreferencial por el capital financiero— y dejar de ser un objeto de ella que simplemente tenga que adaptarse.

Las perspectivas que plantean que las sociedades permanecen cerradas en sí mismas y ésta es la principal causa de la imposibilidad del diálogo, nos parecen ya bastante caducas, pues como lo planea Augé, las comunidades nunca son estáticas y aquellos grupos que se creyó que desaparecerían en la modernidad no lo hicieron; más bien se transformaron permaneciendo diferentes. Lo importante de esto es la posibilidad de la apertura de los grupos a una comunicación intercultural a partir de la cual se puedan sentar las bases de los principios mínimos desde de los cuales los distintos grupos culturales puedan *convivir* dentro del mundo global, y no sólo *coexistir* en él.

Para uno de los representantes más importantes de la perspectiva dialógica, Jürgen Habermas, se hace sumamente necesaria la existencia de comunidades cosmopolitas que, sin perder sus particularidades culturales, puedan relacionarse con otros grupos para crear un interés común mayor, un *interés cosmopolita* que los lleve, por un lado, a

establecer las bases para la convivencia intercultural y, por otro, a regular la lógica de la globalización, pues de lo contrario, cada grupo a partir de sus intereses particulares y atrincherado en su regionalismo, sólo deja la puerta abierta, y con esto apoya a que la lógica autónoma del capital avance libremente. Esto último es expresado por Hopenhayn de la siguiente manera:

La *ratio* se relativiza con la proliferación de puntos de vista, pero se refuerza por la falta de un punto de vista suficientemente masivo y continuo para interpretarla [Hopenhayn, 2000: 76].

Según Habermas, el diálogo entre diferentes grupos, más allá de sus intereses individuales, llevaría a la superación del debate entre liberalismo y comunitarismo, pues sólo podrían ser demandados aquellos derechos y el cumplimiento de normas que fueran establecidos de común acuerdo, mediante la lógica de argumentaciones y contra-argumentaciones en diálogos públicos por las partes afectadas e interesadas. Esto, además, posibilita a los individuos para escoger entre el autoritarismo de la tradición y los derechos individuales del liberalismo (Habermas, 2000, III). Esto es así respecto al ámbito de la convivencia interétnica o de cualquier convivencia, ya sea entre minorías o de minorías con una mayoría, pero donde siempre esté presente el problema de la denominada *differend*.⁵

En lo que respecta a la formación de un frente que se oponga a la lógica excluyente de la globalización, la propuesta de la racionalidad dialógica plantea que la única solución es la generación de un interés supranacional que rebase los límites de la nación.⁶ Habermas afirma lo siguiente:

En vista de que el Estado nacional se ha visto desbordado en sus capacidades para una economía globalizada, se impone *in abstracto* por así decirlo, sin conocimiento práctico, una alternativa, a saber: la transferencia a instancias supranacionales de las funciones que hasta ahora había asumido el Estado social en un marco nacional [Habermas, 2000, I: 75-76].

Pero para el autor, la formación de ese frente no comienza con los gobiernos, sino, sobre todo, con los movimientos sociales y las Organizaciones No Gubernamentales.

II. Campo disciplinario

La modernidad comenzó a organizar la vida y la sociedad a partir de los imperativos de la razón. Es, asimismo, a partir de ésta que las disciplinas como campos de conocimiento comenzaron a escindirse de esa gran nube que condensaba todo el cono-

5. El denominado problema de la diferencia se refiere a: «[...] el caso en que el querellante se ve despojado de los medios de argumentar y se convierte por eso en una víctima. Si el destinador, el destinatario y el sentido del testimonio quedan neutralizados, entonces es como si no hubiera habido daño. Un caso de diferencia entre dos partes se produce cuando el "reglamento" del conflicto que les opone se desarrolla en el idioma de una de las partes, en tanto que la sinrazón de que sufre la otra no significa en ese idioma» (Lyotard, 1988: 22).

6. En este sentido es que ha sido planteada la propuesta de la cadena de equivalencias de Laclau (Laclau, 2000).

cimiento bajo el nombre de filosofía social. Así, en el siglo XIX las distintas disciplinas se vieron en el trabajo de delimitar sus horizontes de interpretación definiendo qué es lo que estudiarían y qué no, así como la manera en que lo harían.⁷ Comenzaron a diferenciarse a partir de sus objetos de estudio: la Antropología se ocuparía de la cultura, la Economía de las relaciones de intercambio, la Ciencia Política del Estado, la Sociología de las instituciones y su funcionamiento. Dentro de cada una de estas ciencias, no del todo separadas de las ciencias naturales, fueron estableciéndose los *clásicos* que guiarían la tradición de su pensamiento a lo largo de la historia a partir de ciertas premisas fundamentales desde las cuales se disciplinaría el intelecto de aquellos que las ejercieran.

Si bien dentro de cada una de las humanidades ha habido cambios significativos, dada la multiplicidad de enfoques cambiantes o incluso contradictorios, al parecer siempre hay una estructura que guía la producción de conocimiento dentro de cada cuerpo específico de saber.

Desde finales del siglo XIX y hasta poco más de mediados del XX el desarrollo de las ciencias mencionadas, como de otras más, se dio en términos de entender la parte del mundo que les competía estudiar a cada una a partir de sus conceptos y teorías. Esto fue posible en buena medida gracias a cierta «estabilidad» en el mundo, en el sentido de que la sociología podía muy bien estudiar las causas institucionales del suicidio en una determinada sociedad o desde la antropología se podía hacer un estudio de los Trobriand o los Dinka sin mayores problemas. Sin embargo, aproximadamente desde los años setenta se han presentado cambios significativos en el mundo, los cuales han puesto por primera vez a éste en movimiento y han llevado, como dijera Augé, al descubrimiento de que «por primera vez en la historia de la humanidad, la tierra es verdaderamente redonda» (Augé, 1998: 10).

Estos cambios parten de los flujos de capital y, como se ha mencionado, son posibles gracias al achicamiento del Estado propiciado por el neoliberalismo; además de que están reflejados en el desarrollo de las comunicaciones y los *mass media* y pueden sintetizarse como puntos de análisis en los cuatro aspectos definidos anteriormente: achicamiento del mundo, aceleración de la historia, vivencia del mundo como un espectáculo y experiencia individualizada del mismo. En estos puntos están presentes tanto problemas filosóficos como políticos, antropológicos, sociológicos, económicos, etc. y, por tanto, humanos y sociales. Esto nos parece de particular interés dado que si las características contemporáneas del mundo no pueden ubicarse en una sola esfera de la vida social, a pesar de que tienen su base en el marco de la economía, la manera de acercarse a ellas demanda, asimismo, más que simple comunicación, un diálogo entre distintas disciplinas para comprender qué es lo está pasando.

A partir de los cambios que ha sufrido el mundo en las últimas décadas y del auge de la propuesta de la postmodernidad, quisiéramos plantear tres puntos importantes en lo que atañe a la cuestión de las disciplinas y los marcos referenciales a partir de los cuales sea posible conocer el mundo contemporáneo.

7. Respecto a la delimitación de las disciplinas Wallerstein menciona: «Una disciplina define no sólo algo sobre lo cual se piensa, y cómo se piensa, sino también aquello que cae fuera de su esfera de alcance. Decir que un tema dado es una disciplina es decir no sólo lo que es sino también lo que no es» (Wallerstein, 2001: 249).

El primero se refiere a que ante la ausencia de sentido, resultado de la caída de los metarrelatos, así como de toda ideología utópica que brindará no sólo una expectativa a futuro sino el sentido mismo de la existencia de una buena cantidad de grupos del siglo XIX y principios del XX, se ha hecho necesaria la construcción de sentido:

[...] seríamos sabios al formular nuestras búsquedas bajo la luz de la incertidumbre permanente y mirar esta incertidumbre, no como una ceguera desafortunada y temporal ni como un obstáculo insuperable al conocimiento, sino más bien como una increíble oportunidad para imaginar, crear y buscar [Wallerstein, 2001: 288].

La construcción de sentido en las condiciones de mundialización de la cultura en las que vivimos actualmente se refiere, sobre todo, a la forma en que los diversos individuos y grupos sociales construyen su visión del mundo y a partir de ella se relacionan con los demás.

El segundo punto hace alusión a la interdisciplinaridad como necesidad de complementación de conocimiento para la comprensión del mundo contemporáneo. Esto lo posibilitó el discurso postmoderno al establecer que las interpretaciones del mundo —ya sea de grupos, de disciplinas o hasta individual— son relativas y no puede haber una mejor ni más verdadera que otra. Con esto, la complementación entre visiones del mundo de distintas disciplinas brindaría un óptimo de conocimiento que, lejos de reproducir el relativismo de la interpretación, contribuiría al desarrollo del conocimiento. Al respecto Wallerstein comenta lo siguiente:

[...] yo argumentaría que la interdisciplinariedad es ella misma un cebo que representa el mayor soporte a la lista actual de disciplinas porque implica que cada una tiene algún conocimiento especial que sería útil combinar con algunos otros conocimientos especiales para resolver algún problema práctico [*Ibid.*: 289].

De acuerdo con lo que se expuso acerca de los aspectos que caracterizan a las sociedades contemporáneas, parece importante acudir a captar el significado que los grupos le dan al mundo y a las relaciones dentro de él —en términos de la relación identidad-alteridad— a partir de los aportes a la teoría del sentido tanto por la sociología como por la antropología, así como algunas concepciones de la filosofía contemporánea.

Una de las aportaciones más importantes de las últimas décadas, en la que hay una profunda relación de la sociología comprensiva weberiana con la antropología simbólica, está en la propuesta de Clifford Geertz. Ésta nos parece pertinente sobre todo porque a partir de ella podemos abrirnos camino en el entramado de significaciones que los distintos grupos sociales —étnicos, urbanos, *gays*, globalifóbicos, de banqueros y agentes empresariales— hacen del mundo al que pertenecen, así como de los diversos mundos con los que día a día conviven en la sociedad global. Como se puede ver, apelamos totalmente a la dimensión simbólica de la sociedad, pues sólo a través de ella podemos conocer no sólo cómo se concibe el mundo sino cómo se construye a partir de las relaciones sociales. La concepción geertziana de la cultura es importante para hacer una interpretación de la manera en que los nuevos actores sociales significan el mundo contemporáneo; una interpretación de la interpretación, o de segundo orden, como el autor lo plantea:

El concepto de cultura que propongo [...] es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie [Geertz, 2000: 20].

Finalmente, el tercer punto, que ha sido posibilitado en buena medida por el discurso de la postmodernidad, es el del retorno a teorías y conceptos que parecían haber sido olvidados, como sucedió con el marxismo. Como sabemos, el marxismo fue condenado por la interpretación que de él se hizo en términos absolutamente políticos y con fuertes implicaciones autoritarias. Este marxismo «vulgar», como algunos autores lo han calificado, fue fuertemente criticado y hubo intentos de superarlo por parte del llamado Institut für Sozialforschung. Si bien en las obras de los representantes del Institut hubo grandes aportaciones desde el marxismo, aunque esta vez apoyados en la sociología weberiana y el psicoanálisis freudiano, éste tendió a desaparecer de la discusión después de la caída del bloque socialista y más aún del muro de Berlín. Sin embargo, buena parte de intelectuales de la década de los setenta y ochenta mostraron que la perspectiva marxista no sólo aún es viable sino necesaria para entender el mundo actual. Esto parece pertinente sin duda alguna por una razón muy simple: la globalización, como se ha venido mencionando, no es un fenómeno que surgiera de manera espontánea ni a partir de tabla rasa, sino que es una condición social que, lejos de haber superado la lógica del capital descrita por Marx, la ha reforzado como una especie de estado avanzado de ella.

Como sabemos, la preocupación de la teoría marxista estuvo primordialmente dirigida a hacer un análisis de la lógica del capitalismo desde su aparición hasta las condiciones en las que se encontraba para el siglo XIX. Para esto Marx partió, de manera general, del planteamiento de que la constante en la historia es la producción —lo que se produce y los medios con los que se lleva a cabo la producción— y la variable es la forma que esta producción adopta en cada época específica —esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo—; asimismo, se planteó que el motor de la historia es la lucha de clases, presente, aunque también de maneras diversas, en cada una de las variables de la historia. De manera específica se propuso a la mercancía como el átomo básico a partir del cual podía reproducirse la lógica capitalista y se llevó a cabo toda una teoría de la mercancía descomponiéndose, en principio, en los factores del valor —de uso y de cambio— y en la plusvalía.

Sería muy difícil hablar de que los elementos presentes en el análisis marxista del capitalismo —que obviamente es mucho más complejo que lo que acabamos de esbozar— han desaparecido, a lo mucho han cambiado significativamente, pero siguen estando ahí.⁸ Grüner menciona lo siguiente a propósito del horizonte discursivo que da cuenta de una época histórica como lo fue la del marxismo o del psicoanálisis freudiano:

Para que un horizonte verdaderamente desapareciera —y pudiera, por lo tanto, ser sustituido por otro— tendría que demostrarse que ha desaparecido el capitalismo. O que ha

8. En este sentido podemos entender, por ejemplo, la propuesta de Wolf de volver a la economía política (Wolf, 1987).

desaparecido el inconciente. Dos cosas, evidentemente, indemostrables [...] Es obvio que en 1989 —para tomar una fecha ya emblemática— desaparecieron los así llamados «socialismos reales», ya sea que lo lamentemos o no. Pero el horizonte discursivo que inauguró Marx no es el de una teoría de los socialismos reales: es el de una teoría (crítica) del *capitalismo* real. No se ve por qué esa crítica —esa «protesta» teórica, si se la quiere pensar así— no habría de sobrevivir al naufragio «individual» de lo que, mal o bien, (personalmente, creemos que mal) se erigió en su nombre. Y con mucha más razón en una época en la que, en cierto sentido *por primera vez en la historia*, la llamada «globalización» ha creado, es cierto que en forma paradójica, las condiciones de un capitalismo universal previstas por Marx para una crítica teórico-práctica igualmente universal de ese modo de producción [Grüner, 1998: 25-26].

Conclusiones

Los cambios culturales que se han presentado gracias a la lógica de los flujos de capital que se comenzaron a dar a nivel internacional desde fines de la década de los setenta, pero cuya expresión más acabada corresponde a la de los noventa, conjuntado con la importancia adquirida por las diferencias, culturales o de cualquier otro tipo, han posibilitado una serie de reflexiones acerca de la necesidad del diálogo. Pero esto no sólo es así para el ámbito académico, donde es clara la necesidad de la interdisciplinariedad como diálogos entre saberes que posibiliten la formación de conocimientos mucho más ricos que, desde una multiplicidad de perspectivas, se hagan de un cierto hecho o fenómeno, sino también para el ámbito político, donde el diálogo se vuelve cada día más necesario dado que en el mundo global, en el que ningún grupo puede estar totalmente aislado, ha surgido como un imperativo la formación de bases mínimas para que los grupos que cohabitan en algún territorio puedan convivir a partir de una tolerancia recíproca.

Creemos que si cada grupo, cultural o académico, permanece atrincherado en sus creencias y su discurso de la realidad, no es posible conocer lo que está pasando en el mundo ni entenderlo, así como tampoco es posible hacer algo para incidir en los procesos que dentro de ese mundo están generando fuertes exclusiones y diferenciaciones sociales.

Así como el discurso postmoderno rompió con la unificación que el mundo tenía a partir de la razón proponiendo la existencia de una multiplicidad de lenguajes, ahora se hace necesario que los distintos lenguajes, culturales y disciplinarios, se relacionen, pero no para regresar a algún tipo de unificación, sino para atender a la complejidad que está demandando la entrada al siglo XXI.

Bibliografía

- ANDERSON, Perry (2000), *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama.
- ARDITI, Benjamín (2000), «El reverso de la diferencia», en Benjamín Arditi (comp.), *El reverso de la diferencia*, Venezuela, Nueva Sociedad.
- AUGÉ, Marc (1998), *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, España, Gedisa.
- AZÚA, Félix de (1999), *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, Barcelona, Anagrama.
- BAUDELAIRE, Charles (1995), *El pintor de la vida moderna*, España, COAYA/ YERBA/CAJAMURCIA.
- BECK, Ulrich (1998), *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós.

- BERMAN, Marshall (2000), *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI.
- CASALLA, Mario (1997), «Los dilemas del laberinto. Vida pensamiento y creatividad en tiempos ambiguos», en Rubens Bayardo y Mónica Lacarrieu (comps.), *Globalización e identidad cultural*, Argentina, CICCUS.
- CASTELLS, Manuel (1999), *La era de la información. El poder de la identidad*, vol. II, México, Siglo XXI.
- FISCHER, Ernst (1999), *La necesidad del arte*, Buenos Aires, Altaya.
- GADAMER, Hans-Georg (1988), *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- GEERTZ, Clifford (2000), *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa.
- GITLIN (2000), «El auge de la política de la identidad. Un examen y una crítica», en Benjamín Ardití (comp.), *El reverso de la diferencia*, Venezuela, Nueva Sociedad.
- GRÜNER, Eduardo (1998), «Una introducción alegórica a Jameson y Zizek», en Fredric Jameson y Slavoj Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Argentina, Paidós.
- HABERMAS, Jürgen (2000a), «¿Aprender de las catástrofes? Un diagnóstico retrospectivo del corto siglo XX», en *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós.
- (2000b), «La constelación posnacional y el futuro de la democracia», en *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós.
- (2000c) «Acerca de la legitimación basada en los derechos humanos», en *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós.
- HARVEY, David (1998), *La condición de la postmodernidad*, Buenos Aires, Anagrama.
- HEIDEGGER, Martin (2000), *Ser y tiempo*, México, FCE.
- HOPENHAYN, Martin (2000), «Transculturalidad y diferencia», en Benjamín Ardití (comp.), *El reverso de la diferencia*, Venezuela, Nueva Sociedad.
- HUSSERL, Edmund (1997), *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, UNAM/IIF.
- LACLAU, Ernesto (2000), «Sujeto de la política, política del sujeto», en Benjamín Ardití (comp.), *El reverso de la diferencia*, Venezuela, Nueva Sociedad.
- LYOTARD, Jean-Francois (1988), *La diferencia*, Barcelona, Gedisa.
- (1993), *La condición postmoderna*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- (1999), *La postmodernidad explicada para niños*, España, Gedisa.
- (1996), *Moralidades postmodernas*, Madrid, Tecnos.
- LYPOVETSKI, Gilles (1990), *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- MARX, Carlos y Federico ENGELS (1970), *Manifiesto del Partido Comunista*, México, Grijalbo.
- RAULET, Gérard (1988), «De la modernidad como calle de dirección única a la postmodernidad como callejón sin salida», en Joseph Picó (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza.
- SASSEN, Saskia (1991), *The global city*, Nueva York, Londres, Princeton University Press.
- TOURAINE, Alain (1998), *Crítica de la modernidad*, Argentina, FCE.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2001), *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, México, Siglo XXI.
- WOLF, Eric (1987), *Europa y la gente sin historia*, México, FCE.
- ZIZEK, Slavoj (1998), «Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional», en Fredric Jameson y Slavoj Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Argentina, Paidós.

2. Simulaciones computacionales en problemas de Ciencias Sociales

Ricardo Mansilla

1. Introducción

En este mundo cada vez más dominado por un proceso globalizador¹ que en esta ocasión con toda evidencia cubrirá hasta los más lejanos rincones del planeta, las Ciencias Sociales están llamadas a jugar un papel de primera magnitud en la preservación de las conquistas de la humanidad y de la existencia misma de nuestra civilización.

En una época donde los medios masivos de comunicación, con su profunda penetración en el tejido social, construyen consensos, elaboran opiniones y dictan comportamientos, las investigaciones sociales forman parte del acervo intelectual que en defensa de la individualidad, libertades y derechos de los habitantes del planeta, ayuden a lograr el adecuado equilibrio entre individuo y comunidad, entre ciudadano y Estado. Comprender los fenómenos de masas no es ya solamente la necesidad de satisfacer la curiosidad de los investigadores y académicos que estudian los mismos, es además un elemento vital en la estabilidad de los conglomerados humanos, así como una herramienta imprescindible para garantizar altos niveles en la realización personal de los individuos que los conforman.

En sociedades como las actuales, donde el carácter ubicuo del comercio de mercancías y servicios es el motor fundamental de la actividad económica y por tanto del bienestar material de los seres humanos que de él participan, la comprensión de la enmarañada red de relaciones económicas entre los miembros e instituciones de los grupos humanos y de la emergencia de los observables macroscópicos que de ella surge, constituye un tema de primera prioridad en la construcción de sociedades más justas. Las teorías neoclásicas del equilibrio, tan caras al razonamiento neoliberal muy en boga actualmente, manifiestan un notable desacuerdo entre las predicciones teóricas y las observaciones empíricas. No han logrado explicar muchos aspectos del comportamiento de los agentes económicos, como tampoco han podido crear un sustrato teórico que permita una mejor distribución de la riqueza en nuestras sociedades. Como cuerpo teórico, la economía neoclásica parece más interesada en ser lógicamente correcta que en ser empíricamente comprobable (Mansilla, 2003a: 51).

En los últimos 20 años hemos sido testigos de un crecimiento casi exponencial en la velocidad de cálculo, capacidad de almacenamiento de datos y velocidad de acceso

1. Que sin duda no es el primero. Los viajes de navegación iniciados al final del siglo XV y todas sus consecuencias posteriores fueron, sin duda, un proceso globalizador.

a los mismos en las computadoras digitales. Además, el abaratamiento de las mismas ha puesto a disposición de buena parte de la comunidad científica, una capacidad de cómputo que con anterioridad era privilegio de grandes laboratorios. Como veremos más adelante, esto ha propiciado el desarrollo de técnicas de investigación basadas en la simulación computacional de los fenómenos bajo estudio. De la misma manera en que el telescopio de Galileo cambió nuestra imagen del universo el microscopio cambió el carácter de la investigación en Biología, las computadoras han dado un nuevo golpe de timón a la nave de nuestra civilización (Ruelas y Mansilla 2005: 74).

A lo largo de este trabajo veremos como en las Ciencias Sociales empieza a emerger un paradigma de investigación basado en la simulación por medio de computadoras de escenarios sociales y económicos. En el mismo, el papel de las computadoras no es el de mera herramienta de cálculo que permita cuantificar los resultados de modelos matemáticos abstractos. Más bien es el instrumento para la construcción de modelos que replican conglomerados humanos, garantizando la individualidad de sus miembros, en una suerte de realidad virtual donde los escenarios sociales bajo estudio están constituidos por poblaciones de agentes computacionales con individualidad y comportamiento propios. Esta propuesta brinda razonables esperanzas de abordar con éxito la elevada complejidad de los fenómenos sociales.

II. Dificultades fundamentales en el estudio de los fenómenos sociales

Quizás el más difícil reto en la comprensión de los fenómenos sociales es la naturaleza intratable de su complejidad (Berry, Kiel, y Elliot, 2002: 7.187). El término «complejidad» debe ser entendido aquí *senso lato* y no como el correspondiente concepto matemático al cual le dedicaremos después el espacio merecido, aun cuando se encuentran obviamente relacionados. La intrincada maraña de interrelaciones entre los agentes sociales, ya sean éstos individuos, organismos, instituciones, Estados o asociaciones de los mismos, así como las reglas de comportamiento que condicionan la actuación de tales agentes, es la primera dificultad que se enfrenta cuando se intenta estudiar un fenómeno social. Resulta en estas circunstancias muy difícil aislar a cierto sector de la realidad para estudiar, en un escenario idealizado, los vínculos e interrelaciones causales entre comportamientos, estados de opinión o grupos de agentes, por sólo citar algunos.

Por otra parte, los fenómenos sociales son realizaciones en el proceso del devenir del tiempo que no se repetirán con exactitud jamás en el futuro. Si en algún sector de la realidad objetiva «no veremos pasar de nuevo el mismo río por delante de nuestros ojos» es sin duda en los procesos que ocurren en las sociedades humanas. Esto significa que no es posible hacer experimentos sociales con condiciones de «laboratorio» estrictamente controladas como es posible hacerlo en la Física, Biología y Química, por ejemplo. No es ésta, por cierto, una limitación definitiva, pues existen otras áreas de la investigación científica como la Física de la Atmósfera, Astrofísica o Geofísica, donde se dan situaciones similares. Por ejemplo, las condiciones atmosféricas, un día cualquiera, no se repetirán jamás con igual exactitud. Sin embargo, esta rama de la ciencia está plenamente establecida y sus métodos de investigación son bien aceptados por la comunidad científica.

Como veremos más adelante, las Ciencias Sociales han tomado de otras áreas del saber métodos y herramientas de investigación. Sin embargo, el éxito de estos métodos

de investigación no ha sido tan contundente como el alcanzado en las áreas originales. Básicamente la dificultad de aplicación de estas técnicas a las investigaciones sociales consiste en que, además de su racionalidad limitada, los agentes sociales adaptan su comportamiento a las cambiantes condiciones del ambiente que ellos mismos contribuyen a cambiar. A diferencia de un vidrio de *spin*, donde los dipolos reaccionan siempre de la misma manera a los cambios del campo magnético, los agentes sociales cambian adaptativamente su comportamiento, incorporando nuevos conocimientos en el proceso de aprendizaje que implica la interacción social. Es muy difícil (pero no imposible) incorporar la emoción, inspiración e intuición a modelos descriptivos o predictivos de la realidad.

III. El origen de las técnicas clásicas de investigación

Las ecuaciones diferenciales son desde el siglo XVII la herramienta matemática por excelencia para la descripción de los procesos evolutivos de la naturaleza. Buena parte de las leyes físicas más importantes pueden ser escritas en términos de este tipo de ecuaciones. En cierto sentido, el éxito de la Mecánica Clásica es debido a las excelentes predicciones hechas² a partir de solucionar (de forma numérica o analítica) las ecuaciones diferenciales que expresan sus principios fundamentales.

Este éxito motivó la introducción de estas técnicas en otros ámbitos de la investigación científica. La Biología fue sin duda una de las áreas pioneras. Así, en 1838, H. Verhulst construye una ecuación diferencial que describe el crecimiento de una población en un ambiente con recursos limitados (Sánchez, Miramontes y Gutiérrez, 2003: 95). Más adelante, el matemático italiano V. Volterra publica un trabajo (1931) que se convertirá en piedra angular en la formulación de modelos matemáticos en Biología. A partir de entonces la aplicación de modelos basados en ecuaciones diferenciales ha sido la norma más que la excepción en el trabajo académico en estos campos.

La introducción de estos métodos en las Ciencias Sociales es bastante reciente. En lo que a la Economía se refiere es muy significativo que florecieran las técnicas matemáticas asociadas a la búsqueda de óptimos y no al estudio de la evolución de los fenómenos. Esto es debido básicamente a que la teoría económica de León Walras (1954) a la fecha ha estado dominada por la noción de equilibrio en la que supuestamente convergen los mercados. No tenía pues interés incorporar al análisis técnicas propias de fenómenos evolutivos como las ecuaciones diferenciales.³

En cualquier caso, las hipótesis que deben ser admitidas para la construcción de modelos a partir de ecuaciones diferenciales constituyen con frecuencias idealizacio-

2. El descubrimiento de Neptuno fue uno de los éxitos de la astronomía matemática. En 1846, para explicar las alteraciones en la órbita de Urano, el astrónomo francés Urbain Le Verrier calculó la existencia y la posición de un planeta nuevo. El mismo año, el astrónomo alemán Johann Gottfried Galle descubrió el planeta en la posición predicha por los cálculos teóricos. La posición de Neptuno fue también calculada por el matemático británico John Couch Adams, pero los observadores británicos no actuaron con suficiente celeridad para anunciar el descubrimiento del planeta.

3. Un exhaustivo análisis de la relación entre Física y Economía puede encontrarse en la excelente obra: B. Ingrao, G. Israel, *The invisible hand*, MIT Press, 1990.

nes demasiado rígidas de los fenómenos bajo estudio. A modo de ejemplo⁴ consideremos una población compuesta por N habitantes, la cual se encuentra dividida en dos grupos: el primero formado por personas que conocen una cierta noticia y el segundo formado por personas que la desconocen. Nos interesará cómo evoluciona en el tiempo la cantidad de miembros de la población que conoce la noticia en cuestión, esto es, cómo se difunde la misma. Designemos por $C(t)$ la cantidad de miembros del primer grupo en el instante de tiempo t , esto es, aquellos que conocen la noticia. De igual forma, designemos por $D(t)$ la cantidad de miembros del segundo grupo en el momento de tiempo t , esto es, aquellos que en ese instante de tiempo desconocen la noticia. Es claro que en cualquier momento de tiempo debe ocurrir $N = C(t) + D(t)$, pues la población tiene una cantidad fija de habitantes que es igual a N .

Admitamos ahora que el proceso por medio del cual los habitantes de esta población se enteran de esta noticia es a partir de contactos personales con otros miembros de la población ya enterados. Los medios de comunicación masiva o bien no existen o no hablan del asunto. Un razonamiento muy común en la construcción de estos modelos es asumir que la rapidez con la que se incrementa la cantidad de personas que conoce la noticia es proporcional a las cantidades de ambos grupos:

$$\frac{d}{dt} C(t) = \alpha C(t)D(t)$$

Aquí aparece una primera objeción en la construcción del modelo. La función $C(t)$ sólo puede tomar valores enteros, pues representa cantidades de miembros de la población. Por tanto, no es una función derivable. La manera más común de resolver esto en la literatura es «reescalar» las variables tomando

$$c(t) = C(t)/N \quad \text{y} \quad d(t) = D(t)/N$$

es decir, tomar las densidades de ambas especies en la población. Las densidades pueden tomar cualquier valor real positivo, por lo que la hipótesis de derivabilidad para ellas es más aceptable. Con esto el modelo queda:

$$\frac{d}{dt} c(t) = \alpha c(t)(1 - c(t))$$

Ésta es básicamente la ecuación que obtuvo Verhulst en 1838. Aquí hemos usado el hecho de que $d(t) = 1 - c(t)$, pues la población no crece en tamaño. Esta hipótesis, si bien restrictiva, puede ser relajada sin grandes problemas para la construcción del modelo.

Una objeción un poco más seria es la forma del segundo miembro.⁵ El hecho de que la rapidez con que crecen las personas enteradas sea proporcional a las cantidades de

4. La elección de este ejemplo estuvo motivada por la claridad con que aparecen en él la mayoría de las hipótesis simplificadoras, así como la simplicidad en el planteamiento del mismo. Obviamente existen modelos muchísimo más complejos. Ver por ejemplo L. Sastre, R. Mansilla, *Modelación Matemática de Sistemas Biológicos*, Editorial del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Cuba, 1988.

5. Este problema es bien estudiado en R. Mansilla, «Deterministic site exchange cellular automata models for the spread of diseases in human settlements», *Complex Systems*, 13, 2, 2001. A pesar de que la terminología empleada en este artículo es propia de la epidemiología, los problemas fundamentales estudiados allí, así como los modelos, son similares a los que aparecen en problemas de difusión de rumores en una población. Un tratamiento más elemental del tema, a nivel de divulgación científica puede verse en R. Mansilla, «De las epidemias a las bolsas de valores», *Revista Ciencias*, 13, 2002.

ambos grupos impone ciertas restricciones importantes al comportamiento de la población. Significa, en primer lugar, que ambos grupos poblacionales están perfectamente bien mezclados, esto es, que las densidades de los mismos en diferentes posiciones espaciales son idénticas. No todas las poblaciones cumplen algo así. Esto depende de las dimensiones espaciales de las zonas donde se encuentran desplegadas, así como de la calidad de los medios de transporte en las mismas. En segundo lugar y no menos importante, este modelo no considera la estructura local de las interacciones de cada miembro de la población con sus conocidos (vecinos, compañeros de trabajo o estudio, etc.). La manera en que se transmite la noticia es simulada mediante el comportamiento promedio de los miembros de la población. Por tanto, otra suposición que el modelo anterior nos obliga a hacer sobre el comportamiento de los miembros de la población es que todos los miembros de la misma son en promedio igualmente susceptibles a enterarse de la noticia y a transmitirla en el futuro. No es posible considerar aquí distintos niveles de susceptibilidad a la noticia, como tampoco la posibilidad de que ciertos miembros de la población se inhiban de transmitirla. Por último, nótese que según este modelo, los miembros de la población no varían su comportamiento a lo largo del tiempo, es decir, no cambian su actitud frente a la noticia de manera adaptativa a ninguna señal del entorno.

El ejemplo anterior nos muestra las objeciones fundamentales que pueden hacerse a los modelos de ecuaciones diferenciales cuando se aplican a escenarios sociales. Tales objeciones pueden ser generalizadas como sigue:

a) Es muy difícil, en ocasiones imposible, describir el comportamiento adaptativo de los miembros de la población.

b) Los miembros de la población son unos réplicas de los otros en cuanto a actuación. Es típico en estos trabajos leer las frases «consumidor promedio», «ciudadano promedio», etc. No se tienen en cuenta interacciones locales.

c) La difusión de la noticia no «emerge» como producto de las interacciones microscópicas entre los agentes, sino más bien como consecuencia de los comportamientos promedios de los miembros de la población. No aparecen en la formulación de estos modelos construcciones «bottom-top», sino más bien «top-bottom».

Como veremos más adelante en este trabajo, los modelos multiagentes logran resolver todas las objeciones anteriormente mencionadas. Éstos están intrínsecamente vinculados a las computadoras digitales, pues se implementan a través de las mismas. Dedicaremos a continuación algún espacio a discutir la influencia de las computadoras en la construcción de modelos de la realidad.

IV. Influencia del desarrollo de las computadoras en la creación de un nuevo paradigma de investigación

Las computadoras digitales han llegado para quedarse en nuestra civilización. Estas máquinas, que en sus orígenes⁶ fueron creadas para alcanzar una velocidad y preci-

6. El interés de J. Von Neuman por las computadoras digitales comienza antes de la Segunda Guerra Mundial en su interacción con A. Church, profesor de A. Turing en el Instituto de Estudios Avanzados de

sión en el cálculo, así como una capacidad de almacenar datos muy superior a la de los seres humanos, forman ya parte indisoluble de nuestra vida cotidiana.

Desde inicios de la década de los años ochenta del siglo pasado hemos sido testigos de un vertiginoso incremento en la capacidad de cálculo y almacenamiento de datos de las computadoras digitales. En la actualidad cualquier computadora personal supera por varios órdenes de magnitud⁷ la velocidad de los antiguos «main frames». Por otra parte, los costos de los equipos de cómputo se han reducido a la mitad cada 18 meses durante las dos últimas décadas. Esto ha permitido el acceso de buena parte de la comunidad científica internacional a una capacidad de cómputo solo accesible hace 20 años a los centros y laboratorios más poderosos.

El anterior estado de cosas ha cambiado drásticamente las técnicas de investigación en muchas ramas del saber, permitiendo la introducción de nuevos procedimientos de investigación de la realidad basados en simular los procesos que se pretende estudiar.

¿Qué entendemos por simulación? Es la construcción de un programa computacional que, teniendo en cuenta las leyes o regularidades que caracterizan el fenómeno u objeto bajo estudio, reproduzca en el interior de la computadora las características más importantes del mismo. Uno de los ejemplos más extraordinarios por su alcance de simulaciones computacionales actuales lo constituyen los túneles de viento. Éstos eran hasta hace poco gigantescas construcciones donde se probaban prototipos de futuros aviones. Para poner en perspectiva su magnitud, un túnel de prueba de aviones consumía diariamente tanta electricidad como una ciudad de 200.000 habitantes. Allí se trataba de poner a prueba los posibles defectos en el diseño de estos aparatos, haciendo uso de las ecuaciones fundamentales de la Mecánica de Fluidos, esto es, las ecuaciones de Navier-Stokes. En la actualidad se hace una reproducción computacional del modelo de avión y usando las propias ecuaciones de Navier-Stokes se detectan computacionalmente los posibles defectos de diseño. La experiencia demuestra que ciertos defectos que no aparecerían habitualmente en los túneles de pruebas tradicionales se detectan rápidamente en las simulaciones. Por otra parte, los costos de estas simulaciones son varios órdenes de magnitud menor.

La única aplicación de las simulaciones no es reproducir procesos de la vida real. En muchas ocasiones son una herramienta excelente para lo que algunos científicos llaman «creación de intuición». Por ejemplo, Gastón Maurice Julia había estudiado ciertos conjuntos fractales que llevan su nombre en 1918 (Julia, 1918). Si bien en sus trabajos teóricos se obtuvieron resultados notables, muchas de sus intrincadas propiedades fueron demostradas después de observar simulaciones computacionales de los mismos. Este trabajo se hizo reconstruyendo computacionalmente estos fractales, lo

Princeton. Durante la guerra, von Neuman se comprometió con varios proyectos gubernamentales, habida cuenta de su pericia en campos tan disímiles como hidrodinámica, balística, meteorología, teoría de juegos y estadística. En estos proyectos consideró por primera vez la posibilidad de usar aparatos de cómputo para acelerar los resultados. Después de la guerra fue un incansable promotor dentro del gobierno de los EE.UU. de la construcción de grandes computadoras digitales.

7. La computadora MARK I, construida a principios de la década de los cuarenta del siglo pasado por Howard Aiken en la Universidad de Harvard, poseía alrededor de 18.000 bulbos electrónicos, llenaba una habitación de 4 x 4 metros y no alcanzaba el millar de operaciones por segundo. Una PC actual con un procesador Pentium 4 cabe encima de un escritorio y alcanza mil millones de ciclos de reloj por segundo.

cual permitió intuir cuáles eran las propiedades de los mismos que se preveía era posible demostrar.⁸ Buena parte de los más recientes teoremas demostrados, en lo que a conjuntos de Julia se refiere, fueron obtenidos observando las simulaciones numéricas de los propios fractales.

No parece importante señalar aquí que los efectos del uso de las computadoras en la investigación científica tienen dos direcciones principales. Una dirección vertical, pues permite profundizar el conocimiento en una determinada rama. Los dos ejemplos anteriores dan cuenta de este efecto. La otra dirección, no menos importante, es horizontal, pues permite mostrar que fenómenos y procesos pertenecientes a ramas del saber muy alejadas comparten modelos computacionales muy parecidos. Esto ha permitido tender puentes de investigación interdisciplinaria entre ramas del saber tan disímiles como Economía y Física, Sociología y Mecánica Estadística, por sólo citar dos ejemplos.

Entre los diferentes tipos de modelos computacionales los modelos multiagentes, por su flexibilidad y generalidad han sido los más exitosos en el estudio de fenómenos sociales. Pasaremos a continuación a hacer una descripción de los mismos.

V. Concepto de modelo multiagentes

La filosofía de los modelos multiagentes es completamente diferente a la de los modelos antes discutidos en este trabajo. Se basan fundamentalmente en describir la interacción de cada uno de los individuos con aquellos miembros de la población que le son afines, lo que se conoce en la literatura sobre el tema como «interacciones locales». A partir de estas interacciones locales se obtiene el comportamiento de toda la población como una propiedad que emerge del conjunto de interacciones locales. Se denomina «propiedad emergente» a aquella que no puede ser deducida directamente de las hipótesis preestablecidas del modelo y que depende de las interacciones locales, en general no-lineales, de los miembros de las poblaciones bajo estudio.⁹ En este sentido los modelos multiagentes son modelos *bottom-top*, es decir, las propiedades que uno espera observar no son el producto del comportamiento promedio de los miembros de la población, sino una propiedad emergente en el sentido antes descrito de las interacciones locales.

Por tanto, la simulación de las características individuales de los elementos de la población juega un papel importante en todo el modelo. De la precisión con que esto se haga depende en mucho la capacidad de todo el modelo de describir el sector de la realidad bajo estudio. Dedicaremos, por tanto, algún espacio a discutir el concepto de agente.

Un agente es la descripción computacional precisa de la unidad básica de la población bajo estudio. Estas unidades básicas pueden ser hormigas, seres humanos, empresas, instituciones o Estados. La descripción debe tomar en cuenta características

8. Esto generó el concepto de «matemática experimental», el cual hubiera sido impensable hace 30 años. Una buena discusión sobre el tema puede encontrarse en: H.O. Peitgen, P.H. Richter, *The Beauty of Fractals*, Springer Verlag, 1988; H.R. Pagels, *Los sueños de la razón*, Gedisa, 1991.

9. El concepto de población debe ser entendido aquí en sentido amplio. Puede tratarse de poblaciones de partículas en un gas, hormigas de una colonia o seres humanos.

espaciales (posición geográfica, por ejemplo), comportamiento (aversión o no al riesgo en agentes económicos), niveles de habilidad para ciertas tareas (búsqueda de la ruta de salida en un laberinto), etc. En dependencia de las características de las unidades básicas de la población bajo estudio se crean las correspondientes estructuras de datos para generar su descripción computacional. En otras palabras, los agentes de una población de Estados nacionales no tienen la misma estructura que los agentes de una población de corredores de Bolsa.

Un modelo multiagentes consiste, por tanto, en la descripción de cada uno de los agentes de la población bajo estudio, así como de las reglas de interacción entre los mismos. Una vez definido esto se pone en marcha el modelo, lo cual permite observar una realidad simulada. A diferencia de la auténtica realidad, aquí es posible dar marcha atrás al tiempo o repetir determinados escenarios cambiando, por ejemplo, ciertas reglas de comportamiento de los agentes y evaluar la influencia de las mismas en las propiedades que emergen de la población en su totalidad. Pasaremos a mostrar algunos ejemplos de modelos multiagentes en situaciones concretas.

VI. Modelos multiagentes de los mercados financieros

El trabajo de W.B. Arthur (1994) puede considerarse uno de los trabajos pioneros de modelos multiagentes en Economía. A pesar de sus limitaciones, mostró que una descripción precisa de los agentes económicos no conducía a los paradigmas neoclásicos de los mercados eficientes ni del equilibrio de los mismos.

Los orígenes de este modelo son interesantes. En la ciudad de Santa Fe, Nuevo México, existe un bar llamado El Farol. Los jueves en la noche (según Arthur) se tocaba música irlandesa. Si asistían al bar muchos clientes, éste se saturaba y no se podía disfrutar a gusto de la música. Por otra parte, si la clientela era escasa, era posible disfrutar de la misma a plenitud.

Los clientes debían tomar, por tanto, la decisión individual de asistir o no al bar. Lo curioso es que adoptar la decisión de la mayoría constituía un error siempre, pues si la mayoría decidía ir el bar estaría lleno y si la mayoría decidía quedarse en casa entonces hubiera sido una excelente ocasión para asistir.

Arthur vislumbró una notable analogía entre esta situación y aquella que enfrentan los agentes económicos en los mercados. Si la mayoría decide comprar, entonces los precios suben y sacan ventaja aquellos que desean vender, que son la minoría. De manera similar, si la mayoría decide vender, entonces sacan ventaja de los bajos precios aquellos que deciden comprar.

Tres años después de la publicación del trabajo de Arthur, apareció un trabajo (Challet y Zhang: 1997) donde se generalizaba el modelo del bar El Farol. En el mismo se introducía el más reconocido de los modelos multiagentes de los mercados financieros, el llamado Juego de Minoría, el cual designaremos de manera abreviada como JM.

¿Qué es un JM? Básicamente es un modelo donde un grupo de agentes toma decisiones sucesivas teniendo en cuenta el éxito de sus decisiones pasadas. Para ser más precisos, consideremos N agentes¹⁰ que toman una decisión dentro de un conjunto de dos posibles (0 o 1; comprar o vender; ir o no ir al bar, etc.) en cada repetición del juego.

10. Por una simple razón técnica, N debe ser impar.

Estas decisiones se toman de manera simultánea (al igual que en el juego de «Tijera, Piedra y Papel») por cada uno de los agentes participantes.¹¹ Una vez que todos han hecho pública su decisión, ganarán aquellos que estén en el grupo de la minoría (de ahí el nombre del modelo). Por tanto, llamaremos *decisión ganadora* en una iteración o repetición del juego a aquella que tomaron los agentes que quedaron en la minoría.

¿Qué tiene que ver esto con los mercados? Si bien resulta una simplificación notable de la dinámica de los mismos, en principio podemos afirmar que en cada una de las acciones de los agentes económicos, tomarán ventaja de las mismas aquellos que estén en el grupo de la minoría.¹² En efecto, como ya hemos descrito antes, si muchos agentes quieren comprar y muy pocos quieren vender, entonces los precios subirán como consecuencia de la diferencia entre oferta y demanda, favoreciendo a los que están en la minoría, que son los vendedores. De manera similar, si hay muy pocos compradores y muchos vendedores, entonces los precios se irán a la baja como consecuencia de la desproporción entre oferta y demanda, para beneficio en este caso de los compradores, que son la minoría.

La única información pública de que disponen los agentes en los JM es la lista de las decisiones ganadoras en los instantes de tiempo anteriores. Como sólo son posibles dos acciones (comprar o vender; ir o no ir al bar; 0 o 1), entonces la siguiente cadena de dígitos binarios:

0 1 0 0 1 1 1 0 1 0 1 1 1 0 0 0 1 0 1 1 1 0 0 1 0 0

leída de izquierda a derecha, podría representar la sucesión de las decisiones ganadoras en veintiséis repeticiones del juego. Para ser más precisos, en la primera ocasión quedaron en minoría los que eligieron 0, en la segunda ocasión ganaron los que eligieron 1, en la tercera y cuarta ocasiones, quedaron en el grupo de la minoría los que eligieron 0, etc. En la última repetición del juego quedaron en minoría y, por tanto, ganaron los que eligieron 0.

¿Cómo usan los agentes la información que provee esta cadena binaria de decisiones exitosas anteriores? En primer lugar, como tienen racionalidad limitada, esto es, sólo recuerdan los últimos valores de la serie binaria, digamos, los últimos tres valores,¹³ por lo que a partir de esos valores anteriores deben los agentes inducir cuál es su actuación correcta en la próxima ronda del juego. Para ello hacen uso de un grupo de estrategias que cada uno posee. En las simulaciones computacionales de los JM estas estrategias son asignadas en igual número a cada agente aleatoriamente al inicio del juego. Como veremos más adelante, existen diferentes formas de usarlas, lo cual ha generado diferentes variantes de los JM.

¿Cómo se representa una estrategia en los JM? Según hemos dicho con anterioridad, una estrategia es un procedimiento que reconoce la situación actual y sugiere a partir de ésta una actuación. Por lo tanto, las estrategias en los JM deben ser capaces de reconocer todas las situaciones anteriores posibles. Pero si los agentes recuerdan solamente las últimas m salidas ganadoras, ¿cuántas situaciones posibles puede ha-

11. En la simulación computacional de estos modelos, la toma de decisiones simultánea, se refleja en que la actuación de un agente no se ve influenciada por la decisión de ningún otro en esa misma iteración del juego.

12. Esto no es ajeno a la frase de Keynes «Successful investing is anticipating the anticipations of others».

13. En general, a la cantidad de valores anteriores de la cadena binaria que los agentes del JM recuerdan se le llama alternativamente, *tamaño de cerebro* o *tamaño de memoria*. En inglés se designa por *brain size*. Utilizaremos la letra m para designar esta magnitud en el futuro.

ber? Invitamos al lector a verificar que son 2^m las posibles situaciones anteriores. En particular, si $m = 3$ entonces las ocho posibles historias anteriores son:

0	0	0	0	1	1	1	1
0	0	1	1	0	0	1	1
0	1	0	1	0	1	0	1

(1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8)

Aquí cada columna representa una de las posibles historias anteriores. En la primera fila se encuentran los últimos sucesos de cada una de esas historias, en la segunda fila se encuentran los penúltimos sucesos y en la tercera fila los antepenúltimos. Una estrategia debe ser capaz de aconsejar al agente qué hacer en cada uno de los ocho anteriores escenarios. Esto es, una vez que el agente identifica cuál de las ocho historias posibles es la que realmente ocurrió, entonces la estrategia que él decida usar debe sugerirle qué hacer frente a esa sucesión de dígitos binarios que componen la historia ocurrida.

Por lo tanto, una estrategia puede representarse de la siguiente forma:

0	1	1	1	0	1	0	0
0	0	0	0	1	1	1	1
0	0	1	1	0	0	1	1
0	1	0	1	0	1	0	1

(1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8)

Nótese que hemos agregado una fila más a la tabla expuesta con anterioridad, la cual hemos sombreado para diferenciarla de las demás. En esa primera fila aparecen las actuaciones que la estrategia aconseja al agente frente a cada una de las situaciones posibles. Por ejemplo, si las últimas tres decisiones ganadoras hubieran sido 001 , tal y como aparece en la cadena de diecisiete dígitos binarios mostrada en páginas anteriores, entonces esta estrategia le aconsejaría al agente elegir 0 en la próxima ronda del juego, pues estaríamos en el caso (5). Esta información la puede obtener el lector de la quinta columna (numeradas de izquierda a derecha) de la estrategia mostrada arriba.

¿Cuántas estrategias distintas existen? Si los agentes tienen memoria m , entonces cada estrategia debe dar respuesta a 2^m historias distintas. Y como a cada historia pueden hacerse dos sugerencias distintas, la cantidad máxima de estrategias diferentes es 2^{2^m} .

Al inicio de una simulación, cada agente recibe estrategias como la descrita más arriba. Existen varias maneras de usarlas. La forma básica consiste en tomar de su arsenal de estrategias una al azar.¹⁴

Éstos son los elementos básicos que constituyen un modelo de JM. A continuación mostramos los pasos que conforman cada una de las iteraciones:

a) Dada una historia de longitud, cada uno de los agentes toma una decisión a partir de una de sus estrategias.

b) Se decide cuál es el grupo que quedó en la minoría. Con el símbolo correspondiente a la decisión (0 o 1) se actualiza la historia, poniendo como dígito binario más reciente la última decisión ganadora y eliminando el más antiguo.

c) Se regresa al punto a).

Las cadenas de dígitos binarios que constituyen la salida de este modelo tienen propiedades muy parecidas a las series temporales de los precios en los mercados financieros. Estos modelos han permitido mostrar que la Hipótesis de Mercado Eficiente, que es uno de los pilares de la teoría económica neoclásica, no se cumple en general (Mansilla, 2000a; Mansilla, 2000b).

Más aún, existe bastante evidencia de que los mercados no se comportan de acuerdo a la Hipótesis de Mercado Eficiente en la proximidad de los grandes *crashes* financieros (Mansilla, 2001: 483) y (Sornette, 2003). En esto, el concepto de complejidad de las series temporales de los mercados juega un papel fundamental. A continuación pasaremos a discutir brevemente la noción de complejidad.

Intuitivamente, la noción de complejidad está asociada con la dificultad en la descripción del objeto que se supone complejo. Existen muchas medidas de complejidad, en dependencia del contexto donde se utilice esta noción. Una discusión bastante completa del tema puede encontrarse en (Zurek, 1991). Todas estas definiciones pretenden evaluar de manera cuantitativa la dificultad de descripción del objeto bajo estudio, sea éste una serie de números, una figura geométrica o un texto (Mansilla, 2003b). En otras palabras, las medidas de complejidad son medidas de la dificultad de descripción del objeto en cuestión. Por tanto, el propio concepto de descripción debe ser establecido de antemano.

La más reconocida medida de complejidad es la llamada complejidad de Kolmogorov-Chaitin.¹⁵ La misma sólo está definida para cadenas de dígitos binarios pero, como veremos más adelante, esto es suficiente para nuestros propósitos. Su definición es como sigue: sea $s = \dots c_{-1}c_0c_1\dots$ una cadena infinita de dígitos binarios. Llamamos complejidad de Kolmogorov-Chaitin de la cadena s a la longitud del más corto programa de computadora π que corrido en una máquina de Turing T , brinda como resultado la cadena s :

$$K(s) = \min \{ |\pi|, s = T(\pi) \}$$

14. Se han publicado sobre este tema más de 300 artículos y varios libros en los últimos 5 años. Una completa recopilación de los mismos puede encontrarse en el sitio web:

<http://www.unifr.ch/econophysics/minority>

15. Un estudio muy completo de la complejidad de Kolmogorov y sus aplicaciones puede encontrarse en M. Li, P. Vitanyi, *An Introduction to Kolmogorov Complexity and its Applications*, Springer-Verlag, 1997.

Aquí $|\pi|$ representa la longitud del programa π , considerado este último como cadena binaria también. La descripción de s se hace por medio del programa π usado en una máquina de Turing T que es una computadora universal, es decir, una máquina donde cualquier proceso de cálculo puede ser desarrollado.¹⁶

Como es conocido, la complejidad de Kolmogorov-Chaitin es una función en general no computable. Pero si se posee un conjunto grande de secuencias puede probarse (Adami, 2000) que su promedio sí puede ser calculado.

En (Mansilla, 2000a; Mansilla, 2000b) se hace esto para las series binarias provenientes de los JM y en (Mansilla, 2001) se muestra que el promedio de la complejidad de Kolmogorov-Chaitin en sectores de las series temporales de la bolsa inmediatamente anteriores a los crashes aumenta.¹⁷ Esto tiene implicaciones de la mayor importancia para el futuro desarrollo de una teoría económica coherente con los datos experimentales.

VII. Formación de opiniones en una población bajo represión social

El ejemplo mostrado a continuación forma parte de un trabajo ya publicado por el autor de este ensayo (Mansilla, 2001b), así como de otro trabajo en progreso.

Muchas y disímiles son las circunstancias en que una cierta opinión es reprimida en el seno de una población. Uno de los escenarios más comunes en que esto ocurre se constituye con los siguientes grupos poblacionales:

a) Aquellos que se manifiestan públicamente en contra del rumor, noticia, punto de vista, suceso o acción concreta ejecutada por cierto grupo social (elite de poder o no) y cuyo proceder constituye una oposición frontal al mismo. Llamaremos a este grupo I .

b) Aquellos que, a pesar de poseer un punto de vista contrario al rumor, noticia, punto de vista, suceso o acción concreta ejecutada por cierto grupo social, no lo manifiestan públicamente por temor a las represalias. Llamaremos a este grupo S .

c) Aquellos que están a favor del rumor, noticia, punto de vista, suceso o acción concreta y que constituyen el grupo que reprime a los miembros del grupo definido en a). Llamaremos a este grupo R .

Se han hecho numerosos intentos de modelar este tipo de situaciones por medio de sistemas de ecuaciones diferenciales.¹⁸ Buena parte de ellos enfrentan el mismo problema con las hipótesis que describimos más arriba en este trabajo. Propusimos un modelo multiagente para el estudio del mismo que toma en cuenta aspectos importan-

16. Este tema, lamentablemente no es sencillo. Una referencia bastante tratable al mismo pueden verse en Th. Sudkamp, *Languages and Machines, An Introduction to the Theory of Computer Science*, Addison-Wesley, 1997.

17. Las series temporales de la bolsa no son obviamente binarias, pero existe un procedimiento para convertirlas en este tipo de cadenas simbólicas, el cual por cierto, no es muy moderno. Ver por ejemplo: A. Cowles, H. Jones (1937), «Some a posteriori probabilities in stock markets actions», *Econometrica*, 5, pp. 280-294.

18. Ver por ejemplo: D. Helbing, *Quantitative Sociodynamics: Stochastic Methods and Models of Social Interaction Processes*, Theory and Decision Library. Series B, Kluwer Academic Publisher, 1995; o también: W. Weidlich, *Sociodynamics: A Systematic Approach to Mathematical Modelling in the Social Sciences*, Harwood Academic Publisher, 2000.

tes de la dinámica del movimiento en una población humana. En el proceso de formación de opiniones, el medio social en que se desenvuelve cada individuo juega un papel muy importante. Por tal motivo, la hipótesis de que los miembros de la población se mueven de manera aleatoria (que forma parte indisoluble de las hipótesis en la construcción de los modelos de ecuaciones diferenciales) es insostenible. Cada día buena parte de la población realiza tareas periódicas en el tiempo y en el espacio (ir y venir de su domicilio al trabajo, centro de estudio u otro centro de actividad social). Por tanto, utilizaremos el tipo de regla de movimiento que se describe en la cita (Mansilla, 2001b) de este trabajo. Describiremos ahora brevemente como funciona esta regla de movimiento.

Supongamos se tiene un *lattice*, el cual podemos imaginárnoslo como un tablero de ajedrez infinito, que parametrizaremos con Z^2 . Del conjunto de posiciones inicialmente ocupada una parte de ellas se mueve a otros escaques del *lattice* y en la siguiente iteración de tiempo, repite el recorrido en sentido opuesto. Esto pretende describir el proceso diario de movimiento en una población. Formalicemos estas ideas. Sea Z el conjunto de los números enteros y $\Lambda \subseteq Z^2$ un subconjunto no vacío de Z^2 . El conjunto Λ representa el ambiente espacial donde los miembros de la población realizan su actividad vital. Cada una de las posiciones del *lattice* tiene asociada una variable $v_{ij}, (i,j) \in \Lambda$ que puede tomar uno de los cuatro valores $-1, 0, 1, 2$. Si la variable $v_{ij} = -1$, entonces la posición está vacía. Si la variable $v_{ij} = 0$, entonces el elemento que se encuentra en esa posición pertenece a la clase descrita por a) en la clasificación que hemos dado más arriba. Si $v_{ij} = 1$, entonces el individuo pertenece a la clase designada por b) más arriba. Por último, si $v_{ij} = 2$, entonces el individuo pertenece a la clase c). Sea $\Omega = \{-1, 0, 1, 2\}^\Lambda$ el conjunto de todas las configuraciones posibles sobre Λ . Habitualmente al conjunto Ω se le llama espacio de configuraciones. Contiene todas las posibles distribuciones espaciales de la población. Definamos ahora una función $\tau : \Omega \mapsto \Omega$ que satisfice las siguientes condiciones:

a) Sea $(\tau(a_{ij}))_{(i,j) \in \Lambda}$ la imagen de la configuración $(a_{ij})_{(i,j) \in \Lambda}$ por medio de la aplicación τ . Entonces si existe una posición (i_0, j_0) para la cual $a_{i_0 j_0} \neq -1$, entonces $\tau(a_{i_0 j_0}) = -1$.

b) Para todo $x_1, x_2 \in \Lambda, x_1 \neq x_2$ tales que además cumplen $a_{x_1}, a_{x_2} \neq -1$, entonces se tiene que $\tau(a_{x_1}) \neq \tau(a_{x_2})$.

Las condiciones anteriores son una forma elemental de describir el movimiento de una población de agentes sobre un *lattice* bidimensional. Llamaremos a la función τ regla de transporte. Queremos enfatizar el carácter sincrónico de la aplicación de esta regla. Sea ahora $X \in \Omega$. Denotemos por $O(X)$ el subconjunto de Λ de las posiciones no vacías, esto es $O(X) = \{x \in \Lambda, a_x \neq -1\}$. Denotemos además por $N(X)$ el número de elementos de $O(X)$. El número:

$$\lambda = \frac{1}{N(X)} \sum_{x \in O(X)} \rho(x, \tau(x))$$

donde $\rho(x, \tau(x))$ es la distancia euclidiana entre la posición ocupada x y su destino por medio de ρ , se denomina *longitud del camino medio recorrido* y representa en promedio cuanto se separan de sus lugares de vivienda cada uno de los miembros activos de la

población. Es además una medida de la movilidad global de la población y de la manera en que los elementos de la misma se mezclan.

Pasaremos ahora a definir las reglas por medio de las cuales los elementos de la población interactúan con respecto a las ideas o conflictos cuya dinámica pretendemos estudiar. Estas reglas definen además la manera en que los miembros de la población transitan de un grupo a otro. Como hemos visto, los miembros de la población se agrupan en tres categorías que hemos denotado por a-, b-, c-. Primero debemos definir las vecindades de interacción de los elementos. Las reglas por medio de las cuales se realizan esos tránsitos son las siguientes:

i) Un elemento de la clase *S* deviene un elemento de la clase *I* si durante μ_d iteraciones sucesivas la densidad de elementos de la clase *I* en su vecindad es mayor que un cierto umbral θ_d . Al valor μ_d se le llama periodo de latencia y al umbral θ_d umbral de decisión.

ii) Un elemento de la clase *R* deviene un elemento de la clase *S* si durante μ_c iteraciones sucesivas la densidad de elementos de la clase *S* en su vecindad sobrepasa un cierto umbral θ_c . Al valor μ_c se le denomina periodo de convicción y al umbral θ_c umbral de convicción.

iii) Toda vez que la cantidad total de elementos de la clase *I* sobrepasa una fracción f_T de la población total, una porción predeterminada de los mismos es transferida a la clase *S*. A esta fracción se le llama fracción de tolerancia.

Las anteriores reglas tratan de captar la dinámica del proceso de rebelión-represión. La hipótesis *i)* significa que existe un incentivo para transitar de la clase *S* a la *I* en la medida que los miembros de esta última muestran estar aumentando. La hipótesis *ii)* tiene una explicación similar en términos de las clases *R* y *S*. Por último la hipótesis *iii)* está relacionada con las consecuencias de la represión violenta sobre los miembros de la clase *I*.

Las reglas anteriores son obviamente muy simplificadoras pero, según muestran las simulaciones logran captar ciertos aspectos de la dinámica de la relaciones entre estos grupos que se observan en la sociedad. El valor del parámetro λ es sumamente importante, pues representa el carácter local o global de la interacción entre los agentes. En el trabajo (Mansilla, 2001b) se hicieron simulaciones en un *lattice* de 250x250 casillas.

VIII. Otras áreas activas de investigación

Si bien ha sido dentro de la Economía donde se han obtenido resultados más relevantes, existen otras áreas de investigación donde los resultados no son menos prometedores. Por razones de espacio nos limitaremos a discutir brevemente cada una de ellas.

La cooperación y competencia como características del comportamiento de los miembros de grupos humanos ocupa un lugar de crítica importancia en los estudios de comportamiento social. Desde el trabajo de T. Hobbes (1968) hasta la fina síntesis del «dilema del prisionero», de R. Axelrod (1984), los intentos por comprender el carácter y la trascendencia de la cooperación y la competencia en las propiedades emergentes de colectivos humanos.

Este tema ha sido abordado desde dos perspectivas: como juego evolutivo (Danielson: 2002), donde los agentes se adaptan a las reglas del juego, y como proceso de aprendizaje (Macy y Flache: 2003), donde los agentes elaboran una estrategia de actuación a partir de un aprendizaje que proviene de sus interacciones con los restantes miembros del colectivo.

El comportamiento colectivo de una multitud dominada por el pánico es una de las más desastrosas formas de comportamiento humano cuyo estudio es de alta prioridad en asentamiento humanos situados en áreas de gran actividad telúrica o volcánica. A partir de un trabajo sumamente innovador (Helbing, Farkas y Vicsek: 2000) se ha comenzado a comprender la dinámica de una multitud dominada por el pánico que pretende escapar del peligro por vías estrechas (corredores, autopistas, puertas, etc.). Los autores de este trabajo, inspirados en el movimiento de un gas de partículas, desarrollaron un modelo de autómatas celulares muy similar a otro que habían utilizado anteriormente con éxito para estudiar el tráfico de vehículos en una autopista congestionada (Helbing y Hubermann, 1998). Otro fenómeno, tal vez no tan relevante pero sin duda interesante, es el relacionado con el mecanismo de coordinación entre los espectadores de un estadio de fútbol en la formación de las conocidas «olas» (Farkas, Helbing y Vicsek, 2002).

IX. A manera de conclusiones

Los modelos multiagentes son, sin duda, un estadio superior en la descripción de la compleja dinámica de los fenómenos sociales. Gracias al poder de cálculo de las computadoras actuales es posible simular poblaciones verdaderamente grandes e imprimirle a cada uno de sus agentes su propia individualidad.

Existen un grupo de características generales de estos modelos que se ven reflejadas en los ejemplos anteriores y que nos parecen importante resaltar aquí:

- a)* Los modelos multiagentes están basados en la definición de las interacciones locales entre los miembros de la población.
- b)* Las propiedades observables emergen de estas interacciones locales.
- c)* Es posible por tanto crear «mundos», prácticamente partiendo de cero, e imprimirles las reglas de comportamiento cuyas propiedades emergentes nos gustaría estudiar.
- d)* Es posible, por tanto, aislar las características de la población que nos interesan estudiar de las perturbaciones de otros fenómenos ajenos.

Sin duda, ésta no es la última palabra en cuanto a modelación de fenómenos sociales. Cualquier modelo es un proceso de abstracción en el cual algunas características de la realidad deben ser soslayadas, y los modelos multiagentes no son la excepción.

Existen, no obstante, retos indiscutibles para este tipo de modelos. En muchas organizaciones los agentes tienen un carácter jerárquico (gobiernos, empresas, colonias de hormigas, etc.) y, por tanto, la influencia de algunos de ellos es primordial para la evolución futura del sistema. Estas jerarquías deben ser incorporadas a los modelos que pretendan describir tales fenómenos. Existen prometedores avances en esta dirección para definir el concepto de liderazgo, por ejemplo.

En cualquier caso, los modelos computacionales de fenómenos sociales representan sin duda una aproximación teórica más realista que los anteriores paradigmas de investigación.

Bibliografía

- ADAMI, C., N. CERF (2000), «Physical Complexity of Symbolic Sequences», *Physica D*, 137, pp. 62-69.
- ARTHUR, W.B. (1994), «Bounded rationality and inductive behavior (El Farol Bar problem)», *American Economic Review*, 84, pp. 406-411.
- AXELROD, R.M. (1984), *The evolution of cooperation*, Basic Books.
- BERRY, B.J.L., L.D. KIEL, E. ELLIOT (2002), «Adaptive agents, intelligence and emergent human organization: Capturing complexity through agent-based modeling», *Proceedings of the National Academy of Science of the USA*, 99, p. 7.187.
- CHALLET, D. y C. ZHANG (1997), «Emergence of cooperation and organization in an evolutionary game», *Physica A*, 246, pp. 407-413.
- DANIELSON, P. (2002), «Competition among cooperators: altruism and reciprocity», *Proceedings of the National Academy of Science of the USA*, 99, pp. 7.237-7.242.
- FARKAS, I., D. HELBING, T. VICSEK (2002), «Social behavior: Mexican wave in an excitable medium», *Nature*, 419, pp. 131-132.
- HELBING, D., I. FARKAS, T. VICSEK (2000), «Simulating dynamical features of escape panic», *Nature*, 407, pp. 487-490.
- , B. HUBERMANN (1998), «Coherent moving states in highway traffic», *Nature*, 396, pp. 738-740.
- HOBBS, T. (1968), *The Leviathan*, Penguin Books, 1968.
- JULIA, G.M. (1918), «Mémoire sur l'itération des fonctions rationnelles», *Journal de Math. Pure et Appl.*, n.º 8.
- MACY, M., A. FLACHE (2003), «Learning dynamics in social dilemmas», *Proceedings of the National Academy of Science of the USA*, 99, pp. 7.229-7.236.
- MANSILLA, R. (2000a), «From naïve to sophisticated behavior in multiagents-based financial market models», *Physica A*, 248, pp. 478-488.
- (2000b), «Algorithmic Complexity in Minority Game», *Physical Review E*, 62, 4, 4.553-4.557.
- (2001), «Algorithmic complexity in real financial markets», *Physica A*, 301, pp. 483-492.
- (2001b), «Deterministic site exchange cellular automata models for the spread of diseases in human settlements», *Complex Systems*, 13, 2.
- (2003a), *Introducción a la Econofísica*, Editorial Sirius, España.
- (2003b), «Increase of Complexity from Classical Greek to Latin Poetry», *Complex Systems*, 14, pp. 201-213.
- RUELAS, E., R. MANSILLA (comps.) (2005) *Las Ciencias de la Complejidad y la Innovación Médica*, Plaza y Valdes Editores.
- SÁNCHEZ, F., P. MIRAMONTES, J. GUTIÉRREZ (comps.) (2003), *Clásicos de la Biología Matemática*, Siglo XXI Editores.
- SORNETTE, D. (2003), *Why Stock Markets Crash*, Princeton University Press.
- VOLTERRA, V. (1931), «Lecons sur la théorie mathématique de la lutte pour la vie», *Ann. Inst. H. Poincaré*.
- WALRAS, L. (1954), *Elements of Pure Economics*, Homewood.
- ZUREK, W. (comp.) (1991), *Complexity, Entropy and the Physics of Information*, Addison-Wesley.

3. La perspectiva «Curso de Vida» como eje interdisciplinario en la investigación sociodemográfica en la «nueva» formación familiar: una reflexión sobre el caso mexicano

Servando Gutiérrez Ramírez, Clara Elena Valladares Sánchez

Introducción

Los trabajos de investigación en torno al amplio mundo de la mujer cobraron notable interés durante la década de 1980. Tanto es así que, en el campo de la sociología y de la demografía, buena parte de los estudios realizados en estas disciplinas se centraron en dar cuenta de los aspectos cualitativos y cuantitativos relacionados con la situación social y económica de la mujer. A partir de entonces, se empezó a generar un importante conocimiento sobre la vida en el ámbito del trabajo femenino, de la cada vez más notoria incorporación de las mujeres a la esfera educativa, su mayor participación social y política, la desigualdad genérica y los efectos que de esta última se derivan y se reflejan en la vida cotidiana de las mujeres y que muchas de las veces tienen un impacto casi directo en su salud.

De lo anterior puede señalarse que diversos estudios han hecho posible conocer cómo, por ejemplo, en el descenso de la fecundidad y en los cambios generados en la formación de la familia han tenido que ver, en buena medida, los siguientes factores: la actividad industrial, la vida urbana, la participación de las mujeres en las actividades económicas y, sobre todo, los niveles de escolaridad alcanzados por la población femenina.

En este sentido, vale la pena destacar que en los años recientes, los análisis derivados de la relación interdisciplinaria entre sociología y demografía (lo que hoy día conocemos como sociodemografía) han hecho evidente cambios muy significativos en las primeras fases del proceso de formación de la familia, los cuales encuentran su base en la relación de eventos demográficos (nupcialidad, natalidad) y eventos sociales como la educación, el empleo femenino, el contexto de residencia, por citar sólo algunos.

Los cambios mencionados pueden resumirse de la siguiente manera:

- i)* la edad (particularmente de la mujer) al primer matrimonio o unión se está incrementando, dicho de otro modo, la mujer se casa a edades más tardías (Ojeda, 1989);
- ii)* el número de parejas que cohabitan antes o sin matrimonio está creciendo muy rápidamente y, como consecuencia de ello, hay un mayor número de registros de nacimientos fuera del matrimonio;

iii) el número de hijos por mujer va en claro descenso y el tiempo transcurrido entre cada nacimiento se está haciendo cada vez más espaciado. Incluso, el intervalo que media entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo tiende a seguir dicho patrón (Ojeda, 1987; Juárez, 1982).

Así, y en este orden de ideas, para dar cuenta de las características que se encuentran presentes en la formación de familias en poblaciones o sociedades como la mexicana, es posible «echar mano» de una perspectiva teórico-metodológica que permita desarrollar un análisis de las primeras transiciones relevantes del ciclo vital familiar de las mujeres. Esto es, es necesario emplear una perspectiva no-normativa del ciclo familiar¹ donde se ponga especial atención a los procesos transicionales por los que atraviesa la unidad familiar.

En este sentido, una perspectiva como la del «curso de vida» se considera más que adecuada, ya que permite considerar el análisis de la «temporalidad» y la secuencia de eventos sociales y demográficos, los cuales, entrelazados, le imprimen características peculiares al ciclo vital de las familias.

De esta manera, dicha perspectiva de corte longitudinal ofrece importantes elementos analíticos para estudiar el ciclo familiar pues, al considerar éste como un proceso, lleva a concebir las etapas de dicho ciclo como el resultado de la interacción de tiempos distintos al nivel de tres importantes instancias sociales: la intersección del «tiempo individual» (tiempo biológico social o edad biológica), «tiempo familiar» (tiempo que considera eventos sociodemográficos tales como contraer matrimonio, tener hijos, etc.) y «tiempo histórico-social» (roles asignados en la estructura social en función de la edad de los individuos).

Con base en lo anterior, y considerando la gran potencialidad analítica de una perspectiva como la del «curso de vida», se posibilita el analizar el ciclo familiar como un proceso y ello permite dar sentido al tratamiento de datos demográficos provenientes de encuestas nacionales como las que se han venido levantando, particularmente en México, desde la década de los años setenta, y las cuales poseen información sobre varios aspectos de carácter social y cultural del comportamiento familiar y las decisiones que afectan su comportamiento demográfico.

I. La utilidad teórico-metodológica de la perspectiva «Curso de Vida»

Como ya se anticipó, el «curso de vida» es una perspectiva analítica, sociológica y demográfica, que no utiliza las tipologías familiares convencionales sino que más bien enfatiza el estudio de las transiciones familiares, sin considerar relevante «la composición que adopte la organización familiar tanto en sus funciones internas como en la composición de sus hogares» (Ojeda, 1989). De aquí se desprende el por qué en esta perspectiva no suele considerarse a la familia como unidad de análisis.

En su lugar se toma al «individuo» como esa unidad de análisis toda vez que el curso de vida individual, al interactuar de manera constante y relacionarse con las

1. Suponer que la ocurrencia de las etapas formativa, expansiva, constrictiva y disolutiva, siguen un orden de aparición lineal en todas las unidades familiares deja de lado la dimensión temporal inmersa en cada una de las etapas familiares.

trayectorias de vida de los otros miembros de la unidad familiar, define algunas características del ciclo vital familiar que las hace susceptibles de ser analizadas con detalle.

Aunado a lo anterior, otro de los aspectos relevantes de esta perspectiva es el hecho de considerar que el patrón del curso de vida individual está influenciado ampliamente por el interjuego de condiciones históricas cambiantes y eventos relacionados con la organización socioestructural, posiciones del individuo en la estructura social y su desarrollo biológico y psicológico.

Dicho de otra manera, la perspectiva «curso de vida», como estructura conceptual, analiza las transiciones² que, de manera particular, modifican el estatus y comportamiento de los individuos en los diferentes ámbitos sociales. El análisis de tales transiciones hace hincapié en el estudio de la secuencia y el *timing* (duración) de eventos específicos que por su grado de relevancia dan paso a una transición particular.

Para ejemplificar lo anterior, consideremos los eventos siguientes: la salida de la escuela, iniciar un trabajo de tiempo completo después de concluir cierta escolaridad, independizarse económicamente del hogar de origen a través de un empleo de tiempo completo, casarse y formar una familia, éstos son eventos de cierta regularidad que dan cuenta de lo que se conoce como: transición de la adolescencia a la edad adulta.³

Sin embargo, algunos autores (Teachman, 1985 y Teachman y Polonko, 1985) que han realizado estudios sobre la formación familiar en Estados Unidos de Norteamérica, han señalado que la ocurrencia de alguno de estos eventos no necesariamente implica (o depende de) la ocurrencia de algún otro de los eventos, es decir, son eventos interdependientes los cuales poseen una secuencia y un *timing* o duración particular. Como cada uno de los eventos anotados se caracteriza por tener un ritmo o velocidad de ocurrencia que determina en gran medida su secuencia y su *timing*. La perspectiva del Curso de Vida pone énfasis en esta peculiaridad cuando dos o más eventos ocurren de acuerdo al ordenamiento que los individuos pueden hacer de los mismos; esto es, la manera de cómo los individuos entretejen o condicionan la aparición de cada uno de los eventos más significativos que marcarán su propio curso de vida.

El «timing» transicional

En relación a los arreglos que los individuos establecen para la ocurrencia de los eventos que marcarán buena parte de su vida, deben ponderarse tres características

2. El concepto de *transición* define los movimientos de los individuos (estatus y roles) y de las familias en su curso de vida en función de patrones de tiempo construidos socialmente, movimientos que a su vez se encuentran reconocidos y sancionados por la sociedad. Definir las transiciones como normativas encuentra su base argumentativa en el hecho de que la sociedad espera que sus miembros experimenten o sufran esas transiciones en momentos específicos de sus vidas (Hareven, 1988).

3. La *transición de la adolescencia a la edad adulta* denota el proceso por el cual los(las) jóvenes sufren una serie de cambios fisiológicos, psicológicos y sociales que transforman su posición en la estructura social en base a un sistema de estratificación por edad (niñez, adolescencia, edad adulta, etc.). Esta transición multidimensional ocurre a lo largo de varios años y está marcada por una serie de eventos demográficos que indican cambios en los roles sociales asociados con el sistema de estratificación por edad. Para muchos individuos, la etapa final en esa transición es la formación de una familia a través del matrimonio. Esta transición alude a un comportamiento de formación familiar observado básicamente en los Estados Unidos de Norteamérica.

del *timing* de las transiciones, que son centrales para comprender los cambios sobre su propio curso de vida.

En primer término, debe tomarse en cuenta el *timing* de las transiciones sobre la trayectoria de vida individual, en el cual se hace referencia al balance de la entrada y salida de los individuos a diferentes roles familiares y laborales; en segundo lugar, la sincronización de las transiciones individuales con las transiciones colectivas familiares y; como tercer punto, el impacto acumulativo de las transiciones tempranas de vida en subsecuentes transiciones. En todas estas áreas la definición del *timing* dependerá del contexto social en el cual la transición ocurre.

Ahora bien, como ya se mencionó, una de las cuestiones más interesantes de analizar en la trayectoria de vida individual, es la manera de como la gente organiza y temporaliza su entrada a diversos roles sobre su curso de vida; por ejemplo, de qué manera miden el tiempo de su vida laboral con respecto a sus transiciones educacionales; y cómo sincronizan y dan secuencia a sus transiciones en el contexto de condiciones sociales históricas y cambiantes.

A nivel familiar, el *timing* involucra la sincronización de las transiciones de vida individuales con las transiciones colectivas de la familia. De esta manera, los individuos comparten una gran cantidad de configuraciones familiares que se transforman a lo largo de la vida y cambian en función de las condiciones históricas prevaletentes en el momento de llevarse a cabo una transición (Cooney *et al.*, 1991; Hareven *et al.*, 1988; Stevens, 1990; Tallman, 1986).

Bajo tales cambios, la gente temporaliza sus transiciones dentro y fuera de varios roles sociales diferentes. En este sentido, la edad biológica, que es un determinante importante en el *timing* de las transiciones, no es visualizada como la variable más relevante. En contrapartida, los cambios en el estatus familiar y los roles que acompañan ese estatus cobran un gran significado. De esta manera, la sincronización del tiempo de vida del individuo con las transiciones familiares, se establece como un aspecto central del curso de vida (Hogan, 1978; Tuirán, 1990).

La «cohorte» y su análisis en la perspectiva

La «cohorte» es un término demográfico aplicado para referirse a un grupo de personas que comparten simultáneamente una experiencia demográfica que se observa durante un cierto tiempo. Por ejemplo, a todos los nacimientos ocurridos en 1987 se les denominaría: la cohorte de 1987. Existen también otro tipo de cohortes como las de matrimonios, grados escolares, etc.

Lo que caracteriza a una cohorte es la exposición de un grupo de individuos a una experiencia común que se da a una edad específica. Por ello, una de las grandes ventajas en el estudio de la(s) cohorte(s) deriva de su análisis del tiempo, lo cual a su vez, permite hacer una distinción analítica entre tres tipos de cambio en esa temporalidad: primero, cambios estructurales en una sociedad; segundo, cambios en el ciclo de vida dentro de las cohortes mismas, y; tercero, cambios en las relaciones entre las cohortes involucradas.

Asimismo, estas distintas escalas temporales pueden ser pensadas como: tiempo histórico (por ejemplo, tiempo en el cual se puedan observar los cambios en la estructura ocupacional debida a una transformación económica); tiempo personal (movili-

dad social de las personas al paso del tiempo), y tiempo de cohorte o generacional (alteraciones temporales en la relación entre cohortes). El análisis de cohortes ofrece importantes oportunidades analíticas toda vez que permite la «diseción» de los cambios en el tiempo.

Por consiguiente, si la(s) cohorte(s) en las que los individuos nacen en un punto dado del tiempo histórico, comparten una serie de experiencias que son únicas en la(s) cohorte(s) y ellas son adaptadas a eventos subsecuentes con la finalidad de reflejar esas experiencias (Talman, 1986), entonces es posible analizar cómo es que los factores económicos, políticos, sociales y demográficos que la(s) afectan pueden interactuar creando un contexto determinado donde la secuencia y el *timing* de eventos tales como: terminar la educación formal, trabajar, casarse y formar una familia, variarán diferencialmente en el tiempo y en el espacio.

Otra característica importante del empleo de la perspectiva del curso de vida consiste en que permite realizar un análisis de corte diacrónico.⁴ Así, los eventos anteriores pueden ser estudiados en profundidad con el fin de llegar a tener una aproximación de las experiencias individuales y sociales de los individuos a través de sus respectivas trayectorias de vida.

Por lo anterior, la perspectiva del curso de vida ha sido definida como el marco analítico más adecuado para estudiar individuos y familias en el tiempo, dentro de los límites de una generación y a través del contexto histórico de generaciones sucesivas. Igualmente, abarca el estudio del desarrollo familiar tanto colectivo como individual así como los problemas que surgen de su sincronización.

La temporalidad en los eventos sociodemográficos

El «curso de vida» muestra su potencial analítico en la medida que, al ser aplicado al estudio de la familia, hace referencia a tres procesos temporales importantes: el tiempo histórico, el tiempo familiar y el tiempo de vida individual (Talman, 1986).

El primer proceso trata los aspectos institucionales de la familia, donde el análisis de la familia sobre el *tiempo histórico* se centra en sus funciones sociales, patrones de residencia, características de su estructura de parentesco y su «poder» en relación a otras instituciones. En este nivel de aproximación histórico-social se enfatizan cuestiones de cómo la estructura familiar y sus funciones tienen una relación directa o indirecta con los cambios en otras instituciones sociales y con las influencias recíprocas que se derivan de esos cambios.

De esta manera, en los estudios sobre la familia ha sido muy importante la aplicación del concepto de cohorte, el cual, como ya se anotó, permite identificar las variaciones temporales o los patrones de transformación que en cierta medida no podrían ser detectados a partir de un análisis transversal⁵ (Ong Tsui, 1982).

Pero de manera general, considerado en términos de «eras» o cohortes, calculadas en siglos o tiempos de vida de los individuos (años-edad), el tiempo histórico provee a los miembros de la familia de un conjunto de tradiciones y experiencias adquiridas a través del tiempo que van marcando su comportamiento en el ámbito

4. A través del tiempo.

5. Análisis de un «momento» específico de tiempo.

social; ámbito en el cual toman forma sus comportamientos y actitudes en torno a la reproducción humana.

El *tiempo familiar* nos remite a pensar en el desarrollo y/o cambios en la unidad familiar en el ciclo de vida de dicha unidad. El tiempo familiar puede ser «medido» en términos de la secuencia de eventos críticos o transicionales, eventos tales como el matrimonio, el nacimiento de los hijos, la crianza de los niños, el «despegue» de los hijos (salida de éstos del hogar paterno), el retiro laboral, la viudez, etc. Lo anterior es descrito muchas veces como etapas, donde cada etapa implica alteraciones en la organización, posiciones y roles dentro de la familia.

Estas etapas tienden a ser normativamente establecidas. Así, la mayoría de los estudios del ciclo de vida familiar se refieren a las varias etapas por las que atraviesa la familia y consideran los roles específicos que juegan cada uno de sus miembros, la secuencia de roles y las tareas de desarrollo requeridas en cada etapa para que ésta se signifique como una transición de una etapa a otra. Además, una transición determinada puede estar influenciada por transiciones anteriores a ésta⁶ (Stevens, 1990).

El último proceso temporal, el *tiempo individual o tiempo de vida* es medido en términos de etapas cronológicas⁷ consideradas multidimensionalmente, toda vez que la edad puede considerarse como un útil indicador social que permite aproximarse a conocer cuándo y cómo aparecen determinados eventos sociodemográficos y el rol que juega el individuo en ellos.

Dicho de otra manera, los eventos referidos ocurren a lo largo de la vida de los individuos y definen a su vez transiciones familiares que estarán determinadas por la edad individual a la que ocurren. Por ello, la posición del tiempo de vida individual incorpora el estudio del tiempo presente, pasado y futuro en términos de un significado social estrechamente vinculado a la edad cronológica.

Recapitulando lo expuesto hasta aquí, se puede decir que la perspectiva Curso de Vida permite considerar simultáneamente los niveles micro y macro sociológicos. El primer nivel nos remite a pensar en los cambios en los roles y en el estatus experimentados por los individuos dentro de la estructura social y, sobre todo, a lo largo de sus vidas (trayectorias de vida); cambios en los que se pone de relieve la secuencia y el *timing* de los eventos sociales y demográficos.

Desde el nivel macro, se ha indicado la normatividad o regulación del orden implicado en las transiciones, y la importancia de ciertos instrumentos sociales, las instituciones, por medio de los cuales se regula el tránsito de los individuos en la estructura social y a lo largo de la vida.

Por lo anterior, se considera que los cambios históricos en el contexto institucional ocurridos durante la adolescencia y el temprano curso de vida adulto pueden ser visualizados como fuentes de cambio en la normatividad temporal de las transiciones tempranas de la vida (Hogan y Mochizuki, 1988). Incluso, las normas acerca del patrón temporal de los eventos cambian en el tiempo y difieren en el espacio (Marini, 1984a).

6. El paso de una transición a otra implica que la segunda conserva algunas características de la transición que la generó y, por tanto, la afecta de esa manera. Analíticamente, esto permite comparar y observar la relación existente entre dos transiciones. En este sentido, y siguiendo el orden en que las cohortes completan una secuencia de transiciones, se puede pensar que una transición ya «completada» genera otra transición más o menos parecida, o bien puede ocurrir que ambas transiciones se sucedan simultáneamente (por ejemplo, la relación entre transiciones escolares y laborales).

7. Edad que indica la maduración biológica de los individuos.

Puede cerrarse este primer gran apartado destacando la peculiaridad que tiene la perspectiva «Curso de Vida» en el estudio de la formación de familias: la consideración analítica de la temporalidad y la secuencia de las transiciones familiares. Esta característica se levanta como la principal diferencia entre dicha perspectiva y los modelos de análisis normativos tradicionales utilizados para explicar las transiciones que se encuentran presentes en el proceso de formación familiar.

II. El Curso de Vida en el caso mexicano y la pertinencia analítica de la perspectiva

En el primer apartado se hacía referencia a que las transiciones del curso de vida de los individuos se encuentran normadas de acuerdo a una secuencia y a un *timing*, y que para facilitar el ordenamiento de la secuencia y el *timing* de los eventos existen patrones institucionalizados para lograrlo.

Por ejemplo, en los Estados Unidos de Norteamérica el curso de vida se encuentra fuertemente institucionalizado y por ello muestra una evidente definición en la secuencia y el *timing* en las transiciones que marcan el paso de la adolescencia a la edad adulta. Estas transiciones se encuentran reguladas socialmente y, por ello, siguen un orden de ocurrencia en secuencia casi continua (aunque con ciertas variaciones en la duración de cada evento) a través del tiempo.

En el caso estadounidense, se piensa que el paso de un niño a la adolescencia y luego a la edad adulta ocurre óptimamente en un modo socialmente prescrito, es decir, finalizará primero su escolaridad, iniciará su independencia económica a través de un empleo de tiempo completo, se casará y finalmente formará una familia por medio del matrimonio.

La secuencia de dichos eventos es considerada como «natural» en la sociedad norteamericana y se encuentran reglamentados de acuerdo a las costumbres de las familias nucleares que ahí residen. Por ello, las estructuras de las instituciones sociales son designadas por su compatibilidad con dicho patrón natural (Hogan, 1978).

En contrapartida, y reconociendo que en México existen muy pocos trabajos sobre esta temática, sería muy interesante analizar qué tan institucionalizado se encuentra el curso de vida de los mexicanos, es decir, explorar qué tanto los eventos más importantes en la vida de los individuos son regulados o no por las instituciones y por la sociedad. Lograr lo anterior permitiría observar si la secuencia de eventos tales como dejar completamente la escuela, entrar a trabajar, casarse, tener hijos o formar una familia, mantienen o no un riguroso orden a través del tiempo.

La reflexión sobre el caso mexicano

Como ya se acotó desde el inicio de este trabajo, el eje fundamental del análisis del orden de aparición de eventos tales como entrar al matrimonio y entrar a la maternidad (eventos que dan cuenta del proceso de formación familiar en su etapa formativa y expansiva) es el nivel de escolaridad, en primer término, y el lugar de residencia de una mujer. Por lo mismo, debe mencionarse que, sin lugar a dudas, el cambio en el rol y estatus de la mujer se encuentra fuertemente vinculado con el incremento del logro

educacional de ésta, su cada vez mayor participación en el mercado laboral y la importancia de su contexto de residencia.

En este sentido, es importante considerar los efectos de los logros del nivel de educación de la mujer, y su cada vez más notoria presencia en el ámbito educativo, ya que una permanencia más prolongada en la institución escolar puede propiciar un período de transición más amplio de la juventud o adolescencia a la edad adulta, lo cual implica un diferimiento temporal de entrada a los eventos familiares como el matrimonio y la maternidad. No es fortuito mencionar que los cambios importantes en el *timing* de entrada al matrimonio y a la maternidad se atribuyen frecuentemente a las mejoras educacionales de las mujeres (Blossfeld y De Rose, 1992; Florez y Hogan, 1990; Marini, 1984a).

Como un efecto del mayor tiempo de la mujer «gastado» en el ámbito escolar, es de esperarse un incremento en la edad al primer matrimonio o primera unión. Así, si una mujer está asistiendo a la escuela durante la adolescencia, el riesgo de que se case es más reducido que si no lo hace. Más aún, el nivel de educación alcanzado mostraría una tendencia a posponer la entrada al matrimonio y, consecuentemente, a la maternidad.

El hecho anterior ha permitido que investigaciones realizadas en torno al impacto que tiene la educación en las mujeres hayan mostrado que a altos niveles de educación corresponden probabilidades menores de que las mujeres en una edad temprana experimenten los eventos ya mencionados. Esto es, dichas investigaciones han encontrado, por parte de las mujeres, una inversión de tiempo cada vez mayor en asistir a la institución escolar (Blossfeld y Huinink, 1991; Kelly, 1989; Hogan y Astone, 1986).

Asimismo, los efectos de tal hecho evidencian que si la mujer permanece por más tiempo en la escuela lo más probable es que ella posponga o evite casarse a una edad temprana, dado que a esa edad la educación a obtener se valora y adquiere más importancia que casarse, convertirse en ama de casa o tener hijos (Blossfeld, *ibíd.*; Ojeda, 1988; Quilodrán, 1990).

Por otra parte, diferentes investigaciones siguen encontrando evidencias de que el lugar de socialización (áreas urbanas o rurales) aún mantiene un fuerte efecto en el total de educación tenida por ambos sexos, particularmente para las mujeres.

En las áreas rurales se sigue haciendo patente la tendencia de que las mujeres dejen más tempranamente la escuela y se conviertan en esposas y madres a una edad considerada como «muy joven». Con ello su nivel de escolaridad es significativamente bajo comparado con las mujeres que habitan en áreas urbanas y, por lo tanto, hay un interesante efecto sobre la formación de familias en ambas zonas, sobre todo partiendo del impacto del nivel educativo femenino y su contexto cultural (Florez y Hogan, 1990).

Como se puede apreciar, la educación es considerada como una variable estructural que incide de manera importante en la obtención de los roles de esposa y madre, en función del nivel de instrucción logrado por las mujeres. En otras palabras, al parecer, las mujeres que obtienen altos niveles de escolaridad retrasan su entrada a los roles de adulto hasta que completan su educación formal (Marini, 1984b), y esto es indicativo del por qué el nivel educativo obtenido sea considerado como un factor determinante en el ordenamiento de los cambios en los roles durante la transición de la adolescencia a la edad adulta tanto en hombres como en mujeres, pero de manera muy especial, en estas últimas.

Por lo tanto, no es casual el que se relacione la escolaridad obtenida con los cambios en los roles familiares, con la secuencia y el *timing* de los eventos matrimonio y maternidad; lo cual, sin duda, impacta a la familia en sus primeras fases de formación.

En el caso mexicano es importante hacer mención de que, en general, la expansión del sistema educativo, sobre todo el público, ha permitido que las mujeres y hombres de todas las clases sociales tengan acceso a un mínimo de escolaridad y a una permanencia en la institución escolar más prolongada (Hogan, 1981).

En México, por ejemplo, el proceso de ampliación de la base escolar en los niveles básicos impulsado en la década de los cincuenta, abrió el ingreso al sistema de educación a sectores sociales antes excluidos, dentro de los cuales la mujer había sido de los grupos sociales sometidos a mayor discriminación educativa (Morales, 1988-89).

En el país, la década de los años setenta es el periodo de institucionalización de un sistema de educación superior nacional, diversificado y relativamente masificado, que respondió a una demanda social creciente de educación superior y a una política gubernamental dispuesta a satisfacerla y que tuvo como antecedentes la ampliación de la base escolar en los niveles básicos cuyo crecimiento en todos los niveles educativos fue mayor que el de los grupos de edad correspondientes (Fuentes, 1989).

A este respecto, en México se pueden apreciar logros significativos en la cobertura educativa a partir de 1960. En esos años el país contaba con un 65 por 100 de población de 15 años y más, alfabeta. Para 1970, el porcentaje aumenta a 74,2 por 100, para la siguiente década, 1980, es de 83 por 100. Para 1990 y 2000 los porcentajes se elevan a 87,4 y 90,5 respectivamente.

Igualmente, comparando la evolución de alfabetismo por género también se observan avances importantes: en la década de los años sesenta el 70,2 por 100 de hombres era alfabeta, contra un 60,7 por 100 de mujeres alfabetas. En los siguientes diez años el porcentaje se ubica en 78,2 por 100 para los hombres y en 70,4 por 100 para las mujeres. Para 1980, los porcentajes se incrementan a 86,2 y a 79,9 por 100 para hombres y mujeres, respectivamente. En 1990 los datos correspondientes son 90,2 hombres y 84,8 mujeres,⁸ y para el año 2000 los porcentajes respectivos son 92,5 hombres y 88,6 mujeres.

La interpretación de los diferenciales educativos por género supone la existencia de referentes sociales, económicos y culturales que otorgan prioridad a la población masculina para su incorporación y culminación de los distintos niveles educativos. Sin embargo, la información referida muestra que la población mexicana se caracteriza por no contar aún con mayores niveles de escolaridad a pesar de la expansión educativa de las cinco últimas décadas. Es evidente, además, que las desventajas educativas siguen centrándose en la participación de las mujeres en este ámbito.

Consecuentemente debe señalarse, a manera de conclusión, que considerando que los niveles de escolaridad de las mujeres han aumentado, se puede argumentar que la expansión del sistema educativo en México ha impactado el proceso de formación familiar, toda vez que un mayor número de hombres, y en especial mujeres, han tenido acceso a mayores y mejores niveles educativos. Lo anterior remite a pensar en una modificación en el cómo las mujeres mexicanas consideran o adoptan los patrones de nupcialidad y maternidad en función de su nivel de escolaridad.

8. Los datos provienen de la información contenida en los Censos Generales de Población y Vivienda de 1960, 1970, 1980, 1990 y 2000.

Incluso vale mencionar que la expansión de la educación formal ha afectado el comportamiento de las cohortes, es decir, a medida que la escolaridad continúe avanzando posibilitará que los miembros de las distintas cohortes adquieran nuevos y mejores niveles educativos y con ello le impriman características propias a sus conductas, acciones, actividades, percepciones, etc., en relación a cómo con un mayor nivel de escolaridad pueden alterar o controlar la ocurrencia de la secuencia y el *timing* de eventos sociales y demográficos específicos que se encuentran estrechamente relacionados entre sí.

Bibliografía

- ALTER, George, «Methods and data: time, events and the study of the life course», en *Family and female life course. The women of verviers, Belgium: 1849-1880*, University of Winsconsin.
- ARIAS DE BLOIS, Jorge (1990), *Edad de la mujer al primer matrimonio y al nacimiento del primer hijo*, Instituto de Investigaciones de la Universidad del Valle de Guatemala, Population Council.
- BLOSSFELD, Hans-Peter y Johannes HUININK (1991), «Human capital investments or norms of role transition? How women's schooling and career affect the process of family», *AJS*, vol. 17.
- y Alessandra DE ROSE (1992), «Educational expansion and changes in entry into marriage and motherhood, the experience of Italian women», *Genus*, vol. XLVIII, n.º 3-4.
- BERGER, Peter y Tomas LUCKMANN (1979), *La construcción de la realidad social*. Amorrortu, Buenos Aires.
- CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (1982), *Encuesta Nacional Demográfica (E.N.D.)*, México.
- COONEY, Teresa M. y Dennis P. HOGAN (1991), «Marriage in an institutionalized Life Course: first marriage among American men in the twentieth century», *Journal of Marriage and the Family*, n.º 53, febrero.
- FLOREZ, Elisa y Dennis P. HOGAN (1990), «Demographic transition and life course change in Colombia», *Journal of Family History*, vol. 15.
- FUENTES MOLINAR, Olac (1989), «La educación superior en México y los escenarios de su desarrollo futuro», *Revista Universidad Futura*, vol. 1, n.º 1, octubre 1989, México.
- HAREVEN, Tamara K. y Kanji MASAOKA (1988), «Turning points and transitions: perception of the Life Course», *Journal of Family History*, vol. 13, n.º 3.
- HIERRO, Graciela (1988), «Análisis del concepto de educación», en *Naturaleza y fines de la educación*, ANUIES, México.
- HOGAN, Dennis P. (1978), «The variable order of events in the life course», *American Sociological Review*, vol. 43.
- (1981), *Transition and Social Change —the early lives of American men*. Academic Press, Nueva York.
- y Nan Marie ASTONE (1986), «The transition to adulthood», *Ann. Rev. Sociol.*
- y Takashi MOCHIZUKI (1988), «Demographic transitions and the Life Course: lessons from Japanese and American comparisons», *Journal of Family History*, vol. 13, n.º 3.
- INEGI (1992), *Encuesta Nacional de empleo de 1988*. México, INEGI - Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- INEGI (1993), *La mujer en México*, México.
- JELIN, Elizabeth y María del Carmen FEIJOÓ (1980), *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), vol. 3, n.º 8/9, Buenos Aires.
- JUÁREZ, Fátima (1982), «Análisis del proceso de formación de familias en México», en *Investigación Demográfica en México, 1980*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- KELLY, Gail P. (1989), «Nuevas orientaciones en la investigación de la educación de la mujer en

- el Tercer Mundo: el desarrollo de los enfoques centrados en la mujer», *Revista de Educación*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, España.
- LÓPEZ RAMÍREZ, Adriana y Elena ZUÑIGA (s/f), *Etapas iniciales del proceso de formación familiar en México: la transición al segundo hijo*, Centro de Estudios en Población y Salud (CEPS), S.S.A., México.
- MARINI, Margaret M. (1978), «The transition to adulthood: sex differences in educational attainment and age at marriage», *American Sociological Review*, vol. 43.
- (1984a), *Age and sequencing norms in the transition to adulthood*, University of North Carolina Press
- (1984b), «The order of events in the transition to adulthood», *Sociology of Education*, vol. 57.
- MASON M., William y Stephen E. FIEMBERG (eds.) (1985), *Cohort Analysis in Social Research. Beyond the identification Problem*, Nueva York.
- MIER Y TERÁN, Marta (1993), «Trayectoria de vida de las mujeres jóvenes en México», en *IV Conferencia Latinoamericana de Población. La transición demográfica en América Latina y el Caribe*, vol. II, INEGI - ISSUNAM, del 23 al 26 de marzo de 1993, Ciudad de México.
- MOORE, Kathryn M. (1987), «Women's access and opportunity in higher education: toward the twenty-first century», *Comparative Education*, vol. 23, (CISE, U.N.A.M),
- MORALES HERNÁNDEZ, Liliana. «La incorporación de la mujer a la educación superior», *Revista Universidad Futura*, vol. 1, n.º 1, noviembre 1988 - febrero 1989, México.
- OJEDA DE LA PEÑA, Norma (1987), *Family life cycle and social classes in Mexico*, Dissertation of Doctor of Philosophy, University of Texas at Austin.
- (1989), *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico*, México, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM).
- OLIVEIRA, Orlandina (1989), «Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes», en Jenifer Cooper *et al.*, *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, vol. , México, Coordinación de Humanidades, UNAM-Porrúa.
- OPPENHEIM MASON, Karen (1992), «Culture and the fertility transition: thoughts on theories of fertility decline», *Genus*, vol. XLVIII, n.º 3-4.
- ONG TSUI, Amy (1982), «The family formation process among U.S. marriage cohorts», *Demography*, vol. 19, n.º 1, febrero.
- PEDRERO NIETO, Mercedes y Teresa RENDÓN (1990), *Participación de la población en la actividad económica*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), UNAM.
- POLLAK, Robert A. y Susan COTTS WATKINS (1993), «Cultural and economic approaches to fertility: Proper marriage or Mesalliance?», *Population and Development Review* 19. n.º 3, septiembre.
- QUILODRÁN, Julieta (1991), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.
- RINDFUSS, Ronald R., S. Philip MORGAN and C. Gray SWICEGOOD (1984), «The transition to motherhood: the intersection of structural and temporal dimensions», *American Sociological Review*, vol. 49, junio.
- RODRÍGUEZ, German y John HOBCEFF (1990), *Análisis ilustrativo: análisis de los intervalos entre nacimientos con tablas de vida para Colombia*, Documentos de Docencia n.º 2, CEDDU, El Colegio de México, México.
- SECRETARÍA DE PROGRAMACIÓN Y PRESUPUESTO (1976-1977), *Encuesta Mexicana de Fecundidad (E.M.F.)*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto e Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- SECRETARÍA DE SALUD (1987-1989), *Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud, 1987 (ENFES)*, Dirección General de Planificación Familiar, Subsecretaría de Servicios de salud, Secretaría de Salud, México.
- SMITH, Peter (1984), «Time as a historical construct», *Historical Methods*, vol. 17.
- STEVENS, David (1990), «New evidence on the timing of early life-course transitions: the United States 1900 to 1980», *Journal of Family History*, vol. 15.

- SUÁREZ LÓPEZ, Leticia (1992), «Trayectorias laborales y reproductivas: una comparación entre México y España», *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 7, n.º 2-3, mayo-diciembre.
- TALLMAN, Irving (1986), «Social History and the life-course perspective on the family: A view from the Bridge», en *The Social Fabric, Dimensions and Issues*. Sage Publications, USA.
- TEACHMANN, Jay D. (1985), «Historical and subgroup variations in the association between marriage and first childbirth: a Life Course Perspective», *Journal of Family History*, invierno.
- y Karen A. POLONKO (1985), «Timing of the transition to parenthood: a multidimensional birth-interval approach», *Journal of Marriage and the Family*, noviembre.
- TUIRÁN, Rodolfo (1990), *Life course and social structure*, University of Austin, Texas.
— *Theoretical approaches to the study of the life course*, University of Austin, Texas.
- WELTI, Carlos y Beatriz RODRÍGUEZ (1994), «La investigación en México sobre participación de la mujer en la actividad económica en áreas urbanas y los efectos en su condición social» en *Las mujeres en la pobreza*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP), El Colegio de México.
- ZAMBRANO LUPI, Jorge (1977), *La relación entre la fecundidad y el grado de escolaridad en el medio rural mexicano y en la ciudad de México*, El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, Tesis de Maestría, México.
- ZAVALA DE COSÍO, M.^a Eugenia (1988), *Cambios de la fecundidad en México*. México, Dirección General de Planificación Familiar, Subsecretaría de Servicios de Salud, Secretaría de Salud.

III

EL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES DESDE UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA

4. Interdisciplina y posmodernidad: la relación espacio, sociedad y política

Rocío Rosales Ortega

Introducción

El pensamiento de la Ilustración elaboró una argumentación lineal y casi unívoca del acontecer de las sociedades, creando una imagen de unidad en la organización de las formas de vida social (Giddens, 1994; Tourain, 1998). En cierta forma, las disciplinas sociales reprodujeron la argumentación a favor de una racionalización de la vida social, elaborando modelos o patrones de explicación de la acción individual o social que finalmente convergía hacia una idealización del futuro de las sociedades. En este sentido, varias disciplinas experimentaron una gran preocupación por la científicidad en la explicación de su objeto de estudio, y los métodos cuantitativos resultaron la mejor forma de solución a esta necesidad. La geografía cosificó su visión del espacio utilizando métodos geométricos y, por lo tanto, distanciándose de la percepción subjetiva de la espacialidad social. La sociología en general no se diferenció mucho en este sentido, aún las grandes propuestas teóricas parecieron racionalizar en sentido extremo las relaciones sociales olvidándose del carácter subjetivo, ético y moral de las mismas (Bauman, 1998).

El arribo de la denominada posmodernidad favoreció la discusión de muchos de los supuestos con los cuales se construyeron los meta discursos de la modernidad que guiaron el devenir social, sin embargo, al mismo tiempo, recibió muy interesantes críticas sobre su relativismo social y político ante la avasalladora presencia de las nuevas formas de organización del capitalismo (Bauman, 1992; Harvey, 1998). A pesar de estas críticas, tanto Edward Soja desde la geografía como Zygmunt Bauman desde la sociología decidieron *radicalizar las propuestas epistemológicas y ontológicas que se derivaban del posmodernismo* a tal grado que no solamente proporcionan un panorama más interdisciplinario de la realidad social sino que también incorporan tanto el papel del poder en la constitución de los lugares como la importancia de la ética y la moral en todo tipo de relaciones sociales, espacial y temporalmente diferenciadas. En este sentido, para ambos autores, la diversidad y relatividad características del posmodernismo no son descalificadas por su aparente desprecio a la política y a la moral, sino que más bien son asumidas como prácticas sociales que exigen, hoy en día más que nunca, la construcción de nuevas formas de convivencia social y políticamente responsables.

Modernidad como un proceso de comprensión espacio-temporal¹

El predominio del tiempo sobre el espacio fue un proceso que, aunque se presentó de forma clara en la modernidad y por lo tanto constituyó uno de los ejes fundamentales de explicación de la acción social, expresa al mismo tiempo uno de los múltiples problemas epistemológicos que favoreció la construcción de diferencias disciplinarias artificiales, las cuales abordaron el estudio de los procesos sociales con una visión fragmentada así como también fomentaron el distanciamiento entre la racionalidad y la subjetividad de los individuos.

En las sociedades premodernas la relación de los acontecimientos y la forma en la que éstos se presentaban estaban vinculadas al espacio en donde se llevaban a cabo. Las sociedades se apoyaban en mecanismos de medición del tiempo pero siempre vinculados a referentes socio-espaciales. El invento del reloj y su expansión en todas las sociedades fue un momento crucial en la separación espacio-sociedad (Giddens, 1994: 29). Con el desarrollo de la modernidad se produce la separación del tiempo y el espacio como una de las principales características del desanclaje mencionado por Giddens, esto es, el distanciamiento entre las formas de organización social y el lugar o contexto en donde se llevan a cabo (Giddens, 1994: 31). A pesar de las grandes diferencias culturales y sociales en términos de percepción del tiempo y la forma en la que la vida transcurría, la modernidad impulsó la homogeneización de las formas de organización social. En este sentido, la modernidad es entendida como un proceso de racionalización de las formas de organización social a través del tiempo, en donde las relaciones sociales se fueron sedimentando en las instituciones.

Simmel fue uno de los primeros sociólogos en reflexionar sobre los cambios que producía la modernidad en las relaciones sociales. A diferencia de las relaciones cara a cara que establecían los individuos y que fomentaban un sentimiento de proximidad y reconocimiento de los miembros de una comunidad, la modernidad contribuyó a la conformación del distanciamiento social caracterizado por la indiferencia, la superficialidad y la fugacidad con la que hasta hoy en día se establecen las relaciones entre los individuos. «Así, pues, la modernidad es un modo particular de experiencia vivida dentro de la sociedad moderna, que abarca no sólo nuestras reacciones interiores ante ella, sino también su incorporación a nuestra vida interior» (Frisby, 1985: 94). Max Weber identificó este cambio social como un proceso de racionalización en el cual el capitalismo y su burocracia se convirtieron en una jaula de hierro que aprisiona la libertad y subjetividad de los individuos (Weber, 1984). En este mismo sentido, Tourain considera que la modernidad es la expresión de la dualidad entre la razón y la subjetividad (Tourain, 1998).

Simultáneamente a la comprensión de la diversidad espacial en la temporalidad, así como a la separación de la objetividad de la subjetividad social, las disciplinas sociales fragmentaron el proceso de conocimiento de lo social. Uno de los antecedentes más importantes de la delimitación entre las diferentes disciplinas sociales, ya sea por su carácter universal (nomotético) o descriptivo (ideográfico) (Giddens, 1967), lo encontramos a finales del siglo XVIII con la propuesta de Kant sobre la separación entre conocimientos que clasifican al mundo con base en sus similitudes formales o funcio-

1. Recupero el término utilizado por David Harvey en su texto *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (1985), Amorrortu editores, p. 401.

nales (clasificación lógica) y conocimientos que clasifican al mundo sobre la base de su coexistencia en tiempo y espacio (clasificación física). La clasificación lógica se caracteriza por su universalidad y posibilidad de generalidad, adquiriendo un verdadero nivel de «explicación científica», en cambio, la clasificación física se limita a las tareas descriptivas en donde la historia y particularmente la geografía fueron ubicadas (Barnes y Gregory, 1997: 232).

Esta separación radical entre modelos de explicación universal y explicaciones descriptivas, produjo profundas discusiones epistemológicas sobre el objeto de estudio de las disciplinas sociales, las cuales han estado inmersas en diversas discusiones sobre sus capacidades de elaboración de leyes universales así como de su nivel de científicidad, tema estrechamente ligado al nivel de racionalización de una explicación que intenta separar de manera radical el factor subjetivo del proceso de conocimiento del objeto. En este sentido, el positivismo y sus consabidos métodos cuantitativos han cruzado en distintos momentos y formas las diversas propuestas de elaboración de la investigación social.

Durante el proceso de distribución del objeto de estudio que definía a cada una de las diversas disciplinas sociales, la geografía conservó al espacio como su principal elemento de definición, sin embargo, desde la misma concepción Kantiana ya se prefiguraba una visión del espacio como contenedor o receptáculo, esto es, el espacio como elemento *a priori* o fundamento en donde se realizan los fenómenos exteriores (Santos, 1990: 142). Con la herencia kantiana que posteriormente se vio fortalecida por el positivismo, la geografía inició una larga travesía en búsqueda de la científicidad del espacio-contenedor a través de la elaboración de modelos geométricos que pretendían encontrar modelos universales de explicación de los patrones de organización de las actividades humanas en el territorio (Unwin, 1995; Barnes y Gregory, 1997: 233).

Para Harvey, la travesía en búsqueda de la racionalidad se había iniciado desde los mapas elaborados en el Renacimiento, los cuales fomentaron la reconstrucción radical de la relación tiempo-espacio, al mismo tiempo que se elaboraban como producto de los descubrimientos de los viajeros quienes contribuyeron a forjar la idea de que el mundo era finito y cognoscible. El mapa fue para el espacio lo que el cronómetro para el tiempo, esto significa que el mapa se convirtió en un sistema abstracto que permite establecer un lenguaje común sobre las distancias, coordenadas y latitudes del lugar que habitan distintas sociedades. «Los mapas, despojados de todos los elementos de la fantasía y de las creencias religiosas, así como de toda huella de las experiencias comprometidas en su producción, se habían convertido en sistemas abstractos y estrictamente funcionales para el ordenamiento fáctico de los fenómenos en el espacio» (Harvey, 1998: 277). Los mapas fueron una de las expresiones científicas de la Ilustración que mostraron las potencialidades de las técnicas sobre el conocimiento y el dominio del mundo, desde entonces, los subsecuentes desarrollos tecnológicos —en este caso destacan el manejo y representación de la información alcanzados por los Sistemas de Información Geográfica (SIG)— continúan fomentando una visión más física que social sobre la relación que establecen las comunidades con su entorno.

La distancia social caracterizada por el alejamiento de la contrastación inmediata de la acción de los individuos y fomentada por la conformación de sistemas abstractos responsables del funcionamiento a-espacial de las reglas de interacción social, fue una de las expresiones de la comprensión espacio-temporal producida por la modernidad. La conformación de sistemas abstractos, como el dinero, los mapas y las instituciones,

contribuyeron a ocultar la presencia del espacio como elemento constitutivo de la vida social, al mismo tiempo que proporcionaban una imagen de objetividad que diluía toda responsabilidad del actuar de los sujetos sociales.

La recuperación del materialismo histórico, por parte de la geografía, en la década de los sesenta, favoreció una importante discusión teórica de la constitución del espacio, sin embargo en términos epistemológicos no produjeron cambios sustanciales en la relación de la geografía con las otras disciplinas sociales y tampoco logró un cambio fundamental en la comprensión epistemológica de papel del espacio en las relaciones sociales (Soja, 1989). La principal dificultad continuó siendo la forma de incorporar y explicar el papel del espacio en las relaciones sociales, lo cual significó una variación del determinismo ambiental fundamentado en la percepción del *espacio como contenedor* a un determinismo social apoyado en la idea del *espacio como reflejo*, en donde el espacio es una mera consecuencia de las transformaciones económico-sociales. Antes de atreverse a buscar nuevas formas de interrelación con las ciencias sociales y, por lo tanto, a cuestionar la concepción que se tenían del espacio desde la antigüedad, la geografía tendría que esperar los aires de cambio que ya se manifestaban en la filosofía de las ciencias.

Varios fueron los cuestionamientos que se presentaron durante la época de la posguerra pero no sería sino a finales de los sesenta, tan sólo por mencionar una época de cambio que ya venía manifestándose con anticipación, cuando las ciencias sociales experimentarían un *giro epistemológico* sobre su relación con el contexto histórico-social en el que se desarrollaban, a través del trabajo de Thomas Kuhn, *La Estructura de las revoluciones científicas* (Giddens, 1967; Medina y Kwiatkowska, 2000: 21). La propuesta de Kuhn proporcionó nuevos argumentos en la discusión sobre la constitución de las ciencias sociales, así como también provocaría de manera indirecta una renovada visión de las interrelaciones que las caracterizaban.

El tema de la objetividad científica entraría en debate y la propuesta de la construcción social de la realidad de Berger y Luckman (1967), así como la propuesta de Giddens sobre la doble hermenéutica (Giddens, 1987), proporcionarían una explicación más cercana a las características y problemáticas comunes sobre el objeto de estudio de las ciencias sociales.

La reinserción del espacio en la totalidad social

La llegada del discurso posmoderno encontró suelo fértil en el resquebrajamiento de la lógica racionalista de la modernidad fomentado por el cuestionamiento de la dicotomía objetividad-subjetividad, universalidad-particularidad, tiempo-espacio, que tanto Kuhn como el constructivismo social habían favorecido, proporcionando mayores elementos para el debilitamiento de las fronteras artificiales entre las disciplinas sociales.

El pensamiento posmoderno implicó una apertura a la discusión de los supuestos que habían guiado a la sociedad, no solamente en términos de la crítica a la existencia de un metadiscurso o meta-teoría, entendidos como la existencia de verdades universales y eternas promovidas por la modernidad, sino también al señalar que no existe ningún destino manifiesto hacía donde dirigirse. El discurso posmoderno irrumpe en las ciencias sociales con una propuesta de pluralidad de significados y percepciones

que, en realidad, nunca habían dejado de existir y que, más bien, la modernidad se había empeñado en subsumir dentro de una misma lógica homogeneizante.

Inicialmente, el posmodernismo fue primordialmente criticado por la defensa del relativismo y la fragmentación, elementos con los que pretendía hablar de los fenómenos sociales, además de debilitar el papel de la política como elemento constitutivo de la acción social. Desde el punto de vista de Harvey (1998), el aumento en el ritmo de cambio de los patrones de producción y consumo, así como de la simultaneidad de los procesos sociales en el espacio, definían a la condición posmoderna como *una más de las etapas* de reorganización del tiempo y el espacio, impulsadas por las nuevas formas flexibles de organización del trabajo en el capitalismo.

Por otra parte, para la geografía, el discurso de la posmodernidad ha significado no sólo la recuperación de la diversidad de los lugares sino también un rechazo a los discursos totalizantes que hicieron predominar el tiempo expresado en algunos casos como progreso dentro de la historia, progreso que explicaría los principales procesos experimentados por las sociedades. «El posmodernismo es interpretado como un énfasis filosófico y teórico de la diferencia. La primacía del tiempo sobre el espacio en el discurso de la teoría social es visto como una expresión de la universalidad y, como tal, un recurso de la tendencia totalizante de la teoría social moderna. Por otra parte, el espacio promueve un desarrollo teórico lejos de la universalidad y una mayor sensibilidad hacia la diferencia, al discurso local, etc. Así, el énfasis posmoderno de la diferencia tiene un contenido espacial el cual forma la base del maridaje entre geografía y posmodernismo» (Simonsen, 1996: 501).

Aunque Harvey criticó ampliamente al posmodernismo, esto no le impidió reconocer lo infructuoso que resultaba permanecer atrapado en el discurso tradicional marxista, al cual le resultaba indispensable incorporar el tratamiento de la diferencia y de la otredad así como la espacialidad en la que estas últimas se expresaban (Harvey, 1998: 387). En un primer momento, Edward W. Soja retomaría la invitación que se derivaba de las reflexiones de Harvey, al dedicarse a la elaboración de un materialismo histórico-geográfico, que incorporaba a la relación dialéctica tradicional entre historia y sociedad, el elemento espacial (Soja, 1989).

Posteriormente, la búsqueda de la integración del espacio como elemento constitutivo del cambio social llevarían a Soja hacia una reflexión más profunda y radical de las implicaciones epistemológicas y ontológicas del posmodernismo (Barnes y Gregory, 1997: 236). A diferencia de la estigmatización del carácter relativo, plural, y fragmentario del posmodernismo por parte de los modernistas, Soja consideró que, debido a la conformación de nuestra lógica de pensamiento moderno, resultaba difícil lidiar con la dispersión del poder al estilo de Foucault, la radicalidad del reconocimiento de la subjetividad y el desorden que implicaba la diferencia (Soja, 1996). En este mismo sentido, Bauman (1992) menciona que las reacciones en contra de la posmodernidad no han realizado esfuerzos serios por comprenderla, ya que al tratarla como un efecto de crisis social sólo la ubican como una enfermedad más que una posibilidad de reflexión sobre nuestras formas de conocimiento.

Para Soja (1996), el pensamiento posmoderno radical plantea un compromiso con el cambio y en esta forma busca explicar las diferentes formas de pensar el espacio y el tiempo, de la misma manera que cuestiona las «modernas» concepciones del espacio. En búsqueda de un punto de vista diferente al que ha predominado con la modernidad, Soja plantea buscar y abrir nuevas posibilidades de reflexión proponiendo una

ontología dialéctica de la espacialidad-historicidad y socialidad. Con la propuesta del materialismo histórico-geográfico Soja reinserta en la discusión del marxismo el papel del espacio en la constitución de las relaciones sociales y, en este sentido, gracias a la importante influencia de Henry Lefebvre, se aboca a la elaboración de un concepto de espacio en donde los determinismos espaciales, temporales o sociales no existen en un continuo proceso *tria-léctico* de diferenciación de la acción social.

Con base en la crítica al marxismo Ortodoxo que Henry Lefebvre inició al rechazar las categorías binarias que habían caracterizado la dialéctica marxista, Soja recupera la diferencia elaborada por ese autor sobre el *espacio percibido*, compuesto por magnitudes y elementos cuantificables, por lo tanto, relacionado con la práctica social materializada, el *espacio concebido*, definido por las representaciones o por el espacio imaginado y el *espacio vivido* constituido por la convivencia entre lo real y lo imaginado, por las experiencias cotidianas donde se expresan la diferencia, la multiplicidad y la libertad. De manera simultánea, Soja recupera de Foucault el concepto de Heterotopías, el cual se caracteriza por la simultaneidad y la yuxtaposición de diversos tiempos en un mismo espacio. Esta propuesta converge directamente con la idea posmoderna sobre la combinación de estilos y formas que recrean la diversidad en total oposición con la uniformidad y el orden de la modernidad. Para el análisis de los lugares, las ciudades como los Angeles, New York o la misma Ciudad de México son la máxima expresión de las más extrañas combinaciones entre lo moderno y lo tradicional, el pasado y el presente, lo urbano y lo rural, lo propio y lo ajeno, superando aun estas mismas combinaciones binarias. Desde esta perspectiva, el espacio expresa y recrea las huellas de las relaciones sociales en su diversidad.

Como toque final a la crítica del historicismo de la modernidad, en donde predomina el interés por el *devenir* en lugar del *ser*, Soja recrea las críticas al historicismo propuestas por el poscolonialismo de Edward Said, el cual representa un punto de ruptura ante las visiones eurocentristas de la explicación de la organización histórico-cultural de las sociedades, abriendo un importante debate sobre la diversidad cultural que ha subsistido a pesar de la modernidad occidental.

Finalmente, la riqueza obtenida por las elaboraciones teóricas de los autores mencionados, dieron lugar a la definición del espacio como construcción social en donde ya no es posible continuar manejando las fronteras disciplinarias que fragmentan la espacialidad e historicidad de la acción social y, por lo tanto, reconstruyendo una visión de la realidad como totalidad social (Santos, 1997).

Posmodernidad: un debate entre la estética y la ética

Para Bauman, la posmodernidad es un cambio en sí mismo de la sociedad y la sociología, nos atreveríamos a agregar a las ciencias sociales y, por lo tanto, cada día se vuelve más necesario avocarse a la construcción de interfases de comunicación entre los intelectuales y la sociedad. En lugar de continuar reproduciendo el sistema de legitimación que ha representado el discurso de la modernidad, es importante considerar que el problema de la sociedad posmoderna ya no consiste en globalizar una cultura superior, esto es construir un marco de legitimidad, sino más bien asegurar la comunicación y el mutuo entendimiento entre las culturas ante la diversidad de significados elaborados por las comunidades de referencia (Bauman, 1995).

De alguna manera, el posmodernismo (junto con los estudios de género y la crítica pos-estructural) favorece la recuperación o reinsertión del sujeto en la comprensión de la realidad social, un sujeto que asume su experiencia espacio-temporal con la subjetividad que genera su contexto social. Por lo tanto, la sociología posmoderna se convierte en un importante agente de reinterpretación y replanteamiento de las relaciones sociales con relación a sus estructuras. Por esta razón, para aprender lo social es necesario dejar cierta parte del pensamiento metateórico, el cual a veces nos aleja del mundo real, y entender que nosotros formamos el conocimiento social gracias a nuestra práctica cotidiana (Bauman y Tester, 2002).

Dentro del conjunto de elementos que definen a la posmodernidad, tanto Harvey como Bauman consideran que el arte es un elemento paradigmático de la misma. El pastiche y el collage son el ejemplo de la expresión de la ausencia de orden y continuidad y, por lo tanto, las diversas expresiones de arte intentan romper con lo que les precede y sobre todo renuncian a toda intención de representación de la realidad. Harvey (1998) menciona la desmitificación de la fotografía como elemento de prueba del pasado visto desde el presente y, por lo tanto, negación de la continuidad de una historia individual o colectiva.

La objetividad no es una de las prioridades del arte, y mucho menos buscar una representación acertada de cualquier realidad. Con esta perspectiva, y a pesar de la renuencia del arte por ser teorizada, un aspecto epistemológico fundamental es la permanencia de la pluralidad del mundo humano, elemento que una vertiente de la filosofía moderna pretendió olvidar construyendo modelos racionalistas. Al igual que Simmel, Bauman considera que la propuesta artística no sólo es una diferente visión epistemológica sino ontológica, en la que existen múltiples formas de existir y a su vez de construir y conocer los alrededores. El arte es la expresión misma del carácter sobredeterminado de la acción que se guía por el ejercicio de la libertad y la elección (Frisby, 1985: 94-95; Bauman; 1992).

En ese mismo orden de ideas, la cultura que enmarca y constituye el arte posmoderno también comparte las cualidades del pluralismo, la ausencia de límites de autoridad y por lo tanto una interpretación polivalente. La cultura, entonces, representa la abundancia de elaboración de significados que los individuos aportan y se desvanece el escenario donde las acciones de los individuos son orquestadas por algún motivo inmanente.

La perspectiva posmoderna, junto con los estudios de género, culturales y de la complejidad, observa al mundo como un lugar irreductiblemente plural, representa la disipación de la objetividad y por lo tanto no existe referencia supracomunal o extraterritorial de la verdad y el significado. Es un hecho que el punto de vista posmoderno cambia el foco de atención de las tendencias unificadoras y uniformadoras de las ambiciones de las sociedades-Estado en un énfasis por las comunidades, su pluralidad y diversidad.

Ante esta simbiosis entre arte y diversidad sin referentes, Harvey (1998) considera que la condición posmoderna se caracteriza por el predominio de la estética sobre el papel de la ética, como eje articulador de las relaciones sociales. En este sentido, esta crítica coincide con las percepciones del carácter políticamente conservador del posmodernismo, en donde el relativismo de principios y valores justifica cualquier acción y, por lo tanto, desvanece los parámetros de convivencia social que han alimentado por tanto tiempo las discusiones de igualdad y justicia como pilares de la constitución de

las relaciones humanas. Por parte de la sociología posmoderna que Bauman propone, y que coincide de manera más directa con los estudios de complejidad, el reconocimiento de la diversidad significa nuevos retos y tareas que la ética deberá asumir en un mundo donde la única responsabilidad es la de establecer puentes de comunicación entre diversas visiones del mundo.

Contrariamente a las críticas sobre la relatividad social y, por lo tanto, irresponsabilidad política del posmodernismo, la aceptación de la diversidad plantea una importante reconsideración sobre la responsabilidad ética y moral que implica la convivencia social en un contexto de pluralidad. En este punto coinciden dos de los ejes articuladores del pensamiento de Bauman, esto es, la reaparición del sujeto requiere simultáneamente de la reconsideración de la responsabilidad ética y moral en la relación que construyen los agentes a nivel comunitario.

[...] según Lévinas, la *responsabilidad es la estructura esencial, primaria y fundamental de la subjetividad*. [...]. Al ser la responsabilidad el modo existencial del sujeto humano, la *moralidad es la estructura primaria de la relación intersubjetiva* en su forma más prístina, sin que la afecte ningún factor no moral (como el interés, el cálculo de beneficios, la búsqueda racional de soluciones óptimas o la rendición ante la coacción). La sustancia de la moralidad es un deber hacia el otro (no una obligación), un deber que precede a todo interés. Las raíces de la moralidad son mucho más profundas que los mecanismos sociales, como las estructuras de dominación o la cultura. Los procesos sociales comienzan cuando la estructura de la moralidad (equivalente a intersubjetividad) ya está allí. *La moralidad no es un producto de la sociedad. La moralidad es algo que la sociedad manipula, explota, dirige y bloquea* [Bauman, 1998: 239].

El concepto de comunidad cambia precisamente ante la co-presencia de otras comunidades, todas vistas como agentes. En este proceso de interrelación y reconocimiento de las otras comunidades, el centro de análisis teórico se ubica en la construcción continua de las fronteras, en donde la espacialidad de las comunidades se convierte en un eje fundamental de las delimitaciones. Para Bauman, las categorías sociales tienen una limitante espacial y, en este sentido, una de las principales tareas es la elaboración de categorías apropiadas para el análisis de las interacciones en espacios donde no hay cultura dominante, coordinador principal o autoridad legitimizadora. Ésta sería, desde nuestro punto de vista, una tarea de construcción de la interfase comunicativa que tendrían que elaborar las ciencias sociales con una visión interdisciplinaria.

A manera de reflexión final

El constructivismo y el relativismo histórico-social de Kuhn coincidieron con el posmodernismo para no solamente incorporar el elemento espacial como expresión de la diversidad social sino, junto con ello, reforzar la importancia de los actores en la recreación cotidiana de las prácticas sociales en donde ningún sistema experto, o regla socialmente generada, puede sustituir la responsabilidad ética de las acciones que realizamos.

En oposición a la distancia social promovida por la modernidad y construida por la técnica y la burocracia, el reconocimiento a la diversidad de comunidades ejerce un renovado impulso por la reconstitución de la responsabilidad ética y moral que impli-

ca el *estar con otros*. La convivencia con otros individuos y grupos sociales se inicia con el reconocimiento de la diversidad de contextos que constituyen sus formas sociales de vida y se refuerza con la convicción de que el conocimiento, la educación y la investigación tampoco se libran de esa heterogeneidad social que ha caracterizado a la humanidad, a pesar de que el propio conocimiento científico se ha encargado de ocultarla. Después de varios siglos de intentar separar en múltiples compartimentos disciplinares el conocimiento de la realidad, el positivismo y el empirismo que predominaron a principios de siglo pasado se enfrentan hoy en día con diversas propuestas teóricas, entre ellas el *posmodernismo crítico*, que proponen no solamente asumir la complejidad y diversidad que implica estudiar y analizar la realidad sino que explícitamente incorporan nuevamente el elemento ético-político en el interior de la configuración del conocimiento.

Bibliografía

- BARNES, Trevor y Derek GREGORY (1997), *Reading Human Geography. The Poetics and Politics of Inquiry*, Arnold, Londres, p. 520.
- BAUMAN, Zygmunt y Keith TESTER (2002), *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Paidós, España, p. 219.
- (1992), *Intimations of Posmodernity*, Routledge, Londres, p. 232.
- (1995), *Legisladores e interpretes*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, p. 283.
- (1998), *Modernidad y Holocausto*, Toledo, Sequitur.
- FRISBY, David (1985), *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la Obra de Simmel, Kracauer y Benjamín*, Visor, Madrid, p. 500.
- GIDDENS, Anthony (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Universidad, Madrid.
- (1967), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, p. 172.
- HARVEY, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, p. 401.
- MEDINA, Manuel y Teresa KWIATKOWSKA (2000), *Ciencia, tecnología / naturaleza, cultura en el siglo XXI*, UAM- Iztapalapa y Anthropos, p. 252.
- SANTOS, Milton (1990), *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 257.
- (1997), *La nature de l'espace*, L'Harmattan, París, 275.
- SIMONSEN, Kirsten (1996), «What kind of space in what kind of social theory?», *Progress in Human Geography*, vol. 20, n.º 14, pp. 494-512.
- SOJA, Edward (1989), *Postmodern Geographies. The reassertion of space in Critical Social Theory*, Verso, p. 265.
- (1996), *Thirdspace. Journey to Los Angeles and other real and imagined places*, Blackwell Publishers, United Kingdom.
- TOURAIN, Alain (1998), *Crítica de la Modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- UNWIN, Tim (1995), *El lugar de la geografía*, Cátedra, Madrid, p. 342.
- WEBER, Max (1984), *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

5. Lugares y espacios/espacialidad

Maya Aguiluz Ibargüen

Imágenes de los espacios

Del mismo modo que el dominio de todos los espacios a través de las tecnologías de información y comunicación se convirtió en un factor distintivo de la conectividad global, los lugares, en sentido antropológico, continúan siendo un elemento constitutivo en las identidades de grupo e individuales y clave de luchas sociales contemporáneas. La imagen reticular del mundo, construido sobre la base de relaciones sociales y relaciones reales de poder, toma forma concreta en un plano *visible* de «políticas del espacio» (Lefebvre, 1976) llevadas al extremo de microeventos territorialmente violentos, donde multitudes movilizadas y cuerpos ciudadanos entran en escena en «lugares», sean ciudades latinoamericanas cercadas, barrios, comunidades y calles; mientras que en otro plano, el escenario bélico mundial concentra su potencial destructivo en la *invisibilidad* de poderosas armas químicas, en viejos almacenamientos subterráneos, y en el espacio colonizado por sistemas satelitales y dispositivos ópticos y digitales que revolucionaron exponencial y dramáticamente la «simple idea arquitectónica» de los edificios de confinamiento, y lo que Jeremy Bentham consideró su «ventaja esencial»: «ver con una ojeada, todo lo que... ocurre» ([1791] 2004: 18).

Esta figura del panóptico que atravesó el siglo XIX con geografías de confinamientos donde tenían lugar el trabajo, el disciplinamiento y la socialización modernas fue conmovido en el curso del siglo siguiente, cuando un complejo activo de producción de espacios *diferentes* llegaba a su máximo alcance imaginado y a la más extensiva concreción de lo real. Una mayor diferenciación espacial en la vida social y cultural tuvo efecto cuando la posibilidad de que un elemento exterior a un espacio se volviera interior pasó a ser un evento normalizado y propio de cualquier lugar. Los lugares se han conmovido radicalmente desde que los poderes humanos de la mirada y el actuar sobre toda realidad geográfica ocurren a condición de que ésta sea un dato integralmente virtualizado y, desde que los mundos de la intimidad son intervenidos por la «tecnovigilancia doméstica» y el más reducido espacio de los hogares se sobreexponen en detalle a la mirada de acecho en cualquier ordenador (Virilio, 1999: 26 y 67).

Empezar este trabajo remitiendo al ciberespacio y a la compulsión por la transparencia de todo espacio, incluso el de las vivencias y cronotopías más íntimas, sirve para señalar que la cuestión implicada en descripciones tan familiares a la cultura contemporánea atañe a específicas posiciones de los umbrales de la vida social. Desde su famoso manifiesto, el imaginario *cyborg* advertía de las derivas de las simbiosis tecnológico-vitales (Haraway, 1995 [1991]; Aronwitz, Martinsons y Menser, 1998), pero tam-

bién traía a cuenta un realineamiento de las articulaciones entre lo humano y lo no humano. De qué modos conectaban y se distinguían ambos lados de este umbral recaen en el orden de indagaciones de la filosofía antropológica, los actos involucrados en la relación suponen contactos táctiles y visuales tan antiguos como el de ojo-artefacto o dedo-objeto. Pese a la instantaneidad y la rapidez de esos actos, investidos ahora de minúsculas tecnologías punta, son eventos sociales que *tienen lugar* en sitios reales.

En medio de la hiperabundancia de términos relativos a procesos de territorialización-desterritorialización cobraron significación mayor los vínculos, cruces y relaciones en «zonas transfronterizas» que el límite territorial; la sobredeterminación de diversas geografías en el sentido hiperconnotado de los «paisajes» como la de los «etnopaisajes» urbanos; las segregaciones de las ciudades y su zonificación en «formaciones espaciales», que incluyen las sendas y recorridos de grupos y personas; las calidades «glocales» de sitios y regiones de países, de acuerdo a la intensidad y velocidad de sus conexiones con el circuito del capitalismo electrónico, e incluso las rutas de recolonización de las esferas públicas por movimientos sociales, y la endocolonización del cuerpo humano por las cartografías genómicas, son algunos términos indicativos de las maneras en que han sido conmovidos los espacios diferentes.

Parte de esta conmoción fue en su momento registrada como un «giro espacial», o *espacialidad* (Soja, 1989; Urry, 1985), bajo la perspectiva crítica de la geografía humana que hacía suyos los virajes postestructuralistas, hermenéuticos, posmodernos y poscoloniales en la teoría social, por lo que empezamos con algunas de las redefiniciones de espacio que se elaboraron en el interior de esa disciplina académica para ejemplificar uno de los movimientos, de préstamo, traspaso y resignificación, que caracterizan en parte las formas interdisciplinarias y modos transdisciplinarios de las ciencias sociales y las humanidades.

Otros espacios

Hace unas décadas una revista, *Diacritics*, divulgó un breve y productivo artículo en el que Michel Foucault describió el presente como una «época del espacio» (Foucault, 1986): «Estamos en la época de la simultaneidad [...] de la yuxtaposición, la época de lo cerca y lo lejos, del lado-a-lado, de la dispersión. Estamos en el momento, creo, en que nuestra experiencia del mundo es menos la de su duración, a través del tiempo, que la de un entramado [red] de conexiones de puntos e intersecciones hilvanados todos por la misma madeja»; sin embargo, a más del sesgo premonitorio, las heterotopías ubicuas, siempre *in terreno*, «donde ocurre la erosión de nuestras vidas, nuestro tiempo y nuestra historia». Su punto de llegada, en otras palabras, fueron espacios ocupados por imbricadas relaciones sociales, irreductibles unos a otros, así como «contrasitios» histórica y culturalmente predominantemente modernos, residuales o emergentes; sitios fijados, como los museos y las bibliotecas de la modernidad occidental, para acumular y archivar «todos los tiempos» o campos santos y cementerios, desplazados fuera de las ciudades cuando se individualizó la idea de la muerte y la enfermedad, se vinculó con el contagio y la contaminación (Foucault, 1986: 22-23; 25).

Con esa noción de «espacios diferentes» —como precisamente se traduce el texto original preparado para una conferencia llevada a cabo en 1964 (Foucault, 1999)— discrepaba de una partición en boga entre los espacios metafóricos y los materia-

les, en la que los primeros incluían la variedad de lugares íntimos e interiores que Gaston Bachelard describió como topologías de significación en *Poéticas del Espacio* ([1958] 1975).

Lo otro de esos espacios, las heterotopías materiales, no se refirieron como a *topoi* predados al descubrimiento de la (auto)identidad ni a sitios para la «interpelación» ideológica y unidireccional, sino a las configuraciones espaciales de poder donde tienen lugar las emergencias discontinuas de sujeto (sujetado e individual)-cuerpo sexual y viviente-persona-subjetividad. A su vez, era una clara referencia histórico filosófica de una conexión espacial, la de la biopolítica y la microfísica, que unieron «poder» y «cuerpo» como escalas de las sociedades modernas, que encuentran distintas soluciones históricas y superficies de lo político, como lo ha venido exponiendo Giorgio Agamben en su tetralogía de *Homo Sacer* ([1995] 2003).

Autoinclusiones del espacio en el último tercio del siglo xx

Es una convención identificar la década de 1980 como un periodo de inscripción del espacio y, más apropiadamente, del tiempo y el espacio como dimensiones constitutivas y constituyentes de la vida social. Detrás de los estudios sobre los conflictos perennes alrededor de la organización y control del espacio, el crecimiento explosivo de las ciudades, los asentamientos urbanos, una intensiva revisión teórica se instalaba como matriz de un sinnúmero de inclusiones acerca de lo espacial en el campo de las ciencias sociales.

Aun cuando se reconoce una larga tradición de estudios urbanos de corte estructuralista con Manuel Castells y *La cuestión urbana* (1972) y de Henri Lefebvre con *El derecho a la ciudad* ([1968] 1969) y *La Revolución urbana* (1970), o la antología *De lo rural a lo urbano* (1974) o la que se asentaría alrededor de obras como *El declive del hombre público* (Sennet, [1974] 2002), la preponderancia de la espacialidad se encuentra en su desarraigo de territorios académicos donde anidaba todo lo referente a las ciudades y los procesos de urbanización.

De *La producción social del espacio* (Lefebvre, [1974] 1991) procede un primer ciclo de autoinclusiones. La fórmula unificada del espacio-socialmente-producido pasó a integrar un discurso de la geografía humana que empezó por distinguir que: «no todo espacio es socialmente producido —se decía—, pero toda *espacialidad*... lo es» (Urry, 1985: n. 123), en tanto que poco después, se denominó «reinserción» teórica (Soja, 1989) al programa de reconstrucción crítica del nexo entre temporalidad/historia y espacialidad/geografía que se volcó hacia los procesos sociales condicionantes de «formaciones espaciales» y las prácticas espacio-temporales que inciden en ellas. Se reconocía el principio según el cual *espacio* y *tiempo* son simultáneamente *medium* y *resultado* de las relaciones sociales, así como que los agentes y actores sociales hacen tanto su historia como su propia geografía (Soja, 1985: 94 y 96).

Al encapsular en la «trialéctica de los espacios» a los *imaginados*, *concebidos* y *vividos* (Soja, 1989), lo que antes aparecía analíticamente separado en las definiciones de las *prácticas espaciales*, que van desde las rutinas individuales que connotan el paisaje urbano de acuerdo a la distribución de los transeúntes en relación a zonas temporales (día y noche, jornadas-horarias) hasta las prácticas sistemáticas de segregación económica y funcional de áreas y regiones de las ciudades; las *representaciones del espacio*

que se refieren a las formas de conocimiento y técnicas de visualizar y diseñar el espacio a través de los planos urbanos, mapas y cartografías; y los *espacios de representación* que incluyen las múltiples formas de imaginarios sociales, las resistencias o «políticas del espacio» a prácticas espaciales dominantes y a las modalidades de transgresión individual y colectiva de los espacios existentes (Lefebvre, 1991 [1974]: 38-39).

Una segunda autoinclusión correspondería a la «espacialización» hacia dentro de las representaciones del espacio, un proceso que cubre a los mismos objetos y medios técnicos geográficos como lo ejemplifica la literatura de viajes y expediciones científicas del siglo XIX (Duncan y Gregory, 1999). Las crónicas, entonces, registraban pormenorizadamente los paisajes naturales, lugares y ambientes por los que incursionaba el viajero, pero cada paso de una forma a otra, de la anotación de las primeras impresiones al relato íntimo en la primera voz de narrador hasta llegar a la forma de un manuscrito revisado y editado, conllevan en sí mismas secuencias de progresiva distancia con respecto a los eventos y escenarios que inicialmente motivaron al cronista. Otra manera de «espacializar» la representación del mundo proceden de la geografía imaginaria. A diferencia de las representaciones coloniales del mundo de los no contemporáneos que operó durante los siglos XIX y XX temporalizando la relación metrópoli/colonias y desplegando misiones civilizatorias con respecto a culturas y territorios «atrasados»; la más distante alteridad de Occidente se construyó levantando fronteras mentales que *orientalizaron Oriente* con base en una práctica universal: establecer un espacio familiar en clara distinción a los espacios no familiares y extraños. (Said [1978] 1990: 80-81).

Ciudades y paisajes

En su forma primaria de artículo en el número de verano de *New Left Review* del año 1984, la publicación de Fredric Jameson sobre *Posmodernismo, o la lógica cultural del capitalismo tardío* (Jameson [1984] 1992), no solamente es emblemática de una crítica posmoderno, es también es un texto seminal, tras el que despegó un prolífico debate espacial que alcanzó hasta la mitad de 1990. Entre otras discusiones, Jameson hacía un uso prestatario, y luego reconstructivo, de «artefactos» conceptuales como el de «mapa cognitivo»: tomaba esta noción de *La imagen de la ciudad*, un estudio sobre las prácticas espaciales de los habitantes de ciudades estadounidenses para mostrar que, aunque técnicamente semejante, este mapa era registro de los conocimientos formales y las memorias de las postas, lugares y recorridos (Lynch, [1960] 1962). Con los mapas cognitivos se encontró un nexo entre las condiciones reales de existencia (técnicamente «mapeadas») con los imaginarios subjetivos que reorganizan simbólicamente los sitios, las señales y los territorios en «relatos del espacio» practicado; relatos hechos de reconocimientos que resultan del rondar de los «caminantes...que transforman en espacio, la calle geoméricamente definida como lugar para el urbanismo» (De Certeau, [1986] 1994: 85).

Este conocimiento práctico de la ciudad basado en el nomadismo y recolección, en la movilidad del urbanita respondió a cuatro figuras de experiencia espacial que tuvieron efecto en los sitios y locaciones observados en las ciudades, capitales del siglo XIX por Walter Benjamin:

a) la del deslizamiento del afuera hacia un interior controlado o las galerías comerciales, donde se forma el espectador y su mirada; b) la del exterior hecho representación, mediante técnicas visuales, o los panoramas; c) la del espacio reducido del mundo, o los recorridos por las exposiciones universales; y, d) la del espacio público, o la experiencia abierta y plural en la calle (Buck-Morss, [1989] 1995: 145).

En los recorridos de los urbanitas de las urbes hacia finales del siguiente siglo, se advierten cambios drásticos en lo que viene siendo una experiencia local y territorializada acoplada a «formaciones espaciales» urbanas con desiguales distribuciones de riesgos y amenazas y mecanismos de segregación socioespacial, tal como Mike Davis lo ilustró con el círculo de espirales y encrucijadas que segmentan clivajes, zonas ilegales, mercados negros, y otros, en lo que llamó «ciudad del miedo» (Davis, 1998).

Las recientes suturas con que se identifican las ciudades locales dentro de circuito urbano sucedáneo al de las ciudades globales, se relacionan otra vez con las divisiones de lo común. Se trata de los «espacios de *lo sensible*», en una noción que colige tanto con la de Jacques Rancière (2003) como con la de los *paisajes des tiempo*, que actuó subrepticamente, más allá de nuestros sentidos, y a lo largo del cual trabajaron los males y las contingencias que finalmente irrumpen violentamente en distintos ambientes (Adam, 1998). Tienen que ver con escenarios urbanos radicalmente otros: feminicidios en ciudades fronterizas y maquiladoras; ciudades persistentemente «guetificadas» para la residencia de «parias urbanos» (Wacquant, 1993); localidades fantasmas tras desastres ambientales; paraísos sexuales, dominios de tráfico ilegal, constituyen algunos de los íconos inscritos sobre las formaciones espaciales urbanas.

Cuestión de escalas

Las escalas de experiencias locales, nacionales, regionales y mundiales surgieron enfrentadas a la lógica de un observador que observa «cada cosa en su escala, en su debido lugar», sobre la que descansaron las correlaciones «espacio y territorio» y sus respectivos órdenes demográficos anclados en un medio físico y territorial (Ortiz, 1996: 47-48). Por el contrario, un escalamiento de las experiencias vividas en el que cada escala es una «elemental forma de diferenciación espacial», como la de los hogares por donde pasan líneas de diferencia sexual y género, dio cuenta del impacto del desigual despliegue del proyecto geográfico moderno (Smith, 1990: 172-173). Al mismo tiempo, las disposiciones espaciales de la economía capitalista de mercado mostraban una sensibilidad especial hacia los lugares y lo local, y una indiferencia con respecto a los territorios (Harvey, [1989] 1997).

El espacio más irreductible, el cuerpo humano, que cumple las veces de primer y último eslabonamiento de la vida y las biotecnologías, el entorno maquínico y la cultura, es también el último reducto donde se vive y padece la explotación, la humillación y la miseria. Los sentimientos y emociones vividos y experimentados se expresan en las posturas y gestos corporales, se inscriben en los rostros; es el lugar en el que se unen y separan lo cultural, lo natural y lo social. Importa como tacto que realiza una interfaz y, sin embargo, son los cuerpos imprescindibles a la actualización del principio holográfico del espacio global: todo es parte de todo; y todo se encuentra en la más minúscula partícula (Buleon, 2002).

El espacio de las redes, de fuerzas extraterritoriales, poderes fantasmagóricos y teledirigidos, capturado por la mirada geográfica femenina, muy a principios de la década de 1990 recurrió a la metáfora geométrica, para laminar las experiencias socio-espaciales que acompañan «la tempo-espacial».

Imagina por un momento que estás en un satélite, al tomar distancia más allá de todos los satélites, puedes ver el «planeta-tierra» y, aunque extraño en alguien con intenciones pacíficas, te encuentras equipada con un tipo de tecnología [de observación] que te permite ver incluso el color de los ojos y el número de piezas de la dentadura de las personas sobre la superficie terrestre. Puedes ver todos los movimientos y todas las comunicaciones que se llevan a cabo. Algo más lejos de los satélites, ves los aviones cruzando las rutas largas Tokio-Londres y las cortas Guatemala-San Salvador. Hay gente desplazándose, comercio e intercambios, así como las conexiones globales de los *media*. Existen redes de distribuciones de videos y cine, correos electrónicos y fax, flujos y transacciones financieras. Cuando acercas más la mirada, puedes ver las naves y barcos y redes ferroviarias con trenes cargados que descienden de alguna pendiente en Asia. Ves de cerca automóviles, autobuses y camiones de carga hasta que en algún punto del África subsahariana encuentras a una mujer andando a pie que consume varias horas del día para almacenar y transportar agua [Massey, 1993: 61].

Junto a ese lugar en que el cuerpo se debate por la sobrevivencia, el «espacio virtual» de las ondas electromagnéticas, la performatividad electrónica y la creciente conectividad digital, audiovisual e interactiva disponibles con las tecnologías de la información y comunicación, aparece signando los más radicales cambios culturales. Si con anterioridad los límites interpuestos, los muros que separaban mundos y personas, se visualizaron como distancias entre lo geográficamente disperso, la experiencia que suplanta la distinción entre aquí y allá es la primacía de la *velocidad del presente* que se vive como llegadas (de datos, información, imagen y voz) sin que sea necesario partir, es la llegada (de datos, información, imagen, voz), el evento privilegiado en el mundo de la simultaneidad (Virilio, 1997: 32 y 27-28).

Más espacios imaginarios

El carácter que cobraron la movilidad humana y las migraciones masivas conforma un orden de fenómenos sociales que con la globalización fueron vistos y comprendidos a la manera de redes asociativas, comunitarias y de socialidad entre ausentes. Lo que tales «diásporas de esperanza, terror y desesperación» trajo a cuenta es que los grupos y personas en busca de oportunidades, que huyen de las violencias o catástrofes locales y las condiciones intolerables de extrema privación social, sostenían sus trayectorias y movimientos con base en su propio trabajo imaginativo que lleva a reconfigurar el espacio social que ha quedado atrás. La imaginación que se contempla como dispositivo móvil, ensambla y vincula comunidades e identidades colectivas translocales (Appadurai, 1996: 6-8) con independencia de estructuras sociales cristalizadas en territorios y lugares.

En las páginas anteriores se buscó revelar ciertas las cualidades del «espacio» social en medio de un debate que, por momentos, pareció invertir la posicionalidad del tiempo/espacio que pretendidamente invirtieron bajo el término de *espacialidad* los discursos sociales. La importancia actual de lo espacial parece volcarse hacia un horizonte en

el que las propias distinciones asimétricas, o dicotomías, mediante las cuales el «espacio» se coloca *frente a algo más*, parecen disolverse en la velocidad de los flujos en red. Y sin embargo, las fronteras que escindieron alguna vez la profunda diferencia entre espacio social y espacio vacío se recrean en el dilema de los lugares —que implican en último término pluralidad y vida— y el espacio virtual —que supone algún operar de una corporalidad agencial y viva, en algún instante lugares y espacios deben estar llenos de alguna reciprocidad para que algo ahí se efectúe.

Bibliografía

- ADAM, Barbara (1998), *Timescapes of Modernity. The Environment & Invisible Hazards*, Londres: Routledge.
- AGAMBEN, Giorgio (2003 [1995]), *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-textos (1a. reimp.)
- APPADURAI, Arjun (1996), *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ARONWITZ, Stanley, Barbara MARTINSONS y Michel MENSER (comps.) (1998), *Tecnociencia y cibercultura. La interrelación entre cultura, tecnología y ciencia*, Barcelona: Paidós.
- BACHELARD, Gaston (1975 [1958]), *Poéticas del Espacio*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Zygmunt (1998), *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BENTHAM, Jeremy (2004 [1791]), *El panóptico*, Buenos Aires: Quadratta.
- BUCK-MORSS, Susan (1995 [1989]), *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid: Visor.
- BULEON, Pascal (2002), «Spacialités, temporalités, pensée complexe et logique dialectique moderne», <http://espacetemps.revues.org> (consulta del 27 de mayo, 2003).
- CALVINO, Italo (2001 [1972]), *Las Ciudades Invisibles*, Barcelona: Siruela.
- CASEY, Edward (1997), «Introducción» a *The Fate of Place. A Philosophical History*, Berkeley: University of California.
- DAVIS, Mike (1998), *City of Quartz*, Londres: Pimlico.
- DE CERTEAU, Michel (1996), «Relatos de espacio», en *La invención de lo cotidiano*, México: UIA/ITESO/CEMCA, pp. 127-142.
- DELGADO, Manuel (1999), *El animal público*, Barcelona: Anagrama.
- DUNCAN, James y Derek GREGORY (eds.) (1999), *Writes of Passage. Reading Travel Writing*, Londres: Routledge.
- ESCOBAR, Arturo (2000), «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo», en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO/UNESCO, pp. 113-144.
- FOUCAULT, Michel (1986), «Of Other Spaces», *Diacritics*, vol. 1, n.º 16, pp. 22-27; también en Michel Foucault (1999), «Espacios Diferentes», *Estética, ética, hermenéutica*, Barcelona: Paidós.
- GIDDENS, Anthony (1995 [1984]), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GREGORY, Derek (1994), *Geographical Imaginations*, Oxford-Cambridge: Blackwell.
- GUPTA, Akhil y James FERGUSON (eds.) (1999), *Culture, Power, Place. Exploration in Critical Anthropology*, Durham: Duke University Press.
- HARAWAY, Donna J. (1995 [1991]), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer.
- HARVEY, David (1997 [1989]), *La condición de la posmodernidad. Sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires: Paidós.

- JAMESON, Fredric (1984), «Postmodernism, or the Cultural Logia of Late Capitalism», *New Left Review*, n.º 146 (julio-agosto); edic. en castellano (1992), *El postmodernismo o la lógica del capitalismo avanzado*, Barcelona: Paidós.
- (1995 [1993]), «Sobre los “Estudios Culturales”», en Beatriz González Stephan, *Cultura y Tercer mundo, vol. 1. Cambios en el saber académico*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, Colección Nubes y Tierra; también en Fredric Jameson y Slavoj Žižek (1998), *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires: Paidós, pp. 137-188.
- LASH, Scott y John URRY (1998), *Economía de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires: Amortortu, cap. 9.
- LEFEBVRE, Henri (1991 [1974]), *The Production of Space*, Oxford: Blackwell.
- (1976), «Reflections on the Politics of Space», *Antipode*, vol. 8, n.º 2, mayo, pp. 30-37.
- LYNCH, Kevin (1962 [1960]), *La imagen de la ciudad*, Madrid: Gustavo Gili.
- MASSEY, Doreen (1993), «Power-geometry and a Progressive Sense of Place», en J. BIRD, B. CURTIS, et al., *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Chance*, Londres: Routledge, pp. 59-69.
- MIGNOLO, Walter (2001), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, Buenos Aires: Ediciones Signo / Duke University.
- ORTIZ, Renato (1996), «Espacio y territorio», *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- RANCIÈRE, Jacques (2003), *La división de lo sensible*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- SAID, Edward W. (1990 [1978]), *Orientalismo*, Madrid: Libertarias/Prodhufl.
- SANTOS, Milton (1996), *Metamorfosis del espacio habitado*, Barcelona: Oikos-Tau.
- SASSEN, Saskia (1998), *Globalization and Its Discontents*, Nueva York: New Press.
- SENNET, Richard (2002 [1974]), *El declive del hombre público*, Barcelona: Península.
- SMITH, Neil (1990), «Afterword: The Beginning of Geography» en *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Basil Blackwell, Oxford-Cambridge, pp. 160-178.
- SOJA, Edward W. (1989), *Postmodern Geographies: The reassertion of space in critical social theory*, Londres: Verso.
- THRIFT, Nigel (1996), *Spatial Formations*, Londres: Sage Publications / Theory, Culture and Society.
- URRY, John (1985), «Social Relations, Space and Time», en Derek Gregory y John Urry, *Social Relations and Spatial Structures*, Londres: MacMillan.
- VIRILIO, Paul (1997), *La velocidad de la liberación*, Buenos Aires: Manantial.
- (1999), *La bomba informática*, Barcelona: Cátedra.
- ŽIŽEK, Slavoj (1998), «Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional», en Fredric Jameson y Slavoj Žižek, *op. cit.* [edic. orig. «Multiculturalism, or the Cultural Logic of Multinational Capitalism», *New Left Review*, n.º 225, septiembre-octubre, 1997].

6. La territorialidad y el significado de la casa: una visión in-disciplinada de la periferia metropolitana

Alicia Lindón

En las últimas décadas del siglo XX las ciencias sociales han ido madurando crecientemente alegatos a favor de la transdisciplinariedad y de la necesidad de descompartimentar las disciplinas. Esto no es ajeno a dos procesos: por un lado, la profundización de la especialización del conocimiento y, por el otro, la complejidad de las sociedades contemporáneas, o al menos la toma de consciencia de este fenómeno. La complejidad requiere de conocimientos más específicos pero al mismo tiempo la especificidad desborda las viejas fronteras disciplinarias y las torna cada vez más artificiales frente a los fenómenos sociales que intentamos comprender.

Es altamente significativo que la sociología desarrollara un importante corpus teórico —al menos durante todo el siglo XX— y conquistara una cierta centralidad dentro de las ciencias sociales, y sólo muy tangencialmente se interrogara acerca del espacio como dimensión constitutiva de la vida social que estudia. Son pocos los sociólogos que han considerado la espacialidad en el análisis de lo social y es innegable que buena parte de esos pocos que lo han hecho, son autores que por una razón u otra han sido descalificados o no totalmente reconocidos dentro de la comunidad sociológica, o al menos tardíamente valorados, un ejemplo claro es el de Erving Goffman. Posiblemente para comprender esto, resulten aclaradoras las reflexiones de Michel Foucault en torno al peso que ha tenido el tiempo —y la historia— como categoría estructuradora de lo social durante los siglos XIX y XX. Conceptos e ideas clave para la sociología como son los de proceso, cambio y progreso, tienen una base esencialmente temporal.¹ En cambio, no encontramos otros de importancia semejante dentro de la disciplina que hayan sido construidos a partir de un sustrato espacial, cuando desde otros campos del conocimiento (como la filosofía y la geografía) se ha reiterado la indisociabilidad del espacio y el tiempo.

No obstante, también han ido emergiendo señales opuestas a lo anterior, y alentadoras con vistas a la complejidad. Una de ellas es el hecho de que destacados sociólogos contemporáneos preocupados por cuestiones nodales para la disciplina y la producción del conocimiento sociológico, como Giddens, hayan insistido en el problema del espacio, redescubriendo en ese proceso el pensamiento geográfico sobre el tema. No es un dato aleatorio que Giddens trajera al debate actual de la sociología a un

1. Otra forma de darle seguimiento a esto es revisando las mesas temáticas que se incluyen en los eventos internacionales de la sociología. Un claro ejemplo son los congresos de ALAS.

geógrafo contemporáneo como es Torsten Hägerstrand (y a la *Time Geography* en conjunto),² hasta ese momento desconocido para el común de los sociólogos. De igual forma no es ajeno a este movimiento más reciente dentro de la sociología, el hecho de que otra figura central para la teoría sociológica contemporánea, como es Pierre Bourdieu, haya incluido en su sociología el concepto de «espacio social». De la misma manera, podríamos encontrar en la sociología contemporánea otras voces que buscan esa inclusión en la disciplina. Particularmente sensible a la espacialidad de lo social ha sido la sociología urbana, posiblemente porque su mismo objeto de estudio tiene una espacialidad insoslayable.

Estas dos tendencias —tanto a la ausencia como a su reciente inclusión— también se presentan con referencia a otras dimensiones de la vida social igualmente relevantes, como son los procesos de conciencia, la cultura y el lenguaje. Tal vez estas últimas dimensiones han sido algo menos marginadas que el espacio por cierta sociología contemporánea sensible a la psicología social, a la antropología cultural y a la lingüística. Como ejemplo de esto podemos citar «los estudios que buscan el desmontaje crítico de las narrativas sociales, sobre todo a través de una postura constructivista y reflexiva, lo que ha traído como consecuencia que el discurso, el lenguaje, ocupe un primer plano en los análisis más que como enunciado, como lugar de enunciación, como espacio de observación privilegiado para la comprensión de los conflictos y las negociaciones sociales» (Reguillo, 1999: 102). Aunque es innegable que para otra parte nada despreciable de la sociología, el lenguaje, la conciencia y los entramados de significados han sido totalmente relegados, como si en el pensamiento filosófico contemporáneo nunca se hubiera asistido al «giro lingüístico».

En este trabajo recuperamos el espíritu transdisciplinario incorporando la espacialidad como dimensión constitutiva de lo social y también la construcción colectiva de los significados, o mejor aún, de las tramas de significación. Para ello tomamos como eje el problema de la «territorialidad», entendida como la relación del sujeto con el territorio. Enseguida presentamos una forma de especificar este concepto en el significado que los sujetos le otorgan a un espacio particular, como es «la casa», y por último, presentamos algunos resultados empíricos que hemos encontrado sobre esta problemática en un contexto particular, la periferia vallechalquense del oriente de la ciudad de México.

La territorialidad

La elección de la territorialidad como punto de partida no es casual: el concepto de territorialidad es producto de la transdisciplinariedad. Aunque podría considerarse

2. Hägerstrand es el padre intelectual de una importante perspectiva teórica que se conoce como la escuela (sueca) de Lund, en la cual se ha desarrollado desde inicios de los años 70 la denominada *Time Geography*, a veces traducida al español como Geografía del Tiempo, y otras veces como Cronogeografía. (Hägerstrand, 1970 y 1978; Pred, 1977; 1981 y 1984). Esta perspectiva geográfica ha realizado un interesante acercamiento con la Teoría de la Estructuración, desarrollada por Anthony Giddens, desde la sociología. Ambas teorías coinciden en la perspectiva última, que es la de comprender la reproducción social, y para ello, una aporta el análisis de la rutinización de las prácticas en su relación con las instituciones (la teoría sociológica), y la otra (la geográfica) aporta un particular análisis de la conformación de senderos de desplazamientos (en el espacio), por repetición de las prácticas cotidianas.

innecesario, nos resulta importante destacar que no hacemos sinónimos las expresiones «territorio» y «territorialidad». Los autores a partir de los cuales planteamos a continuación la discusión, constituyen un sólido fundamento para este presupuesto. No obstante, sabemos que en América Latina muchas veces el discurso de urbanistas, pero no exclusivamente, los trata como sinónimos.

El concepto de territorialidad, inicialmente surge en el campo de la etología y luego va siendo enriquecido y resulta replanteado por varias disciplinas sociales. La reflexión de Gonzague Pillet y Françoise Donner (1984) resulta ilustrativa del carácter complejo y desbordante de los límites disciplinarios de nuestro concepto nodal: en la presentación de un conjunto de trabajos sobre la territorialidad, estos dos autores se preguntan: ¿la territorialidad es un concepto inter o multidisciplinario, en el sentido de constituir la intersección de conocimientos disciplinarios? Se inclinan por la respuesta negativa, pero de inmediato advierten que ello tampoco deja al concepto dentro de una disciplina. Más bien encuentran que se trata de una «mezcla de vecindades disciplinarias y contingentes», en donde cada vecino deja traslucir a qué vecino acaba de visitar y terminan definiendo a la territorialidad como un concepto «in-disciplinado» (1984: 360-361). Posiblemente, la incorporación más frecuente e intensa de conceptos in-disciplinados le daría a la sociología actual —y a las ciencias sociales en conjunto— una mejor posición para comprender las sociedades complejas.

Por una parte, es claro que la territorialidad no puede ser demarcada dentro de una disciplina. Pero también es necesario tener en cuenta que, dentro de las disciplinas entre las cuales se mueve, parecería que la territorialidad ha ido acercándose y desarrollándose en la investigación sociológica y geográfica de corte fenomenológico (humanístico, en el caso de la segunda disciplina) que se pregunta por el mundo de vida (*Lebenswelt*), por el espacio vivido, por el espacio de vida, en última instancia, por la vida cotidiana y su espacialidad. Por ejemplo, la geógrafa Anne Buttimer encuentra que un punto de partida clave para el estudio de la territorialidad dentro de una geografía fenomenológica-existencialista es la reflexión heideggeriana respecto a que «lo esencial de la existencia humana es el habitar; es decir vivir en un diálogo con el entorno» (1979: 247).

Se puede decir de manera muy sintética que la territorialidad es el conjunto de relaciones tejidas por el individuo, en tanto que miembro de una sociedad, con su entorno. Esto implica que la territorialidad es lo que «une» al sujeto con su lugar. Algunos autores, como el urbanista sueco Torsten Malmberg (1984), consideran importante tener en cuenta que la territorialidad no solo habla del vínculo de los grupos sociales con su entorno, sino que ese vínculo también incluye una componente de tipo emocional entre los individuos y su espacio. Aunque los vínculos emocionales con el espacio pueden ser de diversos tipos, desde las topofilias hasta las topofobias.

Por su parte, el geógrafo francés Guy Di Meo ha aclarado este último aspecto al plantear que ese vínculo entre el ser humano y su espacio que llamamos territorialidad es una estructura o un esquema mental, una representación, de un tipo particular: Es multiescalar (2000: 44).³ En otras palabras, la territorialidad reúne tres escalas de esa relación o vínculo del ser humano y su espacio: la primera es lo que el autor denomina

3. El antecedente de esta propuesta se encuentra en Bachelard (1957: 33).

«nuestro ser en el mundo, en la tierra, nuestra geograficidad», rescatando la herencia heideggeriana a través del tamiz geográfico de Eric Dardel (1990). La segunda es la red territorial integrada por los lugares vividos. Y la tercera dimensión es el conjunto de referentes mentales de múltiples escalas a los cuales remiten las prácticas y el imaginario (2000: 47). Las tres escalas planteadas por Di Meo llevan consigo un implícito que conviene hacer explícito: son tres escalas no en el sentido tradicional de uso de esta palabra, sino que son tres escalas «egocéntricas»: pensadas desde el individuo, lo que, por otra parte, es una afirmación indirecta de que el concepto de territorialidad es indisociable del punto de vista del sujeto.

En términos de la reflexión teórica sobre la territorialidad en el pensamiento geográfico francófono, indiscutiblemente la piedra fundamental es la obra de Claude Raffestin. En este contexto, lo relevante es que aun cuando Raffestin pueda ser considerado como voz rectora, su trabajo contribuyó a movilizar el pensamiento sobre el tema no sólo en la geografía ginebrina, sino suiza y francófona en general, pero también en la italiana (Franco Farinelli, Angelo Turco...)⁴

Otro autor que ha reflexionado extensamente —desde la geografía— sobre este concepto es Claude Raffestin, para quien la proxemia y el significado cultural de las distancias dan una primera aproximación a la territorialidad, pero de manera insuficiente. Este autor reconoce que hay tres formas de abordar la territorialidad: como defensa de un territorio (la visión más imbuida de lo etológico), como apropiación (el sentido de pertenencia) o como relación con la alteridad. En su propuesta, la tercera versión constituye el nodo central de la territorialidad: la relación con el otro —el problema de la alteridad— entendiendo que la alteridad es todo lo que es externo a un individuo, incluyendo en ella tanto un «topos», como un lugar, una comunidad, otro individuo o un espacio abstracto como puede ser un sistema institucional (1977). Todas estas relaciones se inscriben en el espacio y se desarrollan en el tiempo, además todas ellas están codificadas o reguladas socio-culturalmente.

Asimismo, se debe reconocer que el geógrafo americano Robert Sack también ha estudiado extensamente la territorialidad y ha destacado dos cuestiones: una, que la territorialidad tiene un carácter histórico. Y la otra, que la territorialidad tiene relación con el poder. En este último sentido, Sack ha sido enfático en que la territorialidad es una conducta humana que intenta influir, afectar o controlar con ciertas acciones un territorio particular (1983).

La territorialidad aplicada: el significado de la casa

En esta ocasión abordamos esta problemática «indisciplinada» de la territorialidad a través de un acercamiento particular en el cual esa relación del sujeto con el espacio se refiere a un territorio concreto y particular como es la «casa» que se habita. En este sentido, la territorialidad nos permite preguntarnos por el significado que las personas le otorgan a la casa que habitan. En suma, el territorio lo especificamos como la casa y

4. El papel rector de Raffestin en el tema quedó puesto de manifiesto cuando, en 2002, el Departamento de Geografía de la Universidad de Ginebra organizó un gran Coloquio sobre el tema en homenaje a Raffestin titulado: «La Territorialité, Une Théorie à Construire: En hommage à Claude Raffestin pour son départ à la retraite».

el vínculo del sujeto con ese territorio, lo consideramos en términos del significado⁵ que le otorga a ese espacio de vida.⁶

Asimismo, es necesario señalar que hemos optado por hablar de la «casa»⁷ antes de que de la vivienda por hacerlo desde el punto de vista del sujeto y su experiencia. En principio, consideramos que la palabra «casa» tiene más capacidad para recuperar la experiencia del habitante que la palabra «vivienda», mientras que esta última parece más oportuna para dar cuenta de la dimensión material. Por eso no es casual que las personas en su discurso cotidiano nunca digan «mi vivienda», de igual modo, quienes están vinculados a la vivienda desde la construcción o bien desde las políticas de vivienda, casi nunca utilizan la palabra «casa». En cambio, resulta significativo que los promotores inmobiliarios usen la expresión «casa» cuando realizan tareas de promoción, ya que es una forma de acercarse al punto de vista del sujeto al cual buscan captar.

La casa sintetiza dos dimensiones centrales de la vida social. Por un lado, es la expresión del principio de la propiedad privada,⁸ estructurador de las sociedades modernas, y más aún de las sociedades urbanas. La propiedad privada es una verdadera institución social. Por otro lado, también marca un punto de referencia básico del individuo en el espacio, «evoca las complejas relaciones entre la interioridad y la exterioridad» (Di Meo, 2000b: 96). En otros términos: «La casa es el primer punto de referencia de una mediación fundamental entre el individuo (su sí mismo) y la alteridad» (Di Meo, 2000a: 47), traduce nuestra relación con el mundo.

Este punto de referencia básico del individuo con el mundo, la casa, usualmente también representa la protección y el abrigo. En esta perspectiva, Bárbara Allen (2003: 140) señala que la casa es un lugar de síntesis, lugar último, lugar por el cual, aun en situaciones difíciles las personas movilizan sus recursos y defensas para preservarlo. Esta autora también plantea que, en ocasiones, el sentido de la casa se puede apreciar ante su «pérdida». Según Bachelard, cuyo pensamiento ha sido fundante respecto al tema, la «casa es nuestro rincón en el mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos» (1992: 34). La casa es el primer mundo del ser humano, sustituye la contingencia, sin casa el ser humano estaría disperso. Este autor también muestra que «el ser amparado sensibiliza respecto a los límites del albergue» (1992: 35). Así la imaginación puede construir muros con elementos tan volátiles como las sombras, y sentir protección dentro de esos «muros» frágiles y efímeros, por ejemplo contruidos con sombras. Pero también muestra este autor, que la imaginación puede construir en frágiles y vulnerables fuertes murallas, llevando a su habitante a sentirse desprotegido aun detrás de la muralla. Por esta condición que asocia la casa a su habitante y a su existencia, es que la casa también lleva consigo una memoria. Pero es

5. Nos referimos a significados sociales o colectivos.

6. Hablamos de espacio de vida en el sentido que le otorga a esta expresión Guy Di Meo, es decir el espacio en el cual el sujeto despliega sus prácticas cotidianas.

7. Además, hablar de la «casa» y no de la «vivienda» nos permite enfatizar que no se trata de nada vinculado al campo de los estudios urbanos de vivienda.

8. Hablamos de «propiedad» con referencia a la «propiedad privada», que en esencia es una «relación social por la cual un individuo excluye a otros del uso o beneficio de cosa alguna» (Azuela, 1989: 15). Este concepto solo toma todo su contenido dentro del orden jurídico. No obstante, como nuestras reflexiones están referidas a una periferia constituida por «asentamientos humanos irregulares», en la práctica el concepto de propiedad debe ser entendido no necesariamente dentro del orden jurídico, sino en el sentido práctico de la «posesión que ejercen los habitantes sobre un predio que ocupan» (Azuela, 1989: 82).

una memoria compleja, no es sólo de lo vivido allí sino también de lo que el sujeto ha vivido en otras casas pero que entra en el juego de las analogías y contrastes permanentes. Al mismo tiempo, la protección de la casa hace que en ella también se incluya lo que su habitante proyecta en un horizonte futuro, y no sólo su pasado y presente.

Con lo anterior queremos destacar que la casa no es cualquier espacio, es un espacio de vida íntimo de alto contenido simbólico, condensador de sentidos, pero también es un espacio básico que ubica al ser humano de una manera particular en el mundo. Entonces, un mito (usualmente definido como una verdad fantástica pero de gran estima y valor emotivo) tejido en torno a la casa (considerando que es un lugar de condensación de sentidos) y la propiedad (de gran valor social), termina constituyendo un fragmento multidimensional de la subjetividad social que tiene profunda repercusión en la vida práctica. Desde esta visión planteamos que la «casa» y los significados que los distintos sujetos sociales le atribuyen es un tema que amerita la reflexión sociológica y geográfica⁹ abierta a otras disciplinas.

En términos de investigación empírica, en México el espacio de la casa casi siempre ha sido relativamente menospreciado. Cuando ha generado interés ha tendido a ser analizado como el espacio de la producción y/o de la reproducción, o bien a través de las políticas de vivienda, o con relación a los mecanismos de construcción en el sentido material. En todo caso, el espacio de la casa es reconocido en algunos estudios de género y otros de tipo más antropológico sobre la familia y la transmisión intergeneracional, pero aun en esos casos suele ser muy escasamente analizado desde el ángulo de la espacialidad, y menos aun, como un espacio de vida y espacio vivido. Estos vacíos dejan abiertos muchos interrogantes, sobre todo considerando que en las grandes ciudades, como la de México, ya es un evento raro encontrar personas que hayan vivido siempre en la misma casa. Frente a ese fenómeno reiterado cabe la siguiente pregunta: ¿Las personas sienten pertenencia respecto a la casa? ¿La casa representa el espacio de las seguridades y certezas? ¿Las personas se sienten «habitantes» de la casa, o se sienten simples «ocupantes»?

Con una visión «in-disciplinada» del mundo de la vida y notoriamente fenomenológica, Alfred Schutz en su conocido ensayo titulado «La vuelta al hogar», le otorga profundidad analítica al significado de la casa. Este autor abre tres horizontes diferentes para entender lo que en el discurso de sentido común llamamos «casa»: «Geográficamente, el hogar es determinado lugar de la superficie terrestre. El lugar en que me encuentro es mi “morada”; el lugar donde pienso permanecer es mi “residencia”, el lugar de donde provengo y adonde quiero retornar es mi “hogar”. Pero no es sólo el lugar —mi casa, mi habitación, mi jardín, mi ciudad— sino todo lo que representa» (Schutz, 1974: 109).¹⁰ La reflexión schutziana muestra, por un lado, que la casa como

9. Al respecto cabe mencionar que los geógrafos Béatrice Collignon y Jean-François Staszak vienen estudiando los espacios domésticos desde hace varios años. Como resultado de esa labor han sido los redactores de un número especial de *Annales de Géographie* de 2001 dedicado al tema. Asimismo, en 2004 han publicado un libro colectivo —a raíz de un exitoso coloquio internacional sobre el tema realizado en septiembre de 2002 en el Instituto de Geografía de la Universidad de París— titulado «Espaces domestiques: Construire, habiter, représenter».

10. En un sentido resulta significativo que, para Schutz, la mirada geográfica sólo se limita al nivel más elemental de la localización con independencia del punto de vista del sujeto. Esto se relaciona con que ese tipo de miradas son las que tradicionalmente ha privilegiado la disciplina. Aunque, posteriormente a la reflexión de Schutz, empieza a construirse una geografía en la cual los lugares son analizados a la luz del sujeto que se relaciona con ellos (la geografía humanista).

objeto material es indisoluble del significado que las personas le otorgan y, por otro, que el sentido de espacio propio y cercano se puede desplazar muy fácilmente de escala desde el recinto material que denominamos «casa» hasta el espacio más extenso y sin límites precisos que llamamos «ciudad». Esto último es importante porque pone de manifiesto que, aunque la casa como objeto material tiene límites muy precisos, el significado atribuido a la casa no necesariamente se encierra en esos límites.

La posibilidad de que la casa represente para el sujeto un lugar de «morada» en el sentido schutziano está íntimamente asociado al «estar», es decir al lugar donde estoy aquí y ahora. A su vez, esta perspectiva del «estar» se puede vincular con lo que ha sido estudiado por la geografía bajo el concepto de localización o *locus*. La localización refiere casi siempre a un espacio relativo¹¹ en el cual se pueden diferenciar elementos que están contenidos. La localización no expresa vínculos emocionales del sujeto con el espacio, sino puntos en los cuales el sujeto accede a algo o no accede, puntos en los cuales se pueden tener ventajas o carecer de ellas. Por eso, las localizaciones tienen implicaciones en la vida práctica de los sujetos. La localización puede ser evaluada con lógicas calculísticas que buscan beneficios: estando en cierto lugar accedo a algo que en otro lugar me resulta inaccesible, o bien en cierta localización se pueden evitar riesgos. En este sentido, la casa como morada refiere a una localización, a un lugar donde sólo se está o a un lugar que se ocupa. Resulta ilustrativa de este sentido la expresión coloquial bastante difundida de «ocupantes de lotes irregulares», con referencia a aquellos sujetos que han protagonizado procesos de invasión de tierras en las periferias de las grandes ciudades. El ocupar (o el estar) también tiene una componente temporal no poco relevante: se ocupa un lugar en el presente que parece no tener un pasado ni esbozar un futuro.

En cambio, cuando la casa toma el sentido schutziano de «residencia», esto supone un cierto nivel de vínculo entre la persona y ese territorio. Por eso, Schutz dice que la residencia es donde se quiere permanecer, esto habla de un proyecto a futuro. Nos resulta aclarador interpretar ese vínculo a través del significado social del «tener». El tener representa algo más que el estar. El tener da cuenta de un vínculo, que en este caso podemos analizar a través de la propiedad. Así, tener una casa implica tener un punto de referencia, tener un refugio, pero también es tener una propiedad. Si en el horizonte anterior el estar en un territorio que deviene morada es una forma de constituirse en «ocupante», este otro sentido de la casa como residencia constituye al sujeto en «habitante» o «residente».

Por último, está la propuesta de Schutz de que la casa represente el «hogar», es decir es la casa entendida como el lugar al cual la persona se siente profundamente vinculada, reconociendo que el vínculo se ha construido en el pasado pero proyecta un futuro en el cual regresa al pasado al retornar al lugar de procedencia. Por eso, el hogar es para Schutz el lugar «de donde vengo y a donde quiero regresar». En este caso es bastante notorio que este concepto schutziano de «hogar» está compenetrado de la perspectiva del «ser», como un nivel mucho más profundo que el tener y el estar: lo que soy está relacionado con ese lugar del cual procedo y al cual quiero regresar. La relación del individuo con el territorio es tan intensa que contribuye a definirlo, o a perfilar

11. Nos referimos a espacio relativo en el sentido del plano geométrico en el cual se pueden diferenciar distancias y nodos.

su identidad. Por eso no sólo se ocupa o se habita, sino que también se pertenece a ese territorio. El sujeto que se ha apropiado del territorio, lo ha marcado y se siente marcado por él.

Los tres horizontes de significado de la casa que propone Schutz, al igual que toda su teoría, tienen una particular temporalidad. La morada se define como tal en el presente, la residencia integra el presente y el futuro, mientras que el hogar representa el juego más complejo de temporalidades: El pasado que se mantiene vigente en el presente y que se proyecta en el futuro.

El significado de la casa en la periferia de la ciudad de México

Estos tres horizontes de sentido que hemos considerado nos permiten preguntarnos qué representa la casa en distintos contextos urbanos. Evidentemente un interrogante de este tipo no amerita una respuesta única y generalizante, requiere ser especificado. Por ello, nos planteamos esta pregunta para el caso concreto de la periferia oriental de la ciudad de México, más específicamente con referencia a la zona conocida como Valle de Chalco, territorio que hemos tomado como un verdadero laboratorio urbano desde hace más de quince años, y en el que venimos estudiando distintas problemáticas sobre la vida cotidiana y la construcción social del territorio.

En este contexto particular de la periferia más o menos reciente la ciudad,¹² no estudiamos situaciones promedio, ni tampoco situaciones que correspondan a la mayor parte de los habitantes. Más bien, nos interesa recuperar la heterogeneidad, las distintas voces, la polifonía. Precisamente, la polifonía incluye tanto lo muy instituido como lo emergente —lo que aún no toma una forma clara— en los diferentes ámbitos de la vida social. Por eso, a pesar de recurrir a diferentes estrategias para la producción de información en trabajo de campo, privilegiamos las estrategias cualitativas que buscan la palabra del habitante, particularmente las narrativas de vida, las distintas voces que construyen y reconstruyen el territorio día a día. De esta forma, el análisis que presentamos sobre la territorialidad y, en particular, sobre el significado de la casa, lo hemos realizado a partir de la interpretación densa de narrativas de algunos habitantes del lugar. Indudablemente, en este territorio hay otras voces en las cuales se entretienen otros tipos de territorialidades y de significados de la casa: nuestra perspectiva busca tipos —en esta ocasión, de territorialidades— presentes en el caso concreto pero renunciamos desde el inicio a la ilusión de hallar «todas» las posibles territorialidades, entre otras cosas porque la realidad está reconstruyéndose constantemente y, además, porque es tan compleja y heterogénea que no consideramos posible captarla toda con ninguna aproximación ni con ningún instrumento.

Desde esta perspectiva, nos preguntamos por los significados de la casa en esta periferia oriental de la ciudad de México, más específicamente en el Valle de Chalco. La respuesta no es sencilla ni única. Sin embargo, hay una respuesta parcial —en sentido negativo— que emerge casi de inmediato al explorar las narrativas de sus habitantes: en ese contexto particular la casa no representa un «hogar» en el sentido schutziano,

12. Incorporada a la ciudad de México por la urbanización de tierras antes rurales, desde la segunda mitad de los años setenta.

no representa un origen al que aún se sienta vinculada la persona y con el cual se asocie un proyecto futuro. En esta situación resulta decisivo recordar que esta zona de la periferia oriental de la ciudad de México (aunque ello también ocurre en otras) se ha ido ocupando con pobladores altamente móviles en el espacio que han llegado de diferentes sitios, casi siempre desde zonas más centrales de la misma ciudad de México, aunque en ocasiones también desde áreas rurales. Dicho de otra forma, los habitantes de esta periferia no proceden de este territorio. Esto se relaciona con la forma de ocupación urbana que se dio en la zona: el fraccionamiento irregular de antiguas tierras ejidales la constituyó en un desierto al cual llegaron nuevos «ocupantes». Esto resulta decisivo para que estos sujetos no desarrollen —al menos en la primera generación— ese sentido de la casa como hogar, en la perspectiva schutziana.

Sin embargo, descontando la posibilidad de que la casa represente el hogar, no es fácil reconocer si representa la «morada» o si llega a ser «residencia». Nuestros hallazgos muestran la coexistencia ambos modelos: hay casas que toman el sentido de la morada y otras que son significadas como residencia por sus habitantes.

La casa como morada

El sentido schutziano de la morada está profundamente imbuido del presente y representa el vínculo más débil entre el sujeto y el territorio. Éste es un fenómeno frecuente en la periferia vallechalquense estudiada. En el discurso de los sujetos aparecen muy frecuentemente expresiones que desacreditan el lugar, como por ejemplo: «aquí no me voy a quedar», «sólo estoy aquí por ahora, mientras consigo otra cosa», «nunca me gustó este lugar», «aquí llegamos porque no había otra opción mejor». Estas expresiones dejan ver que al habitante de esta periferia no le interesa establecer un vínculo duradero con ese territorio, ni proyectar un futuro allí. Por eso lo ven como una «localización», como un sitio en el cual sólo se está en un presente. Paradójicamente, en muchos casos ese presente se prolonga en el tiempo, pero aun así siempre se vive como un ahora.

El sujeto que le otorga este significado a su casa no lo hace por lo que respecta exclusivamente al recinto de la vivienda, sino que este significado lo constituye con referencia a un espacio más amplio en el cual se incluye su casa: la colonia, el entorno y esa zona de la periferia de la ciudad en la cual está su colonia, las colonias vecinas y su casa. Ese significado de la casa y el entorno es una expresión de que el sujeto sólo es un «ocupante», que se vive a sí mismo como «ocupante transitorio», precisamente por posicionarse en un presente que no reconoce ni pasado ni futuro con respecto a su localización actual.

Esta condición de ocupante transitorio que deriva de representar a la casa como morada, tiene fuertes implicaciones: se trata de sujetos que están dispuestos a relocalizarse o desplazar su lugar de residencia a otro sitio, en la medida en que visualicen condiciones que ofrezcan alguna ventaja respecto a la actual. Están dispuestos a volver a «colonizar» otros territorios que puedan ofrecer algún atractivo. Y algo muy significativo e inesperado es que dentro de esta subjetividad colectiva está presente la idea de que el propio proceso de consolidación urbana que involucra a la periferia —a su lugar— se puede constituir en una desventaja para ellos mismos. Esto es así sobre todo para aquellos que han instalado comercios y/o que ofrecen servicios: La consolidación urbana casi

siempre es vista como la multiplicación de la competencia y, en consecuencia, un riesgo que puede afectar sus frágiles condiciones de vida. Por eso una periferia en la que se esté iniciando la ocupación puede restituirles certezas para sus comercios y proyectos familiares por librarlos de las condiciones de competencia, aunque eso implique volver a construir una vivienda y volver a empezar, y esas certezas no sean duraderas.

La casa como residencia

El sentido schutziano de la residencia implica un cierto vínculo entre el sujeto y el territorio, así como la intención de construir un proyecto futuro en ese lugar. En nuestra investigación empírica en la periferia vallechalquense encontramos algunos elementos que parecen asemejarse a esa idea de residencia, aunque no totalmente. Efectivamente, hay una construcción subjetiva en la cual la casa representa algo más que el simple *locus*, como en el modelo anterior; pero en este caso particular el horizonte de tiempo a futuro es recreado de una manera específica.

El vínculo con el territorio —en principio, la casa— se construye sobre la idea de que el sujeto deviene en «poseedor de un bien», independientemente de las cuestiones jurídicas en torno a la legalidad de la propiedad.¹³ A esto se suma la condición de que no se trata de la posesión de cualquier bien sino de uno particular por la alta valoración social de la cual es objeto. La expresión «tener algo propio» aparece de manera muy reiterada en el discurso de los habitantes de la periferia vallechalquense. De esta forma, estamos viendo que la construcción de un vínculo más fuerte con la casa —en el sentido schutziano de la «residencia»— deriva de que la casa reposiciona al sujeto como poseedor de algo. Por su parte, ser poseedor tiene varios contenidos: es algo valorado socialmente, otorga existencia y visibilidad social a las personas. De alguna manera, la condición de poseedor compensa parte de las exclusiones vividas por estos sujetos. Por último, no se debe dejar de lado que la condición de poseedor otorga certezas y seguridades, en un contexto social de inseguridades y riesgo constante.

La condición de poseedor socialmente le otorga al habitante de esta periferia pobre que estudiamos, la entrada al mundo de «los propietarios». Esto tiene dos facetas con relación a la territorialidad: por un lado, el habitante de la periferia reitera tácitamente su aceptación del código social que dicta la importancia de «tener algo propio» y, por otro lado, confirma que la sociedad lo «incluye» a partir de ese acceso, está «dentro de». En este sentido, el habitante de la periferia pauperizada adquiere visibilidad social, y ésta puede ser una primera instancia para buscar otras formas de inclusión social, por ejemplo bajo la modalidad de demandas por servicios o incluso otras búsquedas de inclusión más utópicas.

Las seguridades y certezas también son centrales para el habitante de la periferia vallechalquense, sobre todo si recordamos que son sujetos que han quedado excluidos de muchas instituciones sociales, empezando por el mundo formal del trabajo y continuando con las instituciones derivadas del mismo, como los sindicatos, o también otras instituciones sociales como son las comunidades de origen, de las que quedaron fuera por los procesos migratorios. Todas las formas de exclusión social acrecientan el

13. En otro trabajo hemos analizado esto a la luz del «mito de la casa propia» (Lindón, 2002 y 2005).

sentido del riesgo permanente, la inseguridad, que de por sí es algo que atraviesa a las sociedades contemporáneas en casi todos los grupos sociales. Pero es mucho más intensa aún en los grupos sociales excluidos y pauperizados. En este sentido, cabe traer algunas expresiones muy usuales que traslucen la importancia de tener alguna certeza: «De aquí no me pueden sacar», «Pase lo que pase, sé que tengo un techo». Estas frases muy bien pueden leerse como si lo «no dicho» que las antecediera fuera: «cuando ya no hay instituciones sociales que me den seguridades», y como si el contenido de la frase fuera: «las seguridades me las da el techo que yo he conseguido».

En cuanto a la espacialidad encontramos que esta forma de darle sentido a la casa, indudablemente le da un cierto anclaje al sujeto en el territorio que no se presenta cuando la casa y el entorno se viven como simple localización. Igual que en el modelo anterior, este significado se hace extensivo a la colonia y al entorno en el cual ésta se ubica. En cuanto a la temporalidad, también se puede encontrar cierta diferencia con el modelo anterior, en el que dominaba enteramente el presente. En este caso, aparece el futuro, tal como proponía Schutz. Pero lo interesante es que aunque ese horizonte de tiempo surge por la relación con un territorio en particular, esa casa, el futuro no se concibe anclado en ese lugar sino que se abre a otros espacios, aun imaginarios. En la propuesta de Schutz, la residencia era como el paso previo a aquel en el cual el sujeto quedó arraigado al territorio (como el campesino a la tierra). En cambio, en nuestro caso el futuro aparece «móvil» espacialmente, pero esa movilidad en el espacio —siempre en busca de algo mejor— es posible por la condición de propietarios en el lugar presente. Dicho de otra forma, el acceso a la propiedad —la condición de poseedor— es lo que permite entrever alguna forma de futuro vendiendo esa propiedad y desplazándose a otros lugares, incluso a periferias más lejanas y desconocidas, nuevas *Terrae Incognitae*, como podríamos llamarlas recuperando el sentido que le diera a esta expresión John Wright en 1947. El vínculo con el territorio no deja de tener un sentido «utilitario», el territorio no da identidad por pertenencia, pero sí es un bien intercambiable que permite imaginar un futuro y esboza alguna forma de identidad por posesión. No obstante, un rasgo peculiar de este tipo de territorialidad es que lo utilitario está totalmente imbricado con una «fantasía geográfica» (Rowles, 1978) derivada de que esa primera posesión se experimenta como el inicio de una quimera de progreso y ascenso social permanente. A continuación sintetizamos los puntos de partida schutzianos y las tramas de sentido reconstruidas a partir del caso empírico en un cuadro:

Significados de la casa y territorialidades

<i>Sentido schutziano de la casa</i>	<i>Relación esencial con el lugar</i>	<i>Temporalidad</i>	<i>Identidad</i>	<i>Territorialidades en la periferia estudiada</i>
Morada	Estar	Presente	Ocupante	Efímera y utilitaria
Residencia	Tener	Presente-Futuro	Poseedor	Utilitaria-fantásica y móvil espacialmente
Hogar	Ser	Pasado-Presente-Futuro	Por pertenencia al lugar	—

Notas finales

El análisis empírico de algunas de las voces que habitan una particular periferia pauperizada de la ciudad de México muestra dos formas de darle sentido a la casa y al entorno inmediato. En ambos casos el hallazgo es que la relación que establecen estos habitantes con su territorio habitado no es profunda, más bien es superficial, efímera y aunque se prolongue en el tiempo, es transitoria porque predomina el sentirse siempre en tránsito. En el primer caso el espacio de vida inmediato de la casa y su entorno adquieren el sentido de una simple localización (un punto en el cual se está) y su habitante sólo se siente un ocupante. El habitante se ha constituido en un «ocupante» que está en ese lugar hoy pero de igual forma podría estar en otro lugar. Es evidente que esta forma de habitar conlleva uno de los lazos más débiles que puede establecer una persona con su espacio de vida.

En el segundo modelo se ha construido cierto vínculo con el territorio pero es de tipo utilitario, no crea arraigo: el habitante devino en residente y por ello hace del territorio un bien de cambio. No obstante esa dimensión utilitaria que adquiere la territorialidad con respecto a la casa, se articula con una dimensión fantasiosa: esa casa es concebida como la primera posesión que augura un proceso de movilidad social ascendente. El sueño del progreso.

Tanto la figura del «ocupante» como la del «residente» dejan entrever que esta la subjetividad colectiva sobre la periferia como lugar, antes que arraigar a los habitantes y contribuir a sus identidades relacionadas con ese territorio, los impulsa a seguir buscando otras alternativas territoriales, a colonizar nuevas periferias, a estar abierto al horizonte de «volver a empezar». En otras palabras, ambas territorialidades —la del ocupante y la del residente— están abiertas a nuevas fantasías geográficas en nuevas periferias.

Al inicio se señaló que la casa siempre ha sido asociada con el sentido de la protección y el abrigo. Este análisis empírico muestra voces en las cuales el sentido de protección y abrigo «ha migrado» de la casa a la propiedad. Lo que protege no es la casa, sino es la propiedad. Esto significa que lo que protege es la posesión de un bien que puede entrar en el mercado y ser transformado en dinero. Resulta casi inevitable no asociar esto con lo que Simmel a inicios del siglo XX llamó la «tragedia de la cultura» (1988), aunque aquel planteamiento no se refería a la casa sino a la obra de arte que al entrar en la lógica del dinero, se desprende de la subjetividad que su autor le plasmó. El hecho de que con la casa ocurra algo semejante, aun para sectores sociales excluidos, tiene fuertes implicaciones. Por ejemplo, tradicionalmente el sentido de protección que daba la casa estaba relacionado con el hecho de que en última instancia la casa representaba un lugar en el mundo para la persona que la habitaba. Al trasladarse ese sentido de protección a la propiedad, eso contribuye de manera importante al desanclaje de las personas respecto al territorio, o a la construcción de anclajes circunstanciales en función de «oportunidades».

Así, en la periferia vallechalquense parece muy pertinente el planteamiento de Pierre Pellegrino: «...la ciudad contemporánea no sólo opone el *en cualquier parte* del espacio local y el *en todas partes* del espacio global, también introduce —con la difusión de la suburbanización— otra forma de negación de la identidad tradicionalmente localizada, negación que corresponde al *en ninguna parte*, espacio inapropiable, no-territorio, extensión de soledad en donde la singularidad no tiene sentido, porque es

una errancia en ausencia de reconocimiento social, una ausencia de existencia para los otros. El *en ninguna parte* toma su lugar entre lo privado y lo público, se interpone allí donde la lógica de poner distancia es relativizada por una lógica de integración [pero al mismo tiempo] el *en ninguna parte* emerge de la abolición de la escala del vecindario, neutralización que no es del orden de la yuxtaposición ni de la síntesis» (2000: 48).

La exploración de la territorialidad y del significado de la casa libre de compartimentos disciplinarios, o de una manera «indisciplinada», nos lleva a plantear que la periferia estudiada se halla en las antípodas de lo que Heidegger concibió el «habitar», al mismo tiempo que parece una expresión particular del *en ninguna parte* que Pellegrino utiliza para comprender las ciudades actuales o de la deslugaridad o *Placelessness* que propuso Relph (1976) para entender la relación con los lugares en las modernas ciudades, pero en particular en los suburbios.

Bibliografía

- ALLEN, Barbara (2003), «Les relations entre le dedans et le dehors. La construction du sens de chez soi dans les quartiers d'habitat social», en Collignon, Béatrice y Jean-François Staszak (dir.), *Espaces domestiques: Construire, habiter, représenter*, París, BREAL, pp. 137-148.
- AZUELA, Antonio (1989), *La ciudad, la propiedad privada y el derecho*, El Colegio de México, México, 278 p.
- BACHELARD, Gastón (1992), *La poética del espacio*, F.C.E., México, primera edición 1957, 281 p.
- BUTTIMER, Anne (1979), «Le temps, l'espace et le monde vécu», *L'Espace Géographique*, n.º 4, pp. 243-254.
- BUTZ, David y John EYLES (1997), «Reconceptualizing senses of place: Social relations, ideology and ecology», *Geografiska Annaler*, n.º 79, pp. 1-25.
- COLLIGNON, Béatrice y Jean-François STASZAK (dir.), *Espaces domestiques: Construire, habiter, représenter*, París, BREAL.
- DARDEL, Eric (1990), *L'homme et la terre: Nature de la réalité géographique*, Editions du CTHS, París, 199 p.
- DI MEO, Guy (1991), *L'homme, la société, l'espace*, Anthropos, París, 319 p.
- (dir.) (1996), *Les territoires du quotidien*, París, L'Harmattan, Col. Géographie Sociale, 207 p.
- (1999), «Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 43, n.º 118 (abril), pp. 75-93.
- (2000a), «Que voulons-nous dire quand nous parlons d'espace?», en Jacques Lévy y Michel Lussault (dir.), *Logiques de l'espace, Esprit des Lieux: Géographies à Cerisy*, Belin, París, pp. 37-48.
- (2000b), *Géographie sociale et territoires*, Col. Nathan Université, Nathan, París, 317 p.
- GUMUCHIAN, Hervé (1991), *Représentations et aménagement du territoire*, Economica, París, 143 p.
- HÄGERSTRAND, Torsten (1970), «What about People in Regional Science?», *Papers of the Regional Science Association*, vol. 24, pp. 7-21.
- (1978), «Survival and Arena: On the life-history of individuals in relation to their geographical environment», en Tommy Carlstein, Don Parkes y Nigel Thrift (eds.), *Making Sense of Time*, vol. II: *Human Activity and Time Geography*, Parte II: «The Lund School», cap. 7, pp. 122-145.
- HEIDEGGER, Martín (1982), «Hebel, el amigo de la casa», *Eco, Revista de la Cultura de Occidente* (julio), n.º 249, Bogotá, p. 226.
- (1986), «Pourquoi restons-nous en province?», *Magazine Littéraire*, n.º 235, pp. 24-25.
- HIERNAUX, Daniel y Alicia LINDÓN (2002), «La configuración del territorio metropolitano, los modos de vida y las utopías urbanas», *Ciudades*, n.º 53, RNIU, México, 26-32.

- y Alicia LINDÓN (2004), «Repensar la periferia: De la voz a las visiones exo y egocéntricas», Adrián Guillermo Aguilar (coord.), *Procesos Metropolitanos y Grandes Ciudades, Dinámicas recientes en México y otros países*, Instituto de Geografía, PUEC, CRIM-UNAM, CONACYT, Miguel Angel Porrúa, pp. 413-443.
- LÉVY, Bertrand y Claude RAFFESTIN (eds.) (1999), *Ma ville idéale*, Genève, Metropolis.
- LINDÓN, Alicia (1996), «El espacio y el territorio: contexto de significado en las obras de Simmel, Heidegger y Ortega y Gasset», *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, n.º 40, enero-abril, CES, El Colegio de México, México, pp. 129-141.
- (2002), «El habitar la ciudad y la territorialidad: De las dicotomías a las visiones multiescalares y situadas», *Pensar y Habitar la Ciudad: Lugares, Imágenes y Narrativa*, FLACSO, 28 y 29 de noviembre de 2002, México.
- (2005), «Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: Topofilias y topofobias», en Rossana Reguillo C. y Marcial Godoy A. (coords.), *Flujos Translocales: espacio, flujo, representación. Perspectivas desde América Latina Ciudades, desigualdades y subjetividad en las Américas*, Segunda parte: «Espacios practicados», Program on Latin America and the Caribbean del Social Science Research Council y Fundación Rockefeller-ITESO, pp. 123-157.
- (2005), «El mito de la casa propia y las formas de habitar», *SCRIPTA NOVA, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, vol. IX, n.º 194, 1 de agosto.
- MALMBERG, Torsten (1980), *Human territoriality: Survey of behavioural territories in man with preliminary analysis and discussion of meaning*. The Hague, París y Nueva York: Mouton.
- (1984), «Pour une territorialité humaine. Quelques concepts de base», *Revue de l'Institut de Sociologie*, Université Libre de Bruxelles, n.º 3-4: Territorialités, pp. 367-400.
- PELLEGRINO, Pierre (2000), *Le sens de l'espace: La dynamique urbaine*, Libro II, Anthropos, París, 267 p.
- PILLET, Gonzague y Françoise DONNER (1984), «Avant-propos: Territorialités», *Revue de l'Institut de Sociologie*, Université Libre de Bruxelles, n.º 3-4: Territorialités, pp. 359-366.
- PRED, Allan (1977), «The choreography of Existence: Comments on Hägerstrand's Time-Geography and Its Usefulness», *Economic Geography*, vol. 53, n.º 2, abril, pp. 207-221.
- (1981), «Social Reproduction and the Time-Geography of Everyday Life», *Geografiska Annaler, Serie B, Human Geography*, vol. 63, n.º 1, pp. 5-22.
- (1984), «Place as Historically Contingent Process: Structuration and the Time-Geography of Becoming Places», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 74, n.º 2, jun., pp. 279-297.
- RAFFESTIN, Claude (1977), «Paysage et territorialité», *Cahiers de Géographie de Québec*, n.º 21, Québec, pp. 123-134.
- (1982), «Remarques sur les notions d'espace, de territoire et de territorialité», *Espace et Société*, n.º 41, pp. 167-171.
- (1983), «L'imagination géographique», en Jean-Bernard Racine y Claude Raffestin (eds.), *Géotopiques*, Département de Géographie, diciembre 1983, pp. 25-42.
- (1986), «Ecogenèse territoriale et territorialité», en François Auriac y Roger Brunet (eds.), *Espace, jeux et enjeux, Nouvelles Encyclopédie des sciences et des techniques*, t. 4, París, Fayard - Fondation Diderot, pp. 173-185.
- REGUILLO, Rossana (1999), «Las culturas emergentes en las ciencias sociales»: en Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes (coord.), *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*, ITESO, México, pp. 97-118.
- RELPH, Edward (1976), *Place and Placelessness*, Pion, Londres, 156 p.
- ROWLES, Graham (1978), «Reflections on Experiential Fieldwork», en D. Ley y M. Samuels (eds.), *Humanistic geography: Prospects and problems*, Croom-Helm, Londres, pp. 173-193.
- SACK, Robert (1983), «Human Territoriality: A Theory», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 73, n.º 1, pp. 55-74.
- SCHUTZ, Alfred (1974), «La vuelta al hogar», en *Estudios de teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 108-119.

- SIMMEL, Georg (1988), «El concepto y la tragedia de la cultura», en Georg Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos Filosóficos*, Col. Homo Sociologicus, n.º 45, Ediciones Península, Barcelona, pp. 204-231.
- TURCO, Angelo (2000), «Pragmatiques de la territorialité: Compétence, science, philosophie», en Jacques Lévy y Michel Lussault (dirs.), *Logiques de l'espace, Esprit des Lieux. Géographies à Cerisy*, Belin, París, pp. 287-299.
- WRIGHT, John K. (1947), «*Terrae incognitae*: The place of the imagination in geography», *Annals of Association of American Geographers*, n.º 37, pp. 1-15.

III

EL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES DESDE UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA

7. La identidad desde una perspectiva somática

Fernando Ortiz Lachica

Sobre el concepto de identidad

El concepto de identidad es, de origen, interdisciplinario. Erik Erikson, a quien siempre hay que citar al referirse al tema, se entrenó en Viena como psicoanalista con Ana Freud después de haberse dedicado a la educación y al arte. Posteriormente, al emigrar a los Estados Unidos de Norteamérica, recibió la influencia de antropólogos de la talla de Margaret Mead, Gregory Bateson y Ruth Benedict. Combinó la práctica clínica con investigaciones de campo entre grupos étnicos como los Dakota y los Yurok y escribió biografías de personajes como Ghandi y Lutero aplicando su particular versión del psicoanálisis. De su clásico *Infancia y sociedad* tomo la siguiente definición:

El sentimiento de identidad yoica es la experiencia acumulada de la capacidad del yo para integrar todas las identificaciones con las vicisitudes de la libido, con las aptitudes desarrolladas a partir de lo congénito y con las oportunidades ofrecidas por los roles sociales. El sentimiento de identidad yoica es, entonces, la confianza acumulada en que la mismidad y la continuidad interiores encuentren su equivalente en la mismidad y continuidad del significado que uno tiene para los demás [1963/1993: 235].

Algunos aspectos de la definición requieren un tratamiento más amplio. El yo es una estructura de la mente, que junto con el superyó y el ello constituye el aparato psíquico, modelo de la mente que Freud propuso en 1923, en *El yo y el ello*.

En sus escritos, Freud utilizó el vocablo alemán *Ich* para referirse tanto al yo, como instancia psíquica como al sí mismo o *self* (Kernberg, 1984/1987: 206, 207). Es a esta última acepción a la que se suele asociar la identidad. El propio Freud afirma, en *El malestar en la cultura*, que normalmente no hay nada de lo que estemos más seguros que del sentimiento de nuestro sí mismo, de nuestro propio yo.¹ Así pues, el sentimiento de identidad yoica se refiere a esa certeza que normalmente tenemos de ser la misma persona a través del tiempo y en diferentes circunstancias.

Esta certeza tiene lugar gracias a la integración de las identificaciones. Freud utilizó el término identificación para describir una forma en la que el Yo se relaciona con los «objetos», es decir, los otros o sus representaciones en tanto objetos de pulsiones. La identidad se forma a partir de estas identificaciones. En el ámbito individual, Freud aplicó el término a la incorporación de la representación de una persona al Yo cuando la relación con ésta termina en *La aflicción y la melancolía* (1917), Más tarde consideró

1. Kernberg señala que en el original, en alemán los equipara: *unsere Selbst, unsere eigenen Ichs*.

que era un proceso «normal» por el que se constituye el carácter del Yo en *El Yo y el ello* (1923). Extendió el concepto para explicar la relación entre las masas y los líderes en *Análisis del Yo y Psicología de las masas* (1921). En los dos primeros trabajos, Freud se refirió a la identidad individual: el Yo incorporaba, internalizaba o introyectaba características de otra persona, sin hacer distinciones claras entre estos términos. En el tercero trató, además, la identidad colectiva. Se trataba aquí de cómo una masa se identificaba con su líder.

Los psicoanalistas contemporáneos prefieren distinguir diferentes tipos de internalización. Para Kernberg (1977/2001: 25), las identificaciones son «unidades», contenidos de la mente derivados de las relaciones tempranas con los otros, significativos que el sujeto ha internalizado. Constan de un estado afectivo, una representación objetal, es decir, una representación de otro significativo, y una autorrepresentación. En otras palabras, cada unidad consta de una imagen de la propia persona, experimentando una emoción en relación con otra persona.

Kernberg (1977/2001: 25-27) prefiere distinguir dos tipos de unidades, originadas por dos diferentes procesos de internalización: las introyecciones y las identificaciones. En las introyecciones, las representaciones de la propia persona y del otro son difusas y el estado afectivo que colorea la situación suele ser muy intenso. Algunas veces, en momentos regresivos de un proceso terapéutico, aparecen como «recuerdos» borrosos, acompañados de una emoción muy intensa, como si ocurriera en el presente. La persona que los tiene suele tener conciencia de que aparecen otros, pero frecuentemente no los puede distinguir. Sabe que se trata de un recuerdo por que percibe a esos otros «a través de sus propios ojos», a diferencia de otros recuerdos en donde uno aparece como en una película.» La identificación es una forma más avanzada de introyección que tiene lugar cuando la niña tiene la capacidad perceptiva y cognitiva suficiente para reconocer que se trata de ella misma, interactuando con otra persona en roles complementarios. Por ejemplo cuando la niña juega con su muñeca y la cuida, muestra que ha internalizado la imagen y el comportamiento de su madre cuidándola a ella, y probablemente reproduce, en su juego, esta «unidad».

La definición de identidad de Erikson no sólo destaca la continuidad y mismidad de la propia persona; los otros, particularmente aquellos que son significativos, le confirman que es la misma cada vez que interactúa con ellos.

Imaginemos que tenemos videos de los momentos importantes de nuestras vidas. Algunos de esos videos fueron grabados cuando no podíamos manejar bien la cámara, de modo que pueden estar sobre o sub expuestos y con imágenes borrosas. Ésas serían las introyecciones. Evidencia de las introyecciones son los recuerdos difusos, de los primeros años de la vida, en los que la persona experimenta una emoción muy intensa. Las identificaciones serían videos bien grabados, en los que se nota claramente que somos nosotros y lo que estamos haciendo, en relación con otra persona claramente definida. Estos videos no solo tendrían imagen y sonido, sino sabores, olores y sensaciones corporales. El conjunto de ellos sería la película de nuestra vida. En ese mar de acontecimientos guardados en la memoria cada uno reconoce las versiones de algo que no varía: el mismo (Rispoli, 1993).

Otra analogía útil podría ser el ver a las identificaciones e introyecciones como los ladrillos con los que se construye la identidad. De esta forma, las personas que han sido importantes en nuestras vidas, particularmente en los primeros años, se incorporan a nuestra identidad.

El énfasis de Erikson en la continuidad y mismidad no debe causar la falsa impresión de que la identidad es algo estático. Durante toda la vida, se siguen añadiendo ladrillos al edificio de la experiencia de ser uno mismo. La obra nunca termina, se sigue remodelando. No sólo eso, sino que algunas de las unidades que parecían sostener la identidad en una época de la vida pueden, con el tiempo, volverse relativamente menos importantes. Así, el ser hijo de nuestros padres o alumno de una escuela pasan a ser unidades *conscientemente* menos presentes que el desempeño de nuestra profesión o el estar casados con alguien.

La paradoja de la identidad es que permanece, a la vez que cambia. Algunos elementos fundamentales, definitorios, persisten. Estos elementos no son fáciles de definir, o para decirlo con mayor precisión, no solemos ocuparnos de definirlos, pero suelen percibirse de forma clara. Hablando de las civilizaciones, Toynbee (1988) señala que los estilos artísticos tienden a cierta consistencia, de modo que cualquiera puede distinguir una escultura egipcia de una griega o mesoamericana. No *tenemos* que poner en palabras estas diferencias para poder hacerlas. Pasa lo mismo con los elementos definitorios de nuestra propia identidad (y de la identidad de los otros). Sin necesidad de ponerlo en palabras, percibimos esa mismidad

Tal como afirmó Freud, *normalmente* no estamos tan seguros de nada como de nuestra propia identidad. Normalmente uno no despierta convertido en escarabajo, pero los casos clínicos de personas con trastornos de identidad y la literatura fantástica nos ayudan a imaginar cómo sería sí no estuviéramos tan seguros.

1. La identidad y las funciones psicológicas

De regreso a nuestra definición, queda un elemento por analizar: Erikson afirma que se trata de un sentimiento. En su estudio detallado de las introyecciones e identificaciones, «unidades» de la identidad, Kernberg habla de percepción y cognición. Obviamente se necesita algún tipo de memoria en la que estas unidades mantengan una relativa estabilidad en el tiempo. Sentimiento, percepción, cognición y memoria son, todas ellas, funciones. Es poco probable que encontremos una definición de identidad que no involucre una función «mental» o psicológica, es decir, una operación que hacemos para adaptarnos al medio ambiente. Para poner un ejemplo, Brito (2002: 45) afirma «la identidad se produce cuando *percibimos* (el énfasis es mío) un «nosotros» distinto por su praxis a los demás. A la percepción, que ya estaba en nuestra lista, debemos añadir la praxis, en última instancia, comportamiento.

En los cursos tradicionales de psicología se estudia la sensorio percepción, el aprendizaje, la memoria, el lenguaje, la emoción y la consciencia como procesos separados. Esta forma de ver las funciones en estado «puro», separadas unas de otras, originó gran cantidad de investigación en psicología experimental. Por ejemplo, se realizaron muchos experimentos en que los sujetos debían memorizar listas de palabras en diferentes condiciones para aprender acerca de la memoria a corto ya mediano plazo. Pero sin querer restarle méritos a toda una época de esfuerzos para construir una psicología científica, la mayoría de nosotros probablemente estará de acuerdo en que en nuestra vida cotidiana no es importante memorizar listas de palabras inconexas, ni lo fue durante los cientos de miles de años en el ambiente al que se debieron adaptar nuestros antepasados.

La investigación contemporánea no hace distinciones tan claras entre las diferentes funciones psicológicas. Para designar al conjunto de las funciones psicológicas, numerosos científicos (como, por ejemplo, Siegel, 1999, y Damasio, 1999/2002) han empezado a usar de nuevo la palabra «mente».

Para Damasio, la mente es una suerte de *show multimedia*, una película en el cerebro que consta del conjunto integrado de diversas imágenes sensoriales visuales, auditivas, sensoriales táctiles, olfativas y otras. En los últimos ciento cincuenta años los investigadores avanzaron al grado de poder hacer un mapa del cerebro, en el cual las diferentes funciones psicológicas se localizan en una de sus zonas. Recientemente se ha encontrado cada vez más evidencia de que existe interacción entre regiones del cerebro que no son contiguas, lo que genera estados que son más complejos que la suma de sus partes. Esta integración en el nivel anatómico y fisiológico lleva a los teóricos contemporáneos a usar de nueva cuenta palabras como mente, consciencia y experiencia presente.

Por lo general, hablamos de los procesos psicológicos como si ocurrieran separados unos de otros. Un análisis más cuidadoso de lo que pasa en nuestro interior nos dice que no es así. Cuando, por ejemplo, un enamorado le dice a su amada que estuvo pensando en ella, puede ser que haya recordado su voz, o la textura de su piel, que también imaginó un futuro encuentro y que todo esto le produjo una emoción que le hizo suspirar y sentir calor en todo su cuerpo. Es decir, que *la experiencia* de pensar en la novia implica un tejido de diferentes funciones que ocurren en un momento dado. La experiencia es, a la vez, matriz de la cual emergen y se diferencian y la síntesis de todas ellas. Entonces, la mente es el conjunto de procesos psicológicos, que se percibe como una experiencia unificada en el interior de la persona.

El filósofo, psicólogo y psicoterapeuta Eugene Gendlin, discípulo de Carl Rogers, ha utilizado el término *experiencing*² para referirse al proceso de la experiencia presente. Para Gendlin, el término «experiencia» implica el proceso de los eventos concretos, tal como van sucediendo. Se trata de un proceso *sentido*³ como un flujo de sensaciones corporales. Estos eventos percibidos, sentidos en el cuerpo, son, para este autor, la «materia» de la personalidad o de los eventos psicológicos.

2. La identidad y la memoria

Pero no estamos acostumbrados a hablar de las funciones en su conjunto. Es más fácil hablar de ellas por separado. Tomemos, por ejemplo, la memoria. Generalmente se piensa que la memoria es el proceso por el cual traemos de nuevo a la mente alguna experiencia consciente. El aprendizaje original y el acto de recordar son eventos conscientes. Esta idea se basa en varias suposiciones: que siempre somos conscientes de lo que experimentamos, que cuando recordamos algo tenemos la sensación de recordar y que los eventos quedan almacenados en la memoria, como en un álbum de fotografías o una grabación, sin modificarse con el tiempo (Siegel, 1999).

2. *Experiencing* se ha traducido como «experienciación presente». En adelante usaré la palabra «experiencia», en el entendido que la uso con el sentido que Gendlin le da a *Experiencing*.

3. Gendlin creó la expresión *felt sense*, que se ha traducido como «sensación sentida», para referirse a «una forma especial de consciencia corporal» (*a special kind of bodily awareness*) (Gendlin 1978/1981: 10).

En la actualidad la memoria se define de un modo más amplio. No sólo incluye aquello que se recuerda conscientemente, sino cualquier forma en la que sea evidente que los eventos pasados influyen en la experiencia presente (definición modificada de Siegel, 1999: 24). Atendiendo a si el acto de recordar es consciente o no, o en otras palabras, si podemos expresar verbalmente tanto el acto de recordar como el recuerdo mismo, podemos hablar de memoria explícita e implícita.

Cuando tanto los recuerdos como el acto de recordar son conscientes, nos estamos refiriendo a la memoria «declarativa» (Le Doux, 2002), o explícita (Siegel, 1999), en la que intervienen la corteza cerebral y el hipocampo. Una parte de la memoria explícita es la memoria autobiográfica, que nos permite narrar una historia coherente de nuestra propia vida.

Pero en el aprendizaje emocional, por ejemplo en el miedo condicionado intervienen sistemas que operan fuera de la consciencia. La memoria implícita es función de estructuras cerebrales que operan desde el nacimiento, o tal vez poco antes, como las amígdalas, los ganglios basales y la corteza motora. Cuando un evento registrado en este tipo de memoria influye en un evento futuro, no hay la sensación subjetiva de recordar (Siegel, 1999). El condicionamiento clásico es un ejemplo de memoria implícita. El padre del conductismo, J.B. Watson, condicionó a un niño de pocos meses a temerle a un animal de peluche apareando su presentación con un ruido muy fuerte. Si este procedimiento se repite muchas veces, probablemente el niño presentará el reflejo de alarma cada vez que vea un juguete parecido.

Durante los primeros tres años de la vida ocurren eventos que no podemos recordar conscientemente, pero que forman parte de nuestra memoria implícita. Estos eventos no requieren procesamiento consciente durante su codificación o al recordarlos. Por ejemplo, numerosas investigaciones han demostrado que los bebés pueden «recordar» experiencias de modo conductual, perceptual y emocional (Siegel, 1999, e incluso integrar modalidades perceptuales (Rispoli, 1993).

La teoría del apego ha generado abundante investigación respecto a la relación entre los bebés y las personas que los cuidan y sus consecuencias ulteriores (Bowlby, 1969/1988, Cassidy y Shaver, 1999). Bowlby propuso el concepto «Modelos internos de trabajo»⁴ para explicar la presencia de patrones consistentes de conducta de los pequeños hacia las personas que los cuidan.

Según Bowlby, las experiencias tempranas de cuidado sensible o insensible de un bebé originan tanto representaciones de la persona que lo cuida como de él mismo. En este modelo, en principio, hay expectativas de los atributos de las personas que lo cuidan y «creencias» acerca de sí mismo. Estas expectativas generan respuestas motoras, emocionales y fisiológicas típicas. Por ejemplo, si la persona que cuida al bebé es accesible y responde a las necesidades del bebé, éste crea un «Modelo interno de trabajo» en el que los demás son confiables y él es merecedor de estas atenciones y cuidados. En estas «creencias» y respuestas típicas de un pequeño de un año está el germen de la identidad. Posteriormente hay recuerdos de eventos específicos que más tarde se entrelazan para formar una narrativa personal continua y a una comprensión de sí mismo.

4. Los «modelos internos de trabajo» son un constructo hipotético relacionado con las internalizaciones e introyecciones. Todos estos conceptos forman parte de la «Teoría de las relaciones objetales», parte de la Teoría psicoanalítica que estudia las representaciones de los otros significativos y de qué manera nos relacionamos con ellas.

mo. Los modelos internos de trabajo contienen también ideas acerca de cómo son las otras personas. Así entendemos sus características psicológicas, tales como pensamientos, motivos e intenciones. Gracias a estas ideas, a las que a veces se conoce como «teoría de la mente», tratamos de encontrar un sentido a la conducta de los demás y la naturaleza de nuestras relaciones con ellos (Thompson, 1999: 267).

En el lenguaje psicoanalítico tradicional, se diría, algunos de los componentes de los Modelos internos de trabajo (y, en general, tanto de la memoria y los procesos mentales como de los contenidos de la mente) son conscientes y otros inconscientes. En este ensayo, de acuerdo a Gendlin (1964), preferiría hablar de que tanto la experiencia presente como las representaciones, o contenidos de la mente, tienen componentes explícitos e implícitos.

Según Gendlin, cuando un evento psicológico ocurre en interacción con símbolos verbales, es decir cuando podemos hablar de él, decimos que es explícito. Por otra parte, muy frecuentemente vivimos eventos sin simbolizarlos verbalmente. Nos damos cuenta de lo que sentimos internamente, pero no lo ponemos en palabras. Debido a que lo implícito se siente y es un dato de la atención, está en la consciencia. Cuando ése es el caso podemos denominar al significado «implícito» o «sentido implícitamente» pero no conocido explícitamente. Entonces, tanto lo «implícito» como lo «explícito» están en la consciencia.⁵ Gendlin (1964) subraya que no debemos hablar de lo implícito a como sí fuera inconsciente. Todo lo implícito está en la consciencia, aunque sea de modo difuso, siempre cambiante. Se trata de otro nivel, o de otra forma de consciencia.

Aun cuando un significado es explícito (cuando decimos exactamente lo que queremos decir) el significado sentido contiene mucho más significado implícito de lo que hicimos explícito. Cuando definimos las palabras que acabamos de decir o «elaboramos» lo que «queríamos decir» siempre nos damos cuenta de que lo explícito contiene implícitamente muchos significados de los que formulamos explícitamente.

Las «introyecciones» se pueden ver como un ejemplo más complejo de memoria implícita. Kernberg postuló este concepto para explicar esas formas de transferencia actuada en las cuales sus pacientes se comportaban hacia él de modos que parecían corresponder a experiencias tempranas con las personas que los cuidaron. Esto sucedía sin que sus pacientes se dieran cuenta de que estaban actuando como lo hicieron en el pasado, esto es, no existía la experiencia subjetiva de recordar el evento original que, en cambio, se actuaba. La modalidad de la relación del paciente con la persona que lo cuidó se hacía explícita (o consciente) cuando se podía hablar de ella. Pero en el comportamiento reactivo, automático, habitual de los pacientes, que podía parecer exagerado o fuera de lugar, ciertos eventos, o modalidades de la relación original estaban implícitos (o, en términos psicoanalíticos, eran inconscientes). De esta forma, la memoria puede definirse como la forma en la que los eventos pasados influyen en la experiencia presente (Siegel, 1999: 24).

Para los psicoterapeutas corporales (ver Ortiz, 1999 para una definición de psicoterapia corporal) el concepto de memoria implícita no es nuevo. Reich (1949/1976), sus discípulos y seguidores advirtieron, al trabajar con el cuerpo, que las personas revivían

5. En el original «explicit» and «implicit» meanings are both *in awareness*.

eventos muy tempranos, eventos que muchas veces eran imposibles de describir en palabras tanto por la intensidad de los afectos que se experimentaban como por que habían sucedido en etapas anteriores a la adquisición del lenguaje. Era como si estos recuerdos estuvieran implícitos en las posturas estereotipadas, en los patrones alterados de la respiración o en las tensiones crónicas de los músculos. Este tipo de memoria ha sido llamada memoria corporal o periférica (Rispoli, 1993). La memoria corporal es parte de la memoria implícita. Los eventos pasados que influyen en la experiencia presente implican tanto funciones «psicológicas» como «corporales». El recuperar un recuerdo en una sesión terapéutica es mucho más que sólo recordar explícitamente. No se trata sólo de «hacer consciente lo inconsciente» (o hacer explícito lo implícito), como lo aconsejó Freud. Para algunos psicoterapeutas corporales, por ejemplo Luciano Rispoli, o el propio Wilhelm Reich, ni siquiera es indispensable. Se trata de recuperar una experiencia y, con ello, de la posibilidad de que se reconstruya de modo más venturoso.

De regreso al concepto de identidad, «la sensación de continuidad y mismidad» está fundamentada tanto con la memoria explícita como en la implícita. En el primer caso, se trata de una forma de memoria explícita,⁶ que se conoce como memoria autobiográfica. Se trata de lo que cada uno dice de sí, de la historia que cuenta y que se cuenta de su propia vida. Es en esa historia en la que aparece una sensación de continuidad y mismidad. Y esa historia está determinada en buena medida por lo que los demás dicen de él (Mead).

En el caso de la memoria implícita la identidad tiene que ver con el conjunto de experiencias pasadas en tanto influyen o pueden influir en «la sensación de mismidad y continuidad». Las sensaciones que provienen de nuestro cuerpo, por ejemplo, nos suelen resultar familiares. Forman parte de aquello que somos, es decir, de nuestra identidad. Por lo general, no reparamos en muchas de ellas, es decir, están implícitas en nuestra experiencia cotidiana. Su importancia como componentes de la identidad se resalta cuando hay un cambio. Si sentimos dolor como consecuencia de una enfermedad la sensación se experimenta como ajena, es decir, no forma parte de nuestra identidad. La sensación que viene de la parte del cuerpo que duele difiere de la habitual. No nos sentimos como siempre. Está implícito que «recordamos» nuestro cuerpo se suele sentir diferente, y, con el dolor, se pierde una parte de esa continuidad, que en ese momento se hace explícita. Queremos regresar a la mismidad de siempre, deshaciéndonos de esa sensación que no debería formar parte de nosotros. Si, en cambio, el dolor es resultado de algún tipo de ejercicio nuevo para nosotros, percibimos un músculo cuya existencia ignorábamos y las sensaciones de esa parte del cuerpo se incorporan, al menos temporalmente, a nuestra identidad. Es posible que deseemos que las nuevas sensaciones formen parte de nosotros y tratemos de producirlas de nuevo. En los dos casos se hace evidente que dábamos por sentada una gran cantidad de sensaciones provenientes del cuerpo, que podíamos hacer explícitas como sensación de bienestar, o al menos de no dolor, sensaciones familiares implícitas en nuestra experiencia de identidad.

Las sensaciones de dolor son sólo un ejemplo de cómo la memoria implícita determina la sensación de continuidad, esencia de la identidad. Más adelante relacionaré el

6. La otra forma de memoria explícita es la memoria de los «hechos», o semántica. Mediante ella representamos hechos que han sucedido en nuestro entorno de modo verbal o gráfico. Ésa es la memoria a la que nos referimos cuando hablamos de recordar, como por ejemplo cuando recordamos una fecha.

concepto de identidad con otras funciones a las que tradicionalmente no se relaciona con el dominio de lo «psicológico» en general, ni con el concepto que nos ocupa en lo particular.

3. La identidad y la Psicología Somática

Debemos a Wilhelm Reich el concepto de la unidad funcional entre la mente y el cuerpo. Para él que lo que sucedía en el plano psíquico afectaba también al psíquico y viceversa. El cuerpo y la mente eran como dos caras de la misma moneda. A partir de Reich la relación entre las funciones «psicológicas» y las «corporales» ha sido estudiada por diferentes autores que han creado una gran diversidad de escuelas de psicoterapia que trabajan con el cuerpo. Christine Caldwell propuso el término «psicología somática» para referirse al conjunto de teorías derivadas de la práctica e investigación en Psicoterapia Corporal. Para Caldwell (1997: 1):

La Psicología Somática es el estudio de la interfase cuerpo/mente, la relación entre nuestra materia física y nuestra energía, la interacción de nuestras estructuras corporales con nuestros pensamientos y acciones.

Estudiar la identidad desde el punto de vista de la Psicología somática implica, entonces, saber de qué modo las funciones de las que tradicionalmente se ocupa la psicología, la digestión, la respiración, las actitudes o posturas habituales y el tono muscular de base,⁷ son fuentes de sensaciones corporales que no suelen ser conscientes, pero que están implícitas en nuestra sensación de mismidad. Cada una de estas funciones forma parte de la experiencia presente. No se trata de hechos «fisiológicos» o «corporales» sin relación con lo «mental». Así, por ejemplo, la respiración agitada de una persona ansiosa produce cambios bioquímicos que le generan más ansiedad. Teme enfermar gravemente, morir o enloquecer, es decir que, de diferentes maneras, teme dejar de ser él mismo. La respiración agitada le hace tener pensamientos catastróficos, y/o los pensamientos terribles hacen que su respiración se agite más. La relación entre todas sus funciones es evidente.

Es posible relacionar cada una de las partes del cuerpo y de las funciones corporales con diferentes funciones «psicológicas». En *El carácter y el erotismo anal* Freud (1908/1967) describió rasgos de carácter derivados de las particularidades de la forma en que los niños aprendían a controlar sus esfínteres. Durante la décadas de 1920 y 1930 Reich describió como determinadas actitudes corporales correspondían a los tipos de carácter descritos por el psicoanálisis. Posteriormente (1949/1976), descubrió cómo al relajar las tensiones crónicas de diferentes segmentos del cuerpo se «liberaban» determinadas emociones.⁸ Fritz Perls (1947), creador de la terapia Gestalt y, du-

7. Luciano Rispoli (1993) ha desarrollado una interesante teoría que aplica el funcionalismo a la Psicoterapia corporal en su *Psicología Funcionale del Sé*. En ella incluye tanto las funciones tradicionalmente consideradas «psicológicas» como las «corporales».

8. Los trabajos correspondientes a los tipos de carácter formaron parte de las primeras dos ediciones (1933 y 1942) de *Análisis del carácter*. En 1949, en la tercera edición, Reich añadió nuevos capítulos, entre los que se encuentra *El lenguaje expresivo de lo vivo*, en donde describe los segmentos de la coraza del carácter y las correspondientes emociones que pueden contener.

rante un tiempo, paciente de Reich, encontró equivalencias entre diferentes formas de comer y de asimilar el alimento «mental». Más recientemente, muchos discípulos y seguidores de Reich han hecho una suerte de listados de equivalencias entre determinadas características «físicas» con características «mentales» que ya se ha hecho en el pasado (ver por ejemplo Kurtz y Prester, 1976, Dychtwald, 1977/1983, Navarro, 1984). Aunque estos autores no suelen hacer referencia específica a la identidad, es evidente que las partes y funciones del cuerpo se integran en cada persona de modo que proporcionan una corriente continua de estimulación al sistema nervioso que se reconoce como propia, es decir, como constituyente de la identidad. Por eso, la psicología somática suele afirmar que no *tenemos* un cuerpo sino *somos* un cuerpo.

La psicoterapia corporal tuvo un primer momento de auge en la década de 1960. Como parte del movimiento de contracultura de la época, la psicología somática de ese tiempo darle mucho mayor importancia al cuerpo y a las emociones que a las funciones cognitivas. Se solía hablar de un *cuerpo verdad*, afirmando que un podía mentir con sus palabras, pero nunca con el cuerpo. Algo del espíritu de esos tiempos siguió presente años después, como se puede ver en la afirmación de Stanley Keleman (1985: 28).

Es la vitalidad de el patrón de pulsación, el poder y la intensidad de la pulsación de los órganos la que da energía e identidad personal. La verdadera identidad no surge sensorialmente, de patrones de movimiento muscular, o de la aprobación de los otros, sino de la cualidad de la sensación de las ondas de pulsación de los músculos lisos de los órganos. El sentimiento y la sensación que surgen de adentro nos dicen «éste es el que soy».

Keleman, como muchos psicoterapeutas corporales de la época, afirmó que lo verdadero era lo más profundo, lo más «natural» o biológico. Por eso él encuentra la base de la identidad en la pulsación de los órganos que, embriológicamente, se derivan del ectodermo, la más profunda y primitiva de las capas. Eso le lleva a afirmar que:

Los eventos líquidos del interior del cuerpo se sienten directamente y se reconocen como plenitud o vacío, hambre o saciedad, fuerza o debilidad, poder o impotencia [Keleman, 1980: 5].

No es éste el lugar para discutir si lo profundo y natural es más verdadero que lo superficial y cultural. La psicología somática, en tanto fue parte de la contracultura reaccionó al énfasis desmesurado por lo cognitivo subrayando exageradamente lo corporal y lo emotivo. En la actualidad hay un segundo auge de la Psicoterapia corporal (Goodrich Dunn y Greene, 2002) y los intentos de avanzar en la construcción de una Psicología somática tienden a ser más inclusivos. No se trata del cuerpo o la mente sino de estudio de la experiencia presente, que incluye todas las funciones de la persona.

Para el propósito de este trabajo, basta concluir que una buena parte de la sensación de mismidad y continuidad, esencia de la identidad, existe antes, e independientemente de que hablemos, o nos hablen, de ella. La identidad, en tanto materia implícita, corporal, está contenida en cada uno de los actos habituales. Aunque no se ponga en palabras, determina la forma en que la persona percibe, recuerda, piensa, se relaciona, se mueve. La identidad implícita determina la forma en la que organizamos nuestra experiencia presente (Kurtz, 1990). Está implícita en cada uno de nuestros actos, en la forma en que vivimos nuestra vida cotidiana.

Bibliografía

- BOWLBY, J. (1969/1988), *El apego*, trad. Mercedes Valcarce, Paidós.
- BREThERON, Munholland (1999), «Internal Working Models in Attachment Relationships. A Construct Revisited», en J. Cassidy y P. Shaver (1999) *Handbook of Attachment*. The Guilford Press, Nueva York.
- BRITO, R. (2001), «Identidades juveniles y praxis divergente, acerca de la conceptualización de la juventud», en Nateras, A. (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- CALDWELL, Christine ed. (1997), *Getting in Touch. The guide to the New Body –Centered Psychotherapies*. Quest Books, Wheaton, Illinois.
- CASSIDY, Jude y P. SHAVER (1999), *Handbook of Attachment*, The Guilford Press, New York.
- DAMASIO, A. (1999/2002), *How the Brain creates the Mind. The Hidden Mind*. Scientific American, Special Edition.
- ERIKSON, E. (1963/1993), *Infancia y sociedad*, trad. N. Rosenblatt. Lumen Hormé, Buenos Aires
- FREUD, S (1908/1967), *El carácter y el erotismo anal*, trad. L. López de Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid.
- (1923/1967), *El yo y el ello*. Trad. L. López de Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid.
- (1930/1968), *El malestar en la cultura*, trad. R. Rey Biblioteca Nueva, Madrid.
- GENDLIN, E. (1964), *A Theory of Change*, en www.focusing.org. Apareció originalmente en Philip Worchel y Donn Byrne (eds.), *Personality Change*, Nueva York: John Wiley & Sons.
- (1978/1981), *Focusing*, Bantam Books, Nueva York.
- (1996/1999), *El focusing en psicoterapia*, Paidós, Barcelona.
- KELEMAN, S. (1980), «Introduction», en A.L. Barlin y R. Greenberg *Move and be Moved*, Learning Through Movement, Los Angeles.
- KELEMAN, S. (1984), *Emotional Anatomy*, Center Press, Berkeley, California.
- KERNBERG, O. (1979/2001), *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*, trad. S. Abreu Paidós, México.
- (1984/1987), «Self», *afecto, yo y pulsiones en trastornos graves de la personalidad*. Trad. J. Suárez, Manual Moderno, México.
- KURTZ, R. (1990), *Body Centered Psychotherapy. The Hakomi Method*. LifeRythm, Mendocino, Ca.
- LEDoux, J. (1994/2002), *The Neurobiology of Fear. The Hidden Mind*. Scientific American, Special Edition.
- ORTIZ, F. (1999), *La relación cuerpo-mente. Pasado presente y futuro de la psicoterapia corporal*, Pax, México.
- PERLS, F. (1947/1975), *Ego Hambre y agresión*, Fondo de Cultura Económica, México.
- REICH, W. (1949/1976), *Character Analysis*, 3.ª ed., trad. del alemán, V. Carfagno.
- RISPOLI, L. (1993), *Psicología Funzionale del Sé*, Astrolabio, Roma.
- SIEGEL, D. (1999), *The Developing Mind. Toward a Neurobiology of Interpersonal Experience*, The Guilford Press, Nueva York.
- THOMPSON (1999), *Early Attachment and Later Development*, en J. Cassidy y P. Shaver (1999), *Handbook of Attachment*. The Guilford Press, Nueva York.
- TOYNBEE, A (1988), *A Study of History*. Portland House, Nueva York.

8. Crítica de las identidades desde la Psicología social

Carlos C. Contreras-Ibáñez, Alicia Saldívar Garduño

Introducción

Inmersos de lleno en la vorágine de acontecimientos que ha traído consigo este siglo XXI, el tema de las identidades, en plural, es un antiguo tópico que adquiere de nueva cuenta una importancia fundamental, dado el concierto de lo que se ha dado en llamar diversidad de todo tipo: cultural, social, etaria, étnica, sexual, para tratar de explicar las acciones de las personas de acuerdo con sus especificidades distintas. Así las ciencias sociales en su conjunto se han visto en la necesidad de revisar las propuestas surgidas en el seno de sus disciplinas, y de manera muy particular, las relacionadas con el quehacer humano como la antropología (la que por definición está especializada en el estudio del hombre), la sociología (aquella que estudia los fenómenos socioculturales, la relación entre los individuos y entre éstos y su entorno) y la psicología social (la ciencia del comportamiento social, en la extensión más amplia del término).

Antropología, sociología y psicología social son tres saberes que se encuentran fuertemente vinculados por el objeto de su estudio, sea éste el ser humano en sí mismo o sus motivaciones, acciones y productos. En los últimos tres siglos (del XVIII a nuestros días) estas disciplinas han tenido puntos de coincidencia pero también serios desencuentros cuando se trata de reflexionar en torno a la identidad y al rol protagónico de los actores, ya que por la naturaleza de sus áreas de expertise, las posturas al respecto pueden en ocasiones rayar en el esencialismo o en el relativismo más extremo, y en otras, caer en una peligrosa generalización.

La psicología social ha abrevado en y se ha nutrido de ese debate, al que también ha hecho aportaciones valiosas. Ofrecemos aquí un breve esbozo de algunos de los momentos más importantes en que se han producido los encuentros y desencuentros relativos al surgimiento sistemático de los actores en el escenario de esta discusión, con la intención de que al final podamos destacar las principales vertientes surgidas de este permanente intercambio, que apoyan el trabajo de las ciencias sociales en general y de la psicología social (y la antropología y la sociología) en particular tanto en su reflexión teórica, como en la implementación de estrategias empíricas de intervención dirigidas a personas o grupos específicos, con identidades y necesidades particulares.

Desarrollo del tema

Bajo la mirada de las ciencias sociales el tema de las identidades ha recobrado importancia de una manera profusa pero no exenta de problemas. Casi podría decirse que gracias a esto hay una nueva luz en la mirada, después de una larga noche de sombras sin rostro, como un efecto del regreso del actor desde el trasfondo de los procesos sociales para posicionarse como un protagonista principal en esta historia.

En ese sentido, tanto la sociología como la antropología se han vuelto a acercar a la psicología social, cuyos temas de interés han estado históricamente ligados al sujeto social, las condiciones de su mundo de vida, las posibilidades y contradicciones dentro de él, en el marco de la compleja relación entre el individuo y la sociedad. Esto no quiere decir que podamos asumir una diferenciación tajante entre los objetos de análisis de estas tres disciplinas sociales, sino que la dinámica de la psicología social había sido percibida durante algún tiempo como más cercana a la psicología y la práctica clínica, y con ello alejada y hasta ajena al núcleo central de las ciencias sociales, por considerarse como una verdad de sentido común que tal disciplina se ocupa de estudiar al sujeto de manera aislada, fuera de su contexto social.

Sin embargo, aunque desde los años treinta del siglo que recién acaba de terminar el problema de la constitución social del sujeto fue introducido en sociología por George Simmel, George Herbert Mead y Charles Horton Cooley, y ocasionalmente retomado por algunas escuelas sociológicas, en lo general, permaneció como una temática accesoria a las grandes narrativas *main-stream*.

En éstas, el interés de la sociología y la antropología estuvo centrado en las estructuras socioeconómicas y los dispositivos culturales que prometían hacer evidente el entramado social en el que acontece la acción de los individuos. Sin embargo, en años recientes ha reemergido el punto de vista de los actores, como una manera de completar la explicación social, de hacer más clara la comprensión de aquellos procesos y de regresar a modelos no vacíos de agencia humana.

Parte de esta reemergencia proviene de la crítica y las insuficiencias de la visión holística que arranca de la filosofía social del siglo XIX. Emile Durkheim demarca la sociología como el estudio de hechos sociales *qua* sociales, distinguiendo claramente su objeto y aproximación de aquella propia de la psicología que conoció en el laboratorio de Wilhelm Wundt en la novena década de ese siglo. Si la psicología estaba centrada en la estructura de la conciencia individual, la sociología debía hacer lo propio con la conciencia colectiva, con lo cual inicia un programa de investigación que otorga cualidades ontológicas a los grupos y colectividades con independencia de los miembros que la componen.

Esta situación hizo crisis en la década de los setenta del siglo XX, pues las grandes teorías estructuralistas y modernistas se mostraron incapaces de explicar la divergencia de acciones y significados de la actividad de los individuos y los grupos. Además, el holismo social mostraba serios problemas para delimitar las fronteras de sus conceptos teóricos, cayendo en peticiones de principio o en una teleología sin posibilidades de sustento empírico. Así, aún la posición sociológica centrada en el conflicto parecía enfrentarse a dificultades para incorporar las divergencias entre lo esperado de acuerdo con la posición del actor en la distribución social del poder, y lo observado en la acción y la ideología.

En tales teorías sociales clásicas, en última instancia, el modelo de ser humano tendía a ser pasivo y éste era visto como un mero receptor o vehículo de los mandatos

colectivos; en el lado contrario, los intentos por subsanar esa deficiencia teórica muchas veces desembocaron en un voluntarismo a ultranza o bien en la construcción de individuos desconectados de las condiciones sociales de producción de socialidad.

También en esa misma década, se retomó con fuerza creciente la idea de que había que otorgar la palabra a la subjetividad, la cual iba acompañada de la noción de que los grandes referentes estaban en retirada y que las premisas de la ilustración y la modernidad no funcionaban más. Estas características centrales del posmodernismo fueron implementadas en la forma de la crítica cultural y la deconstrucción de toda narración con pretensiones de generalidad, prefiriéndose enfocar las baterías a lo marginal, a lo íntimo, lo situado localmente.

La antropología, por su parte, con los diversos intentos hechos para teorizar lo social, ha visitado de manera reiterada los edificios teóricos de la sociología, explorando sus entradas y salidas (finalmente el antropólogo está más familiarizado con la etnografía), atisbando a través de sus ventanas (muchos antropólogos están interesados en filosofía social), y han revisado los excusados, basureros y desvanes de estas construcciones no siempre pulcras, políticamente hablando. Con tal vagabundeo, la antropología ha tenido problemas para ubicar el sitio donde empezar a construir su propia estructura con independencia de la sociología así que, aunque esquemáticamente, podemos decir que sus ideas originales (el parentesco, el uso y construcción simbólica de los recursos y espacios y su intercambio, la significación de las prácticas), resultan muchas veces datos de apoyo para una teoría social no siempre cuestionada, especialmente en lo que concierne al problema de cuánta voluntad y creatividad hay en la agencia humana al implementar los mandatos culturales.

En general, las tres aproximaciones señaladas (estructural, moderna y posmoderna) tienen, aún en la actualidad, problemas para dar cuenta de la relación entre la estructura (normas sociales, instituciones, recursos, tradición, clases), y la agencia (acción y significados, metas y expectativas, estrategias y tácticas, motivación y evaluaciones) (Lash y Friedman, 1992).

Coincidimos con Rorty (1976) cuando señala que el hecho de que exista un número importante de preguntas no siempre claramente definidas unas de las otras, han contribuido a magnificar las controversias acerca de la identidad personal. La naturaleza de tales cuestionamientos es diversa, por ejemplo, cuando la reflexión se concentra sobre los análisis de diferenciación basados en la clase, o cuando se interesan fundamentalmente en la diferenciación individual, en la identificación y reidentificación individual, por mencionar algunas, lo que genera debates relativamente distintos de acuerdo con la situación particular.

La idea de reincorporar al actor a los procesos sociales a través de la reflexión en torno a la identidad busca complementar y corregir a las teorías que parten de la idea de un sujeto social subsidiario, pasivo y desapasionado. Aunque solían oponerse agencia y estructura, algunas ideas recientes en metateorización social buscan desarrollar los marcos donde puedan resultar complementarias, así como diseñar los límites de esta complementariedad y trazar las guías metodológicas para el estudio de este territorio, que no es nuevo, sino novedoso.

Una de las ideas que al respecto tuvo cierto cartel recientemente proviene de Anthony Giddens (1991), quien reconoce el rol estratégico del estudio de las identidades para reconfigurar a las ciencias sociales como esquemas y como prácticas. Dejando de lado la autodemolición de la propuesta por la cercanía del autor con la «pragmática de

la derrota cultural» de Tony Blair, desde hace tiempo había recibido una crítica interna al advertirse lo sesgado de concebir la agencia sólo de manera reflexiva, no motivacional o productiva (Cohen, 1994).

Otra posibilidad, explorada por Jürgen Habermas (1987), fue privilegiar la acción comunicativa como vehículo de la agencia, pues aun cuando las personas persiguen metas individuales, éstas tienen la capacidad de hacer coincidir (armonizar) sus planes de acción sobre la base de las definiciones comunes de las situaciones socialmente establecidas; así, lo que busca la acción comunicativa es la comprensión comunicativa, más allá de la búsqueda de una meta, que sería el fin de la acción racional intencional (Habermas, 1984 citado en Ritzer, 1993). En nuestro medio tuvo cierta relevancia el intentar fundamentar la acción en esta propuesta inter-locucionaria. Sin embargo, no ha estado exenta de crítica la ilusión trascendentalista de abolengo kantiano que deja descubierto un hueco para la justificación de la jerarquización social y en última instancia parece ahistórica, dejando aparte la disminución del ciclo de autoproducción de lo humano.

En fin, el estudio y problematización de la identidad es la «nueva» promesa, como vía de entrada a la relación entre lo global y lo particular en la sociedad. La noción de identidad ha sido bisectada con diversos recortes: genérica y sexuada, étnica, nacional, etaria (adolescente, juvenil, anciana), de clase social, etc., lo que ha dado lugar a que se le acostumbre nominar en plural como identidades.

Epstein (1978) ve a la identidad como «El proceso por el cual la persona busca integrar sus roles y estatus variados, así como sus experiencias diversas en una imagen coherente del *self*». Contiene valores, emociones, representaciones, actitudes, sentido-de-las-acciones-en-un-rol (por ejemplo, compromiso) y, en general, aquello que en algún momento fue caracterizado como inter-subjetividad. En todo caso se le ha referido como una parte del autoconcepto personal, no necesariamente individual, que se construye en la diferencia y la especificidad, pero al mismo tiempo resulta deudora de las condiciones de la interacción y con ello de la posición dentro de una red social y un determinado acceso a recursos.

Así, tenemos que la identidad cuenta con una parte individual y otra de carácter social, que coexisten y se van constituyendo en el permanente contraste con un campo en principio infinito de identidades posibles, pero que al responder a situaciones concretas, mediante el proceso inductivo de la categorización, se limita lo suficiente para definir una identidad específica (Morales, Moya, Reboloso, Fernández Dols, Huici, Marques, Páez y Pérez, 1994). Dicho de otro modo, las identidades resultantes deberán estar vinculadas a redes de relaciones sociales con las cuales las personas se sientan altamente comprometidas; así esos niveles altos de compromiso hacia los roles sociales favorecerán el surgimiento de identidades asociadas a esos roles (Stryker, 1997).

Cabe entonces la pregunta sobre la historia de las identidades. Si asumimos con Tajfel que no hay identidad sin diferencia, probablemente tendríamos que recurrir a la psicología del desarrollo para entender la identidad individual. Sin embargo, este mismo autor nos da pauta para especificar la diferencia respecto a un qué, lo cual suele entenderse como categoría social (Tajfel, 1981, 1982). Por ejemplo, probablemente no tengamos una construcción de identidad como «delvallenses» (habitantes de la colonia Del Valle) en cuanto no poseamos una categoría de contraste, que generalmente proviene del conflicto político.

Así, la identidad es, desde el inicio, una construcción sociopolítica que se nutre de las situaciones donde transcurre la vida cotidiana de los grupos. Si se fuerza la idea, tendremos una geografía de las identidades como círculos concéntricos en torno al *self*, desde la identidad respecto de, por ejemplo la familia, adscrita muy cercanamente al rol cotidiano, hasta una identidad como ser humano, que puede ser mucho más ambigua debido a la falta de categoría de contraste. Como puede inferirse, resulta que tenemos varias identidades, cada una con variaciones en la personalidad, las expectativas, recursos y jerarquías de valores, por mencionar sólo algunos atributos.

En ese sentido, la reflexión filosófica dominante en el siglo XX solía reflexionar de una manera unidimensional al «hombre en el mundo». Es saludable reconocer la necesidad de una filosofía en la que no seamos nosotros *versus* los otros, sino que podamos asumir la intercambiabilidad de la situación ética y, por tanto, la pertinencia de reglas fundamentales de respeto, así que no sea sino por la regla kantiana («actúa como si lo que haces debiera hacerlo toda persona en tu situación»).

Por supuesto, tener una identidad en un momento preciso tiene consecuencias para el futuro de las personas. Algunos estudios se han centrado en los efectos sobre la salud, por citar un ejemplo, de ser (cierta clase de) varón: fuerte, aguerrido, atrevido, violento y arriesgado. En nuestro medio, en el año 2000 la primera causa de mortalidad entre los adolescentes (y una de las 10 principales causas de muerte en la población en general) resulta de comportamientos asociados a la identidad «hombre», específicamente violencia traducida en accidentes, suicidios y homicidios, muchas de las ocasiones ligados a la ingesta desmedida de alcohol. Ésa es tal vez una de las razones por las que la esperanza de vida al nacer de los varones es menor a la de las mujeres: 74 *versus* 78 años (Secretaría de Salud, 2002).

En un estudio exploratorio que realizamos hace dos años en una comunidad marginal de la Ciudad de México, encontramos una tensión muy importante entre el ideal familiar (expectativas laborales y escolares) y el ideal de los pares, básicamente los amigos de la colonia (expectativas de número de parejas sexuales, gustos y preferencias, alternativas para la convivencia y la diversión), escenario en el cual se realizaba la batalla entre la identidad personal inculcada durante la socialización y la identidad del grupo de referencia.

Cuál fuera el desenlace dependía de la definición de la identidad asumida personalmente y su frontera con la identidad grupal. Resultar padre adolescente o infectado de ITS no siempre fue percibido como algo sorpresivo o extraño, pues era visto como lo normal en la comunidad, y era una de las posibilidades de lo que se esperaba de ellos en ese contexto; otra consecuencia de estas situaciones era dejar de pertenecer a «la banda» por tener que comenzar a trabajar para otorgar el sustento a una nueva familia, la propia, lo que también era una forma de salir de un grupo al que ya no se deseaba pertenecer. Esto significa que estos jóvenes tenían que comenzar a confrontar su identidad construida en el seno del grupo de referencia con el de adultos jóvenes y mayores que en algún momento tuvieron una historia similar y que dejaron sus propias bandas para conseguir un terreno donde establecer su hogar y llevar a sus nuevas familias a vivir, así como darse a la tarea de buscar un empleo y comenzar una vida laboral alejada de las diversiones asociadas con el alcohol y las drogas.

Resultados semejantes han sido encontrados en otros ámbitos, entre los que podemos citar estudios sobre: la violencia entre jóvenes negros urbanos norteamericanos, el logro académico en migrantes mexicanos, el uso de métodos anticonceptivos entre

adolescentes de escuelas confesionales, las revueltas estudiantiles universitarias, el acceso al mercado laboral entre egresados de la UAM, etc.

Todo esto tiene en común dos cosas. Primero, la aproximación vía la identidad coordina, no siempre de manera sistemática y clara, los resultados y acercamientos de diversas áreas de las ciencias sociales. Para su estudio pueden privilegiarse, las preferencias cualitativas, pero no excluirse las experimentales, observacionales, por encuesta, comparativas o históricas. Esto implica que debemos aceptar abordar los problemas desde diversas posturas teóricas y epistemológicas, y diferentes finalidades de cara a la intervención social.

Segundo, tanto por este último punto como por la manera en que se construyen, las identidades tienen una dimensión política inherente, donde las grandes transformaciones sociales pasan por redefinir las identidades (legalizar-deslegalizar), pero en la sociedad contemporánea la autoridad para hacer tal cosa está en cuestión. El individuo se enfrenta solo a los fantasmas de la modernidad (soledad, anomia, vejez, adicciones) que a su vez favorecen la formación de neo-comunidades (religiosas, políticas, etarias).

Por ejemplo, cuando se cuestiona la idea de raza, se critica el trasfondo ideológico como manera de diferenciar a un «nosotros» de «ellos» y así favorecer una mirada sociocentrista, posición que ha sido cuestionada por los movimientos minoritarios (principalmente los sostenidos por los negros y los indígenas) y que en el fondo es una crítica a la manera de clasificación de personas socialmente dominante. El cambio identitario generalmente conlleva un cambio en las posiciones relativas de quienes las in-corporan, como nos han enseñado los grupos con preferencias y prácticas sexuales diversas respecto del uso del cuerpo adecuado a la norma (ejercicio de la sexualidad ligado principalmente a la reproducción y alejado de la búsqueda de placer), entre quienes destaca la postura de las feministas sobre el aborto y la libre decisión de las mujeres para tener o no hijos y el papel de las mujeres en la sociedad, la cual contraviene los dictados tradicionalmente aplicados a las personas de ese sexo en nuestra sociedad.

Así, aunque algunos autores afirman que estamos asistiendo a la disolución de la identidad (relativamente estable y diferenciada) y comenzando un periodo de identidades difusas, el problema del acceso diferencial de los recursos se traslada al problema de la construcción colectiva de éstos y su consecuente grado de burocratización. Como la identidad ensambla experiencias de resistencia e incorporación, vincula la economía política y el significado cultural vinculando lo global y lo local (Campbell y Rew, 2002).

Por ejemplo, Castells (1996) piensa la creación de la realidad virtual como una nueva cultura que emerge de la fragmentación de la sociedad moderna (Estado, naciones) que reestructura el espacio y el tiempo. Ello conlleva la emergencia de identidades locales muy localizadas temporalmente, por ejemplo las comunidades de protesta vía e-mail, o los grupos de «chateo» incluso internacionales. Este último caso es interesante pues no es extraño que resulten en citas y en algunos casos en la formación de parejas de personas que de otra forma jamás se hubiesen conocido.

Sin embargo, en ese último caso cabe la pregunta de los límites que impone el contraste entre vivir un romance virtual y uno «en vivo» entre dos cuerpos situados. Si bien podemos jurar amor a tres personas en igual número de ventanas a través de una computadora y la utilización de una conexión a internet, en el otro extremo sólo tengo

boca para besar a una persona a la vez. Además, si mi ordenador tiene realmente pocos requerimientos, básicamente electricidad, para darme lo que necesito, ¿cuántas formas diferentes de energía implica una relación de pareja, por más libre que sea?

Este terreno, el de la comunicación virtual y la manera como un vehículo como el internet afecta nuestra visión del mundo y modifica —y al mismo tiempo tal vez amplía— nuestras posibilidades para poner en contraste nuestras identidades con las de otras u otros a quienes suponemos similares a nosotros, en un escenario que nos permite ser tan abiertos y honestos como deseemos pero al mismo tiempo tan distintos de cómo realmente somos, es un ámbito del que aún hemos dicho muy poco las y los antropólogos, sociólogos y psicólogos sociales. Lo que es más, pareciera que aún no salimos del pasmo que nos provoca la infinidad de oportunidades que ofrece el denominado ciberespacio, y nos encontramos en tal condición de inseguridad que no hemos llegado a armar aún estrategias sistemáticas para el estudio de los eventos que en el mismo se suceden, así como de sus efectos en la realidad que vivimos todos los días fuera del monitor de una computadora, y en nuestra identidad personal y colectiva.

Esta caricatura sobre las relaciones *virtuales* sirve solamente para ejemplificar un área que nos plantea dificultades para su estudio, donde asistimos de nuevo al problema de la reconstitución de las identidades a partir de las condiciones realmente sostenibles, algo que parecen olvidar los apologistas de las identidades borrosas y escasamente delimitadas que es, de nuevo, el problema de los recursos y nuestra posición diferencial respecto a ellos. Porque aunque el ejemplo que acabamos de utilizar nos resulte a la mayoría de nosotros (estudiantes, profesores universitarios, personas con acceso a una computadora y conexión vía módem a un servidor de Internet), no debemos olvidar que, como pregona un spot radiofónico y televisivo, hay miles de personas que no saben que nacieron o que viven en la era del Internet.

En esa lógica, es evidente que existe una gran diferencia entre ser una mujer o un hombre indígena, cuyas condiciones de miseria le orillaron a enrolarse y seguir el proyecto de un grupo armado como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, o ser un joven universitario con condiciones de vida que en mucho distan de las de aquéllos y que porta una playera con las siglas EZLN en las marchas realizadas en la ciudad de México, gritando a voz en cuello la consigna «todos somos indios». No es nuestra intención debatir aquí sobre la validez y las razones de la lucha del EZLN y las personas que forman parte de él, y tampoco dudamos de la solidaridad que se puede mostrar con su causa, pero queremos invitar a que veamos las cosas en su justa dimensión.

Por supuesto, no estamos ofreciendo una solución a tal problema de la falta de claridad sobre los límites de nuestra(s) identidad(es), pues la construcción de la identidad en nuestro tiempo no puede entonces tomar algún diseño, y es más bien un proceso de ensayo y error sucesivos, y como carece de criterios-meta contra los que medir el progreso, es una actividad incesante de auto-construcción.

Conclusiones

Como hemos podido apreciar, la recuperación de los actores como protagonistas del debate en torno a la identidad individual y social permite vislumbrar un panorama determinado para el planteamiento y resolución de problemas específicos, el cual no se

halla exento de implicar situaciones en las cuales una cierta mirada pueda entorpecer nuestro entendimiento de los mismos. Esto nos ha llevado a tratar de perfilar la orografía del terreno en el que se ha desarrollado en los últimos tres siglos un intercambio interesante e intenso entre los saberes psicológico social, antropológico y sociológico.

Esto nos plantea ante el reto de buscar una respuesta específica a una pregunta particular, la de las identidades determinadas en tiempo y espacio por las condiciones sociales e históricas en que se da su surgimiento. Así, el cruce de características o condiciones tales como sexo, edad, origen social y étnico, así como otras derivadas de la preferencia sexual o si se vive en un ámbito rural o urbano, o bien aquellas vinculadas con el nivel de instrucción escolar alcanzado, configuran identidades propias de cada una de estas combinaciones, a lo que habría que agregar las características propias de cada individuo como caracteres heredados, condición de discapacidad, etc.

En este estado las cosas, estamos entonces frente a un territorio no por familiar conocido, ni transitable de manera sosegada, por cuanto nuestros mapas (las teorías al uso) han mostrado deficiencias básicas, nuestras aproximaciones metodológicas (los vehículos en que nos movemos) confían más en nosotros de lo que podemos confiar en ellas, y el destino del viaje, aunque promisorio, no sabemos en realidad para dónde está. Si algo nos enseña la psicología social es que el viaje puede durar mucho, que por sí mismo puede resultar interesante, pero que al contrario del Odiseo, no siempre nuestros hijos facilitarán el retorno.

En otro caso, masacres como la ocurrida en Bosnia durante la década pasada, la última del siglo, la venta de los hijos por madres adictas, y otra serie de atrocidades minan la creencia en la utilidad de la antropología posmoderna, de descripciones arbitrarias, no-rationales, declarativas y, sobre todo, relativistas a ultranza. Parece entonces que tan poco útil es intentar meter a todas y todos en el mismo saco y negar nuestras particularidades, como ir al otro extremo y ser tan excesivamente específicos, que vayamos al extremo de la falta de características e intereses en común, y al individualismo en su expresión más radical.

La sociología, por otra parte, parece no tener aún una posición clara respecto de la manera cómo hemos de buscar abordar de ahora en adelante los nuevos retos que nos plantea la realidad respecto de la multiplicidad de nuevas formas de expresión de la identidad individual y colectiva, como pueden ser los grupos de mujeres y hombres gays, transexuales, transgénero, queer, o bien otros definidos por sus prácticas, como pueden ser los de jóvenes que se tatúan la mayor cantidad de superficie del cuerpo, o los grupos de parejas que realizan intercambios sexuales (*swingers*), por mencionar sólo algunos.

Nuestra apuesta en este documento es a delinear una manera de entender la identidad que sea multinivel (Doise, 1980, 1997) y problematizar el problema de la agencia para dar cabida a la historia del sujeto tanto como a sus condiciones de acción-ejecución. Creemos que esto representa una nueva oportunidad para hacer emerger las coincidencias entre las disciplinas sociales, en particular la psicología social, la antropología y la sociología, y buscar obtener el mayor provecho posible de las teorías y metodologías propias de cada una de éstas, lo que debería redundar en una aplicación más efectiva de nuestros saberes en la resolución de problemas específicos.

Bibliografía

- BAILEY, Frederick George (1983), *The tactical uses of passion: An essay on power, reason and reality*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- CAMPBELL, John R. y Alan REW (2002), *Identity and affect. Experiences of identity in a globalising world*, Social Forces.
- CASTELLS, Manuel (1996), *The rise of network society, vol. 1, The information age: Economy, society and Culture*, Oxford: Blackwell.
- COHEN, Anthony P. (1994), *Self-consciousness: An alternative anthropology of identity*, Londres: Routledge.
- DOISE, Wilhelm (1980), «Levels of explanation in the European Journal of Social Psychology», *European Journal of Social Psychology*, 10, 213-231.
- (1997), «Organizing social-psychological explanations», en C. McGarty y S.A. Haslam (eds.), *The message of social psychology*, cap. 5, pp. 63-76, Cambridge: Blackwell Publishers.
- EPSTEIN, Arnold Leonard (1978), *Ethos and identity*, Londres: Tavistock.
- GIDDENS, Anthony (1991), *Modernity and self-identity*, Cambridge: Polity.
- HABERMAS, Jürgen (1987), *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid: Taurus.
- LASH, Scott y Jonathan FRIEDMAN (eds.) (1992), *Modernity and identity*, Oxford: Blackwell.
- MAFFESOLI, Michel (1992), *The time of the tribes: The decline of individualism in mass society*, Londres: Sage.
- MORALES, José Francisco, Miguel MOYA, Enrique REBOLLOSO, José Miguel FERNÁNDEZ DOLS, Carmen HUICI, José MARQUES, Darío PÁEZ y José Antonio PÉREZ (1994), *Psicología social*, Madrid: McGraw-Hill.
- RITZER, George (1993), *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid: McGraw-Hill.
- RORTY, Amélie Oksenberg (ed.) (1976), *The identities of persons*, Berkeley, Los Angeles: University of California Press.
- SECRETARÍA DE SALUD (SSA) (2002a), *Salud: México 2001*, México: SSA.
- STRYKER, Sheldon (1997), «In the beginning there is society: Lessons from a sociological social psychology», en C. McGarty y S.A. Haslam (eds.), *The message of social psychology*, cap. 20, Cambridge: Blackwell Publishers, pp. 315-327.
- TAJFEL, Henry (1981), *Human groups and social categories*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1982), «Social psychology of intergroup relations», *Annual Review of Psychology*, 33, 1-39.

9. Valores sociales y movimientos sociales emergentes

Angélica Bautista López

Introducción

En el presente trabajo se plantea que el papel de los valores sociales es fundamental, en el surgimiento y mantenimiento de los movimientos sociales emergentes. Es necesario aclarar que esto también es así, en cualquier tipo de movimiento social. En este trabajo se entiende, como valores sociales aquellas temáticas centrales, para la vida social de los colectivos que, cuando son cuestionados, llevan a los seres sociales a expresarse en su defensa.

El surgimiento de un movimiento social, tal como se concibe en la actualidad (Tarrow, 1997), como «nuevo movimiento social», supone, entre muchos otros factores, un elemento fundamental en el aspecto subjetivo del colectivo. Supone la presencia de un «motor» que vincula a las personas, en torno a una «causa». Este motor es el que aquí se propone como anclado en la cosmovisión del colectivo. El mundo simbólico que se comparte, cuando se forma parte de un movimiento social emergente, contiene básicamente valores sociales.

Cada uno de nosotros tiene una manera de pensar que compartimos con otros. Nuestros juicios, nuestras preocupaciones, nuestras angustias y nuestros anhelos no son nuestros, en el sentido de que de nosotros hayan nacido. Pensamos, en tanto seres sociales, lo que es pensable para nuestro colectivo y sentimos, en tanto seres sociales, desde aquellas maneras del sentir que se han construido en el colectivo del que formamos parte. Nosotros sólo somos una objetivación de las construcciones (de pensamientos, sentimientos, etc.) del colectivo.

De hecho, este pensamiento social y esta afectividad colectiva están en la base de la cosmovisión de un movimiento social. No es factible poner en palabras aquello que vincula a las personas, porque su cualidad más evidente es afectiva. Esto que vincula a las personas, más allá de sus contenidos racionales, alude a la valoración del mundo. Lorenzo (2001) plantea que existen en realidad muy pocos temas centrales, en torno a los cuales las personas constituyen un movimiento social. En el plano de las orientaciones culturales, todos los miembros de una sociedad pueden reconocer, vía la memoria colectiva, dichos elementos comunes. Sin embargo, surge la disputa por el aglutinamiento de identidades a la luz de la lógica afectiva.

Estos temas centrales son planteados en este trabajo como «valores sociales». Se trata de aspectos sustanciales para los colectivos, no sólo en el momento en que el movimiento social surge. En realidad los colectivos existen porque en la base del pen-

samiento y la afectividad que comparten, se ubican valores centrales que delimitan su identidad y sirven de motor de la dinámica social.

1. El papel de los valores sociales

Un movimiento social surge, necesariamente, cuando la sociedad se encuentra inmersa en un conflicto social. Es necesario porque, si bien en todas las sociedades coexisten diferentes perspectivas y formas de pensar y de sentir, todas colectivas, no siempre estas diferencias son evidentes y reconocidamente importantes. Es el conflicto social el que exacerba las divergencias. Dentro de una sociedad que se reconoce en esta situación, surge la necesidad de discutir tales divergencias. La disputa comunicativa, que se apersona en los lugares públicos y privados, en realidad busca dirimir diferencias de fondo, de base.

Estas diferencias que en el plano discursivo son muy variadas, refieren, en cada movimiento social, a uno o varios valores sociales que son esenciales para la sociedad. Cuando la disputa hace evidente, para un grupo de la sociedad, que lo que se disputa es fundamental, el colectivo se manifiesta. Personas que no tenían en el plano cotidiano ningún vínculo, son impelidos a expresarse, a manifestarse. El surgimiento del movimiento social es, entonces, inevitable.

Desde la perspectiva psicosocial se conceptualiza a un grupo como una colección de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de la misma categoría social, que tienen en común diversos aspectos afectivos y evalúan su grupo y su membresía de manera consensual.

En las sociedades coexisten formas de pensar sobre las cosas. Además, coexisten formas de actuar con relación a las cosas. En ese sentido, somos la concreción y la objetivación de las formas de pensar y de actuar con relación a las cosas. De hecho, estas formas de pensar y de actuar son, en realidad, lógicas de acción y de interpretación que se plasman en los seres sociales.

Las sociedades, vistas psicosocialmente, surgen y se manifiestan a partir de las lógicas de interpretación y de acción que dan sentido a las prácticas culturales y su concreción cotidiana. El instante completo no es la práctica cultural en sí, sino la lógica que subyace al colectivo, lógica que da sentido a su surgimiento y que da cuerpo al mundo simbólico que lo conforma en la vida cotidiana.

Este planteamiento refiere a la coexistencia de formas de pensar. Sentidos y simbolismos diversos y plurales. La diversidad y la pluralidad de las sociedades actuales es tema propio del fin de siglo. No obstante, se trata de un tema arriesgado cuando se opta, para su análisis, por el camino del individuo al colectivo. La irrupción del «ser moderno» es la irrupción del «ser informado». Hablar de «seres sociales informados» implica, necesariamente, la existencia de «seres sociales no informados».

Esto nos lleva al planteamiento de la «información» como valor último de la sociedad actual. «Saber de lo que se habla» parece ser el punto nodal que nos ubica en el centro de la vida actual. Esta veta de análisis implicaría que, tal como los teóricos de la Opinión Pública lo han planteado, la información es la vía idónea, formadora de la opinión. No es interés de este trabajo proponer lo contrario. De hecho, la información es una de las piedras base de la constitución y transformación de las sociedades actuales, ni duda cabe.

Sin embargo, «saber de lo que se habla» implica una comprensión de la disputa que la sociedad está enfrentando. Como el valor social que se disputa no es explicitado, ese «saber de lo que se habla» no supone una comprensión racional de los discursos en pugna. Supone, en cambio, una comprensión del valor social que está en juego.

Estos tópicos centrales son, por ejemplo, la defensa de la vida o de la justicia. Un conflicto social que disputa alguno de estos valores implica dos versiones de los mismos. Esto quiere decir que la sociedad asume como importante, como fundamental, la defensa de la vida o de la justicia. Lo que se dirime es la manera en que la sociedad identifica como «la vida» o «la justicia».

La disputa, entonces, se objetiva en argumentos y discursos, sobre temas muy diversos. En todos los casos la narrativa se concreta en otros temas y otros aspectos. La defensa del valor social que está en juego se reedita en cada discusión, en cada polémica. Es ésta la dinámica social en la que se posibilita, vía la influencia social, el surgimiento de un movimiento social.

2. La influencia social y el cambio social

Explicar el proceso de transformación inmerso en los movimientos sociales requiere incluir en el planteamiento teórico el área de la influencia social. Ya Le Bon reconocía la importancia del contagio y la sugestión, en el surgimiento de una masa. La influencia social permite la comprensión del conflicto social ya que, desde un punto de vista psicosocial, refiere la disputa comunicativa al terreno de las adhesiones.

Un conflicto social supone la disputa entre dos posiciones. Generalmente estas posiciones están encarnadas en ciertos actores sociales. La sociedad es el objetivo de la disputa. Se trata de «ganar adeptos». Ambas posiciones en disputa cuestionan, desde el fondo, algún valor social. Si esto sucede, la comunicación social será la vía por medio de la cual la influencia hará su labor. El resultado, colectivos que surgen, a favor de una de las opciones en conflicto. No se trata de seguidores, sino de seres sociales que comparten una cosmovisión, en la que el valor en disputa es fundamental.

Si bien el conflicto social ha sido el punto nodal del estudio de los movimientos sociales, la distinción individuo-grupo ha sido el cuestionamiento teórico central de éste. Se trata de una problemática que se gesta en los años finales del siglo XIX con la necesidad de explicar la aparición abrupta de masas violentas. Es sabido como los interesados en esta temática, en aquella época manifestaron un claro interés, e incluso fascinación, por el estudio de las masas. Igualmente es sabido que este interés estaba marcado por su rechazo a esta forma de expresión colectiva. Esta ambivalencia llevó a una profusión de conceptos explicativos.

Sin embargo, este desarrollo implicaba una problemática más, en el terreno de la especificidad de la psicología social y sus fenómenos de estudio. El eje explicativo se ubicaba en torno a la noción de «grupo». Se trata de un concepto difícil de asir, ya que la irrupción de las masas supone también la confluencia de personas que, desde sus individualidades, poco o nada tienen que compartir. Al referir esta área de conocimientos, a la noción de «grupo», la discusión se lleva al terreno de los procesos psicológicos y sociales que confluían en él.

Desde esta perspectiva, las dificultades para construir una explicación holística del fenómeno referido al contagio, la sugestión y el surgimiento de una masa, son

evidentes. Turner (1990) se refiere a la paradoja que supone esta problemática en términos de las propiedades sociales supraordenadas de la acción humana en el interior de la moderna psicología, que adopta el presupuesto básico de que los procesos psicológicos residen exclusivamente en los sujetos. Se trata de un problema de difícil solución. Echando mano de los procesos psicológicos, el fenómeno colectivo se diluye en sus componentes. En el siglo pasado se sientan las bases de este desarrollo con teóricos que afirmaron la realidad del grupo y, por tanto, la relación que tiene el individuo con éste.

Le Bon (1895) hace propuestas que permiten resolver la anterior paradoja, al reconocer el surgimiento de una mente colectiva cuando se está en presencia de la masa. Sabemos que esta idea es denominada por él como la ley de la unidad mental de la muchedumbre. Esta ley establece que la unidad mental es la que define a la muchedumbre, independientemente de la proximidad física.

En este caso, la distinción individuo-grupo se establece en términos de que, así como el individuo actúa conscientemente desde la óptica de la razón, la masa lo hace de un modo inconsciente desde los imperativos del instinto. Es aquí en donde podemos plantear dos vías comunicativas del colectivo, que asimismo permiten ubicar la génesis de su conflicto. La posibilidad lingüística está anclada en el individuo, en tanto que la posibilidad imaginativa se ubica en la masa.

Una masa o un colectivo se comunican, en su interior, por contextos, texturas, colores, sonidos. Su comunicación es imágica¹ y, en este punto, el lenguaje consensuado es incapaz de traducir el fluir de «la mente colectiva». Fue a partir de la carencia de una lógica lingüística, en las masas, que Le Bon llegó a afirmar que éstas son inferiores, desde el punto de vista intelectual, pues se conducen a partir de la emoción y de las urgencias instintivas; careciendo de las restricciones impuestas por la civilidad y la razón. Para este autor la carencia de civilidad surge a partir de la desindividuación, el contagio y la sugestión, tres procesos que explican los rasgos supraindividuales de la masa. La «mente colectiva» es un concepto trabajado por varios teóricos de la época.

Por ejemplo, McDougall (1921) plantea que «las acciones colectivas que constituyen la historia de determinada sociedad están condicionadas por una organización que sólo puede ser descrita en términos de mente y que, sin embargo, no está comprendida en la mente de ningún individuo; más bien, la sociedad está constituida por el sistema de relaciones existentes entre las mentes de los sujetos, que son las unidades que la componen» (McDougall, 1921: 9).

McDougall supone una relación entre el nivel organizativo del grupo y la complejidad de su psicología y el desarrollo de su mente colectiva. Es por ello que se refiere a las condiciones mínimas requeridas para el surgimiento de una mente colectiva. Primero planteó la existencia de algún objeto común de actividad mental. En segundo lugar argumentó el hecho de que todos los involucrados experimenten idéntica emoción o reacción frente al objeto de atención. Igualmente le era importante que los procesos mentales de los otros influyeran de alguna manera al estado de la mente de cada persona. Es por ello que se refiere a la necesidad de que exista una influencia recíproca o de interdependencia entre las actividades mentales de los miembros.

1. «Imágico» es un término que se plantea para referir a una comunicación cuyo contenido es afectivo y cuya expresión es referida a «imágenes».

Finalmente, considera que es posible que la conciencia del grupo se desarrolle en la mente de cada individuo.

Aquí estamos en el terreno de los significantes compartidos. Decíamos que el principio del proceso se ubica en el conflicto social. Lo que se disputa es un valor social, pero las dos posiciones en pugna son reconocidas como propias de la sociedad. Es por ello que se disputan. Este conflicto se dirime en la arena comunicativa, y atañe a las dos lógicas, que ya se han mencionado. La disputa comunicativa en las lógicas racional y afectiva en las que surge el conflicto social conlleva, a su vez, un proceso de identidad social por vía de la categorización que en el plano individual explica el surgimiento de la conciencia y en el plano colectivo supone la constitución de grupos plurales y heterogéneos que se decantan en términos de movimientos sociales.

Ya en el terreno de la Psicología Social, en el siglo XX, los psicólogos sociales denominados cognitivos, trataron de resolver la paradoja antes citada. Sheriff (1936) planteó que el individuo sufre transformaciones en sí mismo o en su naturaleza, por la mera pertenencia a un grupo. Esta afirmación está influida por el desarrollo de la teoría de la Gestalt y su asunción de la totalidad y la interdependencia de las partes.

También Asch (1952) afirmó que la posibilidad de explicar la interacción social, o lo que aquí se plantea como la «relacionalidad», se ubica en que esta interacción es en realidad una serie de eventos que «están psicológicamente representados en cada uno de los participantes» (Asch, 1952: 142). De hecho, este autor plantea la distinción entre los procesos psicológicos y psicosociales, argumentando que si bien procesos como percepción, pensamiento y sensación suceden en un sólo extremo cuando la interacción ocurre entre un individuo y un objeto, cuando la interacción es entre individuos, esto es, cuando sucede en ambos extremos, a través de emociones y pensamientos capaces de tener en cuenta las emociones y pensamientos de otros, se está en presencia de procesos psicosociales. Se trata de una relacionalidad que incluye a los otros así como a las expectativas recíprocas.

Esta problemática ha tenido un largo desarrollo en la Psicología Social. En este punto la problemática planteada por la distinción individuo-grupo, ha implicado en la disciplina, una reiterada búsqueda de respuestas al interior de lo psicológico. Esto ha conllevado a que los teóricos se hayan alejado de la noción «mente grupal». No obstante, existen autores que, en los albores de siglo XX, aportaron elementos explicativos que son importantes en las consideraciones que aquí se plantean.

Tal es el caso de Tarde y de su interpsicología. Este autor muestra un claro interés por lo heterogéneo y por la diversidad. Para él, el colectivo existe antes y después de la irrupción explícita de una multitud. Para que surja una masa revolucionaria, entendamos un movimiento social, es imperativo que con anterioridad se haya gestado una mentalidad colectiva.

De esta manera, encontramos que un movimiento social no puede existir sin el conjunto de tradiciones, convenciones y prácticas sociales cargadas de sentido, esto es, de un significativo compartido. La masa fraterniza a partir de sus interpretaciones afectivas compartidas. En el proceso comunicativo podemos argumentar desde su teoría de la imitación (Tarde, 1901), ya que al plantear que el individuo se imita en primer lugar a sí mismo, en el hábito y la memoria, donde repite su pasado para continuar imitando a los otros, hace referencia a los elementos fundantes de lo social. La intersubjetividad se hace presente en la posibilidad dual de repetir recuperando el pasado y, a su vez, innovando hacia el futuro.

3. La memoria colectiva y la proyección al futuro

Pasado, presente y futuro, son los elementos claves en la indagación sobre la memoria colectiva. Es necesario en este punto considerar los planteamientos de Radley (1992) cuando, recuperando el planteamiento de Bartlett (1932), indica que «la memoria no es la recuperación de información almacenada, sino la creación de una afirmación sobre estados de cosas pasadas, por medio de un marco compartido de comprensión cultural» (Middleton, 1992: 63).

Aun con lo sugerente que es el planteamiento de Bartlett, Radley (1992) va más allá, cuando nos indica que «allí donde Bartlett describió la memoria como un acto constructivo «dentro de la cabeza» del individuo social, la perspectiva contemporánea la localiza en el seno del discurso de las personas hablando conjuntamente sobre el pasado» (Middleton, 1992: 63). Así, para Radley (1992), la memoria como problema a estudiar queda liberada de las restricciones de la psicología de las facultades y puede convertirse en objeto de la investigación sociopsicológica.

Desde la Psicología Social, es interesante ahondar en la perspectiva identitaria que se encuentra en grupos sociales específicos, renuentes a abandonar prácticas culturales que surgen de un pasado remoto y se mantienen dentro de la vida moderna. El presente trabajo ubica su interés central en la recuperación de prácticas de convivencia gestadas en épocas pasadas. Un tipo particular de relacionalidad basada en «lo comunal». Su espacio de reflexión y análisis no puede ser ubicable más que en el terreno de lo cotidiano. La pertinencia de su estudio en este inicio de siglo se debe a que, si bien el anclaje de las representaciones colectivas se da en el terreno de lo concreto, que puede llegar a plantearse como inter-individual, en donde las personas expresan sus puntos de vista y optan a favor o en contra de personas, ideas o cosas, su dinámica de construcción y su devenir sólo es explicable en el terreno de lo colectivo.

La innovación también ocurre en este plano y, a pesar de aparecerse con realidad propia, se transforma en otra realidad. Se trata de un ideal social que en su momento culminante se nutre de las energías individuales y sirve de centro a lo colectivo, pues el conjunto de individuos se encarga de asumirlo como una práctica social que tiene sentido, aun cuando la generación que le dio origen haya terminado su labor colectiva.

Radley (1992) indica que «el mundo de los recuerdos cotidianos no sólo engloba las experiencias personales sino también las sociales. En la vecindad, el hogar o el trabajo, la gente recuerda cosas que han hecho ellos u otros, cosas que les han pasado y cambios que han sucedido. Estos recuerdos a largo plazo tienen un carácter biográfico que acentúa el origen compartido en el seno del cual aquellos a quienes concierne pueden apreciar su pasado común» (Middleton, 1992: 65-66).

Así, «estos recuerdos, como tales, son parte de la cultura y dependen de su entorno físico en cuanto a cómo recuerda la gente el curso de los hechos que condujo al presente. No se trata sólo de que recuerden cosas específicas o de que ciertos objetos concretos situados con en trasfondo de una versión compartida del pasado les recuerde éste. Los artefactos y el entorno manufacturado también existen como expresión tangible de la base a partir de la que se recuerda, como aspecto material del entorno que justifica los recuerdos así construidos.

Para una psicología social del recuerdo, esto significa que se debe ir más allá de la idea de una sola facultad cognitiva que la gente tiene en común: a la proposición de que sus formas de recordar pueden ser diferentes dependiendo de las relaciones con

su comunidad, incluyendo el mundo de los objetos que ésta produce y preserva» (Radley, 1992: 65-66).

Es así como en este trabajo se plantea que la disputa en torno a valores sociales esenciales que se deriva de un conflicto social, al posibilitar la emergencia de un movimiento social, supone también la constitución o reconstitución de una identidad y, evidentemente, supone la proyección al futuro de un colectivo, vía la memoria colectiva. Éste es el punto en el que se plantea la transformación cultural.

En el momento en que una práctica colectiva pierde sentido, o planteado de otra manera, en sus transformaciones otras ideas se aparecen como más atrayentes, los modos de pensar y de sentir cambian, sin saberlo ni quererlo los miembros del grupo. El conflicto se hace evidente cuando la idea novedosa encuentra, de cara al pasado, elementos de la historicidad del grupo que la nutren. En el plano de las orientaciones culturales, todos los miembros de una sociedad pueden reconocer, vía la memoria colectiva, dichos elementos comunes. Sin embargo surge la disputa por el aglutinamiento de identidades a la luz de la lógica afectiva.

Simultáneamente existen dos planos simbólicos que se superponen. Ambos planos cuentan con su propia lógica simbólica (lógica y afectiva). En ciertos momentos, el pasado comunal de los grupos se aparece con toda su fuerza, reconstituyendo contenidos, desde el sentido de la comunidad. En esos momentos la memoria histórica permite que la proyección al futuro requiera la recuperación de las tradiciones. Aquí se aprecia la importancia de los mitos derivados del origen mismo de su comunidad. La necesidad de continuidad fortalece y aviva las fiestas y las tradiciones, la solidaridad. En otros momentos, el presente irrumpe nuevamente, con las exigencias propias del individuo globalizado.

La desesperanza se aposenta en la relación entre las personas: distancia y alejamiento son sus concreciones. Ambos planos coexisten y se tocan. El estudio de las transformaciones culturales requiere entonces, bajo este panorama, la consideración de contenidos diversos, en donde un mismo fenómeno tendrá dos caras, un mismo contenido dos sentidos y una misma realidad dos explicaciones alternas. La Psicología Social requiere desarrollar explicaciones teóricas y herramientas metodológicas para abordar la vida de comunidades como las nuestras. Para la realidad de países como el nuestro, es imperativo un avance de las ciencias sociales en este sentido.

4. La transformación cultural

Si bien el estudio de los movimientos sociales es importante para las ciencias sociales en general, su importancia, en el caso de la psicología social, se ubica en que este tipo de fenómenos y de procesos son la muestra evidente de la dinámica psicosocial. Si el referente es el estudio de los movimientos sociales como proceso, se habla justamente de la transformación cultural. En cambio, si el referente es el estudio de los movimientos sociales como fenómeno, se trata entonces de una expresión objetivada de la dinámica social. Esta expresión se ubica en los marcos interpretativos para la acción colectiva, que son, en esencia, valores sociales.

Tales marcos interpretativos para la acción colectiva muestran, en símbolos diversos, la expresión del pensamiento y la afectividad colectiva. Esta manifestación, además, expresa a los colectivos, vía la memoria colectiva. Es por ello que resultan relevan-

tes para la Psicología Social, básicamente por que la dinámica social, cuando se trata de la relacionalidad humana es, justamente, el ámbito de estudio de esta disciplina.

Tal como nos indica Tarrow, la clave para identificar el surgimiento de un movimiento social se ubica en la presencia de una oportunidad política. «La gente se suma a los movimientos sociales como respuesta a las oportunidades políticas y, a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva» (Tarrow, 1997: 49).

Pero además, esta oportunidad política es de tal importancia que, al no presentarse, las disputas, por muy importantes que sean, no se expresaran en la forma de un movimiento social: «Si son las oportunidades políticas las que traducen el movimiento en potencia en movilización, incluso grupos con demandas moderadas y escasos recursos internos pueden llegar a ponerse en movimiento, mientras que los que tienen agravios profundos y abundantes recursos —pero carecen de oportunidades— pueden no llegar a hacerlo» (Tarrow, 1997, p. 49).

Sin embargo, cuando hablamos de un movimiento cultural estamos en otro terreno. Los movimientos culturales no requieren de una oportunidad política, porque su espacio de acción se ubica en la vida cotidiana. Un movimiento cultural puede expresarse, en un momento histórico, con la apariencia de un movimiento social. El descontento encuentra su cauce y se expresa. En ese caso sigue el curso de un movimiento social.

Durante este período de tiempo la polémica y las disputas de los oponentes logran aglutinar en su entorno ideas y personas. Lo que en realidad sucede es que la disputa cotidiana se nutre de contenidos provenientes de la esfera de la política. No es que la vida cotidiana se politice, porque «lo político» está de suyo en la vida cotidiana. Es sólo que otros contenidos específicos están permitiendo el dirimir las disputas simbólicas. Al final, el movimiento social puede tener cualquier camino.

El resultado de un movimiento social no es relevante en este planteamiento, porque el propósito del mismo, en una visión transformativa, es justamente la exacerbación de las disputas y la reconstitución de los contenidos y valores en pugna. Esto implica que la transformación cultural es un proceso que ocurre entre los «públicos» y cuyo curso puede atravesar desde la vida cotidiana, a conductas colectivas y manifestaciones de protesta, hasta movimientos sociales.

Lo que un movimiento social permite, en el terreno de la transformación cultural, es nutrir la lógica interpretativa de los «públicos», con contenidos, símbolos e ideas que reconstituyen la esencia de cada «público». Esto se debe a que la disputa entre los «públicos» es siempre comunicativa y tendiente al mutuo trastrocamiento de sus creencias. Las lógicas interpretativas se ven sacudidas vía la influencia social. En este sentido, se propone que la transformación cultural es el proceso que permite que la dinámica social actúe.

El presente trabajo partió de una pretensión básica, de incidir en la reflexión sobre el componente simbólico de los movimientos sociales, para argumentar que en los movimientos sociales emergentes siguen presentes los valores sociales esenciales para la vida social. Si bien se trata de movimientos sociales emergentes, por sus características contemporáneas, su expresión innovadora parte de principios fundamentales para las sociedades, tal como sucedía en el pasado.

La historicidad es un elemento esencial de la vida social. Las prácticas sociales se asumen como tales en la recuperación y renovación constante de su sentido. Esto sucede a través del tiempo y con la conceptualización misma del tiempo. Un estado interno y subjetivo adquiere su cualidad objetiva cuando se ubica en el plano de la comunica-

ción intersubjetiva. Dicho estado interno pierde lo singular y particular y conserva lo general y común a todos. La propagación de éste se difunde en la atmósfera y se decanta en un «proyecto». Generaciones futuras lo consideran e intensifican como una realidad que existe por sí.

La innovación también ocurre en este plano y, a pesar de aparecerse con realidad propia, se transforma en una otra realidad. Se trata de un ideal social que en su momento culminante se nutre de las energías individuales y sirve de centro a lo colectivo, pues el conjunto de individuos se encargan de asumirlo como una práctica social que tiene sentido, aun cuando la generación que le dio origen haya terminado su labor colectiva.

La transformación cultural es un proceso que ocurre en largos períodos de tiempo. Si bien su emergencia puede parecer eventual, como en el caso de los movimientos sociales emergentes, su ocurrencia atraviesa amplios espacios de expresión cultural. A lo largo de décadas y siglos, las sociedades muestran diferencias insoslayables. Instituciones tales como la familia, por ejemplo, objetivan en el día a día, las transformaciones culturales.

Es por ello que el presente ancla su origen en el pasado. Una primera impresión puede llevar al argumento de que la abrupta emergencia del presente es la expresión de una vida social alternativa. Sin embargo, este presente es más que la expresión concreta de la suma de individualidades. De hecho, son los individuos los que la objetivan, pero son los colectivos los que la construyen.

Conclusiones

Los movimientos sociales son estudiados, desde diversas perspectivas, por teóricos de diversos orígenes. Es un tema muy sugerente y actual. No obstante, para la Psicología Social, es un tema que permite poner en juego un amplio bagaje conceptual. Esto es así porque en los movimientos sociales están presentes procesos psicosociales tales como la comunicación social y la influencia social. Estos procesos marcan el derrotero a seguir, así como las vicisitudes de los involucrados. El presente trabajo propugna por ubicar el análisis de los movimientos sociales, desde una visión procesual que ubique, además de estos dos procesos, los siguientes aspectos:

Uno. La posibilidad de gestación de un movimiento social parte de colectivos que, además de compartir una cosmovisión, comparten un pasado. La memoria colectiva juega un papel fundamental en la transformación social y cultural. Su expresión más clara se aprecia, justamente, en la construcción de marcos interpretativos para la acción colectiva, en los que la sociedad o el colectivo recuperan su pasado y se proyecta al futuro.

Dos. Un movimiento social sólo puede surgir cuando, previamente, un conflicto social ha permitido que, por medio de los procesos psicosociales ya mencionados (comunicación social e influencia social) la sociedad discuta aquellos aspectos de mayor peso; los que le han permitido existir como colectivo, esto es, los elementos sustanciales de su identidad social.

Tres. Dichos aspectos centrales, los valores sociales que dan origen y sentido al colectivo, han sido cuestionados, por lo que el colectivo requiere reconstruirlos, re-

significarlos. Ésta es la razón última y primera para que, por un lado, se geste y mantenga un movimiento social y, por otro, se mantenga en acción el proceso de transformación social.

Finalmente, este proceso es relevante para la Psicología Social, dado que su interés central se ubica en la comprensión de la relacionalidad humana, que día a día, a la vez que mantiene las disputas no resueltas a lo largo de décadas e incluso siglos, transforma sus prácticas culturales, a la vez que transforma su pensamiento y afectividad colectivos.

Bibliografía

- ASCH, S. (1952), *Social Psychology*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.
- BARTLETT, F.C. (1932), *Remembering: a Study in Experimental and Social Psychology*, Cambridge, University Press.
- LE BON, G. (1895), *La Psychologie des Foules*, Madrid, Morata, 1983.
- LORENZO, P. (2001), *Fundamentos Teóricos del Conflicto Social*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- MCDUGALL, W.M. (1966), «The nature of instinct», en D. Bindra y J. Stewart (eds.): *Motivation*, Penguin Books, Baltimore, 1921.
- MIDDLETON, D. y D. EDWARDS (1992), *Memoria compartida*, Barcelona, Piados.
- RADLEY, A. (1992), «Artefactos, memoria y sentido del pasado», en D. Middleton y D. Edwards.
- SHERIFF, C.W., M. SHERIFF y P.W. NEBERGALL (1961), *Attitudes and Attitude Change*, New Haven, Yale University Press (1936).
- TARDE, G. (1901), *L'opinion et la foule*, París, Alcan.
- TARROW, S. (1997), *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad.
- TURNER, J. (1990), *Redescubrir el grupo social*, Madrid, Morata.

10. Las teorías de la cultura y la socialización en el estudio de las identidades sociales

José Luis Torres Franco

Introducción

Vista como un proceso social, la adquisición de una identidad individual o colectiva implica necesariamente el desarrollo de un proceso en el que intervienen diversos elementos. En este sentido, nuestro punto de partida es suponer un modelo en el que lo colectivo y lo individual se van entrelazando de tal manera que estos dos niveles configuran una red o una malla que cubre al sujeto dándole elementos para la autodefinición y su confrontación con los otros, lo que define el reconocimiento de sí mismo, el reconocimiento de los otros y, en consecuencia, del nosotros.

Por ello, consideramos que es importante iniciar el estudio de las identidades sociales a partir de conceptos más generales como el de cultura y el de socialización, ya que, desde nuestro punto de vista, el proceso de construcción de las identidades pasa necesariamente por espacios de comunicación que requieren de la presencia de reglas, códigos y medios establecidos colectivamente para que los individuos logren tejer, en su acción social cotidiana, esa malla que los dotará de elementos para la autodefinición y los distintos niveles de reconocimiento social e individual.

1. El concepto de cultura

Existe una diversidad de concepciones sobre lo que es el concepto de cultura que tienen sus raíces en el uso del término mismo, pero las últimas discusiones han puesto el énfasis en establecer los parámetros a partir de los cuáles no sólo se le puede dar un contenido empírico más específico, sino sobre todo de la pertinencia de las herramientas metodológicas que sugiere esta redefinición teórica de la cultura.

Sintetizando de manera muy gruesa, uno de los problemas fundamentales que se presenta en el análisis de la cultura es el que plantea Smelser sobre la coherencia o incoherencia entre los elementos que constituyen una cultura. Para este autor, el concepto de cultura se remite esencialmente a las ciencias sociales y de la conducta, ya que por décadas ha sido considerada como la base de la antropología social (también llamada antropología cultural) y uno de los muchos objetos principales para el estudio y herramienta de las explicaciones en sociología y ciencia política, como lo indican los términos subcultura, contracultura, cultura organizacional, cultura cívica y cultura política.

A partir de una revisión detallada del concepto de cultura utilizado por varios autores y corrientes teóricas en antropología, sociología y psicología, principalmente, Smelser sostiene que existen diferentes problemas metodológicos en la descripción y empleo del concepto, sobre todo en aquellas posturas que enfatizan en la medición del grado de coherencia que presentan los elementos de una cultura (Smelser, 1992).

Sin embargo, J.B. Thompson sugiere que el problema del análisis cultural radica más bien en los usos que se le ha dado al concepto. Este autor distingue dos concepciones principales, la primera tiene que ver con una posición descriptiva de los primeros estudios etnográficos de finales de siglo XVIII y principios de XIX, que descansan sobre un idea proveniente del evolucionismo darwinista y que suponen una metodología heredada de las ciencias naturales consistente en el trabajo de clasificación y comparación de los elementos culturales que caracterizan a las diferentes sociedades o grupos.

En este sentido, para Thompson, la principal limitación de esta concepción radica precisamente en suponer que hay una línea de desarrollo social que va del salvajismo y llega a la civilización, tomando como referencia los elementos culturales característicos de la Europa Moderna con los cuales se comparan los elementos culturales de otras sociedades no europeas (Thompson, 1990).

La segunda concepción orienta el concepto de cultura hacia una dimensión más específica que tiene que ver con la interpretación de los significados que se da a los elementos culturales de un grupo. En esta línea destaca el trabajo de Geertz, cuyo aporte principal es el cambio del énfasis puesto en la determinación de leyes o principios del desarrollo cultural, hacia la interpretación de textos, esto es, ya no interesa la observación de regularidades empíricas sino la *elucidación* del texto, es decir, del producto cultural.

En este sentido, el estudio de la cultura requiere más de una sensibilidad para interpretar buscando patrones de significación, «y volver inteligible una manera de vivir que es realmente significativa para aquellos que la viven». En esta concepción es fundamental el elemento relacional ya que los significados presuponen la presencia de un productor de elementos culturales que son interpretados por un «traductor», que trata de darles sentido —fijar su significado— a estos productos y que es el investigador.

En resumen, para Thompson, el análisis cultural es el estudio de formas simbólicas —esto es, acciones significativas, objetos y expresiones de diferente tipo— en relación a contextos y procesos históricamente específicos y socialmente estructurados al interior de los cuales, y por medio de los cuales, estas formas simbólicas son producidas, transmitidas y recibidas. Estos contextos son estructurados de diversas formas, pues como señala el mismo autor, pueden estar caracterizados por relaciones de poder asimétricas, por diferencias en el acceso a recursos y oportunidades, y por mecanismos más o menos institucionalizados para la producción, transmisión y recepción de las formas simbólicas. Así, el análisis cultural incluye la demarcación de contextos y procesos socialmente estructurados a la vez que la interpretación de las formas simbólicas (Thompson, 1990).

De esta manera, el reconocimiento de estos contextos socialmente estructurados nos permite reconocer también la existencia de «culturas específicas» que se generan en estos espacios de interacción social al establecer creencias, comportamientos, significados y, en general, expresiones que se traducen en normatividades implícitas o explícitas y que dan sentido a una forma de ser de los sujetos. Sin embargo, el cómo estos significados y expresiones se convierten en normatividades que regulan comportamientos

tos y que establecen «señales» para definir lo que es el ser o no ser queda fuera de estos análisis antropológicos, pues sus estudios derivan más hacia el cómo estudiarlos y tipificarlos en relación a los marcos teóricos más amplios de la antropología social. Es por ello que se requiere echar mano de otras corrientes teóricas que den cuenta de cómo el individuo se convierte en colectividad.

2. El concepto de socialización

Si bien la antropología, y en particular la que desarrolla J.B. Thompson, aclara en mucho el espacio de interacciones que dan lugar a la construcción de significados y sentidos de la vida cotidiana y, por lo tanto, hacen posible la idea de pertenencia entre quienes comparten estos significados, no deja claro cuales son y cómo funcionan los mecanismos o procedimientos mediante los cuáles es posible compartir o rechazar dichos significados, es decir, no profundizan en el proceso de construcción de las identidades sociales.

Por el contrario, en el campo de la sociología, más preocupada por el dato empírico para construir grandes generalizaciones teóricas, en los escritos de sus primeros teóricos aparecen algunas reflexiones en torno a lo que hace de lo individual parte de lo social colectivo y viceversa. Sin atreverme a decir que desde estas épocas podemos hablar de una sociología de las identidades, es importante reconocer que Durkheim es uno de los primeros autores que plantea de manera más sistematizada el modelo sobre el cual se construye el concepto de lo social. Es por ello que en varios de sus trabajos le da un peso preponderante al concepto de socialización, sobre todo en los que se refieren a la sociología de la educación. Sus estudios sobre el sistema educativo francés lo llevan a definir a la escuela como el principal agente socializador, entendiendo por ello la capacidad que tiene esta institución para transmitir conocimientos y normas de conducta desde una generación adulta a otra de jóvenes (Durkheim, 1974). A partir de estas consideraciones el problema de la relación entre los niveles de lo individual y lo colectivo, pasa a ser un eje importante para el desarrollo de la teoría sociológica.

En esta misma línea se puede ubicar el trabajo de Parsons sobre la educación como asignadora de roles y factor de selección social. Al igual que para Durkheim, Parsons ubica a la escuela como uno de los principales agentes de socialización, la cual es definida también como un proceso de transmisión, pero cuya función va más allá: es el elemento clave que permite seleccionar y asignar a los sujetos roles diferenciales de acuerdo a los logros que obtengan dentro del sistema escolar (De Ibarrola, 1997). Desde entonces y hasta hace poco tiempo, el concepto de socialización ha estado ligado fundamentalmente a los procesos de reproducción social.

Al respecto basta recordar el trabajo de Althusser, quien desde una perspectiva de la sociología crítica, elabora una concepción particular de la relación entre el individuo y la sociedad, en la cual lo ideológico se impone como factor determinante de la reproducción del orden social vigente, de tal suerte que la escuela es vista como un Aparato Ideológico de Estado dedicada a reproducir la desigualdad social.¹ En otras palabras,

1. Desde este punto de vista, es posible incluir en esta línea los primeros trabajos de Bourdieu respecto a la socialización y su función dentro de la institución escolar o, desde una perspectiva económica, los trabajos de Baudelot y Establet, por ejemplo.

lo que sucede en la escuela no es más que un proceso que tiende a mantener vigentes las diferencias que hacen posible la estructura de clases sociales (Althusser, 1974).

En fechas más recientes aparecen trabajos en los que la socialización, como concepto sociológico, se incorpora al discurso de las teorías del conflicto. Cherkoui en su trabajo *Socialización y conflicto* (1974), en el que revisa los planteamientos durkheimianos, sugiere la idea de que la socialización que se realiza en los espacios escolares debe ser entendida como el resultado de una lucha ideológica, ya que los procesos educativos en realidad se dan como una confrontación sociocultural entre profesores y alumnos, como una lucha cotidiana entre los actores escolares por imponer o defender sus puntos de vista, construyendo así una visión del mundo cada día (Cherkoui, 1974).

Estas ideas serán retomadas por la nueva sociología de la educación en el concepto de resistencia. En esta corriente, se habla ya de una cultura escolar hegemónica que trata de ser impuesta a los alumnos bajo la forma de un proceso de transmisión de conocimientos. Sin embargo, no es un proceso homogéneo, ni mucho menos basado en el consenso, sino por el contrario es un proceso circunscrito a un sistema de poder que se traduce en un conjunto de disposiciones escolares a las que los alumnos se enfrentan desde los elementos culturales adquiridos en su clase de origen (Giroux, 1985).

En estas dos últimas propuestas, se nota ya un cambio en la conceptualización del proceso de socialización desde una perspectiva un tanto mecanicista, al estilo de Durkheim, Parsons o Althusser, hacia una perspectiva en donde la socialización se percibe como un proceso de interacción.

Desde la psicología social, el concepto de socialización ha sido más elaborado en términos de los procesos cognitivos que los procesos sociales. Por ello Dubar, recuperando el interés de Piaget sobre el desarrollo mental de los niños, y algunas otras teorías de corte psicogenético, analiza los procesos de construcción de la identidad en general a partir del concepto de socialización pero dándole una orientación sociológica. Si bien Dubar reconoce que el modelo piagetiano nos permite esclarecer algunos mecanismos esenciales que explican hasta cierto punto cómo se da la transformación de un ser infantil «egocéntrico y totalmente dependiente» en ser un adulto que se caracteriza por ser un miembro cooperativo y relativamente autónomo de la sociedad, también considera que esta aproximación a la socialización es restringida porque se centra únicamente en el individuo infante e ignora o minimiza las grandes variaciones que se pueden observar en los productos de la socialización según las épocas. De hecho, señala que han sido los análisis antropológico y etnográfico los que han puesto de manifiesto la diversidad de procesos de socialización.

En general, en estos estudios que podemos llamar de *perspectiva culturalista*, la socialización quedaría definida entonces como un proceso que dirige la formación y el equilibrio de la personalidad. Sin embargo, el problema para este autor no es determinar o analizar la formación de la personalidad, sino explicar cómo a través de la socialización se generan grupos sociales con intereses más o menos comunes que dirigen el curso de su acción social. Es por ello que la idea central de su trabajo es demostrar que los procesos identitarios son procesos sociales, aunque a primera vista aparezcan como procesos individuales de internalización de valores que orientan la conducta de los sujetos para mantener un orden social vigente.

Para Dubar es claro que no se puede conceptualizar la identidad a partir de la distinción entre lo individual y lo colectivo. Así, desde la perspectiva de las teorías de la socialización, el autor va desarrollando una propuesta sociológica de cómo analizar el problema de las identidades profesionales. Esta propuesta parte de la crítica que hace a estas corrientes, pero sobre todo de la consideración general de que en ellas persiste el presupuesto de que la socialización es un mecanismo de integración del sujeto a la sociedad al generar en él una identidad individual. Frente a esta postura, él propone una aproximación «comprensiva» de la socialización. En resumen, su postura es que la socialización es un vehículo que hace posible la construcción social de la realidad, y a partir de esta consideración hace una propuesta para abordar desde la sociología el concepto de identidad (Dubar, 1991).

3. Socialización e identidades

En la sociología, el problema de la identidad ha sido abordado desde distintas perspectivas. Una de las más importantes, y que de hecho constituye el fundamento teórico de desarrollos posteriores sobre la identidad, es la del psicólogo social Herbert Mead, quien la define como la capacidad de los individuos de asumir una posición de externalidad con respecto a sí mismos. Para Mead, la psicología social tradicional partía de la psicología del individuo para explicar la experiencia social, por lo que era necesario invertir esta postura y partir de la consideración de la compleja actividad social como un todo social determinado, para explicar la conducta del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social. (Ritzeer, 1998).

Uno de los conceptos más importantes de su obra es el de *self*, que es definido como la capacidad del individuo para considerarse a sí mismo como un objeto. El *self* tiene la capacidad de ser tanto objeto como sujeto y supone el proceso social de la comunicación humana, pues sólo así puede surgir. Un aspecto importante de esta teoría es que, si bien el *self* es un proceso mental que aparentemente se da a nivel individual, este debe ser ubicado en la experiencia social y los procesos sociales, pues de otra manera no puede desarrollarse. Para Mead la socialización escolar es básica para lograr desarrollar el *self*, pues según su teoría es en la escuela en donde se internalizan las actitudes comunes de la comunidad. De hecho, podemos decir que su idea central se refiere al hecho de que en su interacción con los demás el individuo asume el papel de los otros (la colectividad) y así desarrolla la capacidad de ser un sujeto y un objeto para sí mismo a través del uso del lenguaje y mediante símbolos significativos. El individuo interactúa con los otros a través de una comunicación basada en símbolos significativos. De esta manera, la identidad queda entendida como la capacidad de observación y reflexión del sujeto sobre sí mismo, producto de la internalización de actitudes a través de la interacción, por lo que es intersubjetiva y relacional (Ritzeer, 1998).

Otra perspectiva desde la que se ha analizado el problema de la identidad ha sido la del psicoanálisis freudiano, sobre todo desde la lectura que de él hace Lacan, quien insiste en la discordancia primordial del organismo y su realidad, es decir el carácter dual de la identidad: identidad para sí e identidad para los otros. A este respecto, Dubar sostiene que esta división interna que se atribuye a la identidad debe ser ante todo esclarecida por la dualidad de su definición misma, ya que

en su opinión son inseparables y están ligadas de manera problemática, es decir, jamás el sujeto puede estar seguro de que su identidad para sí mismo coincida con la identidad para los otros. La identidad jamás está dada, ella es constantemente construida y reconstruida en un marco de incertidumbre más o menos amplio y más o menos durable.

Es por ello que Dubar afirma que la identidad no es otra cosa que el resultado a la vez estable y provisional, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural, de los diferentes procesos de socialización que, conjuntamente, construyen los individuos y definen las instituciones. Así, la división del ser como expresión subjetiva de la dualidad de lo social aparece claramente a través de los mecanismos de identificación. Cada individuo es identificado por los otros, pero él puede rechazar esta identificación y definirse de otra manera. En los dos casos, la identificación utiliza las categorías socialmente disponibles y más o menos legítimas en los dos niveles (identificación de sí mismo e identificación de los otros). Como se ha señalado en párrafos anteriores, para Dubar no hay necesariamente una correspondencia entre la «identidad predicativa del ser» que experimenta la identidad singular de una persona determinada, con su historia vivida individualmente, y las identidades atribuidas por los otros catalogadas como identidades ordenadoras que definen al sujeto como ser único (estado civil, códigos de identificación, números de orden) o de identidades genéricas que permiten clasificarlos como miembro de un grupo, de una categoría o de una clase. La identidad es entendida, entonces, como el producto de una doble transacción: del sujeto consigo mismo (identidad real subjetiva) y del sujeto con los otros (identidad virtual objetiva). Sin embargo, no son procesos independientes, la transacción subjetiva depende de las relaciones con los otros, lo que constituye a su vez la transacción objetiva (Dubar, 1991).

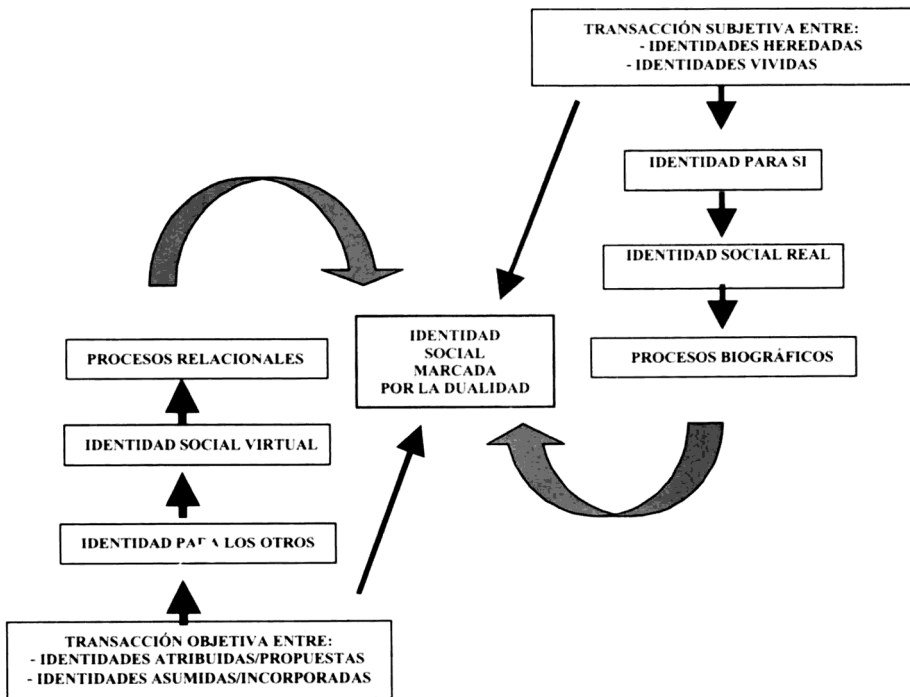
La relación entre las identidades heredadas, aceptadas o rechazadas por el individuo, y las identidades pretendidas, en continuidad o en ruptura con las identidades precedentes, depende de los modelos de reconocimiento por las instituciones legítimas y sus agentes directamente en relación con los sujetos a quienes concierne. La construcción de las identidades se juega, por lo tanto, en la articulación de los sistemas de acción entre las identidades virtuales (objetivas) y las trayectorias de vida en un sentido desde el que se forjan las identidades reales a las que se adhieren los individuos, entendiendo por trayectoria de vida la manera como los individuos reconstruyen subjetivamente los sucesos que juzgan significativos de su biografía.

Un aspecto interesante es que, para Dubar, las identidades reales —las identidades para sí— pueden ser analizadas más bien en términos de continuidad entre identidad heredada e identidad vivida. Ellas pueden traducirse también en acuerdos o desacuerdos entre identidad virtual, propuesta o impuesta por los otros, y la identidad real interiorizada o proyectada por el individuo. Esta aproximación supone una relativa autonomía y una articulación necesaria entre las dos transacciones, pues las configuraciones identitarias constituyen formas relativamente estables, pero siempre cambiantes, como resultado de estas dos transacciones articuladas.

Esta problemática supone concebir y analizar la transacción objetiva como una confrontación entre las demandas y ofertas de identidades posibles y no simplemente como resultado de las atribuciones de identidades preconstruidas, lo que a su vez supone que el proceso de categorización por el que se construyen las identidades ofrecidas a los individuos se está redefiniendo constantemente.

Esta transacción objetiva debe concebirse como una negociación entre los demandantes de identidad en una situación de apertura hacia su campo de lo posible y la oferta de identidades virtuales en una situación constante de incertidumbre. Esta negociación identitaria constituye un proceso comunicativo complejo, irreducible a una etiquetación autoritaria de identidades predefinidas sobre la base de trayectorias individuales, que implica hacer de la cualidad de las relaciones con los otros un criterio y una apuesta importante a las dinámicas de las identidades. También supone una redefinición de criterios, pero también de las condiciones en las que se ofrecen estas identidades y de las competencias asociadas a ellas. Esquemáticamente podríamos pensar los procesos identitarios de la siguiente manera:

Proceso de construcción de las identidades sociales



En este sentido, podemos entender que si bien el proceso biográfico y el proceso relacional son heterogéneos, utilizan la tipificación como un mecanismo común en su acción. La tipificación implica la existencia de un número reducido de tipos identitarios o modelos socialmente reconocidos y legitimados para realizar combinaciones coherentes de identificaciones fragmentarias. Estas categorías particulares que sirven para identificar a los otros y para identificarse a sí mismos son variables a la vez según los espacios sociales donde se dan las interacciones y según las temporalidades biográficas e históricas en las cuales se desarrollan las trayectorias. Así, las categorías pertinentes formuladas como dicotomías o cualidades categóricas en los distintos campos nunca son las mismas.

Por ello, Dubar considera que no es posible jerarquizar *a priori* los diferentes campos de categorización, ni establecer las correspondencias necesarias entre las posiciones internas en los diferentes campos, sólo el análisis empírico puede tratar de verificar las correlaciones significativas entre ellas. Igualmente nada permite afirmar *a priori* que estos campos que sirven para identificarse a sí mismo a lo largo del ciclo de vida sean siempre las mismas o que sean fácilmente comparables entre ellas. Sólo en este sentido es posible defender la idea de que estas categorías dependen de las etapas de vida de los sujetos y que existe un relativo «apilamiento» (sobreposicionamiento) entre las distintas esferas de la identificación de un mismo individuo en un momento determinado. De hecho, la teoría de los roles es compatible con esta hipótesis de la sobreposición de las identidades subjetivas (para sí) según los escenarios sociales donde el individuo se inviste sucesivamente.

Por su parte, en el proceso de identificación del otro se presentan categorías más sintéticas —las categorías sociales— que sirven para resumir las posiciones homólogas dentro del sistema, a través de las que pasa la casi totalidad de los individuos de una misma generación, ya que «la formación de la identidad constituye esencialmente un problema de generación» (Erikson, citado por Dubar, 1991).

Estas categorizaciones legítimas influyen necesariamente en el proceso de construcción de las identidades para sí. Sin embargo, no las determinan mecánicamente ni las fijan de una vez y para siempre, pues los individuos de cada generación deben reconstruir sus identidades sociales «reales» a partir:

- De las identidades sociales heredadas de la generación precedente (identidades adscritas).
- De las identidades virtuales adquiridas en el curso de la socialización inicial en la escuela (identidades adquiridas durante la socialización primaria).
- Y de las posibles identidades accesibles en el curso de la socialización secundaria.

4. Cultura e identidades individuales y colectivas

A partir de lo expuesto en los apartados anteriores, en términos generales, podemos entender la identidad no como un punto de llegada en la vida de los individuos, sino como un proceso de estructuración de lo dado y lo que está dándose, es decir, la identidad es entendida entonces también como un proceso en el que los sujetos definen su presente y su futuro en función de su experiencia pero bajo la estructuración y orientación de espacios institucionalizados o, para decirlo en los términos de Thompson, de espacios y procesos socialmente estructurados, como la familia, la escuela y el trabajo.

En este sentido, la identidad es una guía para la acción social que le permite tener un cierto grado de libertad, más o menos amplio, más o menos restringido, para tomar decisiones y elaborar salidas a sus conflictos, y no sólo es un mecanismo que reproduce la herencia cultural. Más bien son entramados sobre los que se pueden construir nuevos significados, es decir producir nueva cultura (Pries, 1997).

Así, el paso de la acción individual a la acción colectiva se da a través de un proceso de formación de grupos identitarios, en el que la construcción de una identidad se desarrolla mediante un proceso simbólico, cultural, que permite a los actores asignar

sentidos a las acciones individuales y colectivas. En el momento en que los individuos establecen relaciones «simbólicas» que expresan las diferencias de situación y de posición dentro de la estructura social, tienden a transmutarlas en distinciones significantes, es decir, en elementos de identidad.

Esta construcción de «lugares» resulta de particular importancia para la constitución de las identidades sociales. Así, por ejemplo, podemos entender cómo, mediante la definición de lugares distintivos ocupados por hombres y mujeres, en una época se hizo de la masculinidad el centro del poder, de la razón, de la cultura y de la fuerza, mientras que la feminidad se constituyó en el centro de la sumisión y de la debilidad, pero sobre todo podemos entender el proceso mediante el cual se han construido nuevas definiciones de los lugares que dan paso a una reconfiguración de las identidades de género (Borderías, 1996).

En este sentido, los grupos identitarios se conforman en un proceso, se componen y recomponen, modulando las normas de los comportamientos socialmente deseables, que se van estableciendo colectivamente en un proceso transaccional de los individuos entre ellos y consigo mismos. De ahí que podemos afirmar que la construcción de las identidades sólo pueda darse en el contexto de un entramado de instituciones en las que se articulan las expectativas y las aspiraciones de los individuos, elaboradas en sistemas complejos de interacciones individuales y colectivas, de transacciones del individuo con los otros y consigo mismo, que le permiten actuar dentro del sistema social. Sin embargo, las instituciones tienen que ser vistas, más que como estructuras sólidas y establecidas de una vez y para siempre, como sistemas de normas estables pero a la vez cambiantes, que pueden ser modificadas en el transcurso de una generación en la medida en que las expectativas y aspiraciones de los individuos se moldean a partir de su actividad cotidiana, en la que definen significados específicos para entenderse a sí mismos y a los otros, para establecer los límites entre el yo, el nosotros y el los otros.

Así cultura e identidad son procesos que resultan de la interacción social pero que tienen funciones diferentes en el proceso de constitución de los actores sociales, quienes hacen posible la permanencia o el cambio del presente en función del pasado y el futuro.

Bibliografía

- ALTHUSSER, L. (1974), «Los aparatos ideológicos del Estado», en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Editorial Siglo XXI.
- BORDERÍAS, C. (1996), «Identidad femenina y recomposición del trabajo», en *El futuro del trabajo. Reorganizar y repartir desde la perspectiva de las mujeres.*, Bilbao, Centro de Documentación y Estudios de la Mujer.
- CHEKROUI (1974), «Socialisation et conflict», *Revue Francaise de Sociologie*, (sin dato).
- DE IBARROLA, M. (1997), *Quiénes son nuestros maestros*, México, Ed. Fundación SNTE para la cultura del maestro mexicano.
- DUBAR, C. (1991), *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, cap. I, V y VI., París, Armand Colin Éditeur.
- DURKHEIM, E. (1974), «La educación, su naturaleza y su función», en *Educación y Sociología*, Argentina, Schapiro.
- GIROUX, H.A. (1985), «Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico», *Cuadernos Políticos*.

- PRIES, L. (1997), VI. «Conceptos de trabajo, mercado de trabajo y proyectos biográfico-laborales», en *Los estudios sobre la cultura obrera en México: enfoques, balance y perspectivas*, México, CONACULTA.
- RITZEER, G. (1998), «Interaccionismo simbólico», en *Teoría Sociológica Contemporánea*, México, McGraw Hill.
- SMELSER, N. (1992), «Culture: Coherent or Incoherent», en *Theory of Culture*, Berkeley, University of California Press.
- THOMPSON, J.B. (1990), «The Concept of Culture», en *Ideology and Modern Culture. Critical Social Theory in the Era of Mass Communication*, Stanford, Stanford University Press.

A manera de conclusión: convergencia disciplinar

José Lema Labadie

En el campo del conocimiento, nuestra contemporaneidad está marcada por tres fenómenos novedosos e inquietantes que nos parece sustantivo plantear y revisar brevemente ya que no sólo nos involucran a los universitarios sino que influyen en la totalidad del pensamiento, en las formas de su producción, de su reproducción y, sobre todo, de su aplicación a los más diversos aspectos de la vida social.

Uno de estos fenómenos es la constatación, a menudo perturbadora ya que pone en entredicho mucho de lo que sabemos y buena parte de nuestros modos de actuar, respecto a la erosión, el desvanecimiento gradual y progresivo de los grandes modelos teóricos que heredamos del siglo XIX —y en función de los cuales está conformada nuestra conciencia—, así como la provocadora y prometedora emergencia de nuevas concepciones sobre el quehacer científico.

Otro de esos fenómenos, derivado del que acabamos de describir, es la inquietante sustitución de nuestras viejas certezas por la sensación de incertidumbre, de indefensión, que es propia de nuestra época, y a la que todavía no acabamos de aceptar ni de dimensionar adecuadamente. Una incertidumbre que no sólo se sitúa en nuestras individualidades sino también en la totalidad de las formas de la reflexión.

El otro fenómeno, el tercero que queremos poner sobre la mesa pero que seguramente no es el que le pone fin a la larga y desafiante lista de retos y nuevas exigencias que nos propone la modernidad, es que se ha desmoronado ante nuestros ojos la antigua manera de comprender el modo en que, suponíamos, se encadenaba el siempre complejo proceso de la producción de conocimientos y de la aplicación de los mismos al desarrollo de la vida social bajo la forma de nuevas tecnologías. Durante mucho tiempo creímos que los resultados del pensamiento científico —un pensamiento que no tiene, necesariamente, ninguna vocación práctica sino que recrea la idea aristotélica de que el quehacer científico responde sólo a la «voluntad de saber» propia de nuestra especie— se aplicaban más temprano o más tarde a la producción de tecnología. En otros términos, que las ciencias proveyeran, desinteresadamente, de conceptos, categorías, sistemas teóricos y metodologías a quienes estaban dotados de una mirada práctica y tenían la creativa posibilidad de reunir tales productos del pensamiento «abstracto» y transformarlo en equipamientos tecnológicos socialmente útiles. Hoy en día advertimos que, por el contrario, son las tecnologías las que les exigen a las ciencias nuevos desarrollos y nuevas aportaciones prácticas; una importantísima modificación de la tradición que aún no hemos asimilado adecuadamente.

En nuestras universidades hemos aprendido más a apegarnos meticulosamente —ortodoxamente, a veces— a los dictados de las tradiciones científicas que a enfrentar desprejuiciadamente la aceptación de los nuevos modos de pensar y de actuar. Nos hemos formado en la aceptación de la validez del pasado y poco hemos hecho por incorporarnos activamente a la tarea de darle respuestas a las más desafiantes formas del pensamiento contemporáneo. Estamos más preparados para sentir y refugiarnos en aquello que Spinoza llamó «la nostalgia por lo sólido» que a lanzarnos audazmente y de la manera más comprometida a indagar, explorar y violentar las formas tradicionales del quehacer científico y, así, promover la innovación.

El siglo XIX nos dejó en herencia una modalidad de organización universitaria que los conocedores de la riquísima, vasta y contradictoria Historia de la Educación llaman «el modelo napoleónico», caracterizado por la rigurosa división del conocimiento en unidades administrativas tales como las facultades, los centros y los institutos en cada uno de los cuales se cultiva una sola disciplina, una especialidad.

También es obra de la reforma napoleónica —lo que se llamó la «refundación de la nueva Universidad de París» para distinguir al proyecto imperial de Bonaparte de las particularidades de la vieja universidad medieval preñada de nociones teológicas— la separación entre la producción de ciencia pura y la creación de aplicaciones tecnológicas. La producción de ciencia pura —una idea muy apreciada en esa época— era considerada como de competencia exclusiva de las universidades y la aplicación de los resultados del pensamiento universitario a las exigencias técnicas de la sociedad estaba a cargo y reservada para los institutos politécnicos, otra criatura napoleónica.

Tal modelo de administración de los saberes también nos legó un sistema organizativo altamente centralizado y la diferenciación —y en algunos casos la contraposición— entre las tareas de docencia y las de investigación. Habría que agregar, sin entrar demasiado en detalles, que el modelo napoleónico se nutrió y se consolidó con la concepción positivista de factura comtiana (que podemos encontrar en el «Curso de Filosofía Positiva» que Augusto Comte dictó, precisamente, en la Universidad de París) que sostenía que sólo podía considerarse como un discurso científico aquel que tuviera un objeto de estudio perfectamente delimitado y un método propio.

En la estructura de nuestras universidades todavía sobreviven —como resabios del pensamiento decimonónico— las aportaciones positivistas que sustentaron lo que algunos epistemólogos han llamado «la balcanización del pensamientos científicos», es decir la fragmentación de la unidad de las ciencias en especialidades desarticuladas entre sí, y elementos propios de otro de los grandes sistemas de pensamiento de la época: las aportaciones del «Liberalismo económico» o de la «Economía clásica», como se ha llamado a la corriente de pensamiento inaugurada por Adam Smith tras la publicación de *La riqueza de las naciones*. Nada extraño, por cierto, ya que ambas doctrinas fueron contemporáneas con el proceso de refundación de las nuevas universidades europeas durante las primeras décadas del siglo XIX y porque es una constante histórica que las universidades —desde su fundación hasta hoy— organizan sus modos de pensar y de operar concordantemente con las corrientes del pensamiento más significativas de sus respectivos momentos históricos.

El liberalismo económico aportó al modelo universitario una concepción de hombre —una Antropología Filosófica— que, si bien fue innovadora en su momento, hoy resulta poco adecuada a las circunstancias actuales del quehacer científico a pesar de

que puede ser considerada por algunos como pertinente en el terreno de la economía. Se trata de un hombre individualista, dedicado a la acumulación y a la ganancia, desentendido de los efectos sociales que puedan tener sus acciones, defensor de la propiedad privada (tanto de los bienes como de los conocimientos) y agresivo en sus actitudes.

La concepción sobre la actividad intelectual que resulta de esa interrelación entre el Positivismo y la Economía Clásica estaba legítimamente regida por la idea de que el conocimiento es de propiedad exclusiva de quienes lo adquieren y lo practican y que tal actividad es de carácter estrictamente individual, privada. Quizás la expresión decimonónica más plástica, más ilustrativa, es la vocación de las universidades orientada hacia la formación de «profesionistas liberales», como durante mucho tiempo se designó a aquellos egresados de las universidades que, siendo poseedores de un conocimiento específico, lo aplicaban privadamente con el objetivo de obtener ganancias.

Nuestras universidades responden, en términos generales, a esa modalidad de organización, de administración y de diferenciación entre las diversas disciplinas. Hemos persistido en formar profesionalista al estilo clásico del siglo XIX que están dotados para el ejercicio de un conocimiento específico con escasas relaciones respecto a los demás campos del conocimiento. También hemos mantenido la práctica de la especialización, a veces de la hiperespecialización, a través de fomentar el tratamiento cada vez más particularizado de un fragmento de alguna disciplina y olvidamos o dejamos de lado aquella advertencia de Isaías Berlin que decía que tal modalidad formativa propiciaba la preparación de «sabios ignorantes», es decir, de mujeres y hombres profundamente conocedores de un ámbito muy reducido, muy estrecho, de una especialidad y, por consiguiente, ajenos y distantes del resto de las aportaciones al conocimiento universal producidos por otras disciplinas, aun aquellas más cercanas a sus propios objetos de interés analítico.

Por una parte, es necesario reconocer que nuestro sistema educativo universitario ha sido un tanto impermeable a las nuevas tendencias del trabajo interdisciplinario y, en general, a las más actuales tendencias pedagógicas. La educación pública de nivel medio y superior persiste en mantener la tradición disciplinaria y no ha dado pasos importantes en la construcción de nuevas perspectivas multidisciplinares para el tratamiento complejo y profundo de los más diversos temas y problemas. Eso no quiere decir que no existan foros institucionales, centros o institutos, en los que algunos especialistas han empeñado todos sus esfuerzos para realizar estudios de ese tipo. Son experiencias interesantes, con magníficos resultados, y que merecen todos los reconocimientos.

En nuestras universidades los estudios de licenciatura habitualmente se orientan a que los jóvenes estudiantes conozcan los métodos, las técnicas, las teorías y las ideas de los autores fundamentales de una tradición disciplinaria; los estudios de maestría a que profundicen en ella especializándose en algún campo del conocimiento y los de doctorado a que produzcan alguna idea novedosa que enriquezca la tradición científica. En ese viejo y consistente proyecto académico se hayan involucradas nuestras universidades: enseñar la tradición para cuestionarla, superarla, y crear nuevos conocimientos.

La Universidad Autónoma Metropolitana, ideada en su creación con un modelo distinto al napoleónico, con un sistema departamental, pretendía convertirse en un espacio donde la unidisciplina se cuestionara y las diferentes disciplinas tradicionales

convergerían con la finalidad de desarrollar nuevas formas de cuestionar, analizar y resolver o explicar fenómenos de distinta naturaleza, no logró escapar a la tradición decimonónica. Tal vez el hecho de que los académicos que crearon las carreras en un inicio estaban marcados por su formación en universidades organizadas en facultades, centros e institutos, influyó de tal manera que dentro de lo que debía convertirse en un sistema matricial superpusimos una organización de la docencia napoleónica. Hoy en día formamos estudiantes dentro de paradigmas disciplinarios, sin cuestionar los límites impuestos por nuestra hipótesis de partida sobre la realidad.

La persistencia de modos unidisciplinarios de formar a los estudiantes —presente de una manera evidente en el nivel de las licenciaturas— también se expresa en los posgrados. Pero la época que nos toca vivir y los desafíos que nos toca enfrentar hacen que debamos hacer un esfuerzo por modificar esta concepción e iniciar, a la brevedad posible, el desarrollo de centros de investigación y de docencia en lo que, de manera interdisciplinaria se articulen las perspectivas de diversas miradas analíticas para enriquecer los resultados del ejercicio del conocimiento.

Los teóricos de la modernidad sostienen con argumentos consistentes y provocadores que a las generaciones contemporáneas les ha tocado la oportunidad de experimentar en carne propia y de diferentes maneras la transición —conflictiva, como todas las transiciones— entre el ocaso de los principios, los valores, las tecnologías, los modos de pensar y de actuar que forjaron nuestra conciencia colectiva y las nuevas modalidades de comprender, aceptar, adecuarnos y valorizar los grandes cambios operados en los últimos tiempos.

Vayamos por partes. Nuestra conciencia contemporánea está formada en los principios de lo que Thomas Kuhn llamó «paradigmas», modelos de pensamiento que fueron elaborados durante el siglo XIX y que, tras demostrar su enorme capacidad para crear innovaciones en todos los campos disciplinarios y de influir decisivamente en el terreno de la vida social a través de la aplicación de tecnologías novedosas de tal magnitud que condujeron a lo que hoy llamamos «modernidad», ya no nos resultan lo suficientemente convincentes como para dar cuenta de la complejidad del mundo contemporáneo.

Vivimos una época contradictoria en la cual la gravedad del pasado que pesa sobre nuestras espaldas a menudo nos obstaculiza la posibilidad de comprender lúcidamente los aspectos más fascinantes de la actualidad y, menos aún, de descifrar los enigmas que nos plantea el futuro. Aun el más inmediato.

El siglo XIX, que como lo hemos sostenido desde el principio de nuestra intervención aún sigue vivo en el seno de nuestras universidades contemporáneas, nos dejó como legado la idea —la ilusión, podríamos decir hoy— de que los individuos aislados, expertos conocedores de una particular sección del conocimiento disciplinario, estarían en capacidad de generar aportaciones que elaboradas en los marcos de su especialidad alimentaran a la totalidad de los progresos científicos. Por cierto y para alimentar lo dicho anteriormente sobre las preeminencia de nuestras instituciones educativas de las formas decimonónicas de comprender el quehacer universitario, no podemos dejar de consignar que la noción de «progreso» es clásica del pensamiento positivista y de la economía liberal. Una noción que luego se travistió bajo el ropaje de «desarrollo» y, en nuestros días, de «modernización».

Estos elementos de análisis, entre otros, nos alertan para no dejarnos llevar por las apariencias y evitar caer en la «seducción», como diría Lipovetsky, de creer que nues-

tra modernidad nos ha dado la posibilidad de cortar amarras con el pasado y vivir en un superficial presente que carece de historia y, a menudo, de futuro.

Hoy, en cambio, los trabajos científicos son de carácter grupal e interdisciplinario. Son equipos de especialistas que, como se sostiene en algunos documentos de la Organización de las Naciones Unidas, se diferencian de los intelectuales formados al estilo decimonónico ya que no saben hacer algo en particular sino varias cosas distintas y de manera integrada. Los estudios al respecto indican que en la actualidad son, por lo menos, seis o siete campos del conocimiento los que cada sujeto requiere manejar para realizar —grupalmente, colectivamente— investigaciones significativas. A esta nueva forma del quehacer intelectual se la denomina «experticia».

Hemos transitado, en la práctica, de la vieja idea del científico solitario encerrado en su laboratorio o en su estudio a la de los grupos interdisciplinarios de trabajo que intercambian activamente sus saberes y comparten sus experiencias.

La interdisciplinariedad es un modo de abordar estudios sobre los más diversos temas y problemas científicos que, a su vez, es el resultado de las actitudes de cuestionamiento de los más diversos profesionales a las ideas tradicionales sobre la especificidad de los objetos de estudio.

Hoy constatamos que los viejos «paradigmas» han sido paulatinamente reemplazados por perspectivas analíticas complejas que han demostrado su eficacia con aportaciones extraordinariamente significativas en todos los campos del pensamiento y de la tecnología. Hace unos años, cuando precisamente se evidenció que los productos más sofisticados del desarrollo científico eran el resultado de la creativa articulación de diferentes disciplinas, se estableció una discusión interesantísima sobre el tema de la convergencia disciplinar. Una discusión que puso sobre la mesa la cuestión de los objetos de estudio, de las formas de abordarlos, y que se nutrió —a veces de una manera un tanto árida, habría que reconocerlo— con disputas cargadas de visos epistemológicos tales como las diferencias o las identidades que podrían existir entre los conceptos de interdisciplinariedad, multidisciplinariedad y transdisciplinariedad.

Gracias a que el tiempo y los acuerdos logrados entre los especialistas limó algunas asperezas, y sin dejar de reconocer que la disputa no está terminada y que resulta académicamente fascinante por su capacidad para enriquecernos con distinciones cada vez más esclarecedoras, se ha generalizado el término interdisciplinariedad para designar a la integración de diferentes modos de estudiar un mismo tema o un mismo problema de una manera más profunda y extensa de la que podría resultar de la aplicación de una sola perspectiva monodisciplinaria.

Hoy en día los asuntos ambientales, para poner sólo un ejemplo que pretende ser didáctico ya que nos involucra a todos, no son de la competencia exclusiva de los químicos, de los físicos, de los biólogos o de los especialistas en cuestiones atmosféricas. La revisión en profundo y en extenso de tal problema requiere que los químicos dialoguen amigablemente con los antropólogos y los sociólogos sobre las diversas formas en que los hombres y las mujeres nos dedicamos a cuidar o destruir el medioambiente; que los físicos se encuentren con los químicos y los politólogos para intercambiar experiencias, y que los filósofos y los pedagogos reflexionen junto a todos ellos y otros especialistas más para comprender, por lo menos, qué sucede en esa conflictiva relación que tenemos los humanos con la naturaleza.

Quienes se ocupan de estudiar las condiciones históricas, sociales, intelectuales y culturales en que se produjeron los primeros y más relevantes resultados de los modos

interdisciplinarios de crear nuevos conocimientos coinciden en que esen el período interbélico —entre 1920 y 1939— cuando pueden encontrarse sus orígenes. Ello, sin duda, sin dejar de lado ni desconocer los esfuerzos previos realizados al respecto pero también aceptando que, si bien fueron extraordinariamente adelantados para su época, constituyeron experiencias a menudo exitosas pero en todo caso aisladas. Los modelos de pensamiento a los que hicimos referencia antes —y que aún perviven en nuestras instituciones educativas— fueron construidos en los inicios o en pleno desenvolvimiento de lo que los historiadores y los economistas llaman «La Revolución Industrial», que gestada desde fines del siglo XVIII, estalló en todas sus enormes posibilidades durante el siglo siguiente. En textos impecablemente argumentados, como ocurre con los tres tomos de la «Historia de la tecnología» de Derry y Williams, entre otros, advertimos que las revoluciones científicas se han sucedido ininterrumpidamente desde que se substituyó al esfuerzo físico de hombres y animales por la producción automatizada. La revolución de la aplicación de la fuerza del vapor y del carbón como combustible a las calderas para mecanizar la industria textil y luego a los transportes fue la primera, luego se generalizó el uso del motor de combustión interna alimentada con derivados del petróleo, más tarde la electricidad, luego la fusión nuclear, más cerca de nosotros las tecnologías de bajo voltaje, la electrónica y ahora la robótica, la cibernética, la inteligencia artificial y la nanotecnología. Cada una de esas innovaciones produjo, a su vez, la sustitución de viejos modos de pensar y de actuar por nuevas modalidades de intervenir sobre lo social y posibilitó la creación y la recreación de nuevos horizontes científicos.

A partir del período a que hacíamos referencia —los años veinte y treinta del siglo pasado— «el paradigma de la simplificación fue sustituido por el paradigma de la complejidad», como decía Santiago Ramírez, y la monodisciplinariedad —propia del modelo positivista de factura napoleónica— quedó puesta entre signos de interrogación en lo que respecta a su capacidad para darle respuestas profundas y consistentes tanto a las necesidades de la expansión del pensamiento científico como a la creciente demanda social de innovaciones aplicables al mejoramiento de la calidad de la vida colectiva.

La intervención interdisciplinaria para el tratamiento científico de algún tema o de algún problema tienen ciertas particularidades que contradicen lo que hemos aprendido en nuestras universidades. En primer lugar, exige que nos desprendamos de esa cierta dosis de soberbia y de comodidad intelectual que implica la creencia —de que desde nuestro punto de vista disciplinario estamos en condiciones de dar respuestas completas y complejas sólo a las interrogantes que se inscriben en el campo de referencia de nuestra especialidad. Exige, por lo tanto, el esfuerzo de asumir la responsabilidad de comprender que el conocimiento carece de delimitaciones formales, que conforma una totalidad gnoseológica que sólo ha sido fragmentada siguiendo la indicación cartesiana —sin duda por demás práctica y que ha dado espléndidos resultados— de que lo complejo, para ser entendido, tiene que dividirse en partes simples y entender que tal parcialización es, solamente, un recurso metodológico, un artificio de la inteligencia para poder penetrar en el conocimiento de la esencia de los fenómenos y de los procesos.

La práctica de la investigación o de la reflexión interdisciplinaria nos propone, también, que abandonemos el solitario y autosuficiente ejercicio de la indagación personal, privada, para integrarnos en grupos de trabajo en los cuales nuestras ideas particulares se confronten, se enriquezcan y se modifiquen gracias a otras aportaciones de

otros intelectuales y que, conjuntadas y reformuladas, colaboren a la producción de nuevas interpretaciones más profundas y más amplias. Esta especificidad de los trabajos interdisciplinarios plantea un problema por demás sensible: el problema del método. Ahí, precisamente, se sitúa aquella concepción sobre «la experticia» —ese nuevo término que se incrustó en toda reflexión sobre el asunto de la interdisciplinariedad— a la que hacíamos referencia más arriba; se trata de una nueva disposición intelectual, ajena a toda ortodoxia pero sin que ello le reste rigor analítico, para comprender que es el tema o el problema a investigar el que impone la metodología imprescindible para penetrar en ellos y no, como aprendimos en nuestra formación monodisciplinaria, que la aplicación del método nos permitiría acceder al conocimiento de nuestro objeto de estudio. Por lo tanto, en los estudios multidisciplinarios lo importante no es el método sino el objeto de estudio. De ahí derivan, por cierto, algunas de las concepciones pedagógicas de avanzada que hoy están siendo aplicadas en nuestras universidades —aun a contracorriente de lo que indican los planes y los programas de estudio más tradicionales pero en concordancia con las formas más contemporáneas del pensamiento científico—, que insisten en que los objetos de estudio son construidos por los analistas. A diferencia de los modelos de pensamiento que precedieron a nuestra contemporaneidad y que presuponían que los objetos de análisis «preexistían» a la intervención de los sujetos, la propuesta multidisciplinaria considera que son los sujetos los que están en capacidad de violentar las viejas divisiones disciplinarias y construir objetos de estudio complejos —recordemos aquello del «paradigma de la complejidad»— que requieren de diversas miradas analíticas para poner en descubierto sus más íntimos secretos.

Quizás podría decirse que la idea de interdisciplinariedad es un creativo y modernizado regreso a las viejas y consistentes formas del pensamiento helénico que no establecía diferencias entre lo que hoy consideramos especialidades y que en épocas de Platón se entendía como el *logos*: la totalidad de los saberes que no distinguía —en términos contemporáneos— entre las arbitrarias especificidades de la arquitectura, el mito, la ingeniería, el teatro, la religión, la geometría, la filosofía, la política, las cosmogonías y las antropogonías.

En nuestros días está más desarrollada la idea de la multidisciplinariedad que las prácticas concretas, institucionales, al respecto. Algo se ha avanzado, sin duda, pero había que dejar precisa constancia de que, en nuestro medio y en nuestras circunstancias, aún se trata de un objetivo a alcanzar.

Ahora bien, en los últimos treinta años tanto en la producción científica tecnológica como en todos los campos de las ciencias dedicadas al estudio del quehacer humano, los trabajos interdisciplinarios han marcado la pauta y han generado los productos de la inteligencia más elaborados. En nuestros días la interdisciplinariedad no puede ser sólo entendida como una modalidad más del trabajo académico y de investigación sino una exigencia formativa imprescindible. Tenemos mucho que hacer al respecto, tanto desde la formación inicial de nuestros niños y niñas como en todos los niveles educativos.

Vivimos épocas de cambios y en ellas se inscribe, como una aportación más de los universitarios al desarrollo científico y tecnológico, la promoción de planes de estudio de licenciatura y de posgrado interdisciplinarios. En este marco —que no sólo responde a las necesidades contemporáneas en el campo de la producción de conocimientos sino también a las más socorridas tendencias internacionales—, y tomando en consideración las particularidades de nuestras universidades públicas, es deseable que di-

chos centros de estudios apliquen sus esfuerzos a dar respuestas novedosas a las más variadas exigencias de la región sociocultural y económica en la que se inscriben. Dentro de los esfuerzos por la creación y la consolidación de planes de estudio multidisciplinarios sería imprescindible dotarlos, también, de una sólida vocación regional.

Los límites disciplinarios —trazados de una manera un tanto arbitraria por Comte hace menos de dos siglos pero legitimados por toda una fecunda tradición positivista— están siendo erosionados y prácticamente diluidos por las exigencias de una contemporaneidad que exige que todo problema científico sea tratado desde diversos puntos de vista.

Bibliografía

- ALBORNOZ, Orlando (1997), «Introducción», en *La educación superior en el Siglo XXI. Visión de América Latina y el Caribe*, CRESALC/UNESCO, Caracas.
- ANDER-EFF, Ezequiel (1999), *Interdisciplinariedad en educación*, Ed. Magisterio del Río de la Plata, Bs. As, 3.^a edición.
- APPLE, M.W. y N.R. KING (1983), *¿Qué enseñan las escuelas?*, en Sacritán Gimeno (coord.), *Sistemas de Enseñanza*, Ed. Morata, Barcelona.
- BENGOA, Luis Mario (1995), *La interdisciplinariedad. Hacia una nueva concepción educativa. Obstáculos y facilitadores. Tesis de Maestría en educación*, Montevideo, UCUDAL.
- BONAL, Xavier (1998), *Sociología de la educación: una aproximación crítica a las corrientes contemporáneas*, Paidós, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre (1987), «Los tres estados del capital cultural» en *Sociología*, vol. 2, n.º 5, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México.
- CARRIÓN, C.C (1987), «Una propuesta metodológica para la evaluación de instituciones de educación superior», *Revista de la Educación Superior* n.º 16.
- CONTRERAS, Domingo (1990), *Enseñanza, currículum y profesorado. Introducción crítica a la didáctica*, Akal, Madrid.
- CRESALC/UNESCO (1997), *Hacia una nueva educación superior*, Caracas, CRESALC/UNESCO.
- CULLEN, Carlos (1990), «La escuela y la interdisciplina», *Revista Latinoamericana de Innovaciones Educativas*, año II, n.º 3, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, Argentina.
- DELGADO, R. (1995), «El cambio tecnológico en la redefinición de las funciones del Sistema Educativo Nacional», en P. Moreno (coord.), *Formación docente, modernización educativa y globalización*, UPN, México.
- FUENTES MOLINAR, Olac (1989), «La educación superior y los escenarios de su desarrollo futuro», *Universidad Futura*, n.º 3, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México.
- MITER, Wolfgang (1992), «La educación multicultural: consideraciones básicas desde un punto de vista interdisciplinario», *Perspectivas*, vol. XXII, n.º 1 (81), Ginebra.
- (2001), «Progreso científico y enseñanza de la ciencia: conocimientos básicos interdisciplinariedad y problemas éticos», *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, septiembre-diciembre.
- SÁBATO, Jorge y Natalio BOTANA (1968), «La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina», *Revista de la Integración*, n.º 3, Buenos Aires, Argentina.
- VARGAS GUILLÉN, Germán (1999), «Filosofía, pedagogía, tecnología: Investigaciones de epistemología de la pedagogía y filosofía de la educación», Santa Fé de Bogotá, Universidad San Buenaventura, Colombia.

Autores

MAYA AGUILUZ IBARGÜEN. Investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) y profesora del posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma Metropolitana. Sus publicaciones recientes: como coeditora, *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y revisiones* (Buenos Aires, 2006), y como editora a cargo, *Modernidad y ambivalencia*, de Zygmunt Bauman (Barcelona, 2005).

ANGÉLICA BAUTISTA LÓPEZ. Maestra en Psicología Social por la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM; Licenciada en Psicología por la misma institución. Profesora de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la UNAM; profesora Titular de la Licenciatura en Psicología Social, del Departamento de Sociología, de la UAM Iztapalapa, Miembro del Comité de Asuntos Académicos y de Investigación de la Sociedad Mexicana de Psicología Social. Jefa del Área de Acción Colectiva e Identidades Emergentes, en la UAM Iztapalapa.

CARLOS C. CONTRERAS-IBÁÑEZ. Licenciado en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, con estudios de filosofía de la ciencia en Alemania y de métodos cuantitativos en Inglaterra. Estudiante del doctorado en Psicología Social en la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Líneas de trabajo: Cognición social, Cultura e Identidad, Métodos cuantitativos y metodología de la investigación social. Desde 1998, profesor-investigador de la licenciatura en psicología social en la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Pertenece al Área de Investigación Acción Colectiva e Identidades Emergentes. Coordina el Seminario de Investigación Kurt Lewin.

SERVANDO GUTIÉRREZ RAMÍREZ. Candidato a Doctor en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; UNAM, Maestro en Demografía por El Colegio de México y Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana, UAM. Actualmente funge como Coordinador de la Licenciatura en Sociología en la UAM. Iztapalapa. Es responsable del proyecto de investigación «Análisis Cualitativo de las actividades desarrolladas por las Instituciones de Asistencia Social en beneficio de la población considerada como vulnerable, en el Distrito Federal». Imparte docencia sobre Sociología de la Población, Metodología de la Investigación Social y Seminarios de Investigación

JOSÉ LEMA LABADIE. Es rector de la Universidad Autónoma Metropolitana y forma parte del área de investigación sobre Problemas Lingüísticos de México. Su actividad docente se ha desarrollado primordialmente en la licenciatura en Lingüística y en la Maestría y el Doctorado en Humanidades. Los resultados de sus investigaciones se ha

publicado en diversas revistas especializadas en México, Holanda, Alemania, España, Canadá y Estados Unidos. También ha coordinado publicaciones a solicitud de las editoriales John Benjamins de Ámsterdam y Mouton & Walter de Grüyter, Berlín. Es doctor en Lingüística Teórica por la Universidad de Ottawa, obtuvo la maestría en Lingüística General en la Simon Fraser University, Burnaby, Canadá, así como la licenciatura en Lingüística en esa misma institución. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Investigadores de 1993 a la fecha. Hoy día, es Rector General de la Universidad Autónoma Metropolitana, para el período, 2005-2009.

ALICIA LINDÓN VILLORIA. Es profesora-investigadora titular de la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa, en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Forma parte del área de investigación Espacio y Sociedad del Departamento de Sociología, de la cual también es fundadora. En actividades docentes participa en las licenciaturas en Geografía Humana y Sociología, así como en el Posgrado de Estudios Sociales, línea de Estudios Laborales. Asimismo, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, en el nivel 2. Es doctora en Sociología por El Colegio de México, Maestra en Desarrollo Urbano, por El Colegio de México; y licenciada en Geografía por la Universidad de Buenos Aires. Tiene una Especialización en Geografía Urbana por el CEPIGE del Instituto Panamericano de Historia y Geografía de Quito, Ecuador. Sus líneas de investigación actuales son: «La subjetividad social, la construcción social del lugar y el enfoque biográfico», «Modos de vida urbanos, vida cotidiana y espacios vividos», «Topofilias, topofobias y espacios del miedo» y «El giro geográfico: El humanismo geográfico». Correo electrónico: alindon@prodigy.net.mx

RICARDO MANSILLA. Doctor en Matemáticas por la Universidad de La Habana, Cuba y Maestro en Ciencias Económicas por la Universidad Carleton, Canadá. Profesor invitado en varias universidades entre las que se encuentran la Universidad Estatal de Moscú y la Universidad de París XI. Tiene publicados más de 30 artículos en revistas internacionales, dos libros y varios capítulos. Actualmente es coordinador del programa de Estudios en Ciencia y Tecnología del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.

FERNANDO ORTIZ LACHICA. Estudió Licenciatura y Maestría en Psicología en la Universidad Iberoamericana. Es profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Se ha especializado en diferentes métodos de Psicoterapia Corporal. Es autor de *La relación cuerpo-mente. Pasado presente y futuro de la terapia psicocorporal*. (Ed. Pax, México, 1999/2005)

EDGAR FERNANDO RODRÍGUEZ AGUILAR. Es licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana, Sede Iztapalapa, tiene Maestría en Sociología Política (Instituto de Investigaciones Dr. José María Mora), y cuenta con otra Maestría en Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Autor de varios artículos y Profesor Temporal de Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana -Iztapalapa. Actualmente es profesor de filosofía moderna y contemporánea en la Universidad Panamericana y la Universidad del Claustro de Sor Juana.

ROCÍO ROSALES ORTEGA. Es Profesora-Investigadora Titular de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa y miembro del Área de Investigación sobre Estudios Rurales y Urbanos. Es fundadora de la carrera en Geografía Humana, en donde imparte cursos así como en la licenciatura en Sociología, y en el Posgrado de Estudios Sociales, línea de Estudios Laborales. Asimismo también, es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1. Tiene el doctorado en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, maestría en Planeación del Desarrollo Regional por el Institute of Social Studies, de la Haya, Holanda, una especialidad en Amenagement du Territoire, por el Institute d'Architecture La Cambre, Bélgica y es licenciada en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus principales líneas de investigación son; «Distritos Industriales y sistemas locales», «Desarrollo local y género», «Espacio, género y trabajo». Correo: rro@xanum.uam.ms y rro63@att.net.mx

ALICIA SALDÍVAR GARDUÑO. Licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco y maestra en Psicología Social en la Facultad de Psicología de la UNAM, actualmente se encuentra cursando el doctorado en Psicología en la UNAM. Líneas de investigación: socialización y roles de género, psicología social de la salud, y la salud sexual y reproductiva en mujeres y jóvenes. Colaboradora desde 1997 al 2004 en el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM y desde 1999 profesora e investigadora del departamento de sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

JOSÉ LUIS TORRES FRANCO. Es profesor investigador titular de tiempo completo del Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, UAM-I. Realizó estudios de licenciatura en Sociología en esta misma institución, y de maestría en Investigación y Desarrollo de la Educación en la Universidad Iberoamericana, es Doctor en Estudios Sociales por la UAM-I. Desde su ingreso como profesor del Departamento de Sociología ha impartido los cursos de Sociología Cuantitativa y de Metodología de la Investigación; también ha coordinado varios seminarios de investigación para los estudiantes de la Licenciatura en Sociología. En investigación ha desarrollado diversos temas ligados con los problemas educativos, y en los últimos seis años ha trabajado temas relacionados con los estudios de género. Actualmente realiza una investigación sobre la identidad profesional de las maestras de educación primaria en México.

CLARA ELENA VALLADARES SÁNCHEZ. Candidata a Maestra en Administración (Organizaciones) por la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Licenciada en Contaduría por la UNAM. Actualmente es Coordinadora de la Licenciatura en Administración de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. Responsable del proyecto de investigación «*El financiamiento a las Empresas Sociales*». Imparte docencia en el área de finanzas y Seminarios de Investigación.

Índice

Introducción, <i>por Rocío Rosales Ortega, Servando Gutiérrez Ramírez y José Luis Torres Franco</i>	7
---	---

I. UN EJERCICIO TEÓRICO INTERDISCIPLINARIO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

1. La necesidad del diálogo: una realidad política y disciplinaria, <i>por Edgar F. Rodríguez Aguilar</i>	25
2. Simulaciones computacionales en problemas de Ciencias Sociales, <i>por Ricardo Mansilla</i>	41
3. La perspectiva «Curso de Vida» como eje interdisciplinario en la investigación sociodemográfica en la «nueva» formación familiar: una reflexión sobre el caso mexicano, <i>por Servando Gutiérrez Ramírez y Clara Elena Valladares Sánchez</i>	57

II. ESPACIO, SOCIEDAD Y VIDA COTIDIANA

4. Interdisciplina y posmodernidad: la relación espacio, sociedad y política, <i>por Rocío Rosales Ortega</i>	71
5. Lugares y espacios/espacialidad, <i>por Maya Aguiluz Ibartien</i>	81
6. La territorialidad y el significado de la casa: una visión in-disciplinada de la periferia metropolitana, <i>por Alicia Lindón</i>	89

III. EL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES DESDE UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA

7. La identidad desde una perspectiva somática, <i>por Fernando Ortiz Lachica</i>	107
8. Crítica de las identidades desde la Psicología social, <i>por Carlos C. Contreras-Ibáñez y Alicia Saldívar Garduño</i>	117
9. Valores sociales y movimientos sociales emergentes, <i>por Angélica Bautista López</i>	127
10. Las teorías de la cultura y la socialización en el estudio de las identidades sociales, <i>por José Luis Torres Franco</i>	137
A manera de conclusión: convergencia disciplinar, <i>por José Lema Labadie</i>	147
Autores	155

El trabajo interdisciplinario que da cuerpo al presente volumen, consiste en entretelar las diversas visiones disciplinarias en la construcción de un *objeto de estudio común* a partir de la identidad, el espacio o la política, entre otros temas que se abordan a lo largo de la obra. A diferencia de la relación interdisciplinaria propia de una perspectiva positivista, caracterizada por la separación entre el sujeto y el objeto de conocimiento, así como por la explicación del conocimiento como un proceso de acumulación lineal, y por lo tanto susceptible de alcanzarse a través de la fragmentación del estudio de la realidad en diversas disciplinas, este libro es expresión de una relación interdisciplinaria de nuevo cuño.

Los diversos autores asumen una perspectiva interdisciplinaria en la que la complejidad de la vida social exige una *epistemología de segundo orden*, en donde los sujetos sociales forman parte del proceso de conocimiento. En este sentido, el conocimiento se entiende como un proceso constituido socio-históricamente y, por lo tanto, con diversas vertientes de interpretación. Una consecuencia de esta visión es la comprensión de la realidad y del objeto de estudio como un todo en continua interacción y reorganización. Esta obra contribuye al reconocimiento de los ejes articuladores de las relaciones interdisciplinarias que actualmente definen las nuevas formas de abordaje de los problemas sociales.

**Rocío Rosales Ortega, Seryando Gutiérrez
Ramírez y José L. Torres Franco** (profesores-
investigadores de la UAM-Iztapalapa, Dpto. de
Sociología) han coordinado el presente volumen.

ISBN: 84-7658-767-8

